



A miles de kilómetros
MAS CERCA DE TI
Sarah R. Berm

A miles de kilómetros

Más cerca de ti

Sarah R. Berm

A miles de kilómetros. Más cerca de ti (Saga A miles de kilómetros)

1ª edición. Abril 2020.

© 2015 Sarah R. Berm

Madrid. España.

Maquetación y portada: Ediciones tinta negra.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico o mecánico, por fotocopia, grabación u otros medios sin el permiso previo del propietario del copyright.

A la única persona a la que puedo estarle agradecida en esta segunda entrega es a mi pareja, Miguel Ángel. Pues además de ayudarme como lector cero me ha aportado grandes ideas para desarrollar la trama de esta segunda parte. Te quiero tres mil.

El sol se ha apagado, ya no puedo ver su resplandor
Mi estrella se ha ido, ya no siento su calor
Murieron los amaneceres junto al latir de su corazón
Ni siquiera esta Luna tiene ya celos del Sol
Ya no brilla por las noches presumiendo de esplendor
Oh Luna, ¿ ya te olvidaste de su amor?
Como iba a olvidarme del que le dio luz a mi corazón
Del que llenó mis mañanas de alegría y satisfacción
Un amor así jamás se olvida, pues bien sabes que como él no hay dos
Pero mi Sol se ha ido, se ha llevado con él mi sonrisa, mi pasión, mis fuerzas, mis ilusiones y la
luz de mi corazón
Ahora sólo hay oscuridad en esta noche eterna.

Despierta

Despierto, intento abrir los ojos pero una intensa luz me deslumbra ocasionándome un insoportable dolor en las pupilas.

¿Estoy... muerta?

Trato de levantar mi mano para protegerme de la cegadora luminiscencia pero no puedo moverme, el cuerpo me pesa como si fuera de plomo, soy incapaz de mover un solo dedo. ¿Qué demonios me pasa?

Noto una desagradable sensación en la garganta, como si algo la estuviera atravesando. No muy lejos oigo un sonido repetitivo, un pitido, parece el sonido de un monitor. Pruebo de nuevo y abro un poco más los ojos. La luz sigue molestándome, impidiéndome distinguir figuras o formas. Todo esto es muy extraño, me noto muy descansada, como si llevara dormida mil años.

Tras un largo rato despierta mis ojos se acostumbran a la luz y por fin puedo observar con detenimiento lo que me rodea. Creo que estoy en la habitación de un hospital. El sonido efectivamente proviene de un monitor que controla mis constantes vitales. Miro hacia abajo y puedo ver diversos claves conectados a mi cuerpo y una vía en mi brazo derecho. ¿He sobrevivido a mi intento de suicidio? Oh joder...Tayen debió de encontrarme inconsciente.

No hay nadie en la habitación. ¿Dónde están todos? Intento gritar para que alguien acuda pero no soy capaz de hablar, estoy intubada y tengo la garganta tan reseca que me duele al tragar. A lo lejos me parece oír el repiqueteo de unos tacones que se aproximan despacio. Giro mi cabeza en la dirección del sonido y veo aparecer a mi madre por la puerta.

—Oh dios mío... —mamá se queda petrificada en el sitio, me mira con los ojos exageradamente abiertos y el rostro desencajado, su mano derecha comienza a temblar tan exasperadamente que el vaso que sostiene termina estrellándose contra el suelo con violencia.

¿Qué pasa?, parece que haya visto un fantasma.

Se lleva una mano a la boca y, tras ver como se emociona mucho, corre hacia mí y se lanza sobre mi cuerpo

—¡Oh dios mío, oh dios mío! —exclama entre lágrimas mientras me besa en repetidas ocasiones la mejilla.

¿Por qué reacciona así? ¿Acaso me daban por muerta? Quiero hablar pero no puedo, quiero pedirles disculpas por lo que hice, querer quitarme la vida de esa manera fue muy egoísta por mi parte, pero necesito tanto a Kenai...

—Voy a llamar al médico —logra decirme mi madre. Está realmente nerviosa, noto como tiembla y no deja de llorar. De pronto sale corriendo como alma que lleva el diablo —¡¡Está despierta, esta despierta!!— grita como una loca por los pasillos. Estoy desconcertada, no entiendo nada de lo que está pasando.

Al momento regresa acompañada por un hombre muy apuesto. Va vestido con una bata blanca y lleva un fonendo en el cuello, supongo que será el médico.

—¡Doctor mírela, se ha despertado! —señala muy emocionada.

—No me lo puedo creer... —responde él no menos asombrado.

Se aproxima hacia mí escudriñándome. Tiene los ojos castaños y el pelo dorado, al igual que la perilla que rodea su cuadrículado mentón. Saca algo del bolsillo de su bata y me apunta a los ojos con ello. Empuja mis párpados hacia arriba con su pulgar obligándome a abrir los ojos

mientras me apunta con la luz de la pequeña linterna. La intensidad de la luz me incordia menos que antes pero me sigue molestando. Me quejo e intento apartar mi cara.

—Vale... tienes bien los reflejos —su voz suena bonita y agradable.

Se descuelga el fonendoscopio del cuello y se dispone a oír el interior de mi cuerpo. Me ausculta el tórax en silencio y cuando termina se lo vuelve a colocar alrededor del cuello.

—Todo bien por aquí. ¿Puedes oírme, Noa? —me pregunta amablemente.

Yo asiento débilmente con la cabeza pero no puedo hablar todavía.

—Es un verdadero milagro, creíamos que jamás te despertarías —él me sonríe y yo me sonrojo.

—Doctor, ¿entonces está bien? —insiste mi madre.

—Todo parece estar estable, pero aún es precipitado saber si podrá volver a caminar o a hablar, ha estado mucho tiempo inconsciente.

¿Mucho tiempo inconsciente? ¿De qué está hablando este tío? ¿Cuánto tiempo llevo aquí y dónde están Tayen y mi hijo?

—Bueno Noa, tómatelo con calma y bienvenida de nuevo al mundo —el médico me sonríe de nuevo y se marcha.

Mi madre coge su teléfono móvil y comienza a hacer llamadas. Al poco tiempo aparece mi hermano. También se emociona cuando me ve despierta, me abraza fuertemente y besa mi pelo. Comienzo a preocuparme, nunca había visto a mi hermano actuar así y si se comporta de esta forma es porque la cosa pintaba francamente mal.

No hay rastro de Tayen ni de mi hijo, tampoco he visto a mi padre por ninguna parte. Me impaciente, necesito saber dónde están. Ahora que la enfermera me ha sacado ese incómodo tubo de la boca, el cual me ha dejado un amargor insoportable en mis papilas gustativas, saco fuerzas y en un desesperado intento logro devolver un ápice de vida a mis cuerdas vocales.

—Ma...mamá... —mi madre se sobresalta al oírme y de un golpe se levanta de la silla donde está sentada.

—Hija... ¿Has dicho algo?

—De...De...Denahi.

—¿Qué dices hija? No te entiendo.

—¿Don...dónde? —hago un increíble esfuerzo para poder hablar, toso y trago saliva para humedecer mi garganta reseca. —Denahi... —la miro con desesperación.

—¿Denahi? —mi hermano, que acompaña a mi madre, parece haberme entendido.

Asiento con la cabeza.

—¿Denahi es una persona o un lugar? —pregunta mi madre frunciendo el ceño. ¿Qué coño de pregunta es esa mamá? Me pongo nerviosa, no sé a qué ha venido eso.

—Mi hijo... —le digo con la voz temblorosa.

—¿Tu... tu hijo? —la noto vacilar al hacerme la pregunta, yo vuelvo a asentir con los ojos humedecidos—. ¿De qué estás hablando?

Mi respiración se acelera y mi monitor cardíaco aumenta su ritmo. Me enfurezco, mi madre ha debido de sufrir un fuerte golpe en la cabeza para hacerme ese tipo de preguntas.

—Mi hijo mamá... ¿¿Dónde está mi hijo?! —estallo y un fuerte grito mana de mi interior.

Mamá y Eric intercambian miradas atónitos. Mis nervios se disparan y comienzo a llorar ante su indiferencia.

—Noa, tú no tienes ningún hijo —afirma mi madre temerosa.

—¿Qué... qué estás diciendo? —mi labio inferior tiembla sin control y mi llanto se hace más agudo—. Quiero ver a Tayen.

Mi madre y mi hermano se vuelven a mirar en silencio.

—¿Quién es Tayen? —pregunta ella intrigada.

—Mamá... siento haberme tragado aquel bote de pastillas pero por favor, dile a Tayen que venga.

—¿Qué bote de...? —se dispone a preguntar mi hermano, pero mi madre lo interrumpe sujetando su mano.

—Hija —mama se acerca a mí, yo la miro sin dejar de sollozar, puedo sentir como aprieta mi mano—. Eso no es posible, tú... tú llevas en coma cuatro meses.

¿En coma? Miro hacia el techo y mi cuerpo comienza a sentirse raro. Abro mi boca intentado tomar aire pero fracaso en el intento. De mis ojos brotan miles de lágrimas que no soy capaz de controlar.

—Eric, llama al médico —le ordena mi madre asustada.

—¿Qué le pasa?

—¡¡Eric llama al médico, deprisa!! —mi hermano sale corriendo y yo me pongo cada vez peor—. ¡Cariño tranquila, respira, respira! —apoya su mano en mi frente e intenta calmarme pero no sirve de nada.

Mi monitor cardíaco comienza a emitir un fuerte sonido y mi pulso se dispara. No puedo controlar esta terrible ansiedad y mi cuerpo empieza a convulsionar de manera violenta.

—¡¡Hija!! —mamá me mira horrorizada.

El médico llega enseguida acompañado de una enfermera. Mi madre se aparta llorando y la enfermera me sujeta con fuerza. Convulsiono bruscamente pero soy consciente de todo lo que me rodea.

Denahi...

El médico me inyecta algún tipo de sedante y en pocos segundos las sacudidas cesan y me quedo atontada, aunque puedo oírlo todo.

—¿Se puede saber qué ha pasado?! —grita el médico muy alterado.

—Ella ha comenzado a preguntar por su hijo —mamá tiembla y no deja de llorar.

—¿Su hijo?

—Yo me he quedado igual de sorprendida, se ha puesto muy nerviosa y entonces he tenido que contarle la verdad.

—¿Ha estado viviendo en una realidad paralela? —se pregunta a sí mismo.

—Le he dicho que llevaba cuatro meses en coma y entonces es cuando se ha puesto así.

—Hanya, su hija lleva demasiado tiempo desconectada de la realidad, su mente no está preparada ahora mismo para recibir esa información y las consecuencias podrían ser catastróficas.

—Lo siento...

—Yo me encargaré de hablar con ella, avíseme cuando se despierte.



Vuelvo en mí. Abro mis ojos y todo me da vueltas, es como una maldita resaca, me duele la

cabeza y me noto muy mareada.

—Hola Noa —es la misma voz agradable de antes—. Soy Brian Crosver, tu médico.

Le miro a los ojos, recuerdo las palabras de mi madre y la pena me invade de nuevo.

—Denahi... —pronuncio su nombre con la voz rota de dolor.

—Veo que ya puedes hablar —está de pie junto a la cama—. ¿Quién es Denahi?

—Mi hijo —miro hacia el lado opuesto y no veo a mi madre, estoy a solas con él.

—Noa, hay algo que debes de saber, pero necesito que te mantengas calmada.

Él se gira y toma algo de la mesa de atrás. Se da media vuelta y me lo enseña. Es un periódico. En la primera página hay un titular en grande: *Trágico accidente en el aeropuerto internacional de Los Ángeles*, y una foto de un avión hecho pedazos.

—¿Por qué me enseña esto? —comienzo a ponerme nerviosa y mi monitor se vuelve a acelerar.

—Tú viajabas en ese avión.

—No, aterricé, lo recuerdo perfectamente.

—Mira la fecha del periódico.

Hago caso a lo que me dice, la fecha coincide con el día en que emprendí mi viaje a California.

—Puede ser una coincidencia, muchos aviones aterrizaron en la pista ese día.

—Noa, vuestro avión sufrió un fallo en el motor en el momento del aterrizaje, solo tú y unos pocos sobrevivisteis.

—¿Qué...? —mi mundo se viene abajo.

—Sufriste un fuerte traumatismo craneoencefálico y entraste en un profundo coma del que pensábamos que nunca saldrías.

—¿Mis amigas... mis amigas? —un fuerte dolor me atraviesa el pecho y me oprime el esternón.

—Solo tú y Helena Jiménez lograsteis salir con vida, aunque ella ha quedado parapléjica.

—Oh por dios... —las lágrimas se amontonan en mis asustados ojos, los cuales se mueven deprisa de un lado a otro como si leyeran un texto imaginario.

—Lo siento mucho Noa.

—No... no... ¡¡¡No!!! —cierro mis ojos y grito. Un fuerte llanto me desgarró el alma.

¿Li y María han muerto? No puede ser, no puede ser.

—De veras lo lamento mucho, llamaré a tu madre.

No, no me puedo creer que esté pasando esto, Li no puede estar muerta.

Lloro lo inimaginable hasta que el médico regresa acompañado de mi madre y de Eric. Mamá corre hacia mí y me abraza, yo no puedo moverme y sigo aquí tendida como una completa inútil.

— ¡Mamá, dime que Li no está muerta!

—Lo siento cariño... —mi madre llora conmigo.

—Dios...

—Noa, ha sido todo un milagro que tú sobrevivieras a ese accidente —el doctor interviene.

—¿Un milagro? —le miro desafiante—. ¿A esto llama usted un milagro? ¡¡Mis amigas están muertas!! —grito y me irrito.

—Tienes que tranquilizarte —me advierte preocupado.

—¡¡Míreme, ni siquiera puedo moverme!!

—Tu cuerpo lleva mucho tiempo inactivo, tus músculos están atrofiados, con el tiempo podrás volver a caminar.

—¿Dónde estamos mamá? —ignoro al dichoso médico y le pregunto destrozada.

—Estamos en California, no pudimos desplazarte hasta Londres por el gran riesgo que suponía

para ti.

—Está bien... dejadme sola, solo quiero estar sola... —cierro mis ojos y continúo llorando.

Lloro de nuevo, no puedo creer que todo esto esté pasándome, el shock es lo suficientemente fuerte como para enmudecerme, no puedo creer que esté tendida sobre esta cama como una completa inútil, que mis amigas estén muertas y que todo lo que creí haber vivido junto a él haya sido una mentira.

Por fin he recobrado mi cordura tras el enorme shock que he sufrido al despertarme. Mamá me ha mostrado recortes de periódicos y demás noticias en páginas webs que demuestran estar en lo cierto. Todo esto es real, sufrí ese accidente en el que dos de mis amigas murieron. Dios Li... cuánto siento todo lo que ha pasado, soy culpable de esto, de vuestra muerte, ojalá nunca os hubiera convencido para que me acompañarais.

Ahora tengo un conflicto interno que no me deja vivir. Si todo lo que creí haber vivido junto a Kenai ha sido mentira, ¿entonces él sigue vivo? Saber que sigue vivo me hace experimentar una inmensa alegría, pero me destroza saber que nunca hubo nada entre nosotros, que mi hijo nunca existió, al igual que todo lo demás.

El doctor dice que al estar tanto tiempo dormida mi mente ha creado sus propios recuerdos, un sueño tan real que yo lo he sentido como si hubiera sido cierto. El cree que el motivo de mi despertar fue la terrible y angustiada sensación de perder a Kenai, cuando le vi morir, el dolor fue tan grande, tan fuerte que fue real para mí, el trastorno que sufrió mi mente entonces me hizo despertar. ¿Cómo es posible que la mente tenga tal poder? Me inventé mi propia historia, pero el cruel destino jugó su peor carta, tenía algo mucho peor reservado para mí.

Pero Ken Miller's no ha estado tan lejos de mí. Mamá me ha contado que cuando ocurrió el accidente él se quedó muy impactado, su futuro club de fans había sufrido un tremendo accidente provocando la muerte de dos de las chicas, pero milagrosamente las otras dos sobrevivieron. Helena volvió a Londres, sufrió una grave lesión en las vértebras dejándola inválida, pero yo entré en coma y me quedé aquí, en California. Él decidió hacerse cargo de todos mis gastos médicos, me ingresó en el mejor hospital de Los Ángeles y ha venido alguna que otra vez a visitarme. Me alegra saber que ha hecho eso, al menos les ha evitado gastos a mis padres.

Y si todo esto eran malas noticias aún me faltaba oír una más, mis padres se han separado. Mamá dice que el accidente les afectó demasiado, no lograban ponerse de acuerdo para hacerse cargo de mis cuidados, se pasaban el día discutiendo, hasta que finalmente la situación logró superarles.



—Ken Miller's al aparato.

—Ken, tienes que volver ahora mismo a Los Ángeles, la chica se ha despertado.

—Vanessa, ¿podrías ser más específica por favor? Aún no domino el poder de la adivinación —bromeo entre risas.

—Por dios Ken, ¡la presidenta de tu club de fans! —me grita a través del auricular.

—No era necesario que gritaras.

—Grito porque se trata de un tema urgente.

—¿Y a qué viene tanta urgencia? Esa chica estará bien atendida, ya me estoy encargando de todos sus gastos hospitalarios.

—Se me ha ocurrido una idea brillante para sacarle partido a todo este asunto —si no fuera porque ya la conozco, juraría que se está riendo con malicia.

—Cuando vuelvas te cuento todos los detalles.

Estoy tumbada en esta frígida cama que ya forma parte de mi cuerpo, tengo las piernas y los brazos llenos de úlceras de decúbito que deben de doler lo suyo, pero por suerte o por desgracia aún no puedo sentir nada de cuello para abajo.

No he dejado de llorar desde ayer, sigo negada a comer nada, no quiero seguir viviendo, desearía con todas mis fuerzas morirme en este mismo instante.

El sonido de unos nudillos sobre la puerta de la habitación captan mi atención por un instante. El pomo gira y alguien entra interrumpiendo mi amarga estancia en este lugar.

—Hola Noa —saluda con un tono notablemente amable una chica pelirroja.

Es una joven de unos treinta y pocos, no parece una de las enfermeras ni una doctora, pues no viste ningún tipo de uniforme. Luce un pantalón de pinza negro y una blusa de botones sin mangas color beige. Es bastante agraciada, tiene un semblante alargado en los que luce unos redondeados ojos azules y una bonita sonrisa maquillada de color rosa pálido. Diría que es bastante más alta que yo si no fuera por los vertiginosos tacones de punta redonda que calza en sus menudos pies. Se coloca bien las gafas de pasta negras por encima de uno de los alborotados mechones que se escapa de su recogido hecho a toda prisa. Lleva consigo una carpeta roja fuertemente abrazada a su pecho y un bolígrafo entre sus lánguidos dedos.

No digo nada y me limito a observarla en silencio. Ella toma asiento tranquilamente en el sillón junto a mi cama, se cruza de piernas y deja la carpeta sobre el regazo.

—Soy Ingrid, tu psicóloga.

¿Mi psicóloga? Cojonudo, es lo último que necesito en estos momentos, una loquera para que me vuelva más loca aún. Se recoloca de nuevo las gafas sobre el puente de la nariz repleto de pecas y continúa hablando.

—Creo que tienes muchas cosas que contarme —me incita con una agradable sonrisa.

La miro de soslayo con pesadez en los párpados, ¿esta mujer se cree que voy a contarle todos mis problemas así sin más? Ella se percata de mi negación e insiste.

—Estoy aquí para que te desahogues conmigo, sé que acabas de despertar de un coma, que has recibido mucha información de golpe, pero te aseguro que puedes contarme todo lo que quieras.

—¿Y la carpeta y el bolígrafo? ¿Vas a anotar todo lo que te cuente para estudiarme como a una rata de laboratorio? —le suelto sin el más mínimo miramiento.

Ella se quita las gafas despacio y sonrío agachando la cabeza. Se pellizca el puente de la nariz sin borrar esa imperturbable sonrisa de su rostro.

—Está bien... —suelta la carpeta y el bolígrafo en el suelo y alza ambas manos como muestra de rendición—. No voy a anotar nada de lo que me cuentes.

—Mientes... seguro que tienes muy buena memoria —sonrío, me ha caído bien esta chica.

Ingrid sonrío abiertamente por mi respuesta, entrelaza las manos y las deja descansando sobre el regazo sin dejar de mirarme.

—¿Cómo te sientes? —pregunta con ápice de preocupación en su voz.

Cierro los ojos y suspiro profundamente.

—Ahora mismo desearía estar muerta.

Ella no se sorprende ante mi respuesta, entorna los ojos y continúa hablando.

—¿No te alegras de haber despertado? —interroga achinando los ojos de manera exagerada.

Río con ironía ante esa pregunta.

—¿Alegrarme? ¿Acaso hay algo de lo que alegrarse? Dos de mis amigas están muertas, mis padres se han separado y yo estoy aquí empotrada en esta cama sin saber si podré volver a caminar —mis ojos se van humedeciendo a medida que hablo.

—Noa, la vida te ha dado otra oportunidad, debes de buscar un motivo para seguir adelante.

—¿Y para qué me ha dado otra oportunidad, para regocijarse de mi desgracia y burlarse de mi malestar? —mascullo entre lágrimas.

—Podría haber sido peor Noa, podrías no estar ahora mismo hablando conmigo.

Me quedo callada, ¿podría ser peor? Lo dudo.

—Háblame de Denahi.

Oír el nombre de mi pequeño me desgarró el alma un poco más. Pestañeo con fuerza y dos sufridas lágrimas surcan mi pálido rostro.

—Denahi es mi hijo, o eso creía —las palabras me pesan como si fueran de plomo.

—Has estado viviendo una realidad paralela —aclara ella con cautela.

—Eso me han dicho, aunque para mí ha sido tan real como el estar hablando contigo, ahora.

—¿Recuerdas todo con exactitud? —indaga un poco más.

—Demasiada exactitud —asevero entre sollozos.

—¿Te importaría contarme algo del padre de tu hijo?

La pregunta me atraviesa como una potente flecha directa al corazón, aprieto los dientes soportando con angustia el dolor de su punzante pregunta.

—Se llamaba... Kenai —es lo único que atino a decir, luego comienzo a llorar desesperada.

Ingrid alarga su mano derecha, toma una de mis inertes manos y la coloca entre las suyas tratando de calmarme.

—Tranquila cielo, no más preguntas por hoy.

Tras decir eso suelta mi mano despacio y se pone de pie sin dejar de mirarme con cierta tristeza en sus celestes ojos. Agarra su carpeta y su bolígrafo del suelo y vuelve a mirarme con semblante serio.

—Descansa, mañana vendré de nuevo.

Yo asiento con la cabeza sin dejar de llorar, cierro los ojos y oigo como abandona la habitación dejando tras sí el eco del repiqueteo de sus tacones.

Al rato aparecen mi madre y Eric por la puerta, no están solos, alguien más viene con ellos. Giro mi cabeza guiada por la curiosidad cuando distingo la figura de mi padre.

—¡¡Papá!! —grito entusiasmada.

Papá se lleva las manos a la cara y no tarda en romper a llorar. Yo intento revolverme en mi cama para salir corriendo a abrazarle, pero no sirve de nada. Es él quien corre hacia mí.

—Cariño, cariño... —repite insaciablemente a la vez que me estrecha fuertemente entre sus brazos.

Está muy emocionado, apenas puede hablar. Me siento impotente, ni siquiera puedo alzar los brazos para abrazar a mi asustado padre, simplemente permanezco inmóvil como un muñeco, un muñeco que no puede dejar de llorar.

—Estás despierta mi vida, estás despierta... —se balancea hacia delante y atrás sin dejar de llorar, me acuna dentro de su estereotipado movimiento mientras acaricia mi pelo con ternura.

Mamá y Eric contemplan desde la puerta la escena claramente conmovidos, mi madre se seca las lágrimas con disimulo mirando hacia el lado opuesto y Eric aspira nasalmente a un ritmo

constante tratando de hacerse el duro.

—Papá —le llamo para que me preste atención.

Mi padre deja de abrazarme, se aleja y me recuesta en la cama de nuevo. Sus ojos color miel están humedecidos por cientos de lágrimas que salen de forma precipitada y que resbalan por su cara mojando su canosa barba.

—Has venido... —advierdo esbozando una fingida sonrisa, me alegra tenerle aquí conmigo, pero duele saber la cruda realidad.

—Claro cariño, cogí el primer vuelo a California en cuanto supe que habías despertado —sonríe abiertamente al hablarme.

Mi labio inferior comienza a temblar de forma descontrolada y mis aguados ojos retornan a su asiduo estado de llanto.

—Dime que no es verdad... dime que no os habéis separado... —no puedo terminar la frase sin ahogarme en llantos.

La sonrisa de Papá se difumina para sustituirse por una mueca de tristeza. Agacha la cabeza y mira hacia abajo, permaneciendo en un silencio que me inquieta.

—Papá... —insisto, necesito oírlo de su boca.

Le oigo tragar saliva forzosamente, vuelve a subir la cabeza hasta que sus pequeños ojos se topan con mi desolada mirada.

—Cariño, lo siento —dictamina sin darme ningún tipo de explicación—. Me alegro de que estés bien, me alegro muchísimo —coloca su mano sobre mi nuca, me trae hacia él y besa mi frente con ternura.

Después de la visita de papá le pedí a Ingrid que volviera a mi habitación. Le conté todo mi sueño y ella quedó muy asombrada. Sabe que sigo enamorada de Ken Miller's, pues aunque todo esto haya pasado yo sigo queriéndole de la misma manera. Pero ella insiste en que debo de olvidarme de él, y sé que tiene razón, por ello me ha dado un diario y me ha pedido que lo escriba todo ahí, necesito deshacerme de estos recuerdos de una vez por todas.

Estoy enamorada de un espejismo, de una ilusión, creé un Ken Miller's a mi gusto y antojo, pero no tengo ni la menor idea de a lo que me voy a enfrentar. Es un chico mundialmente famoso y millonario y jamás se fijaría en alguien como yo. La cruda realidad me derrumba y me roba las ganas de seguir luchando, sé que el día que lo tenga delante me voy a morir de dolor.



Mi chófer personal me abre la puerta trasera del coche y tomo asiento junto a mi representante, Vanessa, quien lleva rato esperándome en la puerta del aeropuerto.

—¿Ese avión en el que venías iba empujado por una bandada de pájaros o qué? —me recrimina la tardanza en cuanto entro en el coche.

—Yo también me alegro de verte —sonríe con la mayor falsedad que me es posible. Ella rápidamente me fulmina con sus penetrantes ojos negros.

—Supongo que te morirás de ganas de saber el motivo de mi llamada —me incita entornando

la mirada hasta volverse misteriosa.

Asiento con un movimiento de cabeza.

—Ken, tu carrera profesional se va a pique, estás pasando por un momento crítico y tienes la oportunidad de volver a salir a flote.

—Exagerada... Solo estoy de vacaciones —bromeo con una provocadora sonrisa.

—Ken, deja de decir gilipolleces, ¿cuánto hace que no te dan un papel en condiciones?, tu fama de mujeriego y juerguista crece como la espuma.

Mi sonrisa se esfuma y la miro entornando los ojos.

—Oye, ya le estoy pagando todos los gastos a esa chica, ¿qué más quieres que haga?

—Quiero que la ayudes en su rehabilitación.

—¿Qué?, ni de coña, ¿por qué iba a hacer eso?

—Porque te conviene, los medios comenzarán a hablar bien de ti y podrás limpiar tu imagen —la muy pesada se está empezando a poner en plan madre.

—Olvidalo, tengo mejores cosas que hacer —me acerco a la ventana y trato de abrir la puerta pero está cerrado a cal y canto. —¿Has cerrado a propósito?

—¿Es que no lo entiendes?, esa chica estará feliz de que su ídolo la ayude y se preocupe por ella, todos los medios hablarán bien de ti —me reclama sosteniéndome del brazo con fuerza.

Mira que esta mujer puede llegar a ser pesada. Suelto un largo suspiro y me cruzo de brazos.

—¿Cuántos días tendré que ir a verla?

—Creo que una vez al mes será suficiente.

—¿Una vez al mes!? —exclamo con asombro.

Desvío la mirada hacia el lado opuesto y lo pienso con detenimiento. Odio los hospitales, no quiero estar ahí metido fingiendo que esa chica me importa.

—Tú ganas... — finalmente acepto de mala gana.

—Pues vamos al hospital.

—¿Ahora? Imposible, acabo de quedar con una modelo de *Victoria's Secret*.

Ella se vuelve y me mira con ganas de matarme.

—¿Pues la llamas y lo cancelas!

—Joder... ¿siempre tienes que ser tan aguafiestas? Eres una amargada...

—Roger, conduce hasta allí —le ordena.

—Entendido —Roger pone el motor en marcha y nos ponemos en camino.

—¿De veras tengo que hacer esto? —le pregunto mientras miro a través del cristal tintado de negro.

—Sí —Vanessa saca su teléfono y se dispone a hacer una llamada—. Buenos días, soy Vanessa Cloth, representante de Ken Miller's, hemos sabido que la chica se ha despertado... —habla por teléfono concentrada— si... me dirijo hacia allí con mi cliente para hablar con su médico...está bien... hasta luego.

—¿Qué te han dicho?

—Nos reuniremos con ellos en quince minutos.

—Vanessa un momento, ¿dónde están los periodistas que se suponen que van a limpiar mi imagen?

—Primero debemos hablar con el personal del hospital y con su médico para avisarles de que vas a ayudarla con la rehabilitación y de que vendremos con la prensa.

—¿Y qué sentido tiene que yo vaya?

—Tienes que dar la cara, Ken.

—Cojonudo —afirmo con fastidio.

—Han insistido en que ella no puede verte aún.

—¿No puede verme? —repito entornando los ojos.

—Hoy no.

—¿Cuánto tiempo lleva despierta?

—Una semana.

—¿Una semana?

—Ken, has estado demasiado ocupado con tus “asuntos”

—¿Quieres hacer el favor de dejar de echármelo en cara? —le reprocho un tanto molesto.

—Estás pasando por un momento crítico, o cambias o te irás a la mierda.

Resoplo y aprieto mis dientes. Me jode reconocerlo pero tiene razón.

—¿Y qué se supone que debo de decirle a esa chica?, solo la he visto una vez y estaba dormida, las veces que he ido he hablado con sus padres.

—Intenta ser agradable con ella cuando la veas, iba a ser la presidenta de tu club de fans, no puedes dejar que se lleve una mala imagen de ti.

—Agradable con ella, eso será fácil.

—Sonríele, dile cosas que la hagan sentir bien, no sé chico, eres un don juan de las mujeres, no te será difícil hacerlo.

—Está bien...

—Cualquier cosa que le digas le hará feliz, ella sabe que te has encargado de sus gastos hospitalarios, debe creer que eres un alma caritativa.

—Vale, lo he captado.

Al poco rato llegamos al hospital. Vanessa me hace un par de advertencias antes de salir del coche.

—Escúchame bien, entraremos rápido, no te pares ni saludes a nadie, ¿entendido?

—De acuerdo.

—Pues vamos entonces, Roger espéranos aquí, no tardaremos mucho.

—De acuerdo señorita Cloth.

Nos bajamos del coche y nos adentramos en el hospital. Los enfermos que están en la sala de espera me reconocen enseguida, algunos se ponen de pie e intentan acercarse a mí pero Vanessa me coge del brazo y salimos de allí a toda prisa.

—¿El señor Miller's? —pregunta una enfermera mayor.

—El mismo —respondo yo.

—Le estábamos esperando, síganme por favor.

La señora abre una puerta con llave y le seguimos a través de una serie de largos pasillos hasta un ascensor exclusivo para uso del personal.

—El doctor Crosver les espera en la planta doce —nos hace saber la agradable señora.

El ascensor sube a toda velocidad hasta alcanzar la planta doce.

—Pasen por aquí por favor— la señora camina por otro pasillo, estamos en la planta de traumatología. A ambos lados del pasillo puedo ver las puertas de las habitaciones y a algunos pacientes en su interior.

—¿Cómo se llamaba la chica? —le susurro a Vanessa.

—Noa, Noa Méndez.

—Ah sí, Noa...

—¡Ah!, ahí está el doctor Crosver, ¡Doctor!

El doctor Crosver y yo ya nos conocíamos. De las pocas veces que he venido no me ha tratado con mucha amabilidad que digamos, creo que no le caigo muy bien.

—Ah, ya habéis llegado... —el médico se baja las gafas y nos mira por encima del cristal.

—Buenos días —Vanessa se adelanta y le saluda con un apretón de manos.

—Buenos días —responde él.

—Buenos días —le extiende mi mano con la mejor de las intenciones pero él se limita a volver a ponerse las gafas.

—Buenos días señor Miller's —su tono suena agresivo, se da media vuelta y me deja con la mano en el aire. ¿De qué coño va este imbécil?

—Este tío es un gilipollas —farfullo apretando la mandíbula.

—Ya, yo también me he dado cuenta de que le caes muy bien —me responde con ironía.

Caminamos detrás de él, yo no dejo de mirarle con cara de odio, ¿qué coño le he hecho yo a este tío para que me trate así? Entramos en el despacho, hay una mujer joven dentro. Es pelirroja y tiene unos grandes ojos azules en su cara.

—Buenos días, me llamo Ingrid, soy la psicóloga de Noa —nos sonrío y nos saluda con un apretón de manos.

Vaya, menudo bomboncito...

—Sentaos por favor —dice el antipático del médico mientras encaja la puerta del despacho—. Como ya sabréis ha ocurrido un milagro y mi paciente se ha despertado del coma, aunque venís un poco tarde, de eso hace ya una semana.

—Sí, sentimos no haber podido venir antes, pero es que mi cliente ha estado muy ocupado —Vanessa habla por mí, como siempre.

—Ella está bien si es lo que queráis saber, salvo que no podrá caminar hasta dentro de unos seis meses.

—¿Seis meses? —exclamo yo estupefacto separando mi espalda del respaldo de la silla. ¿Voy a tener que estar viniendo aquí durante seis meses?

—Hemos venido precisamente por eso —añade mi representante.

—Explíquese— le dice el doctor mirándola fijamente.

—He pensado que para mi cliente sería bueno el involucrarse en la rehabilitación de la chica.

—¿Ayudar a Noa en su rehabilitación? —pregunta la psicóloga perpleja.

—Mi cliente necesita limpiar su imagen y que mejor manera de hacerlo que viniendo a ayudarla una vez al mes hasta que abandone el hospital.

—Señorita, no creo que eso sea una buena idea —el doctor no parece estar de acuerdo.

—Pues a mí me parece una idea brillante, un acto tan caritativo como este es lo que mi cliente necesita, además la chica estará feliz de que su ídolo la apoye en su rehabilitación, todos salimos ganando.

—No, Noa no está preparada para eso —advierte la psicóloga.

—No sabemos cómo va a reaccionar —el doctor insiste en que no es una buena idea.

—¿Pues cómo va a reaccionar?, se pondrá feliz cuando lo vea— Vanessa no piensa darse por vencida.

—Oiga, usted no tiene ni la menor idea de lo que esa chica ha sufrido— la psicóloga parece haberse molestado—. No estoy de acuerdo con esto Doctor, sabes que Noa no está preparada para verle —ahora se dirige al doctor el cual la mira con semblante serio.

—¿Qué es lo que le pasa a esa chica conmigo? —yo intervengo en la conversación, la psicóloga ha conseguido despertar mi curiosidad.

—Lo siento, pero no tengo por costumbre revelar los problemas de mis pacientes —ella me responde de lo más seco. No entiendo nada, ¿qué cojones le pasa aquí a la gente?

—Ya ha oído a la señorita, no estamos de acuerdo con esto —el médico se pone de pie dando

por zanjado el asunto cuando Vanessa comienza a reírse de manera prepotente.

—Doctor, le recuerdo que gracias a mi cliente su paciente sigue viva, si no acepta nuestro acuerdo mi cliente dejará de pagarle los costes hospitalarios y la chica tendrá que abandonar el hospital.

Alzo ambas cejas sorprendido por la amenaza de Vanessa y tengo que contener una risotada. ¡Chúpate esa, capullo!

—¿Aceptáis el acuerdo o no? —insiste Vanessa con un tono claramente amenazador.

—¿Usted no dice nada señor Miller's, va a dejar que su representante tome decisiones por usted? —el Doctor me provoca con sus palabras, quiere dejarme como un cobarde.

Le regalo una sonrisa retadora mientras me acaricio el mentón, tengo que hacer esto sí quiero salvar mi trayectoria profesional.

—Haced lo que queráis pero yo no quiero tener nada que ver con este asunto — el doctor está muy enfadado. Se quita las gafas lanzándolas sobre la mesa.

—Si ocurre algo las consecuencias serán todas vuestras —la psicóloga se levanta también y me fulmina con la mirada.

Guau, la pelirroja tiene carácter... Me gusta.

—No pienso dar mi consentimiento con esto así que no esperéis que firme nada —insiste el Doctor.

—Bien, mi cliente vendrá una vez al mes para a visitarla, también vendrá la prensa.

Mientras Vanessa habla yo no puedo apartar mis ojos de la fierecilla de pelo naranja, quizás el venir a este hospital tengas sus ventajas...

Espejismo

Hay cosas en la vida que no se pueden describir, como el tacto del viento, el olor de la lluvia, o el sabor de una lágrima, puedes identificarlos sin necesidad de palabras, sabes que son reales, están ahí, existen pero no puedes explicarlos. Mi amor por Kenai es una de esas cosas.

Desde que desperté me he pasado las noches en vilo soñando con su regreso, no hago más que fantasear con nuestro encuentro, imagino una y otra vez como será, hasta que finalmente desisto ante la cruel realidad, pues yo no soy nada para él.

Todos opinan que he perdido la cabeza, creen que el coma me ha afectado más de la cuenta, incluso se atreven a afirmar que solo estoy enamorada de un espejismo. Se equivocan, tan solo yo sé lo que mi corazón experimenta cuando su imagen ronda mi mente, podría morir y esperarle otra vida, lo sé, no me cabe la menor duda.



Apenas hace una semana que desperté de mi eterno sueño, me noto mejor pero continuo débil. La musculatura de mis piernas sigue estando atrofiada, he perdido mucho peso y mi piel luce blanquecina a causa de mi prolongado confinamiento, parezco un fantasma, no me reconozco cuando me miro al espejo. Gracias a las constantes visitas de mi fisioterapeuta, los ejercicios y masajes diarios he logrado recobrar algo de fortaleza en mis brazos, no es gran cosa, pero ni siquiera cualquier avance, es capaz de alegrar a mi torturado corazón.

Hoy es el turno de mi hermano Eric, ha pasado la noche conmigo y cuidará de mi durante todo el día, de veras he notado un agradable cambio en su comportamiento, por primera vez puedo decir que me siento orgullosa de él, creo que esto de la separación le ha afectado bastante, haciéndole madurar de golpe. Tras pasar parte de la mañana en el patio tomando algo de sol para despertar a la adormilada melanina de mi cuerpo, le pido a mi hermano subir a mi habitación.

Caminamos por el pasillo de la planta doce, Eric empuja la silla de ruedas mientras tararea una alegre canción, al pasar por delante de la puerta del despacho del doctor Crosver me percató de que está discutiendo con alguien.

—Eh, espera Eric, ¿oyes eso? —advierdo con la mano puesta sobre la oreja.

—Es el doctor, parece enfadado.

—Espera, espera, quiero oír lo que dice —le hago señas con las manos para que detenga la silla.

—Vamos Noa, no seas cotilla —refunfuña e ignora mis palabras.

—Es la voz de Ingrid, creo que discuten entre ellos —Eric reacciona al oír el nombre de Ingrid, le conozco demasiado bien y sé que mi psicóloga le gusta bastante.

La intriga vence a los buenos modales, mi hermano coloca la silla a un lado de la puerta y ambos, pegados a la pared, espiamos en silencio la conversación.

—No quiero saber nada más sobre este asunto, así que por favor, márchense ahora mismo

—zanja el doctor Crosver con severidad.

Miro a mi hermano con sorpresa y dibujo una mueca, hay alguien más en esa sala.

De pronto oigo el sonido de unas sillas arrastrándose seguidas de unos pasos que se aproximan a gran velocidad y sin darnos pie a reaccionar, la puerta del despacho se abre. Yo me quedo pegada a la silla, no puedo ver a mi hermano pero supongo que se ha quedado igual de tieso que yo, nos han pillado infraganti. Una mujer alta y esbelta sale por la puerta, tiene el pelo rubio sujeto por un semirecogido y va vestida de manera elegante, camina deprisa y parece enfadada, está tan despistada que no se percata de nuestra presencia. Alguien más sale con ella.

—Vamos Ken, no tenemos todo el día —masculla con tono autoritario.

Como si de un acto reflejo se tratase, mi corazón comienza a latir con fuerza e ímpetu al oír ese nombre. Un chico joven asoma por la puerta, su tez tersa y de color canela es inconfundible. Inmediatamente me descubre, gira su cara en mi dirección hasta que mis ojos se topan con los suyos, unos ojos increíblemente hermosos me observan con indiferencia durante un instante que a mí se me antoja eterno, proyectando una luz misteriosa, mágica, angelical, vibrando dentro de mí y traspasándome por completo.

Es como estar viendo un espectro, una visión fantasmal. Siento que me muero, no puedo respirar.

El contacto visual cesa, el chico se coloca bien la camisa y se marcha a toda prisa tras los pasos de la elegante mujer. El oxígeno vuelve a fluir por mis vías respiratorias pero no reacciono, estoy en estado de shock. Eric rápidamente se agacha hasta mi altura y me hace la temida pregunta.

—Noa, ¿ese era...? —no necesita terminar de formular la pregunta, ambos sabemos la respuesta.

No digo nada, sigo mirando el sendero invisible que sus pasos han dejado sobre el pasillo de la planta de traumatología, una explosión de sentimientos me derrumba, mis ojos se inundan de lágrimas y rompo a llorar de manera nerviosa.

—¡Kenai! —un grito casi inaudible escapa de mi garganta. Alargo mi brazo derecho con angustia, quiero abrazarlo, necesito tocarle.

Inclino mi cuerpo como si quisiera salir corriendo tras él, pero solo logro caer de bruces contra el suelo.

—¡Noa! —mi pobre hermano se asusta ante mi reacción, corre a sujetarme e intenta consolarme frotando mi espalda pero no sirve de nada.

Está vivo... ¡¡Kenai está vivo!! Experimento un éxtasis de felicidad y muero de dolor al mismo tiempo ante su ignorancia. No me ha reconocido, ni siquiera sabe quién soy, me ha mirado como si yo fuera un mueble más del decorado, dios, ¡me quiero morir!

Mi llanto se agrava, mi tórax se agita deprisa, no puedo soportar tanto dolor. Eric me abraza con fuerza y me susurra para que me calme, pero estoy demasiado nerviosa y los sentimientos pueden conmigo, derramo una última lágrima y me desplomo entre los brazos de mi hermano.



Me despierto en la misma cama de siempre, desorientada y confundida, ¿qué ha pasado? Un

destello de cordura golpea mi mente y vuelvo a recordar esos hermosos ojos mirándome de manera cruel.

—Kenai... —cierro los ojos con fuerza y lloro al pronunciar su nombre.

—Bueno, al fin te has despertado —conozco esa voz, es Ingrid. Giro mi cabeza y la visualizo, está sentada al lado de la cama, tiene un pequeño cuaderno en su regazo y apunta cosas con un bolígrafo negro.

—Ingrid, ¿qué ha pasado? —giro de nuevo la cabeza y cierro los ojos una vez más.

—Has perdido el conocimiento a causa de una fuerte carga emocional.

—Entonces es cierto, ¿lo he visto? —pregunto insegura.

—Si Noa, le has visto.

Oh dios... ese recuerdo es real, aquel chico era Kenai.

—¿Qué hacía él aquí? —mi voz suena apagada.

—Su representante quiere que él te ayude en la rehabilitación —Ingrid deja de escribir y cierra el cuaderno.

—¿Ayudarme en la rehabilitación? —pregunto asombrada.

—Noa, no creo que sea una buena idea.

—¿Por eso discutía el doctor con ellos?

—Brian y yo no estamos de acuerdo con esto, has sufrido mucho y su presencia no va a ayudar a recuperarte. Todo está muy reciente aún, tienes que dejar que pase el tiempo, algún día tendrás que afrontar la realidad.

—Tenías que haber visto cómo me ha mirado, como si fuera una completa extraña —cierro los ojos con fuerza, el dolor que experimento al recordarlo es terrible—. Dios, no soporto que me mire así...

—Comprendo tu dolor, deber de ser duro sufrir un cambio tan drástico, pero tienes que olvidarte de él, aquello sólo fue producto de tu imaginación.

—Tú jamás lograrías comprenderlo, nadie puede, para mí todo ha sido real, yo lo amo.

—No puedes amarle porque no le conoces, estás enamorada de un espejismo, nada más.

—Quizás tengas razón Ingrid, pero eso no cambia lo que siento.

—Aún sigues confundida.

—¿Y cómo no quieres que lo esté? Hace unos días lo vi morir entre mis brazos, todo lo que creía haber vivido junto a él es una absurda mentira.

Ingrid suspira, se quita las gafas y se pellizca el puente de la nariz.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con que él te ayude en la rehabilitación?

Permanezco en silencio, ¿de veras quiero torturarme de esta forma?, ¿seré capaz de tolerar su indiferencia después de todo el amor que hemos compartido? Ya está todo perdido, él nunca será mío pero al menos podré tenerle cerca, necesito conocer al verdadero Ken Miller's, puede que la cruda realidad me ayude a olvidarle de una vez por todas.

—Sí.

—Está bien Noa, tú ganas, iré a hablar con el doctor Crosver.

La psicóloga me besa la frente con ternura y abandona la habitación regalándome una mirada compasiva.

¿Tú ganas?, ¿el qué gano?, lo he perdido todo, mi vida ha dado un giro de 360 grados en cuestión de minutos; dos de mis amigas están muertas y no puedo evitar el sentirme culpable por ello, mi familia está rota y el amor de mi vida ni siquiera sabe quién soy. Todo a lo que me enfrento a partir de ahora es la verdadera y cruel realidad. Entonces, ¿aquel chico es realmente Ken Miller's y todo lo que creía haber vivido junto a él fue fruto de mi mente?, dios... me hiere

profundamente el solo pensarlo, para mí fue tan real como si lo hubiera vivido, las sensaciones, las palabras, sus besos y caricias, su infinito amor por mí, Tayen, Denahi... todo, ¿absolutamente todo fue mentira? ¿Por qué me he despertado?, ¿por qué no me habré quedado dormida para siempre?!



Mi vida dentro de este lugar es aburrida y monótona, no puedo caminar, me paso el día sentada en esta maldita silla de ruedas contemplando como sale y se pone el sol a través de la ventana de mi habitación. Echo demasiado de menos a Li, si ella estuviese viva alucinaría con todo esto, dios Li...ojalá estuvieras aquí conmigo, necesito de tus consejos, tienes que enseñarme a afrontar esta cruda realidad que se presenta ante mis ojos, solo tú sabías comprenderme.

—Cariño, tómate el desayuno, necesitas comer, así nunca podrás recuperarte — mamá irrumpe mis pensamientos, le agradezco que se preocupe tanto por mí pero su insistencia no le va a servir de nada.

—Estoy bien —respondo observando impasible el horizonte, desearía desvanecerme en el tiempo, convertirme en polvo y surcar el cielo mecida por la suave brisa que acaricia mis mejillas.

Nos encontramos en el patio, en la planta baja del hospital. Este lugar es bonito y agradable, está rodeado de cuidados jardines y una hermosa fuente en el centro. Varias mesas y bancos de madera blanca están situados por todo el área, aquí los pacientes pueden salir a tomar aire fresco acompañado de sus familiares, todos parecen contentos, disfrutan del calor de la luz del sol y del frescor del viento, en cambio yo soy incapaz de sonreír, me siento encarcelada, prisionera de un lugar al que no pertenezco, quiero desaparecer, quiero volver a acostarme en esa cama y no despertar jamás.

—Hija me tienes muy preocupada, te suplico que comas algo —vuelve a insistir mi madre. La pobre está abatida, desde que desperté no he hecho más que transmitirle mi continuo sufrimiento.

Balanceo la mirada sobre el plato y vuelvo a pensar en él. Con Kenai hasta una simple comida era motivo de diversión.

—Buenos días Noa.

Una dulce voz de mujer me aleja de mis pensamientos. Aparto la vista de la insípida comida y la observo perpleja. Es la misma mujer que vi hace unos días, junto a Kenai.

—Soy...

—Sé quién eres —la interrumpo con la voz temblorosa. Si ella está aquí, ¿quiere decir que él también?

Ella parece confundida, frunce el ceño pero rápidamente recupera la sonrisa.

—Vaya, así que tu madre te ha hablado de mí —mira a mamá y su sonrisa se ensancha.

—En realidad no, resulta que te vi hace unos días aquí... con él.

Vanessa trata de ocultar su asombro, parece que eso no se encontraba dentro de sus planes.

—Así es, vinimos a hablar con tu médico y con tu psicóloga —se inclina hacia mí, quizás para tratar de sonar más convincente.

—Lo sé, sé que quieres que él me ayude en mi rehabilitación.

—¿Lo sabes? —ahora su risa suena nerviosa.

—¿Dónde está? —le pregunto sin dejar de buscarle con mis ojos.

—¿Te refieres a Ken? Está muy ocupado, no ha podido venir.

Suspiro desilusionada y mis nervios se disipan solapados a mi aliento.

—Necesito saber que has decidido —Vanessa me mira fijamente a los ojos con una fingida sonrisa en su cara.

Pienso en él una vez más y mis ojos se tornan vidriosos ¿por qué no ha venido él a pedírmelo? ¿Tan poco le importo para que haya mandado a su representante?

—Si decides aceptar necesitaría tu consentimiento para salir en la prensa.

—¿Salir en la prensa? —pregunto con cara de sorpresa.

—Claro, queremos que todo el mundo sepa que la presidenta del club de fans de Ken Miller's sigue con vida.

Eh un momento, ¿¡la presidenta de su club de fans?! Yo ya no quiero tener nada que ver con eso, dos de mis amigas están muertas, ellas formaban parte de esto, sin ellas no pienso hacer nada.

—Yo no estoy segura de querer seguir siendo la presidenta de su club de fans... —farfullo.

Ella reacciona con expectación ante lo que acabo de decir, mamá me mira con los ojos muy abiertos, como si quisiera acallar mis palabras.

—Noa hija, ¿cómo que no quieres seguir siendo la presidenta?, ¿ya te has olvidado de todo lo que luchaste para conseguirlo?

—No mamá, por supuesto que no me he olvidado...—aprieto mis ojos y otra tormenta de recuerdos arrasa mi mente—. ¿¿Acaso no es excesivo el precio que he tenido que pagar por ello?!

Comienzo a alterarme alzando el sonido de mi voz en consecuencia a ello.

—Hija, tienes que calmarte.

—¡Li y María están muertas y yo estoy en una puta silla de ruedas!

Exploto, estoy muy irascible y soy incapaz de controlar la situación. Lloro y cubro mi rostro tras mis manos temblorosas.

Vanessa guarda silencio durante unos segundos en los que solo se oye mi llanto, luego decide hablar.

—Está bien Noa, si no quieres lo entiendo. Os dejaré a solas.

Finalmente se marcha quedándonos a solas mi madre y yo. Ésta corre a abrazarme, acaricia mi pelo con ternura mientras comparte mi dolor.

—No puedo hacerlo mamá...no puedo —me es imposible hablar sin ahogarme en un mar de lágrimas.

—Shh, tranquila cielo, nadie te va a obligar a hacer nada que no quieras hacer.

—No soporto su indiferencia mamá, no quiero su caridad ni su compasión, quieren hacernos creer que él se preocupa por mí pero para él no soy nada.

—Entonces, ¿estás segura de que no quieres hacerlo?

—Aunque quisiera hacerlo no puedo, Ingrid tiene razón, estoy enamorada de un espejismo.

—Está bien cariño, saldré a hablar con ella y le diré que no quieres tener nada que ver con esto.

—Gracias mamá.



—Ken, tenemos un problemita —es Vanessa y acaba de despertarme.

—Dime que pasa ahora...

—La chica está negada, no quiere ni que la ayudes, ni salir en la prensa.

—Bueno, pues si no quiere, no quiere. Asunto zanjado.

La oigo reírse con prepotencia.

—De eso nada, vas a presentarte allí y vas a convencerla.

—¿Qué? —me incorporo sobresaltado.

—Ha estado preguntando por ti, creo que si se lo pides tú quizás cambie de parecer... —una vez más presiento su maliciosa risa tras el auricular.

—Oye, no voy a obligarla.

—Y no lo harás, aceptará por cuenta propia. Creo que está muy afectada por la muerte de sus amigas, tan solo sé comprensivo con ella.

Ruedo los ojos y me tumbo de nuevo sobre el colchón.

—Está bien, haré todo lo que esté en mis manos.

Es un placer conocerte

Despierto cada día siendo infeliz, solo se llorar, mi vida es un infierno, necesito encontrar un motivo para seguir adelante, tengo que aprender a vivir sin él de alguna manera pero, ¿cómo? Si su boca y la mía jamás se encontraron, si su cuerpo y el mío nunca se sintieron, para él solo soy una chica más. No sé lo que daría por sentir de nuevo su calor, por ser el motivo de su sonrisa, por significar algo para él, no sé lo que daría...

—Cariño, alegra esa cara, pronto volverás a caminar —mi querido padre me sonrío e intenta darme ánimos, debería estar feliz, hoy comienzo con los ejercicios de rehabilitación, pero todo me da igual, no tengo ganas de luchar.

Después de largos días de masajes y de ejercicios tumbada sobre esta cama, hoy al fin puedo decir que mis músculos vuelven a recuperar algo de tonicidad, aunque no la habitual, adoro hacer ejercicio y correr largas caminatas, mis piernas siempre han estado fibrosas y firmes y ahora apenas puedo mantenerlas en pie. Este es uno de los muchos motivos por el cual me siento una muerta en vida, nunca antes había estado tanto tiempo inactiva, sentada en una maldita silla de ruedas sin libertad alguna para valerme por mí misma.

Papa me va a acompañar en mi primera clase de rehabilitación con las barras en paralelo, este ejercicio es muy sencillo para cualquier persona que pueda caminar con normalidad, pero no para gente como yo. Consiste en dos largas barras acolchadas colocados en paralelo a las que debo de agarrarme mientras intento caminar sobre una superficie plana, ¿fácil no? La sala está llena de pacientes en el mismo estado que yo, algunos mucho peores y otros que casi ya pueden caminar, pero sin duda yo soy la más joven de todos los presentes. Mi padre empuja la silla de ruedas y se detiene justo enfrente de las barras paralelas. Louis, mi fisioterapeuta, nos espera con una amplia sonrisa.

—Buenos días Noa, ¿estás lista? —pregunta Louis.

—Sí — le respondo con semblante serio.

—¿Tienes ganas de volver a caminar verdad? —el chico agarra mi pierna derecha y la baja del peldaño donde se apoya.

—Echo de menos correr a toda velocidad.

—Pues no te preocupes, pronto volverás a hacerlo —me responde con una sonrisa llena de ánimos.

Louis se dispone a bajar mi otra pierna cuando alguien irrumpe a toda velocidad en la sala.

—Uff, me ha costado encontrar el sitio, este hospital es enorme... ¿Llego muy tarde? —esa voz...

Giro mi cara y le veo, es él, Ken Miller's, ¿qué está haciendo aquí?! Mi caja torácica se mueve deprisa y sin pausa, estoy realmente nerviosa. Ken se aproxima sin dejar de sonreír, nuestras miradas se encuentran y un intenso escalofrío recorre mi espalda, dios... esos malditos ojos verdes.

—Disculpe, ¿usted es? —el fisioterapeuta habla primero.

—No nos conocemos, soy Ken Miller's —le toma de la mano y se la estrecha con ímpetu.

—Ah, el señor Miller's. El doctor Crosver me advirtió de que vendría.

¿Mi médico sabía esto?

—Ken. Que alegría volver a verle —mi padre le saluda de manera nerviosa.

—Hola César. Por favor, tutéeme —se detiene frente a mi padre y le estrecha la mano con expresión alegre. Su timbre de voz suena idéntico a como lo recordaba. Me falta valor para mirarle a los ojos, los cierro y aspiro su embriagador aroma que deambula por el aire, ese perfume, ese olor... ¿cómo es posible que lo reconozca si nunca antes nos hemos visto?

Aparta la vista de mi padre y sus deslumbrantes ojos me localizan, automáticamente mis nervios se disparan, pensé que estaba acostumbrada a sus miradas, pero aquello solo fue un sueño, sus ojos nunca me habían mirado de la forma que ahora lo hacen. Sonríe de nuevo y mi corazón se ablanda, inicia la marcha, viene hacia mí con decisión sin apartarme la mirada.

—Hola pequeña —le veo colocarse de cuclillas frente a mí pero soy incapaz de mirarle a los ojos. Puedo ver de soslayo una enorme sonrisa en su rostro, parece realmente contento.

—Hola... —me coloco el pelo detrás de la oreja y miro hacia abajo, nunca antes había estado tan nerviosa, está muy cerca de mí.

—Siento mucho no haber podido venir antes. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —mi respuesta es breve y concisa, estoy demasiado nerviosa como para entablar conversación con él y mucho menos para mirarle a los ojos.

—Ken, no esperábamos verle por aquí, ¿a qué se debe su visita? —le agradezco en el alma a mi padre que le haya preguntado eso.

—Sabía que hoy empezaban las clases de rehabilitación y no quería perdérmelas.

Me ruborizo en el acto. ¿No quería perdérselas?

—Creí haberle dejado claro a tu representante que no quería tener nada que ver con este tema —aclaro con la voz temblorosa.

—Lo sé, pero prometí ayudarte en tu rehabilitación, por eso estoy aquí —hace una breve pausa antes de seguir hablando—. Pero si no quieres, lo entenderé.

Permanecemos en silencio, esta insípida conversación me está matando, no quiero obligarle a hacer esto, no me arriesgaré a mirarle y ver esos flamantes ojos verdes contemplándome con compasión.

—No tienes que hacer esto si no quieres —le advierto con la voz impregnada de dolor.

—Pero quiero hacerlo, quiero ayudarte.

—No quiero que te compadezcas de mí.

—En parte me siento culpable por lo que pasó, debo ayudarte.

—Ya me ayudas, te estás ocupando de mis gastos médicos y te lo agradezco de corazón, pero no quiero obligarte.

—Oye... —el tacto de su suave piel alerta todos mis sentidos, agarra mi mano derecha y la coloca entre las suyas con la máxima delicadeza posible—. Déjame ayudarte.

El sonido de su voz atraviesa mi alma, alzo la vista en busca de su mirada hasta encontrarme con sus hermosos luceros. El verde del iris de sus ojos me deslumbra iluminando mi ser con una luz majestuosa, es una magia divina que enturbia mis sentidos introduciéndome en un profundo trance, un trance que me hace vagar dentro de un vórtice de recuerdos enfrentados, fantasía y realidad, ¿cómo diferenciarlas?

¿De verdad quiero torturarme de esta forma? Miro a mi padre, él me devuelve una mirada de incertidumbre.

—Tú decides, cielo.

Suspiro profundamente, luego miro de nuevo a Kenai, sus ojos me contemplan con ternura, quiere que acepte.

—Entonces, ¿qué decides?

Ay Kenai... ¿acaso no comprendes que sin ti solo soy como una niña que ansía vivir? No

puedo hacer esto sin ti.

—Está bien, puedes quedarte —le hago saber con un tono amable.

Kenai sonrío abiertamente y luego mira a mi padre, parece contento.

—En ese caso, os dejo con Louis —nos hace saber papá—. Volveré en un rato.

—Quédese tranquilo, está en buenas manos —afirma él.

Mi padre se ríe ante el comentario, en cambio yo me pongo a temblar como un flan, miro a papá y éste me guiña un ojo, por mucho que les pese a todos, saben que la única persona capaz de hacerme feliz es él.



—¿Le importa si soy yo quien la ayude? —pregunta Ken entusiasmado.

—Para nada, tengo entendido que controla bastante bien el tema —aclara Louis.

—Le han informado bien.

—En ese caso me quedaré por aquí cerca supervisando —informa mi fisioterapeuta.

Louis se aleja y me quedo a solas con él. Un abrupto silencio se instaura entre nosotros, no se oye otra cosa que no sea el sonido de su respiración o el fuerte latir de mi corazón, el cual no es capaz de calmarse y solo se agita progresivamente ante la idea de entrar en contacto con él.

—Gracias por dejar que te ayude —él se dispone a bajarme de la silla. Sujeta mi pierna izquierda y un escalofrío me eriza la piel cuando me toca, noto como me pongo tensa y la sangre colorea mis mejillas—. De veras siento mucho todo lo que te ha pasado.

Tras bajar mis dos piernas se propone levantarme.

—¿Estás lista? —asiento con la cabeza—. Voy a bajarte de la silla.

Se coloca a mi lado, agarra mi brazo derecho y lo eleva enrollándolo alrededor de su cuello, mi corazón da un salto dentro del pecho al verle hacer eso, y de manera automática retiro mi brazo avergonzada.

—¿Qué pasa? —me pregunta sorprendido. No respondo, un millón de falsos recuerdos abordan mi mente, esta es la vez que más cerca le he tenido—. Vamos, no seas vergonzosa.

Vuelve a la posición de antes, agarra de nuevo mi brazo, lo coloca alrededor de su cuello, luego rodea mi cintura con su otra mano y de un golpe me pone de pie.

—Sujétate fuerte— me advierte con un tono de voz amable.

Yo hago lo que me pide y me aferro a su cuello con ambas manos, su cara y la mía están tan próximas que puedo olfatear su piel. Mi corazón late deprisa y soy incapaz de ocultar el nerviosismo de tenerlo tan cerca por primera vez.

Al llegar a las barras me suelto de su cuello y me sujeto fuertemente a las mismas, mantengo erguido mi cuerpo mientras que él apoya la palma de su mano en mi espalda.

—Lo has hecho bien— me apremia con una hermosa sonrisa y yo me ruborizo por completo, rápidamente giro mi cara y miro hacia otro lado.

Intento dar el primer paso, sujeto fuertemente las barras y muevo mi pie derecho, Kenai no se separa de mi lado, está detrás de mi atento a cada uno de mis movimientos, no va a dejarme caer, de eso estoy segura.

—Vamos, lo estás haciendo bien— me anima a que siga caminando.

Yo continúo en silencio. Tras una serie de pasos me relajo un poco, pero me confío durante una milésima de segundo y pierdo el equilibrio, apoyando mal un pie y cayendo hacia atrás, suerte que él está justo ahí para sujetarme.

—¿Estás bien?

Me sujeta fuertemente, rodeando mi cintura con sus brazos, me tiene abrazada por completo. Entro en estado de pánico, la vergüenza es tremenda, me revuelvo e intento erguir mi cuerpo desesperadamente.

—¡Eh, eh, no hagas eso, te vas a caer! —me advierte preocupado.

Logro enderezarme y soltarme de su agarre, me encuentro en estado de taquicardia y mi cara está tan roja que corro a esconderla tras mi cortina de pelo.

—¿Noa? —le noto acercarse por mi flanco derecho, me apresuro en girar la cara hacia el lado contrario ocultando mi rubor, no quiero que descubra lo que siento por él.

—Perdón —balbuceo—. Soy una torpe —agacho la cabeza y miro directa al suelo.

Camina hasta colocarse entre las barras paralelas, justo frente a mí. Se inclina un poco hacia delante y aparta un mechón de pelo de mi cara.

—Entiendo que te pongas nerviosa —me atrevo a alzar la vista, me mira con ternura y sonrío—. Pero vas a tener que acostumbrarte a tratar conmigo.

Otro foganazo de calor me abrasa la cara al ver esa flamante sonrisa, me aparto con urgencia y corro a excusarme.

—No, no es eso —niego con la cabeza.

—Ya...—entorna los ojos—. Tu madre me advirtió de que eras muy tímida.

No respondo y me limito a sonreír tímidamente, estoy soportando todo el peso de mi cuerpo con los brazos y estoy comenzando a cansarme, si no le pido ayuda voy a terminar desparramada por el suelo.

—¿Me... me podrías ayudar a volver a sentarme?

—Por supuesto —corre a sujetarme.

—Necesito descansar un poco —afirmo entre risas.

Con sumo cuidado me coloca de nuevo en la silla y yo lo agradezco con un gesto placentero, mis brazos se resienten y aún los noto temblorosos.

—Descansa un rato y lo volvemos a intentar, ¿ok?

Yo asiento con una sonrisa, me parece increíble volver a tenerle aquí conmigo.

Pasamos el resto de la mañana juntos, intentando una y otra vez cruzar las barras paralelas. No hablamos mucho, él me anima todo el rato y yo me limito a sonreír de cuando en vez, tropiezo, me sujeta, me vuelvo a resbalar él me vuelve a sujetar y así hasta que mi cuerpo ya no puede más.

—Pareces agotada, ¿quieres que lo dejemos por hoy? —pregunta preocupado.

—Sí, por favor —confieso un tanto dolorida.

Él me acerca la silla y me coloca en ella con delicadeza, yo le agradezco su amabilidad pero pronto me entristezco, las clases se acaban y por consecuente él se irá, ¿cuándo voy a volver a verle?

—¿Qué tal Noa? Veo que la clase ha ido bastante bien. Has logrado grandes avances en un solo día —Louis se acerca.

—Sí, pero estoy agotada.

—Es completamente normal. Deberías de irte a descansar.

—¿Quieres que te lleve a tu habitación? —Ken ya ha empezado a empujar la silla, por lo que eso no ha sido una pregunta, parece dispuesto a hacerlo.

—Te lo agradecería mucho —afirmo con una sonrisa—. Hasta luego Louis.

Cuando desperté del coma me trasladaron a la planta de traumatología y por tanto a otra habitación, así que me toca hacer de guía turístico. Mientras le guio por uno de los largos pasillos nos encontramos con mi psicóloga, ella se detiene frente a nosotros con gesto de incredulidad y Kenai hace lo mismo.

—Vaya... veo que ya habéis empezado con las clases de rehabilitación —se recoloca las gafas de pasta, no parece muy contenta.

—Hola Ingrid —aprieto los labios esperando una reprimenda, sé que ella y el doctor Crosver no están de acuerdo con esto, pero es mi decisión y no les queda otra que respetarla.

Kenai suelta la silla y veo como se acerca a Ingrid con aires de galantería.

—¿Usted era...? —entorna los ojos de manera interesante a hacerle la pregunta.

Ingrid le fulmina con la mirada, sus labios dibujan una línea recta que no augura nada bueno.

—Su psicóloga —espeta.

—No recordaba que fuera usted tan hermosa... —Kenai sonrío con picardía y se acerca un poco más a ella.

¿Qué cojones? ¿Le está tirando los tejos a mi psicóloga?!

Aprieto la mandíbula soportando el dolor que me causa presenciar esto, Ingrid me mira fugazmente y rápidamente se percata de mi estado.

—Ni yo recordaba que usted fuese tan descarado —ella detiene el acercamiento colocando su mano sobre el pecho de él.

Kenai se queda traspuesto, no creo que esté acostumbrado a que las mujeres le rechacen.

—Noa, luego pasaré a verte —Ingrid me sonrío y se marcha ignorando por completo a Kenai.

Éste contempla boquiabierto como ella se marcha.

—Esa fierecilla... —murmulla.

Kenai rodea la silla y estupefacto, se coloca frente a mí.

—¿Has oído lo que me ha dicho? —oh sí... parece que eso le ha dolido.

Sonrío con malicia.

—¿Me acaba de llamar descarado?

—Eso parece —rio en mis adentros.

Pone gesto de dolorido.

—¿Me podrías pasar su número?

¿Qué?!

Cierro los ojos con resignación y pongo en marcha la silla de ruedas.

—Olvidalo, no te voy a dar el número de mi psicóloga —estoy flipando.

—¡Ey, espera! —ahora corre para alcanzarme.

—Además, a Ingrid no le van los jovencitos —miento. No tengo ni la menor idea de los gustos de mi psicóloga.

Me ha alcanzado y ahora es él quien maneja la silla de ruedas.

—Solo estaba bromeando mujer.

¿Por qué se excusa ante mí? ¿Acaso se ha dado cuenta de que me ha molestado? Rápido Noa, ¡contraataca!

—No... estoy... celosa —musito.

—Eh ¿Has dicho algo? —pregunta él.

Permanezco en silencio, en ocasiones es la mejor respuesta.

—Vaya, así que esta es tu habitación... —Kenai parece muy impresionado, con la mandíbula colgandera ojea cada uno de los rincones de la habitación, no sé a qué viene tanta sorpresa.

—Sí, se supone que fuiste tú quien eligió la habitación —respondo un tanto confusa.

—Eh, claro, pero durante tu estancia en el coma estabas en una habitación distinta.

Tiene razón, la verdad es que la otra habitación era un zulo comparado con las increíbles dimensiones y comodidades de las que goza esta. Cualquier individuo normal no se podría permitir algo así.

Sitúa la silla de ruedas junto a la enorme cristalera que hay al lado de la cama y se asoma por ella. Ese es mi único portal para desconectarme de la cruda realidad, mi única conexión con el mundo exterior. Esta habitación con el paso del tiempo se ha convertido en mi hogar temporal, está llena de coloridos y aromáticos ramos de flores, hay fotos y notas pegadas en la pared y algún que otro peluche. En realidad parece la habitación de una niña pequeña, y estoy empezando a sentir vergüenza por lo que pueda estar pensando Kenai.

—Es fantástica, espero que te sientas cómoda en ella —recalca con una agradable sonrisa que me hace ruborizar.

—Aquí tengo todo lo que necesito —afirmo apretando los labios.

—Bueno... —Kenai se mueve impaciente, saca un increíble teléfono móvil del bolsillo delantero de su pantalón y lo mira con cara de preocupación—. Me temo que tengo que irme, pequeña —ladea la cabeza y guarda el móvil donde estaba.

¿Ya? ¿Tan pronto?

—Claro —finjo que no me importa con una forzada sonrisa.

—Nos veremos pronto —se inclina hacia mí y me da un fatídico beso sobre el pelo acompañado de una caricia.

Me quedo petrificada mientras le oigo salir por la puerta. No soporto su compasión, esa forma de tratarme, como si fuera una niña pequeña... Dios, me mortifica demasiado, no creo estar preparada para esto.

Amistad

Hace un mes que desperté y me voy acostumbrando a mi estancia en este lugar. Ya no me parece tan horrible como al principio, sobre todo por Kenai, pues una sola de sus sonrisas tiene el suficiente poder como para hacerme olvidar cualquier tipo de males.

Me paso los días esperando impaciente por verle aparecer por la puerta y, a pesar de que ya he aceptado que nunca seremos más que amigos, soy feliz viviendo en mi mentira, me conformo con tenerle cerca, con disfrutar de su amabilidad y simpatía.

Estoy en mi cama, recostada escribiendo en mi diario, Ingrid tuvo la genial idea de aconsejarme escribir en un diario todo aquello que recordase sobre mi extraña experiencia durante el coma, y a eso es a lo que me dedico en mis ratos libres. De pronto alguien toca la puerta.

—Buenos días Noa, alguien ha venido a verte —es una de las enfermeras.

Abro los ojos sobresaltada. ¿Kenai? Me recoloco sobre el respaldo de la cama y guardo con urgencia el diario en un cajón de la mesita de noche.

—Claro, dile que pase —un sofocante calor comienza a recorrerme por todo el cuerpo.

La enfermera sostiene la puerta para dejar entrar a una persona sentada en una silla de ruedas. Mi sorpresa es máxima cuando descubro que se trata de... ¡¡Helena!!

Emocionada me cubro la boca con mis manos soportando las ganas de llorar.

—Hola Noa —ella me saluda con una amplia sonrisa y los ojos vidriosos.

Conserva su aspecto de siempre, va vestida de colores vivos y con su larga melena ondeando su cintura, me parece increíble verla sonreír de nuevo, nada parece haber cambiado en ella, nada salvo que ahora ya no puede caminar.

—Helena... —rompo a llorar, me parte el alma verla sentada en esa maldita silla de ruedas.

Ella mueve las ruedas de la silla a toda prisa hasta colocarse al lado de mi cama, yo me descubro la cara sin dejar de llorar y compungida me lanzo a sus brazos.

—Lo siento... —la estrecho fuertemente entre mis brazos con la cara empapada en llanto, ella me devuelve el abrazo.

—No tienes que disculparte por nada —ella también parece haberse emocionado.

—Lo siento... lo siento tanto —mi llanto se agrava, la abrazo más fuerte, este sentimiento de culpa es horrible.

—Vamos Noa, al final me vas a hacer llorar a mí también... —Helena se ríe entre lágrimas.

Me sereno un poco, aspiro mis lágrimas y me seco la cara con el dorso de la mano. La miro de nuevo, no puedo creer que nunca más pueda volver a caminar, nadie se merece algo así. Ella se percata de mi preocupación, alarga sus manos en busca de las mías y las estrecha sin dejar de sonreír.

—Podría ser peor, podría haber muerto en ese accidente.

—Lo sé, pero...

—Además, esta silla no está tan mal —Helena toca uno de los botones y la silla comienza a dar vueltas en círculo.

Su cómico comportamiento consigue arrancarme una sonrisa. Helena no ha venido sola, sus padres están con ella. Ambos me miran emocionados y me regalan un cálido abrazo.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto asombrada.

—Desde que Helena se enteró de que te habías despertado ha estado insistiendo en que quería venir a verte —comenta su padre—. Por motivos del trabajo no hemos podido traerla hasta hoy.

—Y tú, ¿cómo estás? —interviene Helena—. Ya me he enterado de que andas muy bien acompañada... —alza una ceja sucesivamente con picardía.

Automáticamente pienso en él y no tardo en sonrojarme.

—¿Te refieres a...? —me hago la tonta.

—Sabes de sobra a quien me refiero... —reitera con una perversa sonrisa.

—Bueno chicas, creo que tenéis que poner os al día, nosotros vamos a dar un paseo.

Los padres de Helena se despiden con una agradable sonrisa dejándonos a solas.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Te está ayudando en la rehabilitación? —pregunta con gran entusiasmo.

Sonrío con timidez y vuelvo a ruborizarme.

—Sí...

—¿En serio? Y... ¿cómo es? ¿Qué te dice? —Helena parece más ilusionada que yo con esto.

—Bueno pues él... es simpático, agradable y muy respetuoso conmigo.

Helena arruga la nariz y pone gesto de desaprobación.

—Vaya, pues menudo aburrimiento, ¿no tiene ninguna chispa de malote?

Su pregunta me hace reír.

—Lo he visto coquetear con algunas enfermeras y a juzgar por lo que sé, creo que mi psicóloga le gusta.

Ella abre la boca sorprendida y se agarra fuertemente a los reposabrazos de su silla.

—¿Y eso no te enfurece? ¿Acaso te has dado cuenta de que en realidad no era amor eso que creías sentir por él?

Su pregunta me enmudece. Será mejor que le cuente todo desde el principio si quiero que lo entienda.



Helena está llorando como una magdalena, llevamos más de una hora hablando y la historia que acabo de contarle la ha dejado totalmente sobrecogida.

—Noa, no imagino lo horrible que ha debido de ser para ti descubrir que tu hijo... —no puede terminar de hablar cuando se emociona de nuevo.

Yo también estoy llorando, volver a reproducir todos esos recuerdos en mi mente me lastima demasiado. Estrecho un pequeño osito de peluche entre mis manos mientras pienso en mi pequeño.

—Denahi al fin y al cabo es fruto de mi mente, pero Kenai... Kenai es real.

—¿Y cómo lo soportas? ¿Por qué permites que siga viniendo si te hace tanto daño verle? —ella tampoco comprende mi actitud masoquista.

Sonrío con tristeza.

—Lo necesito Helena.

—Pero no te entiendo Noa, no tienes que torturarte de esa forma.

—No quieras entenderlo —sonrío risueña—. Ni siquiera mi psicóloga me entiende.

—Pues si sigues así Kenai va a terminar contigo, pero esta vez de verdad —dictamina con el

rostro muy serio.

—¿Se puede?

Dirijo mi vista hacia la puerta y veo a Ken Miller's apoyado sobre el marco de la misma. Automáticamente entro en estado de pánico y un sudor frío comienza a empapar me la frente.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —balbuceo y lanzo el peluche por los aires lo más rápido posible.

—¿Venir a verte? —me dedica una devastadora sonrisa que me combustiona en el acto.

Maldita sea... esa enfermera ha dejado la puerta abierta. Helena se queda petrificada en la silla al verle entrar por la puerta, su cara palidece como si acabara de morir en ese mismo instante.

—¿Has estado escuchando? —musito muerta de miedo.

—Descuida, no he oído nada —me guiña un ojo de forma seductora—. No sabía que hoy tendrías visita, de haberlo sabido... —se disculpa.

—No, no pasa nada —hago aspavientos con las manos para restarle importancia al asunto.

—Yo también he venido de visita sorpresa —Helena interviene claramente nerviosa.

—Ken, ella es Helena Jiménez —tengo la sensación de que no se han visto en la vida—. Ella fue la otra superviviente del accidente.

Él pone gesto de asombro y rápidamente se acerca hacia ella.

—Vaya, no había tenido el placer de conocerte —se inclina y le otorga un reconfortante abrazo, que, por la cara de felicidad de mi amiga, ha debido de agradarle bastante.

—Lo sé, todo sucedió muy rápido —Helena se encoge de hombros.

Kenai la observa con ojos compasivos, como si sintiera lástima por ella. Odio cuando me mira de la misma forma.

—Siento mucho lo que te ha pasado.

Helena sonrío con pesadez.

—Tranquilo, ya empiezo a acostumbrarme.

—Oíd chicas, seguro que tenéis muchas cosas que contaros, así que será mejor que vuelva otro día.

Mi cara se descompone. ¿Irte?, pero si acabas de llegar. Llevo semanas esperando poder verle.

Helena se percata de mi angustia.

—No tienes por qué irte, en serio, puedes quedarte con nosotras —ella sonrío abiertamente.

—Pero si me quedo solo seré un estorbo —insiste.

—¿Estorbo? ¡Vamos a ser las representantes de tu club de fans, ¿cómo podrías ser un estorbo? —oh no, Helena acaba de tocar un tema tabú.

Kenai y yo intercambiamos miradas de incertidumbre, él sabe de sobra que no quiero tener nada que ver con ese tema.

—Bueno, respecto a eso... Noa me dejó claro que no quiere tener que ver nada con eso —explica él.

Mi amiga me dedica una mirada acusadora, me mira exactamente de la misma forma que mi madre el día que Vanessa vino a proponérmelo.

—Noa, tus amigas te apoyamos en esto, ¿acaso te has olvidado?

—Li y María están muertas por culpa de mi maldito capricho de viajar a California.

—Noa, lo que ha pasado no ha sido culpa de nadie —Kenai toma asiento a un lado de la cama, justo en el filo de la misma, noto como el colchón se hunde un poco, lo tengo tan cerca que ya puedo olfatear su embriagador aroma.

—Hazlo por ellas, reclama lo que es tuyo —me incita ella.

—¿Mío? —sonríó con ironía.

—Exacto, el puesto sigue siendo tuyo —advierte Kenai.

—¿Así que pensabas hacernos el club oficial desde el principio? —giro mi cabeza en su dirección y le miro directamente a los ojos. Esta pregunta llevaba mucho tiempo reservándomela.

—Sí, os pedí que vinierais para conocernos en persona como recompensa de todo el esfuerzo que habíais hecho.

Cierro los ojos y toda mi historia pasa a cámara rápida frente a mis ojos. Es como un maldito deja'vu, no, no quiero volver a pasar por lo mismo, no quiero.

—Lo siento —continúo con los ojos cerrados—. No puedo.

Ya he afrontado que mi historia con Kenai no lleva a ninguna parte, he aceptado su ayuda solo para saciar esta necesidad que tengo, pero involucrarme de nuevo a ese nivel, convertirme otra vez en la presidenta de su club de fans... eso es algo que me resulta imposible de hacer.

—No pasa nada pequeña —de pronto siento el cálido roce de su piel sobre mis manos y todos mis sentidos se alertan.

—¿Y tú por qué sigues ayudándola? Ya no tienes ningún tipo de compromiso con ella —de pronto Helena arremete contra Kenai.

Él frunce el ceño asombrado.

—¿Qué insinúas? Hago esto porque quiero.

Helena le mira con un halo de desconfianza, como si no creyera ninguna de sus palabras.

—La gente como tú jamás hace algo de manera altruista.

Mis ojos gritan para que se calle, no sé a qué viene todo esto.

—Helena... —mascullo apretando la mandíbula.

—Tranquila, es libre de pensar lo que quiera —añade él con una linda sonrisa.

—Entonces lo haces para tener la conciencia tranquila —la pesada de Helena insiste en descubrir el motivo de sus visitas.

—Repito, eres libre de pensar lo que quieras —se pone en pie de un salto, se acerca a mí y me besa el pelo con ternura—. Ahora sí, he de irme.

Le sigo con la mirada impregnada de angustia. *No... No te vayas por favor...*

—Un placer conocerte, Helena —se inclina hacia ella y le besa la mejilla, ésta le devuelve el gesto por pura cortesía.

Con la garganta trabada y los ojos a punto de llorar le veo marcharse por donde ha venido. Estupendo, ahora tendré que esperar otro mes para volver a verle.

—Así que este es el tío que te quita el sueño... —Helena vuelve al ataque en cuanto le ve marcharse.

Me tapo la cara con ambas manos reprimiendo mis ganas de gritarle a Helena.

—Helena... —me destapo la cara y la miro fijamente—. ¡Acabas de echarle!

—¿Yo? Se ha ido porque ha querido —se defiende arqueando las cejas y encogiéndose de hombros.

—¿A qué ha venido todo eso? —estoy muy molesta con ella.

—Vale que el tío esté mortalmente bueno, pero Noa, ¿no crees que todo esto es muy raro?

—¿Raro? ¿Es raro que un famoso haga algo porque quiere hacerlo?

—Noa, ¿de verdad crees que hace esto porque le importas, o eso es lo que tú quieres creer?

—No le conoces, no tienes derecho a juzgarle —comienzo a sollozar.

—¡Ni tú tampoco le conoces! Por el amor de dios, Noa. Estás enamorada de un hombre que no existe.

Las lágrimas se desbordan precipitadas por mi lacrimal, sus palabras me duelen como afiladas espadas, estoy harta de oír siempre lo mismo.

—Helena, te agradezco muchísimo que hayas venido a verme, y siento de corazón lo que te ha pasado, pero por favor, ahora solo quiero estar sola...

Veo como sus ojos se humedecen y como sus cejas se curvan hacia arriba. Otra vez esa mirada, compasión y lástima parecen estar escritos en su cara.

—Aléjate de ese hombre antes de que acabe contigo.

Confianza

La confianza entre nosotros ha ido creciendo, Kenai es divertido y simpático conmigo, tiene un punto de locura y atrevimiento del que yo carezco y a pesar de querer hacerme la dura con él siempre acaba arrancándome una sonrisa.

Me he dado cuenta de que Kenai y yo no tenemos absolutamente nada en común, salvo una cosa, la pasión por los deportes; en cuanto a todo lo demás somos polos opuestos, básicamente yo soy fría como el hielo y él un torrente de fuego abrasador.

—Buenos días cariño, ¿estás lista? —papá viene a buscarme a la habitación donde estoy con mi madre, la cual me ayuda cada mañana a ducharme y vestirme.

He recuperado unos cuantos de los kilos perdidos, cada día voy recobrando un ápice de lo que era, ya no parezco un fantasma y ha vuelto parte de mi bronceado natural, mis ojos ya no están apagados y mi sonrisa alguna que otra vez se pasa a visitarme.

—Ken te está esperando en la sala de ejercicios —me hace saber mi padre empujando mi silla de ruedas.

Oh...genial, otro día más de tortura.

Efectivamente, el hombre de mis sueños me espera cruzado de brazos con la mirada fija en el horizonte. Está realmente guapo, con esos vaqueros desgastados y esa camiseta color beis. En cuanto me ve me regala una brutal sonrisa que me enrojece instantáneamente. Condenado indio de ojos verdes...

—Buenos días Noa.

—Buenos días Ken —le saludo con una tímida sonrisa.

Después de la visita de Helena he estado dándole demasiadas vueltas a lo que me dijo, aunque en cuanto le tengo a mi lado me olvido de todo.

—Bueno chicos, os dejo —mi padre desaparece como por arte de magia, otra vez a solas con mi perdición.

—¿Te apetece ir a dar un paseo?

—¿Un paseo? —le miro forzando la mirada.

—Sí, un paseo por el patio, tomar el sol...

—Tú mandas.

Le dejo decidir, al fin y al cabo no me vendrá nada mal mover las piernas. Kenai sujeta la silla de ruedas y se encamina hacia el patio, ya la maneja como todo un profesional. Al llegar al patio somos el centro de todas las miradas, a estas alturas ya deberían de estar acostumbrados a la presencia de Ken, pero diariamente ingresan pacientes nuevos a los que les pilla totalmente por sorpresa la presencia de un famoso como él en un lugar como este.

—Hemos llegado.

Hace un día soleado y agradable, estamos a pocos metros de la zona vallada, esta es la única parte del patio desde la que se puede ver el exterior del hospital.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Pensé que te gustaría ver algo que no fueran las paredes de este sitio —se acerca a mí y me ayuda a levantarme de la silla.

—Sí, este lugar se ha convertido en una auténtica cárcel.

Me aferro con fuerza a su fornido brazo y me pongo en pie. Camina despacio, a mi ritmo, yo

agarrada a su brazo sin dejar de mirarle. Observo la verde luz que sale de sus ojos cristalinos, esa luz que alumbra la distancia entre él y yo, esa distancia que desearía acortar hasta encontrarme con su boca, su preciosa boca, nunca antes otra boca me haría volver tantas veces por un beso.

—Creo que pronto estarás caminando sola.

—Aún me queda mucho.

—Eres una chica fuerte, acabarás consiguiéndolo.

Tuerce los labios dibujando una sonrisa, me derribo.

—¿Te apetece jugar a un juego? —me pregunta con un tono travieso.

Mi piel se eriza y me aferro más fuerte a su brazo.

—¿Un juego? —pregunto cabizbaja.

—Sí, yo te pregunto algo y tú me tienes que responder con total sinceridad, luego puedes preguntarme tú.

¿Un juego de preguntas? ¿De verdad quiere jugar a eso?

—Está bien —afirmo con seguridad. No dejaría pasar esta oportunidad de conocerle mejor por nada del mundo.

—Ok... pero no te pases con las preguntas —le veo esbozar una pícaro sonrisa—. ¿Color favorito?

Sonrío, esa pregunta era demasiado obvia.

—El blanco.

—Tu turno.

—¿Comida favorita?

—La mexicana —tsk, esa respuesta ya la sabía.

—¿La mayor locura que hayas hecho en tu vida?

—Viajar hasta California para conocerte...

Él me mira de soslayo y sonrío de nuevo.

—Me toca, ¿te gusta mi psicóloga? —formulo la pregunta con un tono seco.

Ken cierra los ojos y suelta una sonora carcajada.

—Bueno, no me importaría hincarle el diente, pero creo que no tengo ninguna posibilidad con ella.

Alucino, ni siquiera ha tratado de negarlo.

—¿Tu primer amor?

La pregunta me toma por sorpresa y me freno en seco. Mi pecho comienza a latir sin control. ¿Mi primer amor? *Mi primer y único amor siempre has sido tú.*

—Kenai, se llama Kenai —balbuceo.

Él me mira con los ojos entornados.

—¿Kenai? ¿El mismo Kenai del que hablabas con tu amiga aquel día?

Palidezco, parece ser que sí había estado escuchando aquella vez.

—Kenai es como un torrente de agua dulce y refrescante de la que siempre estoy sedienta; tiene la templanza de un manantial y la fuerza de mil cataratas, es poderoso como el mar y salvaje como las olas. Él es veneno y es antídoto, es mi risa y mi llanto, la luz de Sol y la oscuridad de la noche, es el color de mi sangre, el miedo al que no temo, Kenai es...mi principio y mi fin.

Kenai me mira totalmente anonadado y un pequeño rubor colorea sus mejillas. ¿Acaba de sonrojarse?

—Eso que acabas de decir es precioso...

Sonrío, pero dentro de mí acaba de instaurarse la tristeza.

—Sí, pero mi amor por él es imposible.

—¿Por qué dices eso? No hay nada imposible.

—Hay cosas que no están a mi alcance, créeme.

—¿Pero sabe él lo que sientes?

Miro hacia el suelo y sonrío de manera forzada.

—Apuesto a que si supiera las maravillas que hablas de él ahora mismo estaría postrado a tus pies.

—¿Quién querría postrarse a mis pies? Es absurdo.

—¿Por qué te menosprecias de esa forma Noa?

—Porque él jamás se va a fijar en mí.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—Tan solo lo sé.

Kenai mira hacia el exterior de la verja y noto como le cambia la cara, parece nervioso. Yo miro también pero no veo nada fuera de lo común, ¿qué diantres le pasa?

—¿Pasa algo?

—No, no pasa nada.

Nos acercamos a uno de los bancos de madera y tomamos asiento. Este breve paseo me ha agotado, sigo estando en baja forma.

Noto un zumbido que proviene de su pantalón vaquero, saca a toda prisa su teléfono móvil y lo mira intrigado, está incómodo y reacio, ¿qué cojones le pasa?

—Lo siento pequeña, no puedo pasar más tiempo contigo, tengo cosas que hacer.

—De acuerdo.

—Iré a buscar a tu padre, nos vemos pronto Noa.

Se inclina y me besa el pelo fugazmente, luego le veo alejarse a paso veloz. Todo esto es muy extraño, ¿por qué se habrá marchado de esa forma?



—Vanessa, soy Ken. Ya está hecho.

—Lo sé, los fotógrafos me lo acaban de confirmar.

—Espero que esas fotos no nos causen problemas legales, recuerda que ella no ha dado su consentimiento.

—No te preocupes por nada, confía en mí.



Las clases de rehabilitación han sido de gran ayuda, ya casi puedo caminar sola, tan solo me

falta atreverme a hacerlo. Estoy con Kenai en la sala de obstáculos y ejercicios, me agarro a una barra con mi mano derecha mientras camino sin necesidad de apoyar mi otra mano en ningún sitio, espero poder ser capaz de caminar sola por fin, hoy voy a intentarlo. Miro a Kenai, él me anima con cada paso que doy, nunca podré agradecerle todo lo que está haciendo por mí y de hecho no se lo he agradecido nunca, pero creo que ya es hora de dar mi brazo a torcer y demostrarle mi agradecimiento.

—Oye Ken...

—¿Sí?

—Quiero darte las gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

—Vaya, ¿estoy oyendo bien?, ¿la señorita me está dando las gracias? —me pregunta con tono de burla y yo acabo riéndome.

—Sí... gracias, por hacer mi estancia aquí más llevadera, por tu paciencia, por tu constancia y por tu amistad.

—Noa... — Kenai me mira sorprendido.

—Sin ti nunca lo habría conseguido —me sonrojo totalmente al decirle esto y fijo mi mirada al suelo.

—Me gusta estar contigo.

Oh joder... ¿Le gusta estar conmigo?

—Pero bueno, no te acostumbres porque nunca más me oirás darte las gracias por algo —le advierto con aires de superioridad mientras sonrío, él me devuelve la sonrisa.

—Vaya, ya me había hecho ilusiones —me regala una mirada de complicidad de lo más dulce y mi corazón se acelera.

—Voy a intentarlo —le miro decidida, iba a hacerlo, iba a intentar caminar sin agarrarme.

—¡Así me gusta! —me responde él entusiasmado.

—Allá voy.

Me suelto lentamente de la barra hasta quedarme desprovista de un punto de apoyo, me tambaleo un par de veces hasta que consigo mantener el equilibrio, Kenai me mira preocupado, con sus manos extendidas para sujetarme si no lo consigo. Logro enderezarme, mantengo mi columna erguida y doy el primer paso, me cuesta un poco pero torpemente lo consigo, le miro entusiasmada, ¡¡lo estoy logrando!! Él me sonríe abiertamente y me anima a seguir.

—Vamos pequeña, ya lo tienes —me dice con un tono muy cariñoso, yo me pongo nerviosa al oírle, pero soporto mis nervios como mejor puedo y doy una serie de pasos seguidos. Camino hacia él, me espera con los brazos abiertos, tengo la sensación de ser un bebé aprendiendo a dar sus primeros pasos.

El esfuerzo merece la pena, y aunque lento, logro caminar sola, sin ayuda de nadie. Camino hasta Kenai el cual me recibe con una enorme alegría, me abraza y me eleva en el aire al grito de —¡¡Sí, lo conseguiste, si!!— Me abraza con fuerza mientras gira sobre sí mismo, yo no quepo en mi alegría, ambos estamos felices, incluso el resto de pacientes con los cuales he compartido largos días aquí aplauden mi hazaña, todos están emocionados, pero la emoción se ve interrumpida al entrar mi madre corriendo a toda prisa.

—Hija, tienes que ver esto —mamá corre hacia mí, trae algo en la mano.

Me suelto de sus brazos y miro a mi madre preocupada. Es una revista, en la portada hay una foto mía y de Ken de cuando estuve en el patio paseando agarrada de su brazo.

—¿Qué diantres? —mi cara es un poema.

—Hanya, ¿de dónde ha sacado eso? —pregunta Ken desconcertado.

—Es la revista que compro semanalmente.

El titular es una locura: *¿Ken Miller's enamorado?*

Mi corazón se detiene al leer semejante chorrada. ¿Kenai enamorado de mí? ¡¿A quién se le ha ocurrido eso?!

—¿Cómo es posible? —no salgo de mi asombro.

—Malditos paparazis, no se les escapa una —asevera Ken quitándome la revista.

Giro mi cabeza y le miro directamente a los ojos.

—¿No habrás tenido nada que ver con esto, verdad?

Él frunce el ceño aparentemente molesto.

—No, ¿cómo crees? Ellos saben que vengo a ayudarte, aprovechan cualquier oportunidad para inventarse una exclusiva.

—¿Pero esto es legal, pueden sacar a mi hija en una revista sin su consentimiento? —pregunta mi madre muy preocupada.

Mientras ellos hablan ojeo la revista, hay todo un artículo hablando de nosotros. Hay más fotos, en ellas salimos sonriendo y caminando por el patio.

Ken Miller's ha sido visto en una actitud bastante cariñosa con la que iba a ser la presidenta de su club de fans. Sabemos que va a visitarla con bastante frecuencia al hospital. ¿Habrá encontrado al fin a la chica de sus sueños?

—Tienes que desmentir esto —le ruego con la mirada.

—Noa, no te preocupes por esto, siempre están inventando chismes.

—Por favor —le suplico.

Ken se acaricia la nuca con cara de preocupación, luego de dar un par de vueltas en círculo dice algo.

—Está bien, hablaré con mi representante a ver qué podemos hacer.

Asiento con la cabeza.

—Gracias hijo —agradece mi madre.

Kenai aprieta los labios tratando de sonreír, parece realmente preocupado.

—Pronto os diré algo —se acerca a mí y me da un fatídico beso en la frente. Cierro los ojos y disfruto del placentero tacto de sus labios carnosos sobre mi piel—. Cúdate.

Traición

Han transcurrido casi seis meses desde que desperté, después de mucho días de rehabilitación hoy puedo caminar con la ayuda de unas muletas, mi recuperación casi está lista, si continúo así pronto podré salir de aquí.

No he vuelto a tener noticias de Ken ni de las fotos de aquella revista, debe de estar ocupado con su ajetreada agenda de famoso.

Camino sola de vuelta a mi habitación, acabo de subir del patio, he estado jugando a las cartas con mis vecinos de la planta por un rato pero ahora todos se han ido y yo subo a mi habitación en busca de un libro para entretenerme hasta que mi padre venga para comer conmigo.

Oh, es una auténtica alegría poder estar de pie, por fin me deshice de aquella maldita silla de ruedas, he llegado a odiarla hasta el punto de no querer ver una más en mi vida. Paso por delante del despacho del doctor Crosver, la puerta está entre abierta, parece ser que está dentro. Continúo caminando hasta que algo llama mi atención, se oyen varias voces provenientes del despacho, entre ellas la de Vanessa, la representante de Ken. Decido pasar de largo, no me gusta ser cotilla y no voy a quedarme a espiar la conversación a pesar de que pueda interesarme. Me detengo en seco y me quedo pensativa durante unos instantes, ¿qué hace Vanessa aquí?, ¿y por qué no ha venido con él? Las respuestas a mis preguntas llegan solas cuando entre el barullo de voces distingo la voz de Kenai.

Rápidamente y cojeando me aproximo a la puerta, ¡Kenai está aquí! Sé que está mal, que no debería de hacerlo y que como me pillen me van a sermonear pero la tentación es muy grande. Apoyo la espalda en la pared justo al lado de la puerta y escucho atentamente la conversación.

—Así que ya está, ¿se marchan así sin más? —la voz de Brian suena muy seria.

—Como le he dicho mi representado tiene muchas propuestas nuevas, ahora que hemos conseguido nuestro objetivo todo vuelve a ser como antes —su objetivo, ¿de qué coño está hablando?

—Me parece increíble la actitud de ustedes. ¿En serio va a dejar de ayudarla ahora que está a punto de conseguirlo? —¿dejar de ayudarme?, ¿Kenai no va a venir más?

—Oiga, creo que ya la he ayudado bastante, además no quiero perder más tiempo con esto —Kenai... ¿qué estás diciendo?

—Ustedes los famosos se creen que pueden tratar a la gente como les de la real gana. ¿Acaso se ha parado a pensar cómo se va a sentir Noa cuando vea que se ha despreocupado de ella y que se ha marchado sin ni siquiera despedirse? —el tono de voz del doctor se va acrecentando por momentos.

—Doctor, recuerde por qué decidimos iniciar este asunto, solo lo hicimos para limpiar la imagen de mi representado, él no tiene ningún tipo de compromiso con esa chica.

Oh dios...no puedo creer lo que estoy oyendo. Mi corazón comienza a latir deprisa, abro mi boca en un intento de tomar aire pues siento que me quedo sin respiración. Mi mentón comienza a temblar y mi visión se vuelve borrosa, pronto rompo a llorar, lo que estoy oyendo me hace demasiado daño.

—Invéntese algo, dígame que se ha tenido que ir de viaje lejos de aquí, ya se le pasará, no es más que una de sus fans. Lo acabará superando.

Joder, las palabras de Vanessa son muy duras. ¿Kenai solo lo hizo por interés? ¿Fingió que se

preocupaba por mí por beneficio propio? ¿Todo este tiempo que ha pasado conmigo no ha sido más que una mentira?

Las palabras de Helena martillean mi mente ocasionándome un fuerte dolor de cabeza. Ahora todo tiene sentido, todo estaba planeado.

Me deslizo por la pared hasta terminar sentada en el suelo. Lloro en silencio como nunca antes lo había hecho. No quiero oír nada más, ya he oído más que suficiente.

La puerta del despacho se abre y Vanessa sale seguida de él. No quiero mirarle, quisiera evaporarme y desaparecer para siempre como el humo de un cigarrillo, pero mi maldita suerte hace que él me vea sentada en el suelo, con los ojos empapados de lágrimas y con la mirada perdida en el tiempo.

—¿Noa? ¿Es...estabas escuchando? —pregunta con la voz acongojada.

No respondo, tampoco le miro, simplemente rompo a llorar de nuevo, un lamento doloroso que me desgarran el pecho y me quema la garganta.

—Oye, ¿estás bien? —insiste.

¿Por qué mierda finges preocuparte por mí?! Su falso interés me hierva la sangre, el maldito hipócrita continúa con su circo y con la máscara colocada, pero no, no voy a permitir que se marche de rositas sin antes descargar todo este dolor sobre él. Pestañeo fuertemente y trago saliva, me tiembla todo el cuerpo, resoplo y saco fuerzas para ponerme en pie, él sigue ahí parado esperando una respuesta.

Sin mediar palabra me aproximo con decisión, aprieto mis dientes y le propino una fuerte cachetada que le obliga a girar la cara hacia el lado opuesto.

—¡¡Eres un maldito hipócrita!! —mis palabras repletas de rabia se fusionan con mis lágrimas llenas de dolor.

—¡¿Chica, que crees que estás haciendo?! —Vanessa viene directa hacia mí pero Kenai la detiene alzando su brazo derecho. No dice nada, se acaricia el moflete enrojecido por el golpe con la mano que le queda libre mientras me fulmina con la mirada.

El doctor Brian sale de su despacho al oír los gritos y rápidamente interviene en la discusión.

—¿Qué está pasando aquí? —ignoro sus palabras y continúo llorando.

—Has estado actuando todo este tiempo... —mascullo rebosante de ira.

—Siento que hayas tenido que oír eso —se disculpa sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Has oído la conversación? —Brian se acerca por detrás e intenta sujetarme del brazo pero yo me revuelvo.

—¿Lo sientes? —torpemente me acerco a él con la voz cargada de rencor—. ¡¡Eres un capullo egoísta!! —arremeto contra él y le doy un empujón haciéndole retroceder unos pasos.

—¿Estás loca? ¡Acabas de agredir a mi cliente! ¡Se te va a caer el pelo por esto! —me amenaza Vanessa enfurecida.

Kenai no se defiende, aprieta su mandíbula y mira hacia otro lado. Vanessa intenta meterse en medio de nosotros pero él la detiene una vez más, parece que quiera darme el gusto de desahogarme con él.

—¡¡Solo pensabas en ti y en tu sucio dinero!! —le golpeo una y otra vez en el pecho sin dejar de llorar.

—Noa basta —Brian me sujeta por detrás e intenta detenerme, pero yo me revuelvo de nuevo.

—¡¡No te importa nada ni nadie, todo lo que haces es por interés!! —no puedo dejar de golpearle ni puedo parar de chillar. El alboroto es tal que comienzan a asomarse algunos pacientes para saciar su curiosidad.

—¡Que alguien le administre un sedante a esta loca! —exige su representante sin dejar de

gritar.

—¡Por favor vuelvan a sus habitaciones, esto no es asunto suyo! —ordena el doctor con voz nerviosa, realmente le estoy metiendo en un aprieto.

Los pacientes obedecen sin rechistar y las puertas de las habitaciones vuelven a cerrarse. Vanessa pronto comienza a impacientarse con mi actitud y le pide a gritos al doctor para que me administre un sedante.

—Noa, no me merezco que me trates así —ahora sí me mira a los ojos—. Tú no me conoces, no sabes absolutamente nada de mí, ¿cómo me juzgas de esa forma?

¿Qué?, ¿ahora pretende ir de víctima?

—Por supuesto que no te conozco... —musito con un suspiro en el pecho—. ¡¡Confíaba en ti, joder!!

—Noa vamos, regresa a tu habitación por favor —el doctor me sujeta de nuevo por detrás pero esta vez no me resisto. Aparto la vista sin dejar de sollozar.

—Lo siento Noa —oigo cómo se disculpa de nuevo con la voz apagada.

—Vamos Ken, larguémonos de aquí —le hace saber su representante sujetándole del brazo.

Alzo la vista y le miro una última vez a los ojos, esos flamantes ojos verdes que me provocan miles de sensaciones. No puedo evitarlo, me vuelvo frágil e indefensa cuando me mira de esa forma, tan vulnerable que me muero de ganas de confesarle mis verdaderos sentimientos por él.

—Eres la única persona a la que he... —sus ojos muestran un repentino interés a mis palabras, lo cual conlleva a que mi corazón comience a galopar dentro de mi pecho como un caballo desbocado. ¿Qué cojones haces Noa? ¡Cállate! No lo digas, no lo confíes ahora, se lo has estado ocultando todo este tiempo, no lo digas...—. La única persona a la que he admirado de verdad —balbuceo con el rostro mojado de dolor.

—Pues siento haberte defraudado.

Nuestras miradas se sostienen durante un instante hasta que finalmente él se da media vuelta y se aleja despacio.

Sin dejar de llorar me dirijo hacia mi habitación seguida por el doctor Crosver. Al entrar cierra la puerta tras él.

—Noa, eso ha sido muy osado. No olvides que ese chico es famoso, podrías meterte en un grave problema al haberle agredido.

Oigo las palabras de mi médico con hastío, no necesito reprimendas, todo esto ha pasado porque él lo ha consentido. Ahora puedo verlo con claridad.

Aprieto los dientes, aferrándome con fuerza al soporte de la muleta.

—Usted lo ha sabido todo este tiempo...

Crosver de pronto se queda callado. Acaba de delatarse.

—¡Usted lo sabía! ¡Sabía sus intenciones desde el principio y sin embargo me lo ocultó! —me giro hacia él y comienzo a gritarle enfurecida.

—Sí Noa, lo sabía. Pero traté de evitarlo, desde un principio Ingrid y yo nos negamos rotundamente.

—Así que Ingrid también lo sabía —rio con sarcasmo.

—Esa mujer que va con él, amenazó con dejar de pagar tu tratamiento si nos negábamos.

Vanessa, esa hija de puta...

—No nos quedaba otra opción. Pero al final la última palabra la tenías tú.

—¿Ahora resulta que la culpa la tengo yo? —estoy flipando.

—Yo no he dicho eso.

Cierro los ojos y el dolor de su traición retorna cargado de fuerza. No quiero seguir oyendo

nada más.

—Lárguese. Necesito estar sola... —rompo a llorar de nuevo.

—Claro. Si necesitas algo no dudes en pedirlo.

El doctor se marcha y me quedo sola. Tomo asiento en mi cama y me cubro la cara con ambas manos sin dejar de llorar.

¿Cómo he podido ser tan idiota? Mis amigas están muertas por su estúpido capricho de viajar a California, ¿y encima tiene las agallas de hacerme esto? Todo estaba planeado desde el principio, las fotos de la revista... todo. Dios, ¿cómo no me he dado cuenta?

Helena, ella fue la única que me lo advirtió, y yo, cegada por ese ridículo amor que creía sentir por ese tío no le hice el menor caso.

Alcanzo mi teléfono móvil y busco el número de Helena en la agenda. Creo que le debo una disculpa.

Sombras del pasado

Miro mis apuntes de Anatomía, observo las letras grabadas sobre el papel pero mi mente no está concentrada en su tarea. Músculos, nervios, arterias y órganos como mi corazón, el cual ya no bombea la sangre que pasa por sus aurículas y ventrículos, tan solo la deja pasar como mero acto fisiológico. La cruda realidad que me mostró al verdadero Ken me ha inutilizado por completo. Ingrid tenía razón, tan solo estuve enamorada de un espejismo.

Tras el largo tiempo hospitalizada he vuelto a asistir a la universidad, mis padres vuelven a estar juntos y decidieron asentarse definitivamente en California. Me han matriculado en una universidad privada, demasiado cursi para mi gusto, pero debido a lo atrasada que estoy en el curso y al tiempo perdido han pensado que es mejor que adelante los estudios por el método más sencillo.

El profesor termina la clase, yo recojo mis pertenencias y las guardo en mi maleta de cuero. Abandono el aula y salgo al pasillo principal. Hoy es viernes, al fin se termina la semana. El resto de alumnos lo celebran felizmente gritando a voces los estupendos planes que tienen para el fin de semana. Para mi tan solo es un día más, no voy a hacer nada especial y tampoco tengo ganas de hacerlo. Salgo al exterior del campus, hace un día soleado de lo más primaveral. Oigo unos pasos que se aproximan velozmente hasta mi posición.

—¡¡Noa espera!! —me giro asustada, es Keith, la rubia hiperactiva grita mi nombre y se detiene justo a mi lado.

La adaptación al nuevo curso fue muy complicada pues todo el mundo me conoce, mi cara ha pasado a ser famosa, he sido noticia y he salido en tantas portadas de revistas y periódicos que a estas alturas es imposible pasar desapercibida. Si no fuera por Keith no habría sido capaz de soportarlo.

—¿Por qué no me has esperado? —pregunta ella un tanto agotada por la carrera.

Estaba tan inmersa en mis pensamientos que se me ha olvidado por completo esperarla.

—Perdona Keith, ya sabes lo despistada que estoy últimamente —me disculpo con una sonrisa.

—Pues verás... —habla un tanto asfiriada, se agacha e intenta recuperar el aliento para poder seguir hablando.

—¿Y a qué viene tanto alboroto? —ella traga saliva, respira hondo y cierra los ojos.

—¿Haces algo esta noche? —abre los ojos y dibuja una enorme sonrisa en su cara.

—Eh no —oh mierda, ¿qué está planeando ahora?

—¿Te vendrías a una fiesta?

¿Una fiesta? No suena mal... Hace tanto que no salgo de fiesta que ya me he olvidado de lo que es.

—¿Una fiesta dónde? —le pregunto intrigada.

Keith es una chica muy peculiar. Nació y se crio en una familia de clase alta, su padre es Joseph O'donnell, un importante hombre de negocios dueño de una de las empresas multinacionales más importantes del país. Sí, Keith es millonaria, dice que tiene tanto dinero que no acabaría de contarlos ni en dos vidas, aunque nunca la he visto sentirse orgullosa de ser heredera de semejante fortuna. No le gusta aparentar ni sentirse superior a nadie, es una chica rebelde e independiente, motivo por el cual no se lleva del todo bien con su padre.

—Es en Utah, mi padre ha sido invitado a una de esas fiestas de gente importante —entre

comilla con los dedos la palabra importante.

—¿Y tienes que ir con él?

—Exacto, y no me apetece nada ir a una de esas fiestas sola... —pone cara de pena.

—Vamos, ¿seguro que no tienes a nadie más a quién invitar? Cualquiera estaría encantado de asistir a una de esas fiestas.

—Sabes que no tengo a nadie, la gente normal me rehúye en cuanto se enteran de quién es mi padre —una vez más la oigo quejarse de su condición social—. A veces desearía ser una persona normal.

—Keith, a mí me pareces una persona perfectamente normal.

—¿Bromeas?, la gente piensa que soy una adinerada repelente.

—Eso es porque no te conocen como yo.

—Tú fuiste la única que me brindó la oportunidad, eres maravillosa Noa, sabes sacar lo mejor de las personas.

—Yo no creo que sea maravillosa, simplemente no me gusta juzgar a la gente sin conocerla.

—A veces es inevitable hacerlo.

—Si...

—Entonces, ¿te apuntas?

—No sé si me apetece... —trato de huir pero ella me detiene.

—No vas a decirme que no ésta vez —me sujeta del brazo y me gira hacia ella—. Vamos Noa, has salido de ese hospital y ¿qué has hecho? Limitarte a ir a clases y luego quedarte encerrada en casa. ¿Es que piensas seguir así el resto de tu vida?

—Keith, no creo que sea una buena idea —me estoy empezando a agobiar.

Ella conoce toda la historia del accidente y de mi experiencia durante el coma, no quise contarle nada, preferiría haberlo mantenido en secreto, pero como he dicho antes ya soy famosa por ser la ex presidenta de su club de fans.

—¿Tienes miedo de encontrártelo? ¿Es eso, verdad? —acierta de pleno.

Agacho la cabeza y evito su mirada. No puedo seguir viviendo con miedo, él me ha demostrado que no merece la pena pero mi corazón sigue quemando cuando pienso en él.

—Yo... —intento hablar pero un nudo de emociones me traba la garganta.

—La fiesta es en Utah, sabes que Ken vive aquí, en California, es más probable que te lo cruces cualquier día por *Beverly Hills* que en esa fiesta —trata de convencerme.

Me quedo callada, Utah está lejos de aquí, no creo que tenga tan mala suerte de encontrármelo en esa fiesta, ¿verdad?

—Nos hospedaremos en un hotelazo, lo pasaremos bien y conocerás gente nueva. ¡Vamos Noa, necesitas salir! —insiste—. No te quedes callada, ¡dime algo! —me zarandea del brazo.

—Keith no sé si es una buena idea...

—Te aseguro que Ken Miller's no asistirá a esa fiesta —aseveran sus celestes ojos.

Guardo silencio.

—¿Cómo estás tan segura?

—Vamos, confía en mí.

Volteo los ojos y finalmente me dejo convencer.

—Está bien, enséñame cómo es ese mundo en el que te mueves.

Aunque yo del mundo rodeado de dinero, fama y glamour he tenido más que suficiente o al menos eso es lo que me dice el subconsciente, pero realmente siento curiosidad, quiero adentrarme en ese terreno, conocer cómo es ese tipo de vida y así lograr entender o encontrar algún motivo que me haga comprender por qué Ken actuó de esa forma conmigo. ¿Realmente uno

se vuelve insensible e inhumano cuando tiene tanto dinero? ¿Hasta qué punto corrompe el poder? Necesito saberlo, aún sigo buscando respuestas.



Pongo a punto el terminal del circuito de spa de casa y adecuo la temperatura del jacuzzi.

—¿Vamos a hacerlo en el jacuzzi? —me pregunta la maciza de mirada ardiente.

—Lo haremos en el jacuzzi, en el suelo, sobre la encimera y donde a ti te dé la gana —respondo agarrando su turgente trasero.

Comenzamos a morrearnos de manera ansiosa, necesito echar un polvo, la discusión de hoy con mi padre me ha puesto de los nervios.

Me dispongo a bajarme los pantalones cuando mi teléfono comienza a sonar.

—¡Oh joder! —gruño malhumorado.

—No pasa nada, responde —ella da un paso atrás muy acalorada.

Saco el teléfono de mi bolsillo y me alejo un poco para hablar con seguridad. Es Vanessa.

—Hola Vanessa —respondo con desgana.

—Uy, ¿he interrumpido algo? —su asquerosa risita se oye de fondo.

—Resulta que sí —mascullo.

—Lo siento, pero tenía que informarte de algo. Esta noche asistiremos a un evento en Utah, es una importantísima fiesta donde asistirán patrocinadores y personas muy influyentes.

—¿Y me avisas ahora? —exclamo.

—Perdona, pero he estado luchando para conseguirte una entrada a esa fiesta hasta ahora, eres un desagradecido... —genial, se ha molestado.

—Está bien, supongo que gracias —respondo con sarcasmo.

—He oído que el director Kevin Lum está buscando un actor para interpretar el papel principal de su nueva película y... ¿adivina quién va a asistir a esa fiesta? —de pronto todo ápice de enfado en su voz ha desaparecido. A veces creo que ésta mujer es bipolar.

—Kevin Lum... —afirmo poniendo los ojos en blanco.

—Ajá... es tu oportunidad, tienes que conseguir ese papel.

—Vale, pero ahora por favor déjame tranquilo.

—Ya lo he preparado todo, irán a recogerte a las siete.

—Estupendo Vanessa, hasta luego.

Pesada... Cuelgo la llamada y refunfuño, estoy cansado de esto, cansado de que me planifiquen la vida.



Keith aparece como un terremoto en casa. Oigo como llama al timbre insistentemente, me levanto de la cama y me dispongo a abrirle la puerta pero mi madre se ha adelantado.

—¡Keith! —exclama mamá asombrada.

—¡Hola señora Méndez! — Keith se abalanza sobre mi madre y le da un fuerte abrazo. Entra en casa corriendo, trae consigo una pequeña maleta de viaje.

—Has venido muy pronto —le digo con una sonrisa forzada en mi cara. No sé por qué ha venido tan pronto, ni siquiera estoy segura de si voy a asistir a esa fiesta.

—¿A qué viene esa cara? ¿No te habrás rajado a última hora no? —me pregunta ella con cara de preocupación.

—¿Keith, te quedas en casa a dormir? —le pregunta mi madre, la cual ignora el verdadero plan que tenemos previsto.

—Oh no señora Méndez, ¿su hija no le ha contado nada?

Mamá mira a Keith desconcertada, pestañea lentamente y sus grandes ojos negros se clavan en mí.

—Me llevo a su hija de fiesta, he venido antes para ayudarle a Noa con el peinado.

—¿Una fiesta?, ¿vas a salir? —mamá me mira muy seria. La miro a los ojos y asiento con la cabeza. Su expresión cambia y una sonrisa comienza a dibujarse en su cara—. ¡¡Qué alegría!! —corre hacia mí y me besuquea la cara en repetidas ocasiones—. Me alegro de que hayas decidido salir —vuelve a besarme, se marcha hacia el salón y yo me quedo con cara de póker.

Mamá ha visto mi comportamiento desde que descubrí las verdaderas intenciones de Kenai. Me ha visto deambular por la casa como un zombi carente de vida propia. Después de cuatro meses dormida y seis meses de rehabilitación, cuando por fin vuelvo a retomar mi vida y puedo volver a caminar decido renunciar a mi vida... Todo por un capullo egoísta que solo piensa en el dinero.

—Joder, ¿no crees que tu madre es un pelín exagerada? —farfulla Keith asombrada.

La tomo de la mano y la guio camino a mi habitación. Entramos dentro y rápidamente cierro la puerta.

—Keith, sabes lo mucho que me afectó esto del accidente, he estado muy deprimida desde entonces.

—Lo sé, lo sé. Al principio no entendía por qué siempre me dabas largas. Pensaba que eras una mimada y que tus padres no te dejaban salir de casa...

—Keith, ¿yo no te juzgue recuerdas?

—Tienes razón, lo siento —se aproxima a mi cama y toma asiento junto a mí.

Me alegra poder ser totalmente sincera con ella. He tenido que reinventar la historia de mi vida, les menté a todos, nadie sabe la verdad acerca de lo que sucedió; nunca le hablé a nadie de Ken ni de lo que pasó, no quiero seguir hablando de algo pasado, de alguien que me hizo tanto daño y se burló de mis sentimientos. Quisiera poder olvidarle de una vez por todas y rehacer mi vida, quisiera arrancarle de mi corazón y quemar sus recuerdos en una hoguera, tan solo quisiera comenzar desde cero.

—Si no tienes ganas de ir lo entenderé —la rubia de ojos azules parece conmovida.

—No Keith, iré, necesito salir y conocer gente nueva.

—Eh... ¡esa es la actitud! —recalca con una gran sonrisa.

—No me voy a quedar eternamente aquí encerrada.

—Claro que no, verás cómo te diviertes —me da una palmada en la rodilla y se pone de pie de un brinco.

La rubia camina hasta la pequeña maleta que ha traído y la abre mostrándome su interior. En ella hay todo un kit de maquillaje con pinturas de las marcas más prestigiosas. También hay utensilios de peluquería y dos vestidos envueltos en fundas de plástico. Yo la miro extrañada, ¿vamos a una fiesta o a una boda?

—¿Realmente es necesario todo esto? —le pregunto acercándome a ella.

—Chica, vamos una fiesta donde habrá gente muy importante, sabes que no me gustan las apariencias pero esta noche quiero que brilles más que las mismísimas estrellas del firmamento.

Me río ante el comentario de Keith, ¿brillar yo?, ¿por qué?

Ella coge uno de los vestidos de la maleta, le quita la funda de plástico y me lo muestra orgullosa.

—Mira, ¿te gusta?

Es un hermoso vestido blanco perla de pedrería. Es bastante corto, con un bonito escote y de media manga.

—Este es para ti —se acerca a mí y me lo da.

—¿Para mí? —pregunto asombrada.

—Sí, le pedí a Sebastian que los comprara esta mañana.

—¿Sebastian?

—Noa, a estas alturas ya deberías de saber quién es Sebastian —se agacha y toma el otro vestido de la maleta.

—¿Me has comprado un vestido?!

—Sí, te he comprado un vestido.

—Oh no, lo siento pero no puedo aceptarlo —me acerco a la maleta e introduzco el vestido en ella.

—Vamos Noa, ¿vas a rechazarme un regalo?

—De veras te lo agradezco Keith, pero ya tengo vestidos de sobra.

Ella voltea sus ojos con frenesí y recupera el vestido de la maleta.

—Tú ganas, te lo pones y luego me lo devuelves, ¿ok? —vuelve a ofrecerme el vestido con una sonrisa.

—Está bien... —estiro mi brazo y agarro el vestido con desgana.

Keith se prepara primero. Se ha puesto un vestido dorado de lentejuelas corto hasta las rodillas y de un solo tirante. Ha dejado suelta su media melena de tirabuzones rubios y ha pintado sus labios de un color rojo que resalta sus ojos azul cielo. Yo me pongo el vestido blanco de pedrería, se trata de un vestido muy ceñido que marca bastante mi figura. Lo acompaño con unos tacones plateados y un recogido bastante alto. Keith ha insistido en que me ponga unos pendientes de piedras brillantes, la verdad es que son muy bonitos pero me siento rara con ellos, no acostumbro a usar pendientes.

—No te pases con el maquillaje —le advierto un tanto nerviosa.

—Tienes unos ojos preciosos, déjame que les saque partido.

—No me gusta ir muy maquillada —cierro mis ojos mientras ella me maquilla.

—Vas a estar tan guapa que todas las pijas se van a morir de la envidia.

Me río con sus comentarios. Keith termina de maquillarme y me mira embobada.

—Menudos ojos de gata...

—¿Qué dices? —sonríe y me ruborizo.

—Mírate al espejo.

La única vez en mi vida que me he visto guapa fue en aquel sueño. Allí pude descubrir una Noa diferente y seductora. Desde que desperté del coma me he pasado los días con el pijama del hospital, y desde que he salido no me he arreglado ni una sola vez, mi estilismo de siempre para ir

a la universidad y poco más. Me miro al espejo y experimento de nuevo aquella sensación de sentirme poderosa. Me quedo totalmente asombrada, de verdad estoy guapa, parezco alguien importante.

—Cariño... hoy no te voy a poder dejar sola, ¡te van a comer los buitres!

Las dos reímos al mismo tiempo pero por dentro me comen los nervios. Al bajar mi imagen provoca un gran revuelo en casa, hay reacciones de todo tipo, pues nunca antes me habían visto tan arreglada.

—¡¡Hija mía!! —mamá se emociona—. ¡¡Estás preciosa!! —me piropea continuamente y yo me sonrojo.

—Hija... —papa me mira anonadado—, pareces un ángel.

Mi hermano Eric sale de la cocina ajeno a todo, va bebiendo una botella de agua, cuando me ve escupe violentamente el agua que tiene en la boca y me mira perplejo.

—¿Vas a salir? —se detiene justo frente a mí con cara de expectación.

—Sí —respondo con una amplia sonrisa.

—¡Por fin! —exclama abriendo los brazos en cruz. Parece realmente contento.

—Bueno, ya es la hora —Keith mira su bonito reloj de pedrería y pone cara de preocupación.

—Cariño, pasadlo bien esta noche —mamá me despide con una agradable sonrisa.

—Tened cuidado y llámame para ir a recogerte —añade papá.

—Oh tranquilo señor Méndez, no es necesario, se quedará a dormir en mi casa —añade Keith con una sonrisa.

Mi padre pone cierta cara de inconformismo pero finalmente cede.

Salimos a la puerta, fuera nos espera un impresionante Jaguar color plata. Hay dos personas de pie junto al coche.

—¿Has cogido el recambio de ropa? —pregunta Keith de manera despreocupada.

Yo no dejo de mirar a las dos personas que están esperando nuestra llegada con una agradable sonrisa. Son un hombre y una mujer de mediana edad, parecen un matrimonio.

—Keith, ¿esos son tus padres? —pregunto aterrada.

Ella mira hacia delante y me dedica una divertida sonrisa.

—Claro boba, ya te dije que vendrían con nosotros.

Me ruborizo al instante, dios, voy a conocer a los padres de Keith, a los mismísimos señores O'donell.

—Hola madre —Keith le da un tierno abrazo a su madre y ésta se lo devuelve con cariño.

—Hola cielo, estás preciosa.

La señora se separa de su hija y me recibe con una encantadora sonrisa. Es guapísima, rubia y con unos ojazos azules idénticos a los de Keith.

—Tú debes de ser la famosa Noa, mi hija no deja de hablar de ti —amplía su sonrisa y me regala un cortés abrazo—. Soy Mirella, su madre.

—Encantada.

—Y éste es mi marido, Joseph —señala a su marido con los ojos.

—Hola padre —Keith le saluda con un seco beso en la mejilla y se introduce en el coche.

Miro a su padre de manera nerviosa y sonrío. Es un hombre alto y elegante, de cabello canoso y bastante atractivo.

—Buenas noches Noa, por fin la conozco —se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

Es extremadamente educado, ambos lo son. Parecen salidos de una película, nada que ver con el comportamiento alocado de su hija.

—Buenas noches señor O'donell, un placer.

Un hombre vestido con uniforme negro y gorra me quita la maleta y la introduce en el maletero, luego nos introducimos los tres en el coche, la mamá de Keith y ella viajan atrás conmigo, el padre se ha sentado delante junto al chófer.

—Me alegro que te hayas animado a venir, a Keith nunca le han gustado este tipo de fiestas —advierte su madre con tono alegre.

—Pero si son un rollo, la gente no hace más que aparentar, se saludan con sonrisas falsas cuando en realidad se detestan —farfulla mi amiga comiéndose las uñas.

—Hija, no se trata de falsedad, es educación —asevera su padre desde el asiento delantero.

—Ya claro... —ella le mira de soslayo.

—Cariño, cuántas veces te he dicho que no te muerdas las uñas, es una manía muy fea —le regaña la madre.

—Pues dame un chicle o algo, estoy nerviosa, solo con pensar en ver a los hijos de todos esos desgraciados...

—Keith... —su padre la fulmina con los ojos, puedo ver su severa mirada a través del espejo retrovisor.

La rubia resopla y toma un chicle del paquete que acaba de ofrecerle su madre. Yo permanezco en silencio, ahora entiendo por qué no se llevan bien su padre y ella.

—Espero que no te sorprendas cuando lleguemos allí, verás a muchas caras conocidas —la madre interviene de nuevo.

¿Caras conocidas? El pánico me invade, ¡no quiero ver a ningún famoso!

—Madre, no creo que Noa conozca a esos famosos empresarios —añade Keith.

—Bueno, no solo van empresarios, también...

—Madre, ¿te he dicho ya lo guapa que estás? —Keith cambia de forma drástica el tema de conversación y eso me crispa los nervios. ¿Por qué no la ha dejado terminar? ¿Quién más va a esa fiesta?



El chófer aparca en la puerta de lo que parece un enorme palacio. Observo que no dejan de llegar coches de lujo, esto es increíble.

—Bueno chicas, ya hemos llegado —el señor O'donnell nos mira con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Nos bajamos del coche y me doy cuenta de que mi amiga estaba en lo cierto, aquí todo el mundo va vestido de gala. Pronto comienzo a ver algunas caras conocidas.

En la entrada hay todo un dispositivo de seguridad, dos grandes hombres vigilan la puerta, parece que tienen una lista de invitados en la mano. El señor Joseph se acerca a ellos con total naturalidad y les saluda con una agradable sonrisa. Nos permiten pasar sin problema y, tras cruzar la puerta, mis nervios comienzan a florecer.

El lugar es espectacular. Estamos en un enorme salón alumbrado por cientos de lámparas muy elegantes. Hay mesas con comida y muchos camareros paseando con bandejas llenas de copas de bebidas. Una agradable música anima la sala donde cientos de personas comen, ríen, beben y algunos bailan. No hay rastro de cámaras ni periodistas, pase lo que pase se queda aquí dentro.

Hay demasiadas caras conocidas, la presencia de tanto famoso me pone de los nervios. Yo comienzo a agobiarme, la gente me mira demasiado y eso me incomoda.

La presencia de los padres de Keith pronto se hace notar y ambos se detienen a saludar gente.

—Escapemos de estos carcamales —susurra Keith.

Me toma del brazo y tira de mí alejándose de sus padres.

—¿Quieres beber algo? —de pronto parece más animada.

Yo no bebo alcohol y ella lo sabe, pero esta noche creo que me hará falta. Un camarero pasa por nuestro lado y Keith le roba dos copas, me ofrece una.

—Solo por esta noche —yo sonrío y tomo la copa.

Sostengo la copa de champán entre mis manos mientras observo a la gente angustiada. Miro alrededor y me parece verlo por todos sitios. Cualquier chico alto y moreno me creo que es él.

—Mira, es *Edward Norton*... —me susurra Keith con disimulo. Yo sonrío con desgana, se supone que no iban a venir famosos a esta fiesta. Quiero salir corriendo de aquí.

De pronto me parece haber oído su voz. Mi corazón se dispara y la ansiedad me domina. Me giro y miro a un lado y a otro velozmente pero no le veo. Mi paranoia crece por segundos. Oigo la risa de la gente, yo no debería de estar aquí.

Keith me guía entre la multitud hacia otra zona, aquí hay más gente joven. Me fijo en el resto de chicas de la fiesta, son todas guapísimas, algunas parecen incluso modelos, con unas piernas largas y vertiginosas, se les ven poderosas y seguras, no puedo evitar sentirme inferior al lado de ellas, al fin y al cabo ellas son alguien, yo sin embargo solo soy una simple universitaria, torpe e inexperta tratando de fingir algo que jamás seré.

—Sabía que vendrían... —murmura en voz baja.

—¿Quiénes? —trato de averiguar.

—Andrew Smith y Zack Baker.

—¿Y quiénes son esos? —pregunto entornando los ojos.

—Andrew es mi ex novio y Zack es el grano pegado a su culo.

¿Qué? ¿El ex novio de Keith? La rubia aprieta la copa entre sus menudos dedos y los escudriña con los ojos entornados. Miro al frente y veo a un grupo de jóvenes, dos chicos y varias chicas.

—¿Cuándo pensabas contarme lo de tu ex?

—Algún día te contaré toda la historia, te lo prometo.

Nos aproximamos al pequeño grupo, están de espaldas a nosotras ajenos a nuestra llegada, Keith se acerca a mi altura sin dejar de caminar para susurrarme algo al oído.

—Noa, no te asustes si ves algo raro.

—¿Qué quieres decir?—pregunto forzando la mirada.

Keith mira al frente, extiende su brazo derecho y llama en voz alta a su ex.

—¡¡Andrew!!

Dos chicos hablan de espaldas a nosotras, uno de ellos parece oír a Keith y se gira hacia ella. Me quedo quieta en el sitio esperando una señal de ella para que me acerque, sé que siempre me pide que actúe de manera segura pero la timidez me supera. El otro chico que está junto al tal Andrew se gira también. Los tres hablan durante unos minutos, de pronto veo como Keith me hace un gesto con la mano para que me acerque, mi corazón da un vuelco dentro de mi pecho y mis nervios se disparan. Inicio la marcha, camino entre tambaleos soportando como mejor puedo las ganas de salir corriendo con estos vertiginosos tacones. Ambos chicos ponen cara de satisfacción al verme, parece ser que les he agradado la vista.

—Ella es Noa.

—Hola —sonrío con timidez.

—Hola belleza, ¿dónde has estado escondida todo este tiempo? —el guaperas de pelo castaño se muestra demasiado amable conmigo. Me toma de la cintura y me da un gran beso en la mejilla—. Soy Zack.

Me sonrojo, no estoy acostumbrada a tratar con hombres tan zalameros.

—Hola guapa... —el rubio tampoco se corta un pelo—. Puedes llamarme Andrew.

Miro a Keith con ojos de asombro, ¿de veras éste es su ex novio?

—¿Te parece bien si nos quedamos con ellos? —susurra Keith.

Asiento con inseguridad.

—Pues te dejo con ellos un segundo, ya sabes... el champán —me muestra la copa vacía y sale corriendo.

Río y niego con la cabeza, es uno de los inconvenientes de beber tanto líquido, vas una vez al baño y ya es un no parar. Suspiro y tomo asiento en uno de los sofás que está vacío.

Miro alrededor, todo el mundo se divierte. Yo le robo otra copa al camarero y la intercambio con la vacía.

—¿Cómo osan dejarte sola? —giro mi cabeza hacia la fuente de sonido, es Zack.

—Keith vendrá en seguida.

—¿Puedo hacerte compañía? —me sonrío mostrando una preciosa dentadura, tiene unos grandes dientes y unos labios perfectamente dibujados.

—Bueno, seguro que todo el mundo te está reclamando —sonrío de manera forzada en un intento de quitármelo de encima.

—Yo decido con quién quiero invertir mi tiempo.

Se sienta justo a mi lado, saca un cigarrillo del bolsillo de su chaqueta, se lo coloca entre los labios y lo enciende con un lujoso mechero plateado. Le observo detenidamente, es muy atractivo. Una fina hilera de cabello bordea su mandíbula, su barbero ha hecho una auténtica obra de arte en su cara, jamás he visto una barba tan perfecta. Aprieta los labios e inhala el humo con fuerza, veo como se consume un poco la punta del cigarro, acto seguido exhala una humareda por los orificios de su nariz, una nariz triangular ni muy grande ni muy pequeña, acorde con el resto de su cara. Sus grandes ojos castaños me miran con inquietud, sé lo que pretende.

—¿Quieres uno? —pregunta mostrándome el cigarrillo.

—No fumo, gracias.

—Vaya, eso es interesante...

Sus ojazos me ponen nerviosa, hay una chispa de picardía en ellos que me gusta.

—¿Tu nombre era?

—Noa.

—De acuerdo, Noa entonces —le da otra calada al cigarro y un trozo de ceniza cae al suelo—. Así que quieres unirte a nuestro gremio.

—Yo nunca he dicho eso —le miro extrañada.

—¿Pero quieres o no?

—¿Por qué iba a querer unirme?

—Bueno, eres amiga de Keith y Keith es la ex de Andrew, eso te convierte en parte de nuestro círculo.

Río con prepotencia, ¿yo formar parte de un grupo de adinerados?

—Solo será por esta noche —advierto mirando hacia otro sitio.

Zack se termina el cigarro, lo apaga estrujándolo sobre un bonito cenicero de cristal que hay sobre la mesa y expulsa el último aliento cargado de humo de sus pulmones.

—Verás, nosotros somos como una familia, dentro de nuestro círculo pasan cosas que solo

pude quedar entre nosotros, ¿me entiendes?

—Eh...sí —afirmo insegura.

—Si te quedas con nosotros necesitamos una garantía de que podemos confiar en ti.

—¿Garantía?

—Deberás pasar una prueba.

Le miro con los ojos muy abiertos, ¿una prueba?

—¿Qué tipo de prueba? —pregunto acongojada.

—Un pacto de sangre carnal.

Mi cara se iguala al color de la pared, trago saliva forzosamente y me invaden unas repentinas ganas de llorar. ¿Un pacto de sangre carnal?, ¿qué es esto, una especie de secta? Tengo miedo, quiero huir, salir corriendo.

El guaperas contempla impasiblemente mi reacción, luego la expresión de su cara se torna de seria a divertida. Comienza a reír a carcajadas, no entiendo nada, ¿qué le resulta tan gracioso?!

—Lo siento, te estaba vacilando —continúa riendo sin parar—. Tenías que haber visto la cara que has puesto, ha sido muy gracioso.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia —ha conseguido enfadarme.

—Preciosa, ¿tú no perteneces a este mundo verdad? —emite una última risita y se pone serio—. No eres de nuestra misma clase social, lo sé.

¿Cómo me ha descubierto?, no sé qué decir.

—¿Pero sabes qué?, no necesitas ser millonaria para brillar más que cualquiera de las chicas que hay aquí esta noche.

Sus palabras me ruborizan, es todo un galán.

—Gracias por el cumplido.

—No es ningún cumplido bombón, eres hermosa, elegante y educada.

—Vas a conseguir que me sonroje...

—Nadie va a juzgarte, yo no voy a hacerlo, además eres amiga de Keith y con eso me sobra.

La miro a los ojos atentamente y le sonrío con complicidad. Hay algo en él que me atrae en cierto modo, creo que ésta noche no será tan mala como imaginé.

La noche transcurre con tranquilidad y yo me lo estoy pasando genial. He bailado y reído hasta la saciedad, pensé que Keith estaba loca, pero sus amigos también son de lo más divertido.

—Y resulta que la chica tenía novio, tuve que saltar en pelotas por la ventana —Andrew cuenta una anécdota de lo más graciosa y yo no dejo de reír.

—Noa, ¿estás borracha? —me pregunta Keith alucinada.

—No —niego entre risas.

—Alguien se ha pasado con la bebida... —canturrea Zack.

Vale, reconozco que me he pasado con la bebida y empiezo a encontrarme un poco mal.

—Voy a ir al baño un momento —me tambaleo al ponerme de pie.

—Te acompaño —dice Keith poniéndose de pie.

—No, puedo hacerlo yo sola —le doy un empujón y hago que se vuelva a sentar.

—Vale pero no tardes.

Camino hacia los baños y me doy cuenta de que empiezo a ver todo doble, me tropiezo con la gente y comienzo a agobiarme. Aquí hay demasiada gente, no sé ni por donde camino. ¿Dónde diantres está el maldito baño?

Después de recorrer la laberíntica casa por fin llego a los baños, una fuerte arcada me azota el

vientre y corro dentro.

Me arrodillo frente al váter y vomito la cena, el champán y el desayuno de ésta mañana. Dios... me encuentro fatal...



—Ves, te dije que era una buena idea venir —Vanessa sonrío victoriosa con una copa de *Martini* en la mano.

—Bueno, aún no está todo dicho —no quiero ser tan optimista.

—Alégrate, hemos conseguido entrar en ese casting, seguro que lo haces genial —me apremia con un sensual guiño de ojos.

Suspiro y miro hacia otro lado, ¿no se da cuenta de que no me interesa? No voy a acostarme con ella por más que insista.

Me aburro, ésta fiesta es un coñazo, Vanessa no me deja moverme de aquí, quiere que mantenga la compostura pero para mí es una tortura ver a tanta tía buena insinuándose y no poder hacer nada.

—Ahora vengo —me doy media vuelta y emprendo la marcha.

—¿A dónde vas?

—Al baño.

—No tardes.

Mira que puede llegar a ser pesada... Llevo años aguantándola y no sé por qué carajo no me deshago de ella, reconozco que el trabajo de representante lo hace bien, ya me ha salvado el culo en más de una ocasión, pero no soporto que esté tan encima de mí, es un acoso constante.

Camino desganado hacia el baño esquivando a la gente, al llegar a la puerta choco contra alguien con brusquedad, pronto me doy cuenta de que ha derramado toda la bebida sobre mi chaqueta de diez mil dólares.

—¡Ey mira por dónde vas! —grito con enfado.

—Perdón, perdón —es una chica.

Trata de limpiarme la mancha con las manos de forma nerviosa pero solo lo está empeorando.

—¡Estate quieta!

Agarro sus muñecas y la obligo a parar. Ella mira hacia arriba y me topo con un rostro que creí que nunca más volvería a ver.

Estoy perplejo, ambos permanecemos en silencio hasta que ella habla.

—Es imposible —ella comienza a reír—. Después de lo del coma ya creo verte en todos sitios —ahora se ríe a carcajadas.

Permanezco callado, ¿está borracha?

—¿Eres la chica del accidente? —¿realmente es ella? La veo muy cambiada.

—¿Qué te pasa imbécil, ni siquiera eres capaz de recordar mi nombre? —efectivamente está borracha, habla a trompicones y se tambalea como una veleta.

—¿Qué haces tú aquí?

—¿Por qué hablo con una visión? —se dice a sí misma, luego se vuelve a reír.
—No, Noa no soy ninguna visión —agarro su cara y la obligo a mirarme.
—Así que te acuerdas... —me fulmina con la mirada.
—Pues claro que me acuerdo —dios, está muy borracha, ¿con quién ha venido?
—No me encuentro bien... —se agarra a mí.
—¿Con quién has venido? —le suplico para que hable pero ella no hace más que reírse—.

Noa por favor.

Ella intenta enderezar su cuerpo, me mira fijamente y puedo ver de nuevo la cólera en sus ojos, la misma mirada que aquel día en el hospital, cuando me dio la bofetada.

—Eres un cabrón.

Las risas cesan y su rostro se torna triste.

—¿Con quién has venido? —insisto.

—A ti que más te da.

—Vamos chica colabora un poco, no puedo dejarte aquí en estas condiciones.

Ella aprieta los dientes y puedo ver con claridad cómo sus ojos se empañan. No me ha perdonado, sigue resentida conmigo.

—Déjame en paz —se suelta de mí de un tirón, pero su estado de embriaguez es tal que pierde el equilibrio y se cae de espaldas contra el suelo.

¡Joder!

Corro a ayudarle pero ella se aleja dando gritos.

—¡Suéltame, tú no eres real! —me golpea con la fuerza de una hormiga y grita repleta de rabia. Arrastra su cuerpo hacia atrás hasta chocarse con la pared.

—¡Noa, basta! —la sujeto de los hombros con firmeza.

—¡Déjame, déjame! —sigue gritando llamando así la atención de la gente que pasa por al lado.

Yo me ruborizo, no puedo formar parte de un espectáculo como éste, ella está muy borracha y la gente podría malinterpretarlo todo.

Aprieto los dientes y finalmente cedo. Me pongo en pie y la dejo sentada en el suelo.

—Ahí te quedas —sentencio con firmeza.

Me doy media vuelta y comienzo a alejarme de ella, los curiosos pierden el interés y se queda sola.

—Sal de mi cabeza... Sal de mi cabeza —la oigo lamentarse.

Me freno en seco y volteo mi mirada hacia ella. Está llorando, se da golpes en la sien mientras repite la misma frase como si fuera un disco rayado.

Está en un estado lamentable, totalmente ebria y repantigada en el suelo, con tal descuido que su corto vestido pronto deja al descubierto su ropa interior dando pie a la imaginación de los más perversos.

Vuelvo la vista al frente y suspiro. No puedo hacerlo, no puedo hacerme cargo de ella, no es mi responsabilidad, además Vanessa no me dejaría sacarla de aquí.

La miro de nuevo y veo a un par de tíos frente a ella grabándola con su móvil, se ríen y señalan su entrepierna.

Me desespero, ¿qué hago? No puedo dejarla ahí tirada como si fuera un trapo sucio, no soy tan desalmado.

Saco mi teléfono y realizo una llamada.

—¿Óscar? Sí, soy yo, necesito que distraigas a Vanessa.

Mi guardaespaldas reacciona con preocupación.

—No, se trata de un asunto importante, por favor mantenla distraída durante un rato.

Cuelgo la llamada y camino hacia ella con decisión. Los dos imbéciles siguen riéndose frente a ella pero Noa ni siquiera se ha dado cuenta. Centro mi mirada en ellos y les hago una advertencia para que se larguen, rápidamente captan la furia en mis ojos y se marchan a toda prisa.

Me agacho hasta ella y la miro a los ojos. Los mantiene entrecerrados, ha dejado de llorar pero en su rostro han quedado los restos negros de sus lágrimas.

—Voy a sacarte de aquí —le susurro.

La tomo de la cintura y de un tirón la pongo en pie. Está muy mal, apenas puede caminar. Murmura algo pero no la oigo.

Toca atravesar el salón principal y el miedo comienza a dominarme. Hay demasiados ojos mirando, solo espero que Vanessa no nos vea.

Ella se aferra a mi cuello y yo la sostengo por la cintura, los curiosos nos miran y comienzan a cuchichear, ¿qué pasa? Ni que fuera la primera vez que ven a una chica borracha.

La salida está ahí delante, camino oculto tras las columnas de la sala mezclándome entre la gente. Al fondo puedo ver a Vanessa y a Óscar, éste habla con ella, lo está haciendo, la está distraendo.

Cruzamos la puerta de entrada y suspiro aliviado. Noa está sudando y cada vez más débil.

—Tranquila, ya estamos fuera.

Mi chófer está afuera fumando un cigarro junto al coche. Cuando me ve aparecer se le descompone el rostro.

—Señor... —balbucea.

—No preguntes y abre la puerta.

Roger hace lo que le pido y entre ambos logramos introducirla en el coche. Entro tras ella.

—¿Quién es? —pregunta confuso.

—¿Recuerdas a la chica del accidente? La del club de fans —hablo rápido y a trompicones, estoy nervioso, no debería exponerme así con ella, ¿y si alguien de la prensa nos ha visto?

—¿Es ella? —la mira con sorpresa a través del espejo retrovisor.

—Sí, no sé qué hacía en esta fiesta ni con quién ha venido, pero no puedo dejarla así.

—¿Y a dónde le llevo?

—Pues... —no lo sé. No sé qué hacer con ella—. Noa, dime, ¿dónde te hospedas?

No responde, está medio dormida.

—¿Por qué no mira su bolso? A lo mejor encuentra alguna pista.

Hago lo que me dice y tomo su bolso. Vuelco su contenido sobre el asiento. Una cartera, un pintalabios, un paquete de clínex, un teléfono móvil y unas llaves.

—Aquí no hay nada.

—¿Y las llaves?

—No, las llaves serán de su casa, ella no vive aquí. Tiene que estar hospedada en algún hotel...

Me impaciento, no puedo llevarla conmigo a mi hotel, eso sería una locura. Vanessa lo acabaría descubriendo.

—¿Y en su cartera?

Abro la cartera, hay muchos papeles, entre ellos cae una tarjeta.

—¿Esto es la llave de una habitación? —se la muestro a Roger.

—Creo que sí señor.

—Hotel *Risort*... —leo en voz alta—. No puede ser, es el mismo hotel...

Imposible, no puede ser.

—Es el mejor hotel de Utah, ella no podría permitirse algo así —aclaro.

—Eso significa que ha venido con alguien que sí puede permitirse.
—Conduce hasta el hotel, la dejaré en su habitación y me iré. Ella no tendrá que enterarse de nada.
—Creo que es la mejor idea Señor.



Llegamos al hotel, ella sale del coche tambaleándose, la sujeto fuerte para que no se caiga.
—Vamos, ya hemos llegado.
Al entrar por la puerta del hotel el recepcionista me mira con cara de póker.
—Buenas noches señor.
—Se ha pasado con la bebida —sonrío de manera forzada.
El tío me devuelve una sonrisa de lo más falsa, seguro que está imaginando lo peor.
Habitación 31, aquí es. Saco la tarjeta de mi bolsillo mientras sostengo como puedo el peso de su cuerpo, son las 3:45 de la mañana y por suerte no hay nadie despierto.
Cierro la puerta tras nuestra entrada y la arrastro hasta la cama, la coloco con cuidado sobre el colchón y la descalzo.
—Dios... —tomo asiento en el colchón junto a ella y suspiro con angustia.
Estoy agotado, tengo sueño y hambre. Necesito tomar un respiro antes de volver a la fiesta.
Mi teléfono no tarda en sonar, es ella, Vanessa. Ignoro su llamada y pienso en lo que acabo de hacer.
¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Dejarla ahí tirada para que esos dos terminaran abusando de ella? Demasiado daño le he hecho ya a esta chica...
Seguro que quien quiera que haya venido con ella anda preguntándose dónde estará.
—Noa, ¿con quién has venido? —la zarandeo un poco y ella se queja.
—Keith... —murmura.
—¿Keith?
Me quedo pensativo, Keith es el nombre de una chica, quizás encuentre su número en el teléfono.
Increíble, esta chica ni siquiera tiene pin de desbloqueo...
No debería pero abro su Whatsapp y busco a la tal Keith. Aquí está. Pongo atención en la foto de perfil de la chica cuando caigo en la cuenta.
—Tiene que ser una broma...
Tiene una conversación reciente con ella. Voy a hacerme pasar por ella para que se quede tranquila.

Keith, estoy en la habitación del hotel. No me encontraba bien y he pillado un taxi. No te preocupes por mí y disfruta de la fiesta.

Supongo que con esto bastará.
La observo en silencio, se ha quedado dormida en cuanto ha tocado el colchón. Casi no la he reconocido antes, está muy cambiada.

—Oye Noa... nunca tuve la ocasión de disculparme contigo por lo que te hice en el hospital —¿por qué me estoy disculpando? Ni siquiera me está oyendo—. Pero de veras me caías bien.

Me muero de intriga, ¿qué hacía en esa fiesta? ¿Y por qué es amiga de Keith O'donnell?

Es hora de irme, pero pensándolo bien no me apetece nada volver a esa aburrida fiesta, creo que me iré a mi habitación a descansar.

—Bueno Noa, cuídate —una vez más estoy hablando solo.

La miro una última vez y abandono la habitación en silencio.

Exclusiva

Un fuerte estruendo me despierta de golpe, alguien aporrea una puerta.

—¡¿Noa, estás despierta?! —el sonido retorna de nuevo acibillando mis tímpanos.

Alzo la cabeza y todo me da vueltas. Dios...

—Noa abre la puerta —es Keith.

Me levanto entre tambaleos, me duele la cabeza hasta reventar. ¿Qué cojones pasó anoche?

Abro la puerta y me topo con los ojazos azules de Keith.

—¡Buenos días! —ella me envuelve en un fuerte abrazo.

Cierro los ojos y el dolor regresa de nuevo, son como una punzadas constantes en mi cerebro.

—¿Por qué te fuiste de la fiesta? ¿Y por qué no me dijiste que te ibas? ¡Estabas muy mal!

Tanta pregunta me satura. Recuerdos borrosos difuminan mi mente, recuerdo la fiesta, la gente, la música... De pronto la visión de unos preciosos ojos verdes me paraliza.

—¿Noa? —insiste.

¿Ken? Recobro la consciencia y me percató de que realmente estoy en la habitación del hotel y de que yo sola no he podido haber llegado hasta aquí.

—No sé cómo he llegado hasta aquí.

Keith me mira con expectación.

—¿Cómo qué no? Me enviaste un Whatsapp diciéndome que estabas aquí.

¿Que yo envié qué?

—Keith, te juro por mi vida que no recuerdo nada —comienzo a ponerme nerviosa, ¿quién me trajo aquí? ¿Y si me han hecho algo y no puedo recordarlo?

—¿Y cómo ibas a recordarlo? ¡Estabas muy borracha! —me sermonea entre risas.

¿Qué? ¿Por qué no me cree? Estoy a punto de echarme a llorar cuando veo pasar a un grupo de personas tras su espalda. Una de las personas capta mi atención.

—Si te hubieras levantado más temprano no llegaríamos tarde al desayuno.

¡¿Esa es Vanessa Cloth?!

Mi corazón se descontrola, si ella está aquí...

Tras ella camina con desgana un chico de rostro inconfundible.

¿¿K...K...Ken??

—Vamos, vístete y bajemos a desayunar.

Keith se aparta hacia atrás dejándole al descubierto, puedo ver con total nitidez su rostro de perfil, no estoy alucinando, es él. Mi piel se torna pálida como el frío hielo polar, no siento el calor de mi sangre recorriendo mis venas, estoy en estado de shock.

No, no puede ser, esto no está pasando.

Soy incapaz de respirar, me ahogo. Keith me dice algo pero la oigo como si estuviera a cientos de kilómetros de mí, distorsionada. Ken de pronto se detiene en seco y aquello de lo que he estado huyendo desde que salí del hospital vuelve a encontrarme. Su mirada y la mía se cruzan una vez más, sus preciosos ojos verdes me descubren y la sonrisa de su cara se esfuma. Su mirada es como una afilada katana, se clava bajo mi pecho con la fuerza de cien hombres, siento cómo desgarrar mi ser lentamente. Duele, el dolor es insoportable.

No me mires... no me mires así por favor...

Mi visión se torna borrosa, mis ojos se mojan y mis labios se entumescen. Me muero, me voy a

morir aquí mismo.

—¿Estás bien? —Keith me mira descompuesta, debo de estar muriéndome de verdad.

Reacciono, abro mi boca y respiro, dos lágrimas se desbordan de mis ojos y mis labios vuelven a colorearse. Estoy viva. Tomo el control de mi cuerpo y salgo corriendo a trompicones.

Me encierro en el baño más próximo, me siento sobre la tapa del váter y lloro a lágrima viva. ¿Por qué? ¿Por qué he tenido que volver a encontrármelo? Golpeo las paredes del baño con toda mi rabia contenida, estoy muy alterada creo que me va a dar algo.

—¿Noa, qué haces?! Abre la puerta por favor, me estás asustando —es la voz de Keith, suena detrás de la puerta.

Abro la puerta enrabiada.

—Dios Noa, ¿qué te ha pasado? —pregunta asustada.

—¿Lo has visto?! —grito llena de rabia.

—Shh, Noa deja de gritar —Keith cierra la puerta con el cerrojo tras su entrada.

—¿Me has traído al mismo hotel que él?!

Keith me mira fijamente a los ojos, nunca antes me había visto así de afectada por algo.

—¿De qué hablas? —pregunta extrañada.

—¿Por qué lo has hecho?! —insisto, necesito saber qué mierda está pasando aquí.

—Noa por dios tranquilízate, estás muy nerviosa —ella me sujeta de las muñecas y me obliga a sentarme de nuevo sobre la taza del váter, me tiemblan las manos y no dejo de llorar—. Hasta que no te calmes no pienso responderte.

Tomo aire, estoy muy agitada, mi tórax se mueve rápido y sin descanso, mi corazón está a punto de estallar.

—Acabo de ver pasar por delante de mis narices a Ken Miller's... —mascullo apretando los dientes.

—¿Qué?! —exclama ella.

—No te hagas la tonta...

—Noa, yo no elegí este hotel, fue cosa de mi padre, ¿recuerdas?

Lloro desesperada y maldigo mi suerte.

—Maldito Andrew... —farfulle.

—¿Andrew? ¿Qué tiene que ver tu ex en todo esto? —pregunto entre lágrimas.

De pronto noto cómo ella se pone tensa, camina por el baño de un lado a otro cual tigre enjaulado, me oculta algo, lo sé.

—¿Keith qué es lo que pasa?!

—Verás, hay algo que no te he contado...

Oh no, no me gusta el tono con el que acaba de decir eso.

—Resulta que Andrew y Ken son viejos amigos —aprieta los ojos tras decirlo.

¿¡QUÉ?!

—Espera, ¿qué? —reitero con incredulidad.

—Noa, pensé que era mejor que no lo supieras...

—¿Tu ex es amigo del hombre que destruyó mi vida y tú, mi mejor amiga, eres incapaz de decírmelo?! —entrecomillo con los dedos lo de mejor amiga. Estoy furiosa, triste y decepcionada.

—Lo siento, ¿vale? —zarandea las manos desesperada.

—¡Sabes perfectamente todo lo que he sufrido por su culpa! —grito entre llantos.

—¡No quería hacerte daño, además pensé que si te lo decía te alejarías de mí! —ella también grita.

Me quedo callada, supongo que tiene razón, el saberlo solo me habría hecho daño y

probablemente me habría alejado de ella por miedo a encontrármelo.

—¿Entonces tú también le conoces bien? —pregunto más calmada.

—Sí Noa.

Asiento sorbiendo mis lágrimas. Lo menos que me esperaba era esto, ¿qué debo de hacer ahora?

—Si él está aquí... ¿eso quiere decir que anoche asistió a la fiesta?

La rubia se encoje de hombros.

—Probablemente. Le pregunté a Andrew antes de invitarte, él me aseguró de que Ken no asistiría a ésta fiesta, si lo hubiese sabido jamás te hubiera traído aquí —masculle.

De pronto el sonido de su voz atraviesa mi mente, tengo recuerdos muy vagos, ¿o acaso he soñado esta noche con él?

—Yo no lo vi durante la fiesta, te lo habría dicho —añade ella.

—Yo tampoco... —¿y por qué tengo la extraña sensación de que sí lo vi?

—Será mejor que te olvides de que lo has visto.

—Sí... —asiento secándome las lágrimas.

Estoy segura de que me ha reconocido... ¿Qué hacías tú en esa fiesta Ken?



Observo el techo de mi habitación desde el cómodo colchón de la cama sin prestar atención a lo que estoy mirando, mi cerebro ha debido de desconectarse del resto de mi cuerpo, pues solo puedo pensar en una cosa desde que entré por la puerta: Ken Miller's.

¿Cómo puedo saber que no estoy soñando de nuevo?, ¿de veras esto está pasando?, ¿mi mejor amiga y él perteneciendo al mismo grupo de amigos? No, no, no, esto no puede ser verdad. Los recuerdos que antes eran borrosos ahora se plasman con más nitidez en mi mente. Ken estuvo allí conmigo, esta vez no estoy alucinando. Recuerdo haber discutido con él, recuerdo caminar agarrada a él y la habitación del hotel. ¿Fue él quien me llevó?

Sé que parece una locura, pero algo dentro de mí grita que fue así.

Me incorporo rápidamente enredando los dedos alrededor de mis cabellos, tiro con fuerza de ellos mientras aprieto los ojos lo máximo posible. No dios mío, dime que esto no es verdad, primero me lo arrebatas, luego haces que me traicione y ahora me torturas con su cruel presencia y me vas a obligar a ser su amiga... ¿qué es lo que he hecho mal?, ¿este es mi castigo por amarle, este es el precio que he de pagar? Mis hirientes pensamientos pronto me hacen llorar, encojo mis piernas y escondo mi cabeza entre ellas en un intento de huir de este mundo. No quiero hacerlo, no quiero vivir bajo su escambrosa mirada y ser testigo de su felicidad mientras me voy desquebrajando por dentro; pero luego, cuando lo tengo delante irónicamente soy feliz, su sola presencia me llena de alegría, ¡maldita necia masoquista!

Mis turbios pensamientos se entremezclan con el sabor salado de mis lágrimas, restriego mis ojos con el dorso de mis manos y saboreo mi llanto cuando de pronto soy descubierta, mi hermano entra en mi habitación sin llamar, como de costumbre.

—Esto...Noa, ¿me prestas tu pen drive? —asoma su cabellera negra por detrás de la puerta, ni

siquiera puedo verle la cara.

—Cógelo, está en el primer cajón del escritorio —velozmente giro mi cara en sentido contrario, no puede verme así.

—¿Me dejas pasar a tu habitación, en serio?—asiento con la cabeza.

Mi actitud crispa a Eric, jamás de los jamases le permito entrar en mi habitación, siempre que quiere algo soy yo la que se lo doy, pero no puedo dejar que me vea llorando, bah, no es muy inteligente, seguro que no se da cuenta de nada. Por el rabillo del ojo observo al bobo de mi hermano, toma el pen drive del cajón pero no se marcha, ¿qué cojones haces?, ¡lárgate!

—¿Estás bien?

Oh mierda, ¿en serio?, no, imposible, no ha podido darse cuenta.

—Si Eric, estoy perfectamente, ahora lárgate por favor.

—¿Entonces por qué estás llorando?

—No, no estoy llorando, déjame en paz, ¿quieres?—me paso los dedos por el lacrimal y me hago la dura.

Eric no dice nada, se aproxima hacia la puerta, uf, por fin se larga... para mi sorpresa no se marcha, cierra la puerta y vuelve a interrogarme.

—Noa...—veo como deja el pen drive sobre el escritorio—...las únicas veces que te he visto así ha sido por un mismo motivo —cierra os ojos con pesadez—. Dime que esta vez me equivoco.

Oh joder... ¿por qué me dice eso?, es como si supiera el por qué estoy así. Aspiro nasalmente los restos de mi llanto y le miro a los ojos con seguridad, aunque sea verdad no pienso confesarle el motivo de mi malestar, ha pasado un año desde que tuve aquel enfrentamiento con Ken en el hospital, no tiene motivos para desconfiar de mí.

—Eric, no sé de qué diantres me estás hablando.

—La fiesta de anoche, estaba allí. ¿Me equivoco?

Miro a mi hermano con los ojos vidriosos. ¿Cómo lo ha adivinado?

—No lo sé —me encojo de hombros—. Pero me lo he encontrado esta mañana en el hotel.

Eric suspira e inclina su cabeza hacia atrás.

—Cuéntame qué ha pasado.

Me hace un gesto para que me aparte y toma asiento de brazos cruzados a un lado de la cama.

—Llevo un año tratando de olvidarle y de pronto, como si fuera una pesadilla, vuelvo a toparme con él.

—¿Pero has hablado algo con él? ¿Te reconoció siquiera?

—No lo sé Eric, intercambiamos miradas, nada más.

—¿Y entonces por qué lloras?

—Pues porque... —un nudo se atora en mi garganta—. Keith y Ken pertenecen al mismo grupo de amigos.

Mi hermano abre mucho los ojos y me mira atónito.

—¿Qué? Eso no puede ser.

—Keith tiene un ex novio, un tal Andrew, éste es íntimo de Ken, de ahí su relación.

—¿Y tu amiga te lo ha estado ocultando todo este tiempo? —Eric no sale de su asombro.

—Ella sabe lo mucho que me ha afectado todo el tema de Ken, si me lo contaba corría el riesgo de perder mi amistad.

—Entiendo... ¿Y qué piensas hacer?

—¿A qué te refieres? —le miro entornando los ojos.

—Con Keith, ahora que sabes que se codea con él.

—No lo sé, aún no lo he decidido.

—Vamos Noa, Keith es una tía genial. No puedes permitirte el lujo de perder su amistad por algo que solo sucedió en tu cabeza.

¿Cómo se atreve? Le fulmino con la mirada y el nudo en mi garganta se hace más fuerte.

—¿Ya te has olvidado de aquellas fotos? Se aprovechó de mi circunstancia para limpiar su imagen.

—Por mucho que te pese, Ken no tiene la culpa de lo que te pasó. Estás viva gracias a él, deberías estarle agradecida, pero tú solo te escudas en tu dolor.

—Tú no lo entiendes —reitero soportando con angustia las ganas de llorar.

—Tienes que asimilar de una vez que aquello que te pasó no fue real. Hasta que no lo hagas no podrás llegar a ser feliz.

Eric me da una palmadita en la espalda y se marcha cerrando la puerta tras su salida.



Me han vuelto a dejar sola en este enloquecedor silencio que reina en mi habitación para tomar la decisión que solo trato de retrasar mintiéndome a mí misma.

Mi madre dice que hablo en sueños por las noches, que estoy volviéndome loca. Cada día leo en voz alta lo que escribí en mi diario esperando que me salve de él, pero ayer, cuando volví a tenerlo delante recordé lo que solo él me hace sentir.

Tocan a la puerta.

—Cariño, ha venido Keith —advierde mamá.

Asiento sin despegar la cara de la esponjosa almohada.

Keith entra creando un estruendo con sus botas de tachuelas y se detiene junto a la cama con los brazos en jarra.

—Mírate, pareces una muerta en vida —me regaña con gesto de desaprobarción.

—Es lo que soy... —musito.

—Venga cariño, no me seas dramática —exclama haciendo aspavientos con las manos.

Observo su postura de gruñona con ese peto vaquero y su coleta alta y sonrío débilmente. La envidia, envidia su carácter fuerte e implacable, pues nunca parece afectarle nada, ojalá yo tuviera esa fortaleza.

—Es que no dejo de darle vueltas y más vueltas a lo mismo —confieso sujetándome la frente con ambas manos.

—Lo sé, ¿por qué crees que estoy aquí? —me empuja haciéndome rodar hacia el otro lado del colchón y se tumba sobre la cama.

—No sé cómo sobrellevar esto...

—Cielo, créeme que si lo hubiera sabido jamás te hubiera llevado a esa fiesta —indica alzando el dedo índice.

—¿Y cuándo pensabas contarme que te codeas con gente famosa?

—Alguna vez te he comentado algo...

—Ya, si no es culpa tuya —la respaldo.

—Noa, tienes a tu familia muy preocupada —me mira fijamente con semblante serio—. Esto no es ningún juego, vas a olvidarte de él de una vez por todas.

Dios... no me presiones. Mi cabeza ahora mismo es como una gigantesca olla a presión a punto de explotar.

Keith responde ante mi silencio, cierra los ojos y apoya la cabeza contra el respaldo de la cama.

—Cariño, no quiero ser cruel contigo, pero eres consciente de que nunca...

No la dejo terminar, no quiero oírlo más veces.

—Lo sé, él no me amará nunca —comienza a picarme la garganta.

La rubia suspira y se revuelve el flequillo.

—¿Entonces...?

Me incorporo con pesadez e imito la postura de ella.

—No voy a renunciar a tu amistad por él, haremos como si nada de esto hubiera pasado.

—Creo que es la decisión más madura que te he visto tomar hasta ahora.

—Decidido, no volveremos a hablar del tema.

De pronto nuestra conversación es interrumpida por los alaridos de mi madre.

—¡¡Noa, baja aquí ahora mismo!!

La rubia me mira con los ojos muy abiertos, ¿qué diablos pasa?

Ambas bajamos las escaleras a toda prisa, cuando llego al salón me encuentro a mis padres frente al televisor con la mandíbula desencajada.

—¿Qué es lo que pasa?

—Mira —mamá señala con los ojos la pantalla del televisor.

Es el programa del corazón que mamá suele ver todas las tardes, en pantalla una mujer narra algo que sucedió anoche, pronto el nombre de Ken Miller's acapara toda mi atención, hasta que la imagen en pantalla no tarda en superar toda mi expectación.

—Dios mío... —Keith se lleva las manos a la boca.

No soy capaz de articular palabra, es una grabación, en ella aparece un cochazo de lujo estacionado, dos personas se bajan de él, una de ellas es Ken, la otra soy yo.

—¿Qué significa esto? —balbuceo.

Ken me lleva sujeta por la cintura mientras yo camino dando trompicones, dios, no recuerdo estar tan borracha... ¿Significa esto que él fue quien me llevó al hotel?

Lo sabía, sabía que no estaba soñando, Ken estaba en la fiesta. Ahora todo cuadra, el mensaje en mi móvil, ¿fue él quien se lo envió a Keith?

—Hija, creo que nos debes una explicación ahora mismo —reclama mi padre con el dedo índice.

Keith me mira con cara de angustia, ella está igual de confusa que yo.

—No... No lo sé, no recuerdo nada de esto.

—Obvio, cómo ibas a recordarlo, ¡estabas bebida! —grita papá.

—Señor Méndez, Noa dice la verdad, yo no la vi salir con él.

La presentadora habla del reencuentro romántico entre ídolo y fan ¿Reencuentro romántico? ¿Otra vez con lo mismo?

—¿Y qué hacías con él entonces? —ahora habla mi madre.

—Os digo que no lo recuerdo. Vale, reconozco que me pasé con la bebida, pero juro que no sé qué hacía él conmigo.

—¿Y cómo sabes que no abusó de ti?

—¡¡Papá!! —grito avergonzada.

—Los chicos como ellos se suelen aprovechar de las jovencitas en ese estado —insiste.

—Bueno, creo que estamos desvariando un poco, eso solo son suposiciones señor Miller's

—Keith trata de calmar el ambiente pero es en vano.

Por dios, ¿abusar de mí? ¿Ken no haría algo así, verdad?

—¿Qué está pasando aquí? —mi hermano baja alertado por el jaleo.

—¿Recuerdas al famoso del accidente? Pues resulta que estaba con tu hermana la noche de la fiesta —le informa mi padre.

Eric y yo intercambiamos miradas en silencio. Él es el único que sabe que me lo encontré.

—¿No se supone que no lo habías visto en esa fiesta? —pregunta Eric notablemente molesto.

Genial, ahora me tomará por una mentirosa.

—¿Tú lo sabías? —le pregunta mamá a Eric.

—Hemos estado hablando antes —responde él cruzándose de brazos.

—Hija, dínos la verdad. ¿Te has acostado con ese chico? —mi padre sigue en sus trece.

—¡No, no me he acostado con él, no recuerdo nada de lo que pasó anoche! —¿de qué va?

—¿Cómo que no recuerdas nada? —pregunta Eric confuso.

—Bueno, tu hermana se propasó un poco con la bebida... —mamá intenta escudarme sin resultado.

—¿Me estás diciendo que ese tío se ha aprovechado de ti? —mi hermano está más serio de lo normal.

—No, eso solo son conjeturas —mi madre trata de calmarlo.

—Bueno, ¿tú lo conoces mejor que nadie no? Dínos, ¿de cuántas chicas ha abusado tu amiguito? —Eric arremete contra Keith.

—Basta, callaos un momento, alguien me está llamando.

Miro la pantalla de mi teléfono, es un número oculto. ¿Quién me llama desde un número privado justo ahora?

Secretos revelados

No sé muy bien cómo he llegado a esta situación pero aquí estoy, a punto de entrar por la puerta del plató de ese programa del corazón que tanto le gusta a mamá, voy a sentarme en ese sillón y voy a arruinar la vida de Ken Miller's.

Resulta que aquel número privado que me llamó era de la productora del mismo programa basura que andaba publicando el video donde se nos veía a ambos juntos saliendo del coche, me hicieron una propuesta bastante suculenta pero totalmente amoral y cruel.

Me han ofrecido una importante suma de dinero por contar una mentira, y digo mentira porque no tengo la menor idea de lo que pasó aquella noche, ni el por qué el señor Miller's decidió acompañarme hasta el hotel. Debo sentarme ahí delante de esas cámaras y decirle al mundo que fui abusada sexualmente por el único hombre al que he querido.

Y no, no ha sido una decisión fácil, mi familia se ha visto un tanto dividida ante semejante propuesta. Por un lado están papá y Eric, quienes apuestan a que se aprovechó de la situación; y por otro lado está mi madre quién opina que sin pruebas no se puede acusar a nadie, ¿lógico verdad?

En cuanto a Keith no está de acuerdo con esto, tampoco es que lo defienda, pero cree que Miller's no se arriesgaría a hacerme algo así, sobre todo a mí, famosa por ser la ex presidenta de su club de fans.

Pero finalmente la última palabra la tenía yo, él se aprovechó de mí una vez, de mi situación, de mi accidente, de mi dolor, de mi amor por él. Se atrevió a reírse en mis narices, a utilizarme como un billete con el que pagar sus errores y limpiar su imagen. Me hizo muchísimo daño y no estoy dispuesta a perdonarle.

También recibí una llamada de Vanessa ofreciéndome una contraoferta para que no hablara, eso me irritó aún más. ¿A qué venía tanto interés por callarme la boca? ¿Acaso era verdad y Ken había abusado de mí? Ese detalle no hizo más que enfurecerme y acabé aceptando la invitación.

—Señorita Méndez, por aquí por favor —una chica me guía por un largo pasillo mientras me coloca un micro por debajo del vestido.

El corazón me late fuerte y deprisa, se oye el barullo del público y se nota el calor de los focos.

—Muy bien, espere aquí, cuando le haga una señal entre en el plató.

Asiento muerta de miedo, estoy atacada, creí haber superado mi miedo escénico en aquella experiencia durante el coma, pero nada más lejos de la realidad.

Trago saliva y entrelazo mis dedos de manera nerviosa. ¿De verdad voy a hacerlo?

La chica me hace la señal y yo vuelvo en mí, ni siquiera me he dado cuenta de que el presentador acaba de decir mi nombre.

Camino decidida hacia el lugar que me han indicado, tras saludar al presentador tomo asiento con las piernas cruzadas. Una fina capa de sudor me cubre la frente, me tiembla todo el cuerpo.

¿Eres consciente de que millones de personas están en estos momentos pendientes de ti? Puede que incluso él esté mirando el programa.

Esa idea me perturba y solo hace acrecentar mis nervios. Miro hacia delante y observo todos los ojos curiosos atentos a mí, en el público cuchichean entre ellos, inaudibles susurros que me desconcentran.

—Buenas tardes Noa y bienvenida.

El presentador comienza la entrevista, yo respondo como mejor puedo y haciendo un gran esfuerzo por no salir corriendo. Noto la presión de los rostros mirándome con sus acusadores ojos. Todos los presentes conocen la historia de la presidenta del club de fans y su fatídico accidente y de cómo el príncipe azul acudió a su rescate. Pero lo que ellos no saben es que el príncipe azul resultó ser un verdugo, un cabronazo que se aprovechó de la situación. Hasta han inventado un romance entre nosotros, ¿un encuentro pasional? Pues no, lo que voy a contarles les va a sentar a todos como un jarro de agua bien fría, voy a destruirte Ken Miller's, es hora de que pagues por lo que me hiciste.

—Mírala, ahí sentada como si fuera alguien —Vanessa exprime de una calada el *Marlboro* que sostiene entre los dedos, está furiosa, lo sé.

Yo permanezco sentado frente a la pantalla del televisor sin quitar mis ojos de ella, nunca la creí capaz de hacer tal cosa, pero ahí está, dispuesta a destruirme.

—Te lo advertí, te dije que no te apartaras de mí en la fiesta, pero tú siempre tienes que hacer lo que te dé la gana ¿verdad? —su enfado va en aumento.

—Te lo repito por enésima vez... no le puse la mano encima a esa chica, simplemente me compadecí de ella —me sujeto la sien con una mano, ¿quién coño me mandaría a ayudarla?

—Y mira lo caro que te va a costar tu compasión —me reprocha ella.

—Lo sé, esa chica me odia por lo que le hice.

—Le ofrecí mucho dinero, traté de convencerla para que no lo hiciera... —aprieta los dientes sin dejar de asesinarla con los ojos.

—Nada la hará entrar en razón, ésta es su venganza.

—¿Eres consciente de que si declara que has abusado de ella tu vida se irá a la mierda?

—Soy muy consciente de ello.

Mi representante se acerca a mí apoyando la palma de su mano en mi hombro.

—Si declara tendremos que ir a juicio, lo desmentiremos cueste lo que cueste.

—Gracias por tu apoyo Vanessa.



—Y cuéntanos Noa, ¿Ken te acompañó hasta la habitación del hotel donde te hospedabas?

—Sí.

—¿Y qué paso en aquella habitación?

Ahí está, la temida pregunta. ¿Ahora es cuando debo de mentir y acusarle de ser un violador? ¿Un desalmado que abusó de la que iba a ser la presidenta de su club de fans?

Miro hacia las cámaras, hay más de cinco grabándome, el presentador espera con ansias mi respuesta al igual que el público. Me tiemblan las piernas, siento la mirada de Ken sobre mí, imagino todo el daño que va a causarle mi declaración, lo que supondrá el final de su carrera

profesional, la gente le señalará con el dedo por la calle, le acusarán de ser un violador, lo llamaran ser despreciable, las redes sociales lo hundirán en cuestión de minutos, puede que incluso vaya a la cárcel por esto, todo su mundo se irá a la mierda en cuanto abra la boca.

Cierro los ojos y aprieto los labios. Recuerdo a Kenai, el sonido de su risa, su dulce y tierna mirada, todo lo vivido juntos, Denahi... Me invaden unas repentinas ganas de llorar. No puedo hacerlo, no soy una puta mentirosa, no puedo destruirle de esta forma.

No puedo...

—¿Noa?

—No pasó nada en aquella habitación. Me dejó y se fue.

Todos guardan silencio y el presentador me mira con el ceño fruncido. ¿No era esa la respuesta que esperabas eh?

—Si me disculpa.

Me pongo en pie soportando las ganas de llorar y huyo de la jauría de lobos.



—No me lo puedo creer... —los ojos de Vanessa se abren rebosantes de sorpresa.

Un profundo suspiro se escapa de mi pecho y me cubro la cara con ambas manos. No lo ha hecho, no ha declarado contra mí, ¿por qué has cambiado de opinión Noa Méndez? ¿Por qué?

La represalia no se hizo esperar por parte de todos, pero no pienso oír más estupideces ni me voy a dejar llevar por los demás. No necesito el dinero ni tampoco vivir con la culpa de haberle arruinado la vida al único hombre que he querido, no, no pienso vivir con eso.

Ahora estoy más segura que nunca, Ken no abusó de mí, fui a ver a mi ginecóloga, le pedí a Keith que me acompañara, necesitaba comprobarlo y dejar de vivir con la incertidumbre, pero efectivamente, sigo siendo virgen. Al final Ken no resultó ser tan malo como parecía, pero sigue siendo insuficiente para que le perdone por lo que me hizo.



Son las tres de la tarde, las clases acabaron por hoy así que me dirijo hacia la parada del bus con la magnífica *Sia* sonando en mis oídos. Hoy Keith no viene conmigo, dijo que tenía que acompañar a su madre a hacer unos recados así que me toca ir sola.

Al pasar por el aparcamiento situado en la parte trasera de la universidad noto una presencia extraña a mi derecha. Miro de soslayo y veo a un chico apoyado entre dos coches. Lleva unas gafas de sol y una gorra roja y juraría que me está mirando.

Echo un vistazo rápido a mi alrededor pero no hay nadie más, es tarde, a éstas horas nunca hay nadie por aquí. El chico se separa del coche y emprende la marcha, oigo sus pasos tras de mí, eh un momento, ¿me está siguiendo? Volteo hacia atrás y confirmo mis sospechas, va tras de mí con las manos introducidas en los bolsillos de su sudadera. El pánico no tarda en invadirme y mi corazón se desboca, ¿qué quiere? ¿por qué me sigue? Trato de mantener la calma y acelero el ritmo, estoy muerta de miedo, ¡¿quién es ese tío?!

Noto como me agarran del brazo con fuerza, me volteo con intenciones de defenderme pero bloquean mi brazo.

—Shhh.

Es él, el tío de la gorra. Quiero gritar pero su mano me lo impide, me está tapando la boca y tiene tanta fuerza que ha logrado inmovilizarme con un solo brazo.

—No grites, tranquila, soy yo.

Esa voz...

Su voz apacigua mi alma al instante, permanezco congelada en el sitio, él se atreve a soltarme y se quita las gafas de sol, sus ojos verdes y brillantes hipnotizan mis sentidos de manera automática.

Es él, Ken Miller's.

—Tú... —es lo único que atino a decir.

Ambos intercambiamos miradas en mitad de un silencio absoluto, ¿qué está haciendo él aquí?

—Supongo que te preguntarás que hago aquí —sonríe de forma tímida.

Dios esa sonrisa...

—Solo quería darte las gracias.

—¿Darme las gracias? —supongo que sé a lo que se refiere, pero quiero oírlo de su boca.

—Sí, gracias, por no declarar contra mí —baja la mirada al decirlo.

—Hubiera cometido un error, sé que no me hiciste nada aquella noche.

Mis palabras captan su atención.

—Estabas bebida, tirada en el suelo y rodeada de tíos con cuestionables intenciones —¿en serio estaba tan borracha? —. Me pareció cruel dejarte allí sola, por eso te acompañé a tu habitación.

¿En serio hiciste eso por mí? Por una milésima de segundo me olvido de su traición y logro captar un atisbo de bondad en sus ojos.

—Si hubieras hecho aquella declaración habrías arruinado mi vida.

—Lo sé.

—Gracias, de verdad. Por favor, acepta esto como muestra de agradecimiento.

Se lleva la mano al bolsillo de la sudadera y saca de ella un papel, me lo ofrece y me percató de que es un... ¿cheque?

—¿Qué es esto? —entorno los ojos y doy un paso atrás.

—Es un cheque, acéptalo por favor —alarga su mano e insiste.

¿Así es cómo piensa agradecerme? ¿Con dinero?

—No, no quiero tu dinero.

—Por favor, es lo menos que puedo hacer por ti.

—¡He dicho que no quiero tu dinero!

Basta, no quiero su dinero, no quiero aceptar nada que venga de él.

Una chica sale por la puerta y se nos queda mirando, rápidamente Ken gira su cara hacia el lado opuesto y se coloca las gafas de sol. Permanecemos callados hasta que la chica se marcha.

—Por favor —vuelve a sujetarme por el brazo y yo entro en estado de pánico.

—Así es como lo arregláis todo vosotros, con vuestro sucio dinero —mascullo totalmente avergonzada.

—Es solo una muestra de gratitud —me aprieta un poco más el brazo y yo me revuelvo.

—¡Suéltame! —lo aparto de un empujón—. Desaparece de mi vida de una vez por todas.

Tengo la cara al rojo vivo, le miro una última vez a los ojos y me alejo de él sin mirar hacia atrás.



¿Qué cojones le pasa a ésta chica? Entiendo que me guarde rencor por lo que le hice pero esto ya roza los límites de la locura. ¿Acaso me odia de verdad? Apoyo la espalda contra mi coche y me sujeto la frente. Nunca una mujer me había tratado con tanto desprecio como ella, no lo soporto.

Balanceo mi vista hacia el suelo y algo capta mi atención, hay un pequeño cuaderno tirado.

¿Qué es eso?

Me agacho y tomo la libreta, la ojeo por ambos lados pero no hay nada escrito por fuera. Mi curiosidad me puede y abro el cuaderno, hay muchas cosas anotadas, bastantes, todo a bolígrafo negro. En la primera página pone lo siguiente:

Mirarle a él era como mirar directamente al Sol, tan lejano e inalcanzable que tocarle era pura fantasía, pues seguro me quemaría en el intento. Era ese Sol tan ardiente que desprende calor a su paso. Él tenía un brillo propio, una belleza que te cegaba, pero que a la vez te atrapaba y te obligaba a seguir mirándole. Como el Sol, así era él.

Cada vez que mostraba su deslumbrante sonrisa yo me sentía un poco más viva, solo él sabía llenar de luz mis mañanas. Sus intensos ojos lo abrasaban todo, haciendo especial efecto sobre mi frágil corazón, el cual era capaz de carbonizar con una fugaz mirada. Yo me sentía como la Luna, sabía que jamás podría estar a su lado, aunque no había una sola noche en la que no soñara con que algún día se produjera aquel eclipse.

¿Qué es esto? ¿Una especie de poemario? Sigo leyendo.

La siguiente página es diferente, es como un diario, alguien narra sus vivencias.

El doctor Crosver dice que todo lo que he estado viviendo durante el coma ha sido fruto de mi imaginación, que en el momento del accidente mi cerebro no percibió la realidad y la historia continuó su transcurso dentro de mi mente.

Eh un momento, ¿la que narra es Noa? ¿Esto es suyo? Se le ha debido de caer del bolso cuando forcejeábamos.

Aquí habla del accidente de avión y de su experiencia durante el coma. Las páginas van captando mi interés, tomo asiento dentro del coche y continúo leyendo.

Kenai y Ken Miller's son la misma persona, a pesar de lo que Ingrid pueda decir, solo sé que le quiero y que nada podrá hacerme cambiar de opinión.

¿Qué cojones? El impacto es tal que el diario se me cae de las manos ¿Qué mierda significa esto? ¿Kenai? ¿Ese chico del que me hablaba en el hospital siempre he sido... yo? Pronto comienzo a sudar, es un sudor frío que me cala los huesos, mis manos tiemblan y mi corazón late agitado, bombeando la sangre a mil por hora. La voz de Noa suena dentro de mi cabeza: *Kenai es como un torrente de agua dulce de la que siempre estoy sedienta*, luego recuerdo su sonrisa, la enorme felicidad que le invadía cuando hablaba de él y por una milésima de segundo me sonrojo.

Ha anochecido y yo sigo aquí pegado a las páginas de éste diario, tengo que volver a casa pero sé que hoy me va resultar imposible dormir después de lo que acabo de descubrir. Aún sostengo el diario entre mis manos, lo he releído un par de veces, aquí vienen todos sus recuerdos explícitamente detallados, y yo no puedo salir de mi asombro.

Noa habla de un Ken generoso y bondadoso, romántico y fiel, entregado y totalmente enamorado de ella, supongo que así es como siempre imaginó que sería, pero ella ya ha descubierto la realidad y que ese Ken no existe, debió de ser terriblemente doloroso para ella afrontar que soy un completo capullo.

Suelto el diario a un lado y cierro los ojos, un amargo suspiro escapa de mi interior; me siento mal conmigo mismo, es extraño en mí pues nunca me planteo las consecuencias de mis actos ni el daño que mis palabras pueden llegar a causar a las personas, pero me he comportado excesivamente mal con ella, y cuando la tengo delante no hago más que actuar como un gilipollas.

Oh dios... ahora entiendo muchas cosas.

Ella no me odia, eso es solo un escudo, es su manera de aparentar fortaleza, debe de ser horrible tratar así a la persona que más quieres. Me tapo la cara con ambas manos para ocultarme a mí mismo mi estado de rubor, ¿Esa chica sigue enamorada de mí a pesar de haber descubierto quién soy realmente o solo está enamorada de mi alter ego?

Tengo que disculparme con ella, debo hacerlo, si no lo hago no me lo perdonaré nunca, no podré vivir con el remordimiento de haberme aprovechado de ella... ¿Cómo he podido ser tan capullo? Lo que le hice en el hospital debió de dolerle más que una bofetada.

Pero la historia está incompleta, falta el final de la historia, ¿cómo acaba todo esto? Necesito saberlo.

La propuesta

Me presento en la oficina de Vanessa con una descabellada propuesta, propuesta que probablemente ella rechace, pero he de intentarlo. Oculto bajo unas gafas de sol oscuras las enormes ojeras de oso panda que tengo de no haber pegado ojo en toda la noche, descubrir la verdad sobre esta chica me ha impactado demasiado, no puedo evitar sentirme una mierda por haber jugado con sus sentimientos de esa forma y creo que Vanessa también merece compartir ese sentimiento de culpa conmigo, pues ella fue la artífice de todo esto.

—¿Dónde están tus modales? Ya ni llamas a la puerta... —reprocha ella.

—Tienes que ver esto —suelto el diario sobre su mesa de forma brusca.

Ella mira el cuaderno con cara incertidumbre y luego me devuelve la mirada.

—¿Qué coño es eso?

Tomo una silla y la coloco junto a la de ella, tengo que intentar sonar convincente si quiero que me preste atención en esto.

—Fui a verla ayer.

—¿Ver a quién? —su sorpresa es máxima.

—A Noa.

Vanessa cierra los ojos con pesadez en un incontrolable deseo de darme una hostia.

—¿Otra de tus gilipolleces Ken? ¡Ya sabes lo que ocurrió la última vez que te acercaste a esa chica! —recrimina con contundencia.

—Sabría que dirías eso, pero necesitaba agradecerle en persona lo que hizo. Pudo haberme destruido y no lo hizo.

—¿Agradecérselo? ¿Pensabas echarle un polvo como agradecimiento? —ahora se ríe con sorna.

—Le ofrecí un cheque, pero lo rechazó.

—Ken, tu estupidez no deja de sorprenderme... —genial, ha dejado de prestarme atención.

—Ahora ya sé por qué no declaró contra mí y porque no quiere mi dinero.

Vanessa deja de mirar la pantalla del ordenador y vuelve a prestarme atención.

—La respuesta está aquí dentro —coloco la palma de mi mano sobre la solapa del cuaderno.

—¿Y qué se supone que hay escrito aquí? —ella toma el cuaderno y lo ojea por encima.

—Es de Noa, se le cayó cuando forcejeamos —confieso un tanto abrumado.

—¿Forcejeasteis? —la risa de Vanessa retorna con más fuerza que antes.

—Sí, ella no quería aceptar el cheque, así que traté de detenerla sujetándola por el brazo y... bueno, el cuaderno terminó en el suelo.

—¿No volvería a abofetearte verdad? —pregunta con una gran sonrisa en la cara.

—No Vanessa, no me abofeteó —respondo de mala gana.

Me mira de soslayo y su sonrisa se ensancha.

—Bueno, ¿me vas a decir de una vez que hay aquí escrito? —parece que he conseguido intrigarla.

—¿Recuerdas cuando Crosver y la psicóloga esa insistían en que ella no estaba preparada para verme?

—Sí, claro que lo recuerdo, tuve que amenazarles para que aceptaran, ¿recuerdas tú eso?

—Tenían una razón de peso para hacerlo Vanessa —hago una pausa, la idea de que esa chica

haya vivido todas esas cosas conmigo me deja traspuesto—. Mientras estuvo en coma esos cuatro meses, Noa estuvo viviendo en una especie de realidad paralela.

—¿Qué? —los ojos de mi representante se abren al máximo.

—Ella vivió toda una vida conmigo... —explico con la mirada perdida.

—¿Contigo? Creo que me he perdido —frunce el ceño.

—Todo está ahí escrito, te ruego que lo leas Vanessa.

Por primera vez en mi vida le pido un favor de verdad a mi representante, y sé que ella ha captado la preocupación en mis ojos por la forma en la que acaba de mirarme.

—¿Por qué tienes tanto interés en que lo lea?

—Siento que esa chica ha sufrido mucho por mi culpa y... —¿qué me pasa? No me salen las palabras.

—Joder Ken, ¿estás bien? —Vanessa vuelve a reír.

—Quiero ayudarla a superarlo, quiero que publiques su historia.

—¿Publicarla? ¿En una revista?

—No, en un libro.

—¿Y qué ganas tú con todo esto?

—No quiero ganar nada, solo quiero sentirme mejor conmigo mismo.

Vanessa suelta el cuaderno en la mesa y se tapa la boca con una mano.

—No te reconozco —entorna los ojos al mirarme y se ríe otra vez.

Estoy harto de que se lo tome todo a risa, esto es serio joder.

—Oye, vengo aquí a contarte todo esto y tú no haces más que reírte de mí una y otra vez, estoy harto Vanessa, harto de que no me tomes en serio, si no quieres ayudarme lo haré yo solo —me pongo en pie y tomo el cuaderno, pero ella me detiene sujetándome de la muñeca.

—Espera.

La miro apretando la mandíbula, ella nota mi enfado.

—Está bien Ken, me leeré esto.

—Necesito que te lo leas hoy, tengo que devolvérselo mañana.

—Como quieras...



Han pasado un par de días desde mi encuentro con el fatídico caballero oscuro, estoy recostada en mi cama hablando con Keith por Whatsapp cuando me llega una llamada, extrañada miro la pantalla, ¿otra vez un número oculto? Tengo un mal presentimiento.

—¿Sí? —respondo intrigada.

—Hola Noa, no me vayas a colgar por favor.

Doy un brinco sobre el colchón y me coloco de rodillas sobre el mismo.

¿Ken? ¿Otra vez él?

—¿Tú otra vez?

—Entiendo tu sorpresa, pero no te habría llamado si no tuviera una razón de peso para hacerlo —su tono es distante y serio, mi preocupación se acrecienta.

—¿Cómo has conseguido mi número? —estoy flipando.

—No tengo por costumbre revelar mis fuentes.

¿En serio me ha estado investigando?

—Verás Noa, tengo algo que te pertenece.

Mis ojos se agrandan, ¿algo mío?

—¿A qué te refieres? —pregunto acongojada.

—El otro día, cuando forcejeabas conmigo en el aparcamiento...

—¿Podrías ir al grano?

—Se te cayó algo de la maleta.

Hostias.... Suelto el móvil sobre el colchón, me levanto de la cama de un salto y corro hacia mi bolso.

Oh dios, dime que no es eso, dime que no es eso...

Rebusco dentro del bolso pero no veo el diario por ninguna parte. ¡¡Vamos no me jodas!! Revoleo todo su contenido en el suelo pero nada, ni rastro del diario. Mi corazón se encoge con fuerza, ¿lo tiene él? Me giro y miro de nuevo hacia la cama, ésta ahí tras el auricular, no quiero oír lo que me tiene que decir. Angustiada vuelvo a tomar el teléfono y me lo pongo en la oreja.

—¿Tienes mi diario? —pregunto con los ojos fuertemente cerrados.

—Sí...

Mi mundo se derrumba, ¿si tiene mi diario significa que lo ha leído? Mi mentón se arruga y sufro unas repentinas ganas de llorar.

—Pues te agradecería mucho si me lo devolvieras.

¿Cómo no me he dado cuenta de que no lo tenía? Me maldigo a mí misma y a mi comportamiento, si no hubiera forcejeado con él no lo habría perdido.

—Entiendo que quieras recuperarlo, te lo llevaré a tu casa mañana si te parece bien.

¿A casa? Dios...

—¿También sabes dónde vivo? —estoy flipando.

—Estaré en tu casa por la tarde.

—De acuerdo. Hasta Luego.

—Hasta luego Noa. Y disculpa las molestias.

La llamada termina y me quedo descompuesta. Si lo ha leído significa que ya lo sabe todo...



No me puedo creer que haya cometido el tremendo error de perder el diario y de que éste haya caído en manos de él. ¿De todas las personas del planeta ha tenido que ser el quién lo encontrara?

—¡¿Por qué me torturas de ésta forma?! —le grito al cielo.

Ken llegará en cualquier momento para devolverme el diario, me las he apañado para deshacerme de mis padres y de mi hermano y tener así algo de tiempo, aunque tampoco quiero estar demasiado tiempo con él a solas, no quiero volver a ver la compasión en sus ojos.

El timbre de la puerta suena y yo pego un brinco en el sofá.

Es él...

Trago saliva y me armo de valor para verle, después de todo lo que ha pasado, hoy por fin Ken Miller's va a ser conocedor de mis verdaderos sentimientos.

Abro la puerta y me encuentro con su hermosa figura bajo el umbral. Nuestras miradas se encuentran y un intenso escalofrío me atraviesa la espalda. Sus preciosos ojos verdes me contemplan con quietud y sus carnosos labios dibujan una línea recta en su rostro, no sonríe, está demasiado serio.

—Hola —su cálida voz rompe el silencio.

—Hola —respondo casi en un murmullo.

—¿Puedo pasar? —él mira con preocupación hacia atrás.

A lo lejos veo un coche negro aparcado y fuera un fornido hombre apoyado contra el capó. Supongo que será su guardaespaldas.

—Claro.

Reacciono, me aparto hacia un lado y él entra en casa.

Ken está en mi casa, dios, relájate Noa. Cierro la puerta y resoplo, espero que esto sea rápido.

—Una casa acogedora —se gira hacia mí y hace un amago de sonreír.

—Ya sabes que somos una familia modesta —me encojo de hombros. Estoy muy nerviosa, quiero recuperar mi diario.

—Supongo que quieres esto —Ken se saca el diario del bolsillo trasero del pantalón.

Mis ojos se agrandan, tenía razón, es mi diario. Ken extiende su mano para hacerme entrega del mismo. Yo lo tomo con delicadeza y lo estrecho entre mis brazos. Toda nuestra historia, todos aquellos recuerdos están aquí.

Denahi...

—¿Podemos sentarnos a hablar un momento?

Mierda... No quiero hablar sobre mis sentimientos, no estoy preparada.

—¿Lo has leído? —formulo la pregunta con angustia y miedo.

Él mira hacia otro lado y asiente.

Oh joder...

—Lo siento. Sé que no debí haberlo hecho, pero empecé a leerlo y ya no pude parar —se disculpa con una tierna mirada.

—Pues ahora ya lo sabes todo... —mi garganta comienza a experimentar un picor desagradable—. Ahora vete por favor...

El rubor en mi rostro es cada vez más intenso. Lo sabe, sabe que le quiero. Seguro que estará compadeciéndose de mí, pensando cómo pude ser tan estúpida como para enamorarme de un famoso.

—No, no me voy a ir hasta que me escuches.

¿Qué?

Le miro a los ojos totalmente sonrojada y él aprieta la mandíbula. ¿Qué quieres de mí? Esfúmate de mi vida de una vez por todas por favor...

—No tengo nada que hablar contigo.

Agacho la cabeza y trato de huir pero él me detiene sujetándome del brazo. Todo mi ser experimenta una fuerte descarga eléctrica al entrar en contacto con él, la sensación es tan fuerte que me detengo en seco.

—Por favor —suplica.

Cierro los ojos y me lamento. ¿Por qué no soy capaz de decirle que no? Ahora que conoce mis sentimientos hacia él todo es distinto.

Me volteo despacio con la cabeza cabizbaja, me muero de la vergüenza.

Asiento y él suelta mi brazo despacio, deslizando su mano hasta mi muñeca en un sufrible recorrido por mi piel. Tomo aire y camino hasta la mesa del comedor, me siento en un extremo y él en el otro.

—Debes de pensar que estoy loca —me tiembla la voz y soy incapaz de sostenerle la mirada.

—No, para nada pienso que estés loca.

Experimento un gran alivio al oír eso.

—Antes que nada, quería pedirte disculpas —ahora es él quién evita mirarme—. Sé que sigues resentida conmigo por lo que pasó en el hospital...

—Una disculpa no va a hacer que me olvide de lo que me hiciste —asevero con un nudo en la garganta.

—Lo sé, y entiendo que no quieras perdonarme.

—¿Qué es lo que quieres Ken Miller's? Ya sabes toda la verdad sobre mí —estoy a punto de romper a llorar.

—Pero tú no sabes toda la verdad sobre mí... —susurra en un tono casi inaudible—. Mi verdadero nombre no es Kenai, es Kenneth —sus palabras captan mi atención al instante—. Kenneth significa nacido del fuego.

Nacido del fuego...

Como si fuera un imán mis ojos son atraídos por los suyos, su mirada se torna intensa logrando atraparme.

—No sé tocar la guitarra, ni se me da bien cantar —tuerce los labios y sonrío con timidez—. Tampoco tengo un caballo que se llame tormento.

Vuelvo a mirarle y noto cómo se sonroja por un instante. ¿Qué habrá pensado al leer nuestro encuentro encima de un caballo? Yo me sonrojo también.

—Acertaste con lo de las motos, tengo una bastante bonita —sonrío de forma encantadora—. No tengo una enorme finca, pero sí una casa en la playa.

¿Por qué me está contando todo esto?

—Mi asistente se llama Gabriela y es mucho más joven que Conchita, aunque confieso que me hubiera encantado tener a una asistente tan divertida como ella —sonrío mostrando su perfecta dentadura, yo sonrío tímidamente.

—No me llevo bien con mi familia, a excepción de mis hermanos, Tayen, él es el único que me entiende —su expresión cambia.

Oh joder Tayen... Recuerdo todas las cosas que he escrito sobre su hermano y me quiero morir de la vergüenza.

—Sobre eso... —trato de explicarme pero me cuesta hablar.

—Reconozco que mi hermano es un tío realmente atractivo.

—Qué vergüenza... —murmuro.

—También acertaste en lo del deporte, me gustan los de riesgo.

Él sigue hablando y yo tratando de asimilar lo que acaba de decirme.

—No soy romántico ni detallista, pero sé muy bien lo que es el amor.

De nuevo logra captar mi atención.

—Solo he estado enamorado una vez y la quise tanto que no sé si volveré a ser capaz de querer a alguien de la misma forma.

Sus palabras son hermosas e hirientes. ¿Ken ya ha estado enamorado? Me duele oírle decir eso.

Inevitablemente mis ojos se humedecen, pero tengo que sacar fuerzas de flaqueza y mantenerme serena.

—Noa, ese hombre del que hablas en tu diario no soy yo, Kenai y yo somos muy diferentes —habla con contundencia—. No sé si tú serías capaz de amar a alguien como yo.

No puedo, no soporto que me diga eso. Después de todo lo que ha pasado mi corazón sigue quemando cuando está cerca de mí, siento que por más que trato de olvidarle, por más que intento huir de él, más crece este amor.

—Ahora entiendo muchas cosas —continúa hablando—. Pero hay algo que necesito saber.

Mi frecuencia cardíaca se dispara.

—¿Cómo termina la historia? ¿Llegué a encontrarte? ¿Logramos escapar del Turko?

¿Qué? ¿De verdad le interesa eso? Permanezco callada.

—¿Por qué no lo terminaste?

—Porque no puedo.

—¿Por qué?

—¡Porque no puedo! —asevero.

No puedo, soy incapaz de describir con palabras el dolor que experimenté al verle morir entre mis brazos, no quiero volver a reproducir ese fatídico momento.

—Por favor, necesito saberlo.

—No.

—Creo que tengo derecho a saberlo, soy yo quien sale en esa historia.

—Lo siento.

Ken se remueve en la silla con impaciencia, se pasa la mano por la cara y suspira.

—¿Por qué no publicas nuestra historia?

¿Nuestra... historia? Me sonrojo por completo.

—¿Qué? —le miro con el ceño fruncido.

—Que hagas un libro de tu experiencia durante el coma, seguro que hay más personas que han pasado por algo similar.

—No, es algo muy personal, no voy a compartirlo con nadie y tú lo has leído por error.

Arrastro la silla hacia atrás y me pongo en pie.

—Noa, piénsalo bien, yo podría ayudarte, conozco gente que podrían hacerse cargo de la edición y promoción del libro.

—¿Quieres que todos se burlen de mí? ¿Qué me tomen por loca? —me exaspero.

—Nadie va a llamarte loca —él también se pone de pie.

—No, definitivamente no.

—Es una historia preciosa, el mundo necesita conocerla.

Noto su presencia tras de mí, bajo un poco la guardia y cuando menos me lo espero siento su tacto sobre mi hombro. Me estremezco y me aparto de él bruscamente.

—¡No! ¡Yo solo quiero olvidarte, arrancarte de mi corazón y empezar de nuevo desde cero! —exclamo con los ojos llenos de lágrimas.

Me abrazo a mí misma y rompo a llorar. Él permanece quieto frente a mí sin decir nada.

—Yo no pretendía... —hace el amago de acercarse pero yo se lo impido.

—¡No te acerques!

Levanta ambas manos a modo de rendición y aprieta los labios.

—Está bien, no voy a acercarme.

Da unos cuantos pasos hacia atrás y se detiene. Yo me calmo un poco, me restriego las manos por la cara y me limpio las lágrimas sin dejar de mirarle.

Él toma un bolígrafo del lapicero y arranca un trozo de papel de la agenda que tenemos junto al teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto entre sollozos.

Escribe algo en el papel y lo deja sobre la mesa.

—Si cambias de opinión llámame, ese es mi número personal.

Absorbo los restos de lágrimas nasalmente y le miro de soslayo.

—No me merezco que me quieras de esa forma —se dice a sí mismo.

Se dirige hacia la puerta y se marcha cerrando la puerta despacio. En cuanto se va me desparramo por el suelo y vuelvo a llorar.

¿Por qué ha dicho eso?

Ya no hay nada que esconder, lo sabe, sabe que le quiero. No más secretos, no más mentiras, no ahora que él ha leído ese diario.

Me levanto sin dejar de llorar y tomo el papel que ha dejado sobre la mesa, hay un número anotado, ¿de veras en su número de teléfono personal? ¿Cómo se expone de esa manera dándomelo?

Pienso en todo lo que me ha contado sobre él, ¿por qué lo ha hecho?

Negocios

Estoy en casa de Keith, le he resumido por teléfono todo lo que ha pasado, desde su aparición por sorpresa ofreciéndome ese estúpido cheque, hasta su propuesta para publicar nuestra historia.

—Vale, creo que esto es lo más surrealista que me han contado nunca —la rubia toma asiento en su escritorio y se cruza de brazos.

—¡Intentó darme un cheque de diez mil dólares! —vocifero haciendo aspavientos con las manos.

—Cielo, Ken vive rodeado de dinero, no sabe otra manera de hacer las cosas.

—Y luego voy y pierdo el diario, ¡mi diario! ¿Y quién lo encuentra? Dios, ¿puedo tener más mala suerte?

—Reconozco que un poco de mala suerte sí que tienes.

—Keith, lo ha leído, sabe lo que siento por él... —de nuevo mi mundo se derrumba. Mi armazón ya no sirve para nada.

—¿Y qué si lo ha leído? Ya no sientes eso por él... ¿verdad? —ella me mira de soslayo.

Me muerdo el labio inferior de manera nerviosa.

—¿Verdad? —insiste con un tono de voz autoritario.

Balanceo la vista hacia otro lado y suspiro.

—Creía estar segura de que ya no sentía nada por él, incluso me había convencido a mí misma de que le odiaba, pero cuando lo tengo delante... —me sostengo la sien con los dedos índice y pulgar y vuelvo a suspirar.

Mi amiga aprieta los labios y continúa con los brazos cruzados.

—¿Vas a aceptar su propuesta? —finalmente habla.

Me apoyo sobre el escritorio junto a ella y saco de mi bolsillo el papel que me dio con su número anotado. Sonríe para mis adentros al ser consciente del claro interés que Ken ha mostrado respecto a nuestra historia.

—Oh dios, ¿pero qué me pasa? —recapacito en voz alta guardando de nuevo el papel.

—Sea lo que sea lo que estés pensando, piénsalo bien.

Me retiro del escritorio y me coloco frente a ella.

—A ver, Ken nunca hace nada de forma altruista, si tiene interés en que publiques ese libro obviamente es porque quiere conocer el final —recalca ella.

—¿Y por qué tiene tanto interés en conocer el final de la historia? No es más que una fantasía inventada por mí —espeto confusa.

—No lo sé, puede que de verdad tenga curiosidad.

—¿Tanta curiosidad hasta el punto de ayudarme a publicarlo?

—Cariño, Ken nunca se rinde, si quiere algo lo conseguirá a cualquier precio. Y si no lo consigue él acudirá a su perrita faldera para que lo consiga —eso último lo ha dicho con cierto desdén.

—Te refieres a Vanessa.

—Sí, esa tía haría cualquier cosa por él.

Vaya, parece que a Keith tampoco le cae muy bien Vanessa.

—¿Por qué no le cuentas el final y te quitas de problemas? —sugiere mi amiga.

—¿Contarle el final? ¿Crees que sería capaz de mirarle a la cara y contarle cómo le vi morir

entre mis brazos? ¿Contarle cómo lo enterré y traté de suicidarme luego? —alucino.

—Vale, olvida lo que acabo de decir.

—Oh dios, estoy hecha un lío —decido tumbarme en el suelo sobre la bonita maqueta.

Keith se levanta de la silla, se tumba a mi lado imitando mi postura y me toma de la mano.

—Decidas lo que decidas yo voy a apoyarte.

Me alegra en el alma oír eso.

—Gracias Keith.



Me encuentro a solas en mi habitación con el diario entre mis manos. Este trozo de papel significa tanto para mí que si lo hubiera perdido no me lo habría perdonado nunca, mi corazón agradece que haya caído en sus manos y no en las de otro, en cierto modo me avergüenza pero me emociona que Ken haya descubierto la verdad. Aunque resulte tremendamente doloroso el saber que ese amor jamás será correspondido. ¿Qué habrá sentido él al leerlo? ¿Se le habrá removido algo por dentro al descubrir que aquel Kenai del que le hablaba en el hospital siempre ha sido él? O quizás simplemente le haya resultado gracioso.

Se tomó la molestia de devolvérmelo, podría habérselo quedado y yo nunca lo hubiera descubierto, pero él decidió venir a verme y contarme todas esas cosas sobre él. Y luego está ese interés por saber el final... Bueno, entiendo que quiera saberlo, al fin y al cabo él es el protagonista, pero no puedo, no tengo ni las fuerzas ni el valor de contarlo.

Abro el diario por la última página y tomo mi bolígrafo negro favorito. No tengo el valor de contarlo pero sí de escribirlo.

Tomo aire y comienzo a escribir. Ken tiene razón, él tiene derecho a conocer el final, además, necesito saber cómo va a reaccionar al descubrir el motivo por el cual me desperté del coma.

Mi mentón se arruga y una gota cae sobre el papel difuminando la tinta, estoy llorando. Revivir nuevamente y con tanto detalle aquel tormentoso momento me desquebraja y me destroza. Me restriego la mano por la cara y me limpio los restos de lágrimas, lo hice, he sido capaz de hacerlo.

Miro el reloj, son las dos de la mañana. Me ha costado un enorme esfuerzo describir con palabras el momento en el que perdí a Kenai, pero lo he hecho solo porque él me lo ha pedido.

Cierro el diario y acaricio la solapa con cariño, aquí dentro está todo escrito, nuestra historia de amor. ¿De verdad voy a hacerlo? ¿Voy a compartir nuestra historia con el resto del mundo?

Tras una larga noche de insomnio y pesadillas he tomado una decisión, voy a llamar a Ken y voy a escuchar su propuesta, y lo voy a hacer a espaldas de mis padres, pues de seguro voy a tener un no como respuesta y al fin y al cabo es mi historia y soy yo quién decide.

Sostengo el teléfono entre mis manos temblorosas sin dejar de mirar el trozo de papel con su número anotado. Aún no me creo que me haya dado su teléfono personal, sigo sin creerlo. Tendré que marcar el número si quiero averiguarlo.

Marco el número asegurándome varias veces de que lo he marcado bien, finalmente mi dedo

índice aprieta el botón verde de manera insegura.

Permanezco en silencio tras el auricular a la espera de oír su voz pero nadie responde. Al quinto tono salta el buzón de voz:

Estás llamando al teléfono de Ken Miller's, ahora mismo debo de estar ocupado haciendo a saber qué así que deja tu mensaje después de la señal y puede que te responda, o quizás no...

El mensaje acaba con una risotada de Ken, luego se oye un pitido.

¡Mierda, mierda... Habla Noa!

—Eh... esto... hola... soy Noa Méndez...te llamo con motivo de la propuesta de publicar mi historia... —mierda, me tiembla la voz—. Y bueno, quería decirte que estoy dispuesta a oír tu propuesta así que cuando oigas este mensaje contéstame por favor.

Pulso el botón rojo a toda hostia y respiro aliviada.

Uff...

Al cabo de diez minutos recibo un mensaje de un número desconocido:

Mañana a las 10:30

Avenida Chester Unión, 278

Trae contigo el cuaderno

Me alegro de que hayas llamado

Sonrío al leer el final del mensaje, ¿de veras se alegra de que quiera publicar nuestra historia?

—Así que finalmente te decidiste a terminarlo —confirma Keith con el diario entre sus manos.

—Sí, aunque no fue fácil —confieso con cara de angustia.

—Supongo que Ken se quedará flipando al leer el final —informa dándole un succulento bocado a una manzana de color rojo vivo.

—He decidido aceptar la propuesta de Ken —le advierto con temor, pues ya me espero una reprimenda por su parte.

—¿Qué? —abre sus ojazos azules de manera exagerada.

Cierro los ojos con fuerza y comienzo a explicarme.

—Me ha citado mañana en esta dirección —le muestro el mensaje de esta mañana.

Keith aprieta los labios con inconformismo y deja la manzana sobre su libro de anatomía.

—¿Por qué no me lo has consultado?

—Fue un impulso.

—Ya, pero ambas sabemos que tus impulsos no suelen acabar muy bien que digamos... —vuelve a tomar la manzana y le da otro mordisco.

—Eso me ha dolido —le hago saber con semblante serio.

—Ay no me mires así, lo siento —se disculpa con mirada triste.

Nos encontramos en el jardín del campus universitario haciendo algo de tiempo hasta que comience la siguiente clase.

—¿Sabes que te ha citado en el despacho de su representante? —informa ella con total pasividad.

—No tenía ni idea...
—Sabía que recurriría a ella, te lo dije —con un último mordisco se termina la pieza de fruta.
—No sé si eso es bueno o malo.
—¿Se lo vas a contar a tus padres? Tarde o temprano terminarán sabiéndolo.
—Sí, pero esperaré el momento adecuado para decírselo.
—Iré contigo mañana, no voy a dejar que hagas esto sola.
Oh Keith... gracias.
—Gracias Keith... te adoro —me lanzo a los brazos de ella y ésta me devuelve el abrazo con total ternura.



Keith es la única que está al tanto de todo, incluso se ha ofrecido a acompañarme. Me alegro mucho de poder contar con su apoyo, en estos casos hubiera sido Li quién me habría aconsejado y acompañado, dios... la echo tanto de menos, si ella supiera por todo lo que estoy pasando...

Ella me ha aconsejado asistir informal pero elegante, nada llamativo pero que sea adecuado para una situación como esta; así que me he colocado unos vaqueros claros, una camisa de botones de color negra metida por dentro del pantalón y unas botas de tacón oscuras, en cuanto a mi pelo me he hecho un semirecogido con varios mechones de pelo suelto.

—Así estás perfecta —me apremia ella con una gran sonrisa.

—Vale... —suspiro—. Vayámonos antes de que vengan mis padres.

Fuera nos espera la *Vespa* color cereza de Keith.

—Ten—lanza el casco en mi dirección y este aterriza entre mis manos—. Póntelo.

Miro el artefacto que está entre mis manos, lo volteo y lo observo con detenimiento sin poder evitar sumergirme en mis recuerdos.

Recuerdo aquel día como si fuera ayer, en el garaje de Kenai; yo tenía miedo, no quería subir a ese peligroso vehículo, el ruido que emergía del tubo de escape ya me aterraba. Él me lanzó un casco negro de la misma manera que Keith, era diferente a este, más robusto y estaba cerrado por la zona de la mandíbula. Lo miré durante unos instantes, dudaba de si subirme a ese aparato con él, pero entonces pasó algo.

—¡Tú decides preciosa, te vienes conmigo o te quedas aquí! —me dedicó una sensual mirada y se colocó el casco.

En ese mismo instante lo supe, me iría con él al fin del mundo, no podía haber ningún peligro a su lado, no existía un lugar más seguro en este mundo que no fuera junto a Kenai.

Un par de lágrimas se precipitan por mis ojos y caen suavemente sobre la superficie del casco que sostengo entre mis manos. Un amargo sentimiento me consume por dentro, mi mentón se arruga y un nudo se traba en mi garganta, no lo soporto, no soporto la realidad.

—Noa, ¿estás bien? —oh mierda, Keith se ha dado cuenta.

Aspiro velozmente mis lágrimas y me coloco el casco a toda prisa. La visera negra oculta mis ojos, pudiendo desbordar mi llanto sin ser descubierta. Me lo abrocho y ocupo mi asiento en la

parte trasera de la *Vespa*.

Keith también se sube a la moto y se pone el casco, me observa todo el rato por el rabillo del ojo, seguro se ha dado cuenta de que estaba llorando, maldición.

—El sitio no está lejos, si nos damos prisa llegaremos a tiempo —recita con un tono áspero de voz. Luego arranca la moto y por fin nos ponemos en marcha.

Esta es la primera vez en mi vida que me subo a una motocicleta, pero yo siento que llevo toda la vida surcando la carretera abrazada a la espalda de él, el tacto de su chaqueta de cuero y el olor de su cuerpo me hacían olvidar el peligro de estar viajando a doscientos kilómetros por hora.

Keith conduce en silencio, yo me limito a mirar hacia un lado, viendo como la ciudad pasa a cámara rápida. El viento mece mis cabellos y yo no puedo dejar de recordar momentos juntos a él, momentos que jamás existieron. Las lágrimas surcan mis mejillas con una velocidad mayor que la de la moto, ¿cómo se supone que voy a superarlo? Por un momento miro al frente e imagino que es él quien conduce, mi corazón late fuerte con tan solo imaginarlo, *quiero que sea real, quiero que estés aquí conmigo*. El dolor me supera y me lanzo sobre Keith, me abrazo a su cintura con fuerza y desparramo mi llanto.



Hemos llegado al sitio y ni siquiera me he dado cuenta. El suave tacto de las manos de Keith me espabila, me suelto de su cintura con brío y me bajo de un brinco; ella se quita el casco y me observa con gesto de preocupación, yo aún no me he quitado el casco.

—Noa, ¿de veras estás bien?

Inspiro profundamente y me hago la dura, tengo que superarlo; me quito el casco y sonrío con desgana.

—Estoy bien —clavo la vista en el suelo y vuelvo a recordar esos momentos junto a él—. Es la primera vez que subo a un aparato de estos, he pasado un poco de miedo —alzo la vista y la miro directamente a los ojos.

—¿Ah sí? —frunce el ceño al hacerme la pregunta, parece sorprendida—. ¿Y por qué no me lo has dicho? —se baja de la moto y continúa hablando—, por la soltura con la que te has puesto el casco y te has subido a la moto pensé que no era la primera vez.

Abre el sillón de la moto e introduce su casco dentro, yo me acerco a su lado y le devuelvo el mío.

—He visto siempre a Eric subirse a su moto, supongo que será por eso —invento encogiéndome de hombros.

Keith me mira de manera incrédula y me da un toque en la espalda.

—Vamos, tú primero.

Trago saliva de manera forzada y miro el enorme rascacielos que asciende ante mis narices, es

enorme, debe de haber cientos de pisos.

Camino seguida de Keith, al entrar al edificio nos atiende un hombre trajeado en recepción.

—Oye, ¿qué se supone que debo de decirle? Ken no me ha especificado nada —le susurro a Keith antes de hablar.

Ella me guiña un ojo.

—¡Hola! —mi amiga decide tomar la iniciativa—. Soy Keith O'donnell y ella es Noa Méndez, teníamos una cita con el señor Miller's a las 10:30.

El hombre nos escanea de arriba abajo con cierta desconfianza, quizás se piensa que somos fans y que nos hemos colado aquí.

—Claro, un momento, voy a comprobarlo.

El tipo gira la silla dándonos la espalda.

—¿Vanessa? Tengo aquí dos chicas que aseguran haberse citado con Miller's ahora, aja...

Keith y yo intercambiamos miradas en silencio.

—Está bien chicas, podéis pasar.

El tipo aprieta un botón abriendo unos tornos giratorios. Ahora nos espera un vigilante de seguridad junto a un arco magnético.

—¿De verdad todo esto es necesario? —farfulto dejando el bolso y la chaqueta sobre la cinta transportadora.

—Medidas de seguridad querida... —añade Keith con fastidio.

Keith pasa por el arco sin problemas, pero cuando me toca pasar el condenado aparato comienza a pitar de manera ensordecedora. ¿En serio?

—Señorita, ¿lleva consigo algún objeto metálico? —me pregunta el vigilante con seriedad.

—No... he dejado todo sobre esa cinta transportadora.

Veo a Keith reír entre dientes.

Suspiro y paso de nuevo, el maldito trasto vuelve a pitar.

—Dios, ¿esto es una broma?

La risa de Keith se hace más notoria, cosa que hace que a mí también me entre la risa floja.

—Señorita, vacíese los bolsillos por favor.

—Oiga...

—Por favor —insiste.

Hago lo que me pide, pero no llevo absolutamente nada dentro de ellos.

—¿Lo ve? Esa cosa debe de estar estropeada, no llevo nada encima.

—Noa, me parece que te vas a quedar fuera —la rubia se ríe a carcajadas.

El vigilante se pone en pie y saca otro chisme, una especie de raqueta magnética que pita al entrar en contacto con algún metal.

—Suba las manos por favor.

Dios... esto ya es vergonzoso. La gente que pasa se me queda mirando con cara de sorpresa, ni que yo fuera una delincuente joder...

—Ramírez, ¿qué haces?

Mi cuerpo da un respingo al oír ese timbre de voz.

—Cachear a la señorita —responde él.

Miro hacia atrás y me encuentro a mi verdugo contemplando la escena con una simpática sonrisa mientras sostiene un café en la mano.

—Ken... —balbuceo.

—No es necesario, déjala pasar —le ordena sin dejar de sonreír.

El tipo acepta a regañadientes y se aleja. Gracias...

—Ken Miller's... cuánto tiempo sin verte —Keith le saluda colocando una mano sobre su hombro con contundencia.

—O'donnell... —la sonrisa de Ken se ensancha—. Así que es verdad, vosotras dos sois amigas.

—El mundo es un pañuelo, ¿no crees? —afirma ella.

Yo observo desde una distancia prudente. Keith no mentía cuando dijo que eran conocidos, se ve que hay confianza entre ellos.

—Vamos, Vanessa te está esperando —ahora me habla a mí.

Asiento y le sigo hasta el ascensor.

El enorme ascensor abre sus puertas y los tres pasamos dentro, su intenso perfume pronto me enloquece, le miro de soslayo mientras pulsa el botón 34. Las puertas se cierran y yo enmudezco.

—Así que aquí es dónde tiene el despacho tu jefa —aclara Keith.

—Sí, esta se ha convertido en mi segunda casa.

—Demasiado sofisticado para mi gusto —refuta ella arrugando la nariz.

—Tú y tus gustos... —añade él con cierto desdén.

—Mejores que los tuyos seguro —contraataca ella.

Ken ríe y niega con la cabeza. Yo sigo callada, sintiéndome totalmente fuera de lugar.

Al llegar a la planta 34 las puertas del ascensor se abren y Ken sale primero, seguido de Keith y de mí.

Recorremos un largo pasillo hacia la derecha y al final del mismo nos topamos con una puerta de cristal doble con el letrero *Vanessa Cloth* escrito en una placa.

Ken abre la puerta y me encuentro con ella de frente, en cuanto me divisa me regala una sonrisa de lo más forzada.

—¡Noa! —rápidamente se pone en pie y se acerca a saludarme.

Yo no puedo evitar mirarla con rencor, esa mujer nunca me dio buena espina, nunca nos hemos llevado bien, eso es algo que cualquiera puede notar.

Me estrecha la mano con fingida simpatía, yo le devuelvo la sonrisa por educación pero en lo absoluto me alegro de verla.

—Me alegro de que hayas venido, ven, toma asiento.

Me ofrece una silla y yo arqueo una ceja, ¿a qué viene tanta amabilidad?

—¿Y tú eres...? —la presencia de Keith parece alarmar a Vanessa.

—Keith O'donnell, su mejor amiga y consejera.

—¿O'donnell? —su famosos apellido pronto es reconocido.

—Sí, soy la hija de ese capullo —la rubia sonrío forzosamente y le estrecha la mano a Vanessa, de reojo veo como Ken ríe de manera divertida.

—Keith y yo somos viejos amigos Vanessa, no tienes nada que temer de ella.

La representante de Ken le dedica una mirada de inconformismo.

Tras saludar a Keith toma asiento junto a Ken. Ambos me miran de una manera extraña.

—Bueno, aquí estoy —decido tomar la iniciativa.

—Me alegro de que hayas decidido venir, sinceramente pensé que te negarías —de nuevo Ken me da las gracias.

—Aún no he dicho que sí —aclaro con tono serio.

Vanessa y Ken se miran entre ellos de manera fugaz, luego habla ella.

—Noa, entiendo que estés resentida con nosotros después de lo que pasó en el hospital, pero yo hice lo que tenía que hacer por mi cliente.

—No quiero hablar de eso.

—Nosotros no teníamos ni idea de por lo que estabas pasando...

—No he venido aquí para hablar de eso —le corto tajantemente.
Ella acalla al instante.

—Ahora ya sabéis la verdad —asevero mirándola directamente a los ojos.

—He leído tu historia Noa, y quedé muy impactada —me habla con tanta seriedad que hasta me lo estoy creyendo.

—No es más que una locura transitoria —murmullo para mis adentros pero Ken me ha oído.

—No digas eso Noa.

Alzo la vista y me atrevo a sostenerle la mirada.

—Estoy seguro de que hay más personas que al igual que tú han vivido una experiencia parecida durante el coma —continúa él—. El mundo necesita conocer tu historia, la gente debe de saber que esas cosas suceden.

Ha logrado captar mi interés.

—Piénsalo, podrías ayudar a otras personas a superar sus traumas después de haber pasado por la misma circunstancia que tú —ahora habla Vanessa.

¿Ayudar a otras personas? ¿Habría más gente como yo?

—¿Creéis que lo mío no es un caso aislado?

—Seguro que no, pero la gente tendrá miedo de hablar de ello. El mismo miedo de que les tomen por locos.

—Si publicas tu historia en forma de libro conseguirás que todas esas personas se sientan identificadas contigo —interviene Ken de nuevo.

Dios, ¿qué hago?

Miro a Keith con esperanza de que ella me aconseje o asesore.

—Yo creo que es una buena idea Noa, guardarte eso para ti sola no te está ayudando nada, piensa que sería como una forma de liberarte —dice ella.

Cierro los ojos y pienso nuevamente en Li, mi buena amiga, ella siempre sabía aconsejarme.

¿Qué diría ella?

—¿Cuáles serían las condiciones? —pregunto.

—Nosotros nos encargaríamos de todo, maquetación, corrección, portada, encuadernación, promoción, marketing...

—¿Y las regalías? —Keith interviene.

—Bueno, nosotros nos quedaríamos con un 45% de las ganancias para subsanar los gastos de producción y demás.

—¿45%? ¿Eso no es mucho dinero? —mi amiga no duda en atacar.

—Señorita O'donnell, mi cliente también debe de sacar partido de todo esto —confiesa sin el menor de los reparos.

—Lo suponía... —masculla ella con cierto desdén.

—Está bien, pero no quiero que se edite absolutamente nada del contenido, es la única condición que os pongo.

—De acuerdo, no hay problema con eso.

—Eh espera, ¿lo has hecho? ¿Escribiste el final? —pregunta Ken con un fuerte brillo en sus ojos.

—Sí, ya puedes leer tu ansiado final, aunque sospecho que no te va a gustar nada.
Sus verdes ojos ahora emiten un halo de tristeza.

—Esperaré a que el libro esté listo para leerlo.

Dicho esto Vanessa saca unos papeles con el contrato.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? Luego no habrá vuelta atrás —inquieta Keith mirándome fijamente a los ojos.

—Sí, estoy segura.

Tras leerlo detenidamente firmo, también firman Vanessa y Ken.

—Pues listo Noa —Vanessa toma los papeles y los guarda en una carpeta—. ¿Has traído el diario?

Trago saliva e inconscientemente me aferro a mi bolso. ¿Tengo que hacerlo, tengo que entregarle mi diario?

—¿Es necesario? Yo misma podría narraros lo que sucedió —respondo con nerviosismo.

Vanessa sonríe de manera incrédula.

—No, eso sería muy tedioso, déjanos el diario y lo tendremos listo en un par de semanas —abre la palma de su mano a la espera de que se lo entregue.

Asiento no conforme e introduzco la mano dentro del bolso hasta tocar la solapa del cuaderno, nunca pensé que me costaría tanto deshacerme de él. Vacilo unos instantes antes de sacar el diario, noto la intensa mirada de Ken clavada en mi rostro, lo sabe, sabe lo que este diario significa para mí.

—Tranquila, te lo devolveremos cuando hayamos acabado —dice Ken en un intento de calmarme.

Trato de sonreír y le entrego el diario a Vanessa.

—Gracias. Estaremos en contacto Noa, ya puedes marcharte, no queremos entretenerte más.

—Claro —me pongo en pie rápidamente.

—Esperad chicas, os acompaño abajo —Ken también se pone de pie.

Keith se gira hacia él y le detiene apoyando una mano en su pecho. ¿Qué diantres hace?

—No es necesario Ken, sabemos dónde está la salida... —reclama ella alzando ambas cejas.

—Yo solo...

—Hasta luego Ken —se despide sin dejarle terminar de hablar.

En cuanto salimos por la puerta no tardo en sermonear la actitud de mi amiga.

—¿Por qué has hecho eso? No era necesario que fueras tan borde —la detengo sujetándola por el antebrazo.

—Noa, recuerda a lo que has venido aquí.

—Ya pero él solo pretendía ser amable con nosotras.

—No estás aquí por él, no estás haciendo esto para hacer migas con el señorito Miller's, estás aquí para superar tu trauma, para convertir toda esa mierda que te pasó en algo bueno.

Dicho esto continúa caminando sin esperarme.

—Pero él solo quiere ayudarme.

Keith se detiene en seco, gira su cabeza en mi dirección y sonríe sin dejar de fruncir el ceño.

—¿De veras sigues pensando que hace esto por ti? ¿Es que ya te has olvidado de lo que te hizo?

—No, por supuesto que no me he olvidado.

—45% de los beneficios Noa, 45 —recalca.

Mi corazón se encoje con fuerza de dolor, una vez más Keith me abofetea con una hostia de realidad que me derriba.

—Deja de pensar en él de esa forma, Kenai no existe, debes pasar página de una vez.

Nuevas reglas

Es viernes por la tarde, hace casi una semana que me presenté en el despacho de Vanessa y firmé ese contrato donde les cedía prácticamente todos los derechos de mi historia, aquella historia ficticia entre el señor Miller's y yo, aquella que, para mi sorpresa, ha conseguido despertar tanto interés en él. No he vuelto a tener noticias de Vanessa y mucho menos de él, no tengo ni la menor idea de lo que estarán haciendo pero ya echo de menos ese condenado diario.

Keith me ha pedido que la acompañe al centro para ir de tiendas, en realidad no me apetecía demasiado, pero cuando Keith se pone insistente no acepta un no por respuesta.

—¿Entonces te gusta esta blusa? Ya sabes que puedo prestarte toda la ropa que quieras cuando la necesites, prácticamente tenemos la misma talla —su teléfono comienza a sonar y ella me hace un gesto con el dedo para que le dé unos minutos.

Suspiro y me volteo hacia el escaparate situado a mi espalda, es una tienda de ropa y complementos para niños. Fijo mi vista en la ropa de niño, diminutos zapatos deportivos, gorros para el frío y todo tipo de monerías de colores vivos y alegres y de pronto mi corazón se estremece con fuerza. Inevitablemente pienso en Denahi, mi muñeco precioso. Un agudo dolor me atraviesa el pecho, es terriblemente doloroso recordarle, ese precioso niño al que tanto quería, recordar su tierna voz llamándome mamá, aún la oigo por las noches. Cierro los ojos con fuerza soportando la terrible angustia de querer romper a llorar, joder, ese niño nunca existió, ¿acaso estoy volviéndome loca de verdad?

—Noa, Noa —oigo la voz de Keith a lo lejos—. ¿Estás bien?

Vuelvo en mí, me froto los ojos y planto una fingida sonrisa en mi rostro.

—Claro, estoy bien.

Mi amiga balancea la vista hacia el escaparate, luego la oigo lamentarse.

—Cariño, ¿seguro que estás bien? —me sujeta del hombro con firmeza sin dejar de mirarme a los ojos.

Mi mente vuelve a transportarme a aquellos falsos recuerdos, cuando Kenai y yo éramos felices con nuestro pequeño.

—Keith, necesito que me hables de Ken —lo digo con cierto temor, pues ya me espero la reprimenda por su parte.

Ella emite un largo y tortuoso suspiro.

—Noa, creí que no volveríamos a hablar de él.

—Lo sé, pero ahora que he aceptado publicar mi historia voy a tener que volver a toparme con él y quiero estar preparada.

Ella se recoloca bien la chaqueta y comienza a hablar.

—Bien, en ese caso hay un par de reglas que debes de saber antes de codearte con el señor Miller's.

La miro expectante, ¿reglas?

—Primero, olvídate del Ken que conociste en el hospital, aquello fue pura fachada.

—Eso pude comprobarlo por mí misma —afirmo arqueando una ceja.

—Ken es un vividor que solo se quiere a sí mismo. Es arrogante y materialista, aparte de un mujeriego empedernido.

—Joder, nadie diría que eres su amiga... —estoy flipando.

—A ver, no me malinterpretes, le conozco desde hace muchos años y he aprendido a quererle tal y como es.

—Algo bueno tendrá que tener.

—Y lo tiene, tiene un gran sentido del humor y está loco, pero cielo, no soy yo la que está enamorada de él.

Agacho la cabeza decepcionada.

—He visto cómo trata a las mujeres y jamás dejaría que te hiciera eso a ti, por eso tienes que cumplir las normas a rajatabla.

Alzo la vista y miro con detenimiento sus grandes ojos azules. Keith comienza a enumerar con los dedos.

—Uno: se fría y distante con él siempre, debe creer que ya no sientes nada por él, no le des pie siquiera a que piense que tiene alguna oportunidad contigo; dos: a Ken le gustan mucho los juegucitos así que nunca entres en ellos; y tres: no intentes ser su amiga, ahora que Ken sabe que una vez le quisiste puede que intente aprovecharse de ello.

Me quedo con cara de póker ante el recital de normas de mi amiga, francamente estoy alucinando.

—¿Por qué crees que intentaría algo así conmigo? —pestaño al hacerle la pregunta.

—Noa, a Ken le encanta jugar y tú eres una sabrosa presa para tíos como ellos.

Un sofocante calor comienza a abrasarme las mejillas.

—Dudo mucho que intente seducirme —trato de auto convencerme.

—Ken es impredecible, yo no estaría tan segura —me mira de soslayo y el calor se intensifica.

—¿Y cómo sabes tú todo eso? ¿Acaso él ha intentado algo contigo? —formulo la pregunta con cierto temor, no me gustaría descubrir que el amor de mi vida ha tratado de acostarse con mi mejor amiga.

—¿A mí? —Keith comienza a reírse a carcajadas—. Conmigo jamás se atrevería.

La miro extrañada, ¿por qué no iba a atreverse? A mí Keith me parece una chica realmente hermosa y atractiva.

—Después de cinco años de amistad he tenido que soportar a cientos de mujeres despechadas que venían a mí a pedirme consejo.

—¿Pedirme consejo?

—Cariño, ¡soy la única amiga con la que no se ha acostado! —esclarece.

—Ya... es que es difícil de entender.

—El caso es que les impuse esa especie de reglamento y no les ha ido del todo mal —se dice a sí misma—. Noa, Ken no es de los que se enamoran y dicen "te quiero".

Me limito a escucharla en silencio.

—Tú sigue mis reglas al dedillo y te aseguro que en cuestión de meses te acabarás olvidando de él.

Permanezco en silencio nombrando mentalmente las reglas de Keith, aunque empiezo a dudar de mi capacidad para cumplirlas a rajatabla.



Finalmente la llamada de Vanessa llegó, me ha citado en un sofisticado edificio de Los Ángeles, parece la sede de una importante editorial. Me dijeron que debía de venir para elegir la portada del libro así que parece ser que ya lo tienen todo listo.

Al entrar me recibe una chica joven muy simpática, pero no hay rastro de Vanessa.

—Puedes tomar asiento aquí mientras lo preparo todo —me dice la chica con amabilidad.

Asiento con una sonrisa y espero de manera nerviosa en el enorme sillón de cuero en el que estoy sentada. Observo todo en silencio, el lugar tiene una decoración moderna, un hilo musical con una melodía movida suena de fondo y por delante de mí no dejan de pasar personas. Sí que trabajan personas aquí...

Han pasado más de quince minutos y aquí sigo esperando, cruzo las piernas de manera inquieta y entrelazo los dedos, ¿qué estarán haciendo? De pronto la puerta de color blanco que hay frente a mí se abre deslizándose despacio hacia un lado y tras ella me encuentro a la peor de mis pesadillas.

Noto como el corazón me da un vuelco dentro del pecho en cuanto le visualizo, Ken Miller's acaba de entrar por la puerta.

Observo su estilizada figura y me ruborizo al instante, tan elegante como siempre, con ese embriagador aroma y ese hermoso rostro afeitado y pulcro como el día.

¿Qué hace él aquí?

Tras echar un vistazo rápido a los alrededores me localiza, sus intensos ojos verdes consiguen paralizarme, traspasando hasta lo más profundo de mi alma.

—Siento el retraso —se lamenta con una dulce sonrisa que me combustiona en el acto.

¿Siente el retraso?

—Veo que hoy has venido sola.

—Keith no podía acompañarme hoy. ¿Qué haces aquí?

Sin vacilar toma asiento en el sillón que hay justo a mi lado.

—Me han citado para lo de la portada del libro.

¿Qué?

Cierro los ojos con fuerza tratando de entenderlo.

—¿Para qué iban a citarte a ti? —no entiendo nada.

—La portada, debemos de elegirla juntos —sonríe de nuevo.

Ahora la que se ríe soy yo y no precisamente porque me haga gracia lo que me está diciendo.

—Te recuerdo que es mi historia, no sé por qué tú deberías de elegir nada —recuerdo las reglas de Keith y me lanzo directa al ataque.

Ken se ríe de forma divertida.

—¿En serio? No te has leído las cláusulas del contrato, ¿verdad?

Mierda, no, no me he leído las malditas cláusulas, ¿qué cojones he firmado?

—Puesto que es mi nombre el que sale en esa historia tengo derecho a participar en el proceso de edición.

¿Derechos? ¿Cómo se atreve? Después de todo lo que he sufrido, después de lo que me hizo, ¿se atreve a querer formar parte de esto?

—Sabes, creo que fue una muy mala idea querer publicar mi historia, es algo muy personal y nadie más debería interferir en ello.

Me levanto enfurecida con intenciones de tirarlo todo a la basura cuando él interviene.

—Está bien, si es lo que quieres no me opondré, entiendo que es tu historia y tú debes de ser quién decida sobre ella —su tono de voz ha cambiado, ahora suena más apagado.

Él también se levanta, me dedica una fugaz mirada y emprende la marcha.

—¿De quién fue la idea de publicar mi historia? ¿Fue idea de Vanessa no?

Se detiene y le oigo lamentarse.

—No, la idea fue solo mía —gira su cabeza despacio hacia toparse con mis ojos.

—¿Tuya? —pregunto intrigada—. ¿Por qué? ¿Qué ganas tú con todo esto? Porque no me creo que necesites el dinero.

—No, no lo necesito.

—¿Entonces? Tú me has enseñado que nunca haces nada de manera altruista, mi amiga Helena no se equivocó contigo.

Tuerce los labios dibujando una débil sonrisa.

—En ese caso tu amiga no se equivocaba, pero ahora es diferente.

¿Diferente?

—Me siento mal conmigo mismo por lo que te hice, sentí que debía de recompensártelo de alguna manera.

Le miro entornando los ojos, ¿cómo sé que no está mintiendo de nuevo?

—Esa es la verdad, creerla solo depende de ti.

—Me es difícil creerte.

—Lo sé y no te culpo.

—Si lo haces porque sientes pena por mí ahórratelo, estoy cansada de que los demás se compadezcan de mí —confieso con un nudo en la garganta.

—Yo no soy de los que suelen sentir pena por los demás, al convencerte para que publicases tu historia te estaba obligando a terminarla.

—Pues lo conseguiste, enhorabuena.

—Prometí no leerlo hasta que estuviera publicado el libro y así será —afirma levantando ambas manos en el aire.

Mi semblante sigue serio, no sé qué creerme.

—Es que... —quiero hablar pero algo me lo impide.

—¿Sí?

—¿De verdad te hace ilusión ayudarme a elegir la portada?

Sus lindos ojos se achinan y esboza una sonrisa que deja ver sus increíbles piezas dentarias.

—Por supuesto, ¿por qué crees que estoy aquí sino?

Joder, de verdad que quiero creerte Ken...

—Está bien, puedes quedarte.

—Gracias —recalca ensanchando su sonrisa.

—Chicos, lamento la espera, ya podéis pasar —la chica simpática de antes aparece de repente. Ken me hace un gesto para que camine delante de él, yo asiento de manera nerviosa.

Al entrar en la sala la chica nos guía hasta una pantalla de ordenador donde hay abiertos tres archivos.

—Estas son las tres propuestas de portada y contraportada, os dejo a solas para que decidáis.

No, no te vayas... Le suplico a la chica con la mirada.

—Vale... —Ken apoya la palma de su mano sobre la mesa, inclinándose cerca de mi cara.

Trato de concentrarme en las imágenes que hay frente a mí pero el aroma de su perfume y su inquietante presencia me desconcentran.

—La verdad es que las tres son muy bonitas, ¿no crees?

Miro las imágenes, una representa una chica caminando por una carretera, en otra un rostro de chica con los ojos cerrados representa el coma, y la última es un poco confusa.

—Sí, han hecho un gran trabajo.

—¿Cuál te gusta?

—Esta última la descartaría —señalo la foto con el dedo índice.

Ken asiente sin dejar de mirar la pantalla.

—¿Qué te parece esta? —él señala la foto de la chica con los ojos cerrados.

—Creo que es la más adecuada.

—A mí me parece perfecta. ¿Lo visualizas? ¿Visualizas el libro? Va a quedar genial, ya verás —afirma con alegría.

Le miro de soslayo, su rostro impregnado de felicidad, como si esto le hiciera más ilusión a él que a mí.

—¿Qué tal chicos? ¿Os habéis decidido? —la chica regresa de nuevo.

—Eh sí —hablo yo—. Nos quedamos con esta.

—Genial, esa era mi favorita —susurra ella guiñándome un ojo.

Tras toquetear unos botones en el ordenador vuelve a hablar.

—Pues Noa, con esto estaría todo listo,

—¿Ya está? ¿Tan rápido?

—Te enviaremos un ejemplar cuando esté listo para que lo revises y nos indiques si quieres realizar algún cambio antes de su publicación.

—De acuerdo.

—Por cierto, ¿quieres añadir algún tipo de agradecimiento en el libro?

Me quedo callada, ¿agradecimiento? Vuelvo a mirarle de reojo, él ha sido el artífice de todo esto, ¿acaso debería de darle las gracias? No, eso sería rebajarme demasiado.

—No, no quiero añadir nada más.

—Estupendo, estaremos en contacto —la chica me ofrece un apretón de manos antes de irse.

De nuevo nos quedamos a solas y se crea un abrupto silencio.

—Bueno... yo he de irme —informo tratando de huir.

—Claro, yo llamaré a Vanessa para decirle que comience con los preparativos de la presentación del libro y todo el asunto de marketing —explica deprisa.

—Genial, pues adiós Ken —me doy media vuelta.

—Eh, espera Noa.

Mierda, déjame irme.

—Tu casa está muy lejos de aquí, yo he venido en mi coche, puedo acercarte si quieres.

¿Acercarme en su coche? ¿Me está vacilando?

—No, no creo que sea una buena idea —niego repetidamente.

—¿Por qué?

—¿Tengo que recordarte lo que pasó la última vez que nos vieron salir juntos de un coche? —ni de coña—. Además, no creo que a tu representante le parezca bien.

—Soy consciente de ello.

—Sé que solo pretendes ser amable conmigo, pero nosotros no podemos ser amigos Ken.

Haciendo caso de las reglas de Keith me alejo de su lado fingiendo fortaleza.
—Está bien Noa, cuídate.

Presentación

Llevo todo el día con los nervios a flor de piel, esta noche es el lanzamiento del libro, todo el mundo conocerá nuestra historia, todo el mundo pensará que estoy como una cabra.

Por supuesto iré acompañada de mi familia y de Keith, pues finalmente tuve que hacerlo a pesar del miedo que me daba contarles la alocada propuesta de Ken de publicar un libro narrando mi experiencia durante el coma, y ellos sorprendentemente aceptaron ofreciéndome su apoyo.

Mamá corre nerviosa de un lado a otro de la casa en busca de las llaves, papá termina de rociarse su loción perfumada y Eric espera con expresión aburrida bajo el umbral de la puerta del salón.

Yo me miro por última vez al espejo, una vez más Keith ha hecho un trabajo impresionante conmigo. Sonríe tras de mí orgullosa de lo que ve. Me ha prestado un hermoso vestido corto y negro con escote en forma de corazón, bajo el cual llevo colocada una provocativa lencería de color negro unida a unas medias de liga del mismo color. No sé por qué he accedido a ponerme esto, nunca he usado medias de este tipo y es un tanto incómodo, pero Keith ha insistido tanto que no quería defraudarla. Ha ondulado mi melena y la ha dejado suelta, me ha delineado los ojos y ha resaltado mis labios con un brillante rojo escarlata.

—Estás preciosa —me piropea con una agradable sonrisa.

Resoplo y sacudo mis manos, es la hora.

—Tranquila, todo va a salir bien —me toma de la mano y me guía hasta la puerta.

Papá conduce hasta el lugar con cara de angustia, lo sé, sé que él también está de los nervios, quiere que todo salga bien, además no está acostumbrado a las cámaras ni a las fotos, aunque pensándolo bien yo tampoco, aquella rueda de prensa tan solo fue fruto de mi imaginación.

—No sé qué va a pensar todo el mundo cuando lean el libro —me empiezo a agobiar.

—Cariño, piensa que tu experiencia puede ayudar a otras personas que hayan pasado por lo mismo que tú y no se atrevan a contarlo —mamá trata de calmarme.

—No creo que a las fans del señorito Miller's les haga mucha gracia —Eric me guiña un ojo a modo de burla.

—Eso te tiene que dar igual, lo importante es que esto te ayude a superarlo de una vez por todas —añade Keith.



Llegamos al sitio, es un salón de actos situado en el centro de la ciudad. Al acercarnos a la puerta vemos un mogollón de gente amontonada en la puerta.

Mis ojos se agrandan con sorpresa, ¿eso son las fans de Ken?!

—Hostia, sí que tiene un regimiento de fans el tío éste —exclama mi hermano alucinado.

—El evento es público, en cuanto se han enterado de que él estaría aquí han acudido como las

moscas a la mierda —espeta Keith con cara de asco.

—Vamos, no seas cruel con ellas, una vez yo fui presidenta de su club de fans...

—Sí, pero tú no te has puesto como una energúmena a gritar su nombre en la puerta de un lugar público —añade mamá.

Y tiene razón, yo nunca haría algo así.

—Hija, no puedes bajarte aquí delante de todas esas mujeres, después de lo del hospital y de lo de aquella fiesta dudo mucho que no te reconozcan —advierte mi padre.

—Tranquilos, Vanessa me dijo que la avisara cuando estuviera aquí y me mandaba unos escoltas.

—Pues llámala ya antes de que nos vean.

Saco mi teléfono y marco su número. A los cinco minutos aparecen unos diez fornidos hombres junto al coche.

Uno de ellos toca con los nudillos sobre el cristal y me hace un gesto para que abra la puerta.

—Son ellos, vamos —les hago un gesto para que se bajen del coche.

En cuanto me bajo del coche todos los ojos se giran hacia mí, la multitud de mujeres comienzan a señalarme con el dedo, algunas me insultan y otras me ovacionan, todo de tipo de acusaciones hacia mi persona resuenan sobre el negro cielo de Los Ángeles y yo no sé dónde esconder mi cara.

Camino escoltada por cuatro hombres a través de la agitada multitud, visualizo manos que tratan de agarrarme y rostros furiosos y por un momento siento miedo. ¿Están locas o qué?

Mi familia y Keith vienen detrás también escoltadas, solo por medidas de seguridad.

El recorrido hasta el recinto es caótico, me llevan casi a rastras.

—¡¿Dios, qué ha sido eso?! —exclamo asustada una vez dentro.

—Lo lamento señorita, pero las fans del señor Miller's siempre son así —informa uno de los guardaespaldas.

—¿Estás bien cariño? —mis padres corren a examinarme.

—Estoy bien, estoy bien —estoy acalorada.

—Ojalá tuviera yo un ejército de tías así —mi hermano y sus comentarios...

—Buenas noches señores.

Vanessa Cloth aparece a nuestra espalda, nos recibe con una simpatía fuera de lo normal. Yo la miro de soslayo, nunca me ha caído bien esta tía, ella fue quién maquinó todo lo del hospital.

—Buenas noches Vanessa —la saludo con cordialidad.

—Señorita Méndez, ésta usted radiante —se acerca y me da un beso en la mejilla—. Lamento la recibida, esas chicas adoran a Ken, supongo que entenderá que después de todo lo sucedido algunas de ellas le guarden cierto rencor.

—Lo entiendo, no pasa nada —aclaro.

Ella también luce radiante, lleva un bonito vestido de noche color gris plata. Mientras saluda a mis padres yo ojeo el lugar en busca de él. Estoy ansiosa por verle, hoy por fin todo el mundo será conocedor de la historia de Noa y Kenai.

—Ken no ha llegado aún —rebate ella con una sonrisa forzada.

¿Cómo se ha dado cuenta de que lo estaba buscando?

—Pues lo va a tener complicado para atravesar la barrera de mujeres que le espera fuera —interviene Eric.

Ella ríe.

—Ken está acostumbrado a esto, supongo que se entretendrá un poco más al entrar, ya sabes lo entregado que es a sus fans.

Lo sé, sé que no fue idea de él aprovecharse de mí zorra ruin, me ha pedido ya tantas veces

disculpas por lo que me hizo que he perdido la cuenta.

—Venid conmigo y os enseñaré lo que hemos montado.

Vanessa nos guía hacia el salón principal, mi expectación es máxima cuando veo todo lo que han montado. Hay una gran mesa en el centro con un mantel rojo y muchos ejemplares del libro colocados estratégicamente, también hay carteles y pósters con la portada del mismo. Un hermoso ramo de rosas blancas decora el centro de la mesa.

Rosas blancas, cómo las que me regaló Kenai...

Todo es precioso, lo han preparado al detalle, esto es demasiado. Mi felicidad es tal que no puedo evitar emocionarme.

—No tengo palabras...

—Cariño... —a mamá le contagio mi alegría.

Intento no llorar para no estropear el maquillaje, de verdad les agradezco mucho todo esto.

—Me alegro de que te guste —Vanessa se acerca y me ofrece un abrazo, yo se lo devuelvo y por un momento me olvido de mis rencores. Sé que ella está detrás de todo esto.

—Los invitados están al llegar, los sentaremos en estas sillas y tú te colocarás junto a nosotros aquí —me señala la mesa.

Yo asiento emocionada.

—Vale, Ken está entrando —informa ella a través del pinganillo que tiene en la oreja.

Todo mi cuerpo se mantiene erguido, en tensión máxima. Las ansias por verle son demasiadas. ¿Qué pensará cuando lea el final de la historia?

Unos pasos resuenan tras de mí, se acercan deprisa hasta que el sonido se detiene.

—Madre de dios, casi no salgo vivo de esa.

Es él.

Me giro hacia él y nuestras miradas se encuentran. Se recoloca bien la chaqueta y me sonrío de una forma tan encantadora que se me derrite el alma.

—Por fin, los invitados están a punto de llegar —le sermonea Vanessa desde lejos.

Mis ojos son atraídos por los suyos con la fuerza de un potente imán, por dios está increíble. Camina hacia mí sin dejar de sonreír con sus verdes ojos clavados en los míos, ignorando a todo el mundo, como si no existiera nadie más. Se detiene a pocos centímetros de mí y me escanea de arriba abajo, luego oprime la mandíbula, un calor sofocante comienza a invadirme.

—Ahora entiendo por qué todas mis fans te tienen tanta envidia, estás guapísima —se inclina hacia mí y me da un fatídico beso en la mejilla.

Un volcán estalla dentro de mí al oírle, rápidamente evito su mirada y me coloco el cabello detrás de la oreja de forma nerviosa. El calor ya ha pasado a ser fuego, debo de tener la cara al rojo vivo.

—Gra... gracias.

—Buenas noches señores Méndez —le oigo saludar a mis padres.

Me doy media vuelta y me alejo un poco del grupo, necesito tomar aire, ésta calor me está matando.

—¿Qué es lo que te ha dicho Ken? —susurra Keith en mi oído.

—Nada —refuto acalorada.

—¿Quieres un poco de agua? Creo que vas a salir ardiendo en cualquier momento —me ofrece un vaso de agua con una pícaro sonrisa.

—Trae —le arrebato el vaso y me lo bebo de un trago.

Se aproximan un barullo de voces, deben de ser los invitados.

—Señores, tomad asiento —Vanessa les indica a mis padres y a Keith dónde sentarse.

Yo me quedo quieta junto a la mesa, con la mirada fija en la cantidad de gente que está entrando en la sala, no conozco a nadie.

—¿Nerviosa? —doy un respingo, Ken se coloca a mi lado dándome un susto de muerte.

—Demasiado.

—No estés nerviosa, yo te respaldo —me dedica otra brutal sonrisa que me hace estremecer.

—Gracias...

Vuelvo la vista al frente y observo a la gente, no pensé ni por asomo que vendrían tantas personas, supongo que Vanessa nuevamente ha hecho un buen trabajo de promoción. A lo lejos veo a Keith dándome ánimos con el pulgar hacia arriba y una enorme sonrisa, mi hermano también sonríe y mis padres me lanzan besos.

Qué vergüenza...

—Tus padres te adoran... —advierte Ken con una divertida sonrisa.

—Creo que esto les hace más ilusión a ellos que a mí.

—Ojalá yo contara con el apoyo de los míos.

Joder, ¿por qué dice eso? Su expresión se torna triste por un momento, pero en seguida vuelve a sonreír.

Todo el mundo ha tomado asiento y Vanessa toma el micrófono. Al fondo de la sala hay una gran cámara grabándolo todo, y a los lados los fotógrafos toman fotos del evento.

—Buenas noches a todos, soy Vanessa Cloth, a algunos de vosotros os debe de sonar mi cara...

El gentío ríe, es obvio que ella les ha invitado.

—Estamos aquí por la presentación del libro revelación del año, el libro que marcará un antes y un después para muchas personas —continúa—. Pero quién mejor que los propios protagonistas para hablarnos de la obra ¿no creen? Un aplauso para Noa Méndez y Ken Miller's.

Vanessa nos presenta como si fuéramos estrellas, entiendo que Ken esté acostumbrado a éstos recibimientos, pero yo estoy muerta de miedo, mis nervios se disparan y me quedo congelada en el sitio.

—Vamos Noa, saluda a la gente —susurra él.

Como un robot que recibe órdenes hago lo que me pide, sonrío y saludo a la gente con un tímido movimiento de manos, oigo el sonido de los aplausos y siento la luz de los flashes en mi cara, transportándome de lleno a aquel momento en el que daba la rueda de prensa del club de fans.

Vanessa se acerca y me ofrece el micrófono con alegría, yo pongo cara de pánico, no quiero hablar, no quiero... Ella me explicó con detalle en qué consistiría el evento, que parte de la gente invitada ya se había leído el libro y que tendría que responder a preguntas incómodas, pensé que estaba preparada pero olvidé que padezco de miedo escénico.

—Noa, coge el micrófono —masculle Vanessa.

No puedo, estoy totalmente paralizada, un sudor frío me recorre la frente, creo que me voy a desmayar. Ken me contempla con gesto de preocupación, actúa con rapidez y le arrebató el micro a Vanessa.

—Buenas noches a todos y gracias por venir a la presentación de *A miles de kilómetros* —dios gracias, gracias por salvarme—. Muchos de vosotros se deben de estar preguntando qué se siente al ser protagonista de una historia tan hermosa como la que se narra en este libro —toma un libro de la mesa y contempla la portada con una tierna sonrisa.

<<Pues bien, yo no sabría describir el cúmulo de sensaciones que experimenté al descubrirlo. Fue algo impactante, una chica que lleva cuatro meses en coma se despierta y resulta que ha vivido todas estas experiencias contigo...

Hace una pausa y ladea la cabeza sin dejar de sonreír.

—¡Y uno sin saber nada!

Los invitados se ríen.

—Creo que la experiencia durante un coma es algo de lo que pocas personas se atreven a hablar, muchos no recuerdan nada, otros simplemente no se despiertan nunca, pero ella se despertó y tiene una historia que contarnos.

Vuelve a mostrar el libro a todos.

—Noa, ven conmigo —me solicita extendiendo su brazo.

Yo me ruborizo por completo, miro a Vanessa y ella me anima con los ojos a caminar. Lo hago, camino hasta él y me toma de la mano con delicadeza. Un fuerte escalofrío me recorre al sentir su contacto.

Me mira con ternura y me ofrece el micrófono. Yo lo tomo con cautela y miro al público. Trago saliva antes de hablar.

—Buenas noches a todos. Muchas gracias por venir.

Todos permanecen callados atentos a mis palabras.

—Cuando me desperté del coma no era consciente de la realidad, yo creí que aquello que había vivido era tan real como el respirar. Fue devastador descubrir la verdad, me sentí perdida y sin vida. Dos de mis amigas habían muerto y quién creía que era el amor de mi vida ni siquiera sabía quién era yo —me atrevo a mirarle de soslayo, él me anima a seguir, noto como aprieta mi mano.

<<Es algo que no se lo deseo a nadie, sientes que has perdido la cordura, todos te dicen que aquello no fue real, pero tú sientes en tu interior que sí que lo fue, ¿cómo le explicas a tu corazón que no fue así?

Me suelto de su mano y doy un paso hacia delante. La gente me escucha con atención.

—Estoy segura de que hay más personas que han sufrido esto, si conocéis a alguien que haya estado en coma por favor, decidles que lean éste libro, que sepan que no están locos.

La gente aplaude cuando termino de hablar, yo trato de controlar mi emoción, es la primera vez que hablo tan abiertamente de mis sentimientos y él está detrás de mí oyéndolo todo.

—Lo has hecho genial —me apremia colocándose a mi lado.

Vanessa se sitúa entre las sillas de los invitados y vuelve a tomar el control del evento.

—Supongo que los que ya habéis leído el libro tenéis muchas preguntas, así que comencemos.

Una lluvia de manos se alzan ante mis ojos, joder, nunca imaginé que mi historia creara tanta expectación.

—¿Qué la impulsó a publicar su historia?

—Pues... —miro a Ken y éste sonríe—. El culpable de todo es él. Ken me animó a hacerlo.

—El señor Miller's se ha portado muy bien con usted durante todo este tiempo, primero la ayudó en su rehabilitación, luego lo del hotel y ahora esto... ¿Hay algo de verdad en toda esa historia?

No sé por qué pero vacilo antes de responder.

—No, Ken y yo solo somos amigos.

—¿Sigue sintiendo lo mismo por él después de haberle conocido mejor?

—Eh... —¡oh joder!

Miro a Ken y veo un repentino interés en sus ojos, quiere saberlo.

—Ni se te ocurra salir corriendo cómo la otra vez —me susurra entre risas.

¿Salir corriendo? Supongo que se refiere a la incómoda pregunta de la rueda de prensa.

—No, mis sentimientos ahora son muy diferentes.

La ronda de preguntas continúa, algunas las respondo yo, otras él, la gente no se corta un pelo y preguntan todo tipo de impertinencias que me hacen estar cada vez más incómoda.

—Noa, ¿cómo ha logrado superar lo de Denahi? Supongo que eso ha debido de ser lo más duro para usted —pregunta una señora.

Denahi... mi muñeco precioso. Pensar en mi pequeño me destroza en sobre manera. Automáticamente mis ojos se empañan y las lágrimas comienzan a precipitarse de mis ojos. Permanezco callada, tragando mi dolor. Ken acaricia mi espalda tratando de calmarme, pero el daño ya está hecho.

—Yo... —trato de hablar pero me resulta imposible.

Rompo a llorar.

—Está bien, se acabaron las preguntas —sentencia Ken.

Él me guía hasta el final de la sala alejándome del infierno de preguntas, cuando ya estamos lo suficientemente lejos de todos noto cómo me envuelve entre sus fornidos brazos abrazándome por completo. Yo me quedo petrificada, embelesada por el suave tic tac de su corazón sobre mi oreja, arropada por el calor que desprende su fornido cuerpo.

—Has sido muy valiente —me susurra.

Me acuna dentro de su abrazo y yo siento estar tocando el cielo. Permanecemos así pegados unos largos segundos hasta que le oigo hablar de nuevo.

—¿Te sientes mejor?

Me retiro con desgana y asiento con una débil sonrisa.

—Vamos, tienes que firmar unos cuantos de libros.

Dicho y hecho. Ambos tomamos asiento en la mesa y comienzo a firmar ejemplares como si fuera el mismísimo *J. R. R. Tolkien*. Es extraño pero reconfortante, al menos mi historia está recibiendo la atención que se merece.

Tras posar sola y con Ken en unas cuantas fotos la gente comienza a marcharse y nos quedamos solo los que estábamos en principio. Mis padres hablan con Vanessa mientras beben una copa de champán y Keith y Eric parecen estar comentando algo acerca del libro.

—¿A mí no me dedicas ninguno? —se apoya sobre la mesa con una seductora sonrisa.

—¿Crees que me iba a olvidar del tuyo? —frunzo el ceño y le entrego su ejemplar con las manos temblorosas.

Lo toma con delicadeza y acaricia la portada con la yema de los dedos.

—Por fin, por fin sabré cómo acaba.

—Sospecho que no te va a gustar...

Él me mira con incertidumbre. Luego abre el libro en busca de su dedicatoria. Mi corazón aumenta la frecuencia cardíaca, no sé si me he excedido en mis palabras.

Ken, Kenai, Keni, Kenneth... qué más dará cómo te llames, solo tengo claro una cosa, marcaste mi vida para siempre.

Ken lee la dedicatoria con atención, al terminarla sus ojos se achinan y sonrío mostrando su perfecta dentadura.

—Es corto, pero intenso, como tu amor por mí —¿qué quiere decir? —. Porque ya no me quieres, y técnicamente tu amor duró cuatro meses.

—Reconozco que has cambiado tu actitud conmigo pero no, ya he aprendido a vivir sin ti.

Chasquea la lengua.

—Vaya, no sé si eso me alivia o me duele.

—Deberías de sentirte aliviado.

De nuevo se crea un silencio incómodo entre los dos.

—Bueno, me encantaría poder quedarme más tiempo pero tengo cosas que hacer —informa mirando su flamante reloj de pedrería.

—Claro, lo entiendo.

—Además, tengo una lectura pendiente —sonríe mostrándome el libro.

—Ya te he dicho que no te va a gustar —le advierto bajando la mirada.

—Prometo darte mi opinión cuando lo haya leído —insiste.

—Está bien... —suspiro y me pongo en pie para despedirle, me appena verle emocionado con la idea de leer el final, pues estoy segura de que no le va a gustar en absoluto.

Me aproximo con intención de besarle la mejilla, pero después de ver lo bien que se ha portado conmigo esta noche necesito despedirle de otra forma. Además, puede que no vuelva a verle nunca más.

Sin pensarlo le abrazo.

—Gracias, gracias por haber sido tan amable hoy —le agradezco con los ojos cerrados.

Él permanece inmóvil, creo que le he pillado por sorpresa.

Rápidamente me percató de que me he propasado y sin darle pie a reaccionar me aparto de él con el rostro abrumado.

—Lo siento, ¿no debería haber hecho eso, verdad? —pregunto un tanto nerviosa.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba —confiesa con una pícara sonrisa.

—Lo sé, lo siento, es que... —hago rápidos aspavientos con las manos tratando de explicarme. Oigo cómo se ríe.

—Si solo querías un abrazo no tenías más que pedírmelo.

Río de forma nerviosa, ¿pedírselo? Qué vergüenza...

—Yo solo... —niego con la cabeza— Olvídalo.

Alarga su mano y me sostiene del mentón alzando mi cara.

—Está bien. Cuídate mucho —se despide con un seductor guiño de ojos que me azota la entrepierna.

Observo cómo se aleja percatándome de que mi corazón aún late con fuerza cuando le tengo cerca.

El montaje

Estoy sentada frente al ordenador revisando mis redes sociales, es increíble pero nunca llegué a imaginar que el libro tuviese tanta repercusión. Apenas lleva un mes a la venta y ya se ha convertido en un *best seller*, sin contar las cifras en mi número de cuenta las cuales no hacen más que subir. Cada día recibo decenas de emails de personas desconocidas dándome ánimos y felicitándome por la historia, y yo no salgo de mi asombro, aunque reconozco que nada de esto estaría pasando si Ken Miller's no estuviera entrometido en el asunto, el solo hecho de que salga su nombre ya escala puestos en las búsquedas de *Google*. También he de agradecerle a Vanessa por el increíble trabajo de promoción y marketing y aquella fantástica presentación, sin ellos ahora mismo mi historia seguiría siendo totalmente desconocida.

Lo único que me preocupa es la gran especulación que se está creando en torno a mi relación con Ken, una bola que cada día se va haciendo más y más grande. La gente cree que realmente hay algo entre nosotros, piensan que lo del hospital y el encuentro en la fiesta no fue algo casual, que desde entonces ya había algo entre nosotros.

Dios, menuda locura...

Lo peor de todo es que hay un importante grupo de personas que sueñan con vernos juntos, incluidas muchas de sus fans. Comentarios del tipo: que bonita pareja hacen, están hechos el uno para el otro, Ken debería de darse cuenta de que Noa es la indicada para él, y demás tonterías que hace que me crispen los nervios. A todo esto Ken no se ha pronunciado, ni sé si finalmente leyó el final del libro, y si lo ha leído no me ha dicho nada, y eso que me lo prometió...imbécil de mí por creerle.

—¡Noa, vas a llegar tarde! —oigo la voz de mi madre llamándome desde el piso inferior.

Mierda, es verdad, esta tarde tengo prácticas de laboratorio.

Apago el ordenador, tomo el bolso del suelo y bajo las escaleras corriendo.

—Cariño, ¿quieres que te acerque papá en coche? —pregunta preocupada.

—No mamá, no hace falta —ignoro su ofrecimiento y tomo mi chaqueta del perchero.

—Noa, ¿seguro que no quieres que te acerque?

—Estaré bien —me despido con una sonrisa y cierra la puerta.

Tras un rato caminando noto como un par de personas se aproximan por detrás con paso ligero, ¿otra vez? Mierda, ¿cómo me han reconocido? Una mujer que porta un micrófono en su mano se coloca a mi lado seguida de un camarógrafo.

—¿Noa Méndez?, somos del canal 8, quisiéramos hacerle unas preguntas acerca de su relación con el actor Ken Miller's.

No respondo y me limito a taparme la cara con la capucha de mi sudadera.

—¿Son ciertos los rumores? ¿Está manteniendo una relación amorosa con Ken Miller's?

¡Joder! Debería haber aceptado la propuesta de mi madre y haber venido en coche, esta es la quinta vez en la semana que la prensa me acosa con sus estúpidas preguntas.

—¿Es cierto que os veis a escondidas?

—Por favor, déjeme tranquila.

La chica no desiste y continúa persiguiéndome calle abajo.

—¿Cuándo vais a hacer oficial vuestra relación?

—No hay nada entre él y yo, ¿cuántas veces voy a tener que repetíroslo? —mi paciencia

empieza a agotarse.

—¿Le da miedo que se descubra la verdad?

¡Basta, basta, basta!

Visualizo el campus desde aquí, tomo aire y meto un sprint huyendo de la chica y del camarógrafo.

—¡Eh espera!

Me escabullo entre los estudiantes a empujones, una vez dentro me encierro en el baño, me quito la capucha y recupero el aliento. Me deslizo por la pared hasta quedar sentada en el suelo, escondo mi rostro entre mis rodillas con unas repentinas ganas de llorar. ¿Hasta cuándo voy a tener que soportar toda esta mierda? ¿Por qué Ken no hace nada al respecto? ¿Por qué no lo desmiente de una maldita vez?

Finalmente rompo a llorar, me creí lo suficientemente fuerte como para poder soportar todo esto, aunque nadie me advirtió de que esto sucedería, nadie me preparó para ello.

Con lágrimas en los ojos marco el número de Vanessa, quiero que esto pare de una vez.

—Buenos tardes, Vanessa Cloth al habla.

—Vanessa, soy Noa Méndez —aspiro las lágrimas rápidamente, no quiero que note que estoy llorando.

—Noa... sabía que tarde o temprano llamarías —no parece sorprendida.

—Escúchame Vanessa, quiero que dejen de acosarme, quiero poder salir a la calle sin el miedo de que una horda de gente se me abalance haciendo estúpidas preguntas, quiero que se acabe ya.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¡Y una mierda! ¿Has visto las redes sociales? La gente no deja de especular sobre nosotros, ¡tienes que pararlo ya!

—Necesito que te tranquilices Noa.

Cierro los ojos y río para mis adentros.

—He visto las redes sociales, sé muy bien lo que la gente dice y sé que los periodistas deben de estar acosándote. Ken está pasando por lo mismo que tú.

—¿Y si lo sabes por qué no has hecho nada?

—Porque aún no había decidido qué hacer.

—¿Y ahora ya lo sabes? —flipo con esta tía.

—No, pero tengo una propuesta que hacerte.

—Explícate.

—Me temo que debe de ser en persona, ¿cuándo podríamos vernos?

Oh joder, ¿en serio?

—Termino las clases dentro de una hora y media.

—Pues estaré aquí esperándote.



Me presento en la oficina de Vanessa a la hora acordada, deseosa de terminar con esto y de oír su propuesta.

Al cruzar la puerta me topo con una inesperada sorpresa, Ken se encuentra aquí, sentado en una silla con las manos entrelazadas en el regazo.

Me quedo perpleja, consciente de las pintas que llevo, con este ridículo chándal y el moño despeinado. Pensé que nunca más nos volveríamos a ver.

Nuestras miradas se cruzan y él me regala una forzada sonrisa, parece serio, ¿qué ocurre?

Hace el amago de levantarse para saludarme pero le detengo.

—No, no te levantas y dime ¿de qué va todo esto?

—Bueno, yo sé lo mismo que tú.

—¿Dónde está Vanessa?

—Estoy aquí —de pronto aparece por detrás de mí.

—¿Qué hace él aquí? —pregunto notablemente molesta.

—Yo le he pedido que venga —advierte ella con obviedad—. Toma asiento por favor.

Obedezco a regañadientes.

—Noa me ha informado de la gravedad del asunto, la prensa no deja de acosarla, las redes sociales echan humo y todo el mundo sueña con veros juntos.

Ken se pasa la mano por la cara de forma nerviosa.

—Eso mismo vengo yo diciéndote desde hace semanas y no me has hecho el mínimo caso.

—No pensaba que fuera tan grave, puedo permitir que te lo hagan a ti pero no a ella.

—Pues desmintámoslo, publica un tweet diciendo que no hay nada entre nosotros o dilo en tu próxima entrevista.

—Noa —Vanessa me pide atención—. Una vez ya te expliqué lo importante que son las fans para Ken, si no las contentas se pueden volver contra ti y nosotros no queremos eso.

Ken la mira de soslayo.

—¿Qué insinúas?

Vanessa se inclina sobre la mesa.

—¿Y si le damos lo que quieren?

¿Darles lo que quieren?

—Hagámosles creer que estáis juntos.

—¿Qué?! —Ken se levanta de la silla de golpe.

—Piénsalo Ken, una relación pactada es lo único que os salvará el culo en estos momentos.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Cómo se te ocurre algo así?—Ken hace exagerados aspavientos con las manos.

—Te recuerdo que fue tuya la idea de publicar esa historia, ahora afronta las consecuencias —le recrimina ella señalándole con el dedo índice.

Mientras hablan yo permanezco en la inopia asimilando lo que Vanessa acaba de proponernos. ¿Ser la pareja de Ken?

—Ken, solo sería un montaje, nadie tiene que saber la verdad.

—Pero eso podría traer consecuencias peores, no creo que a las fans les haga ni pizca de gracia.

—Si la gente ve que estáis juntos dejarán de molestaros, pronto se olvidarán de lo vuestro y por fin podréis seguir con vuestras vidas.

—No puedes obligarla a hacer algo así —sentencia Ken.

—Noa, ¿tú qué opinas?

—¿Dices que es la única manera de que me dejen tranquila? —Ken me mira con los ojos muy

abiertos.

—Bueno no, tarde o temprano se acabarán olvidando del tema, pero puede que eso pase dentro de mucho tiempo, ten en cuenta que acabas de publicar vuestra historia y esto no ha hecho más que empezar.

—Vanessa, no creo que sea buena idea...

—Tranquilo Ken, lo he estado pensando bastante y lo tengo todo planeado, no tendréis por qué veros ni nada, solo tendréis que ir juntos a dónde yo os diga y comportaros como si fueseis pareja delante de los demás y en las redes sociales, luego de un tiempo rompéis la relación y se acabó.

Ken y yo intercambiamos miradas de incertidumbre. Fingir que somos novios... Araño la tela de mi pantalón y me aferro a ella con fuerza.

—Piénsalo Noa, seguiréis llevando la misma vida que hasta ahora, solo tendréis que fingir durante un tiempo.

Yo también me pongo en pie, me muerdo el dedo índice mientras camino de un lado a otro indecisa.

—Sería la primera vez que se me emparejaría formalmente con alguien —dictamina Ken con la mirada fija en el suelo.

—Creo que lo mejor sería que lo hablarais entre vosotros y que llegarais a un acuerdo.

—Eso haremos —zanja él—. Ven conmigo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora Noa —responde sin mirarme.

Le sigo hasta la cafetería del edificio, no parece muy de acuerdo con esto. Tomo asiento frente a él.

Él se cubre los ojos con una mano a la vez que resopla.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta ahora mirándome a los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí... solo que todo esto es muy...

—Es una locura, lo sé —dictamino.

—La mayoría de los famosos lo hacen, es algo normalizado en este mundo pero joder, nunca pensé que me tocaría a mí.

—Tranquilo, no voy a obligarte —sonríe pero por dentro estoy como un puñetero flan.

—Lo sé, pero debemos de hacerlo, no puedo permitir que pases por esto, yo te metí en este lío.

—¿Y cómo se finge una relación?

—Soy actor, mi trabajo es fingir —la comisura de sus labios se tuerce esbozando una pícaro sonrisa.

—Ya, pero yo no.

—No tienes que fingir que me quieres, solo debes intentar ser amable y cariñosa conmigo cuando se nos exija.

Genial, las reglas de Keith al carajo.

—¿Entonces vamos a hacerlo?

Ken me mira atónito. Mierda, eso ha podido malinterpretarlo.

—¡No me refería a eso! —mi cara arde en estos momentos.

Él comienza a reírse de una manera encantadora.

—Sí Noa, vamos a hacerlo.

Un fuerte hormigueo me entumece los dedos, mi corazón late deprisa y mi cuerpo arde. Ha aceptado...

La cita

Oh dios mío... ¿De verdad he aceptado tener una relación ficticia con él? ¿De verdad él ha aceptado? Siento que mis pies no tocan el asfalto y me noto flotando dentro de una nube. Llevar mis fantasías hasta un punto más allá, salir a pasear de la mano de Ken ante la atenta mirada de todos los curiosos. No debería emocionarme con esto, soy consciente de que no es más que una farsa y que en cuanto todo esto pase quizás no volvamos a vernos nunca más, pero no puedo evitarlo, soy una masoquista.

Todo el mundo pensará que realmente estamos juntos, mis amigos, familiares y compañeros de universidad, aunque a mis padres por supuesto debo de contarles la verdad, y en cuanto a Keith... dios, va a despellejarme viva cuando se lo cuente.

Inconscientemente pienso en Li, ¿qué habría opinado ella de toda esta locura? Estoy segura de que no me habría dejado hacerlo, y en cuanto a María, ella seguro que me diría que sacara partido de todo esto y que me aprovechara de la situación, y a Helena no creo que le vaya a hacer mucha gracia.

Sonrío en silencio, las echo mucho de menos.

Saco mi teléfono del bolsillo y marco el número de Keith, no quiero hacerlo pero necesito contárselo a alguien.

—Hola querida.

—¿Keith? ¿Estás ocupada?

—Me estaba preparando la cena.

—¿Podrías venir a mi casa después de cenar?

—¿Por? ¿Pasa algo?

Cierro los ojos con fuerza y respiro hondo. Va a matarme.

—Es solo que...

—¿Y bien?

—Bueno Keith, solo prométeme que no vas a enfadarte.

—Noa, ¿qué pasa?

—Creo que acabo de cometer una locura.

—¡¿Qué has hecho esta vez?!

—Tu ven a casa luego.

Cuelgo la llamada y corro hacia la parada del autobús, me espera una noche movidita.



Al abrir la puerta de casa me encuentro a Keith ayudando a mi madre a preparar la cena. ¿Cómo ha podido llegar antes que yo?

—Hola... —pronuncio en un tono no muy alto.

—Buenas noches cariño —papá me saluda desde el sofá.
En cuanto Keith nos oye viene corriendo en mi búsqueda.
—Cuánto has tardado —sus enormes ojos azules hablan por sí solos.
Me agarra con fuerza de la muñeca e intenta arrastrarme hasta mi habitación, pero me detengo en seco soltándome de su agarre.
Ella me mira extrañada por mi reacción.
—No, espera.
Volteo la vista hacia el salón, mamá sigue en la cocina ajena a todo, papá ve la tele despreocupado y Eric, quién finge mirar su teléfono, me mira de soslayo.
Están todos aquí reunidos, es el momento, debo soltarlo ahora o nunca.
—Familia, tengo algo que contaros.
Mi hermano suelta el teléfono sin dejar de mirarme, yo cierro los ojos fuertemente tratando de ocultar el temblor de mis manos, van a echarme la bronca del siglo.
—Está bien, como quieras —Keith alza las manos a modo de rendición y toma asiento junto a mi padre.
Mamá sale de la cocina y permanece de pie junto el sofá.
—¿Qué es lo que pasa hija?
—Será mejor que te sientes —le advierto preocupada.
Vale, he logrado captar la atención de todos.
—¿Por dónde empiezo? —rio nerviosa.
Noto sus ojos curiosos clavados en mí.
—Como sabéis desde que se publicó el libro estoy siendo acosada por la prensa todos los días, no dejan de especular cosas sobre Ken y yo, y la verdad es que no lo soporto más.
La mirada de Eric se torna más intensa, sé lo mucho que le molesta que esa gente haya estado acosándome todos los días.
—He ido a hablar con Vanessa y hemos tomado una decisión poco...ortodoxa.
Todos me miran inquietos.
Respiro hondo, ya no hay vuelta atrás, he de hacerlo, es mi decisión y deben de respetarla.
—La única manera de que nos dejen en paz es darles lo que quieren. Ken y yo vamos a fingir una relación.
Keith y Eric se levantan al unísono.
—¿Qué?! —Eric es el primero en hablar.
—¿Te has vuelto loca? —mi amiga me mira con los ojos muy abiertos.
—Hija... no creo que eso sea una buena idea —mamá interviene con calma.
—No puedes estar hablando en serio —Keith parece muy molesta.
—Lo hemos estado hablando y es la única solución —aclaro.
—Estás de coña —refuta la rubia malhumorada.
—Noa, entiendo que ahora estés agobiada pero con el tiempo la gente dejará de molestarte —mamá habla de nuevo.
—¿Y cuánto tiempo es eso mamá? ¿Cuánto voy a tener que estar escondiéndome?
Papá que ha estado callado hasta ahora decide romper una lanza a mi favor.
—Qué más da, nuestra hija ya es famosa, todo el mundo la empareja con ese chico, si confirman una relación puede que la dejen en paz de una vez.
Miro a mi padre con asombro, ¿papá está hablando en serio?
—Papá...
—Pero si de verdad vas a hacerlo necesito que me prometas que mantendrás los pies en el

suelo y no te volverás a encariñar con ese chico —recrimina con un halo de preocupación.

—Tranquilo, ya no siento nada por él —miento con una forzada sonrisa en la cara.

Keith chasquea la lengua y me dedica una mirada repleta de desdén, a ella no puedo engañarla, sabe que miento.

—Increíble... —la rubia no parece soportar la situación y emprende el camino directa hacia la puerta.

—¡Keith! ¿A dónde vas? —trato de detenerla pero me aparta de ella con brusquedad.

—Estás cometiendo un grave error.

Sin decir nada más abre la puerta y se marcha dando un portazo. Yo me quedo congelada en el sitio, sí que se lo ha tomado mal...

—Déjala cariño, ya se le pasará —dice mamá con un tono suave.

Mi corazón se encoge, no quiero que Keith se enfade conmigo por esto joder... Camino arrastrando los pies hasta el sofá y tomo asiento entre mis padres. Papá me rodea con su brazo y me besa la frente.

—Confío en ti, sé que sabrás hacer las cosas bien.

—Gracias papá.



Es sábado por la tarde y yo me preparo frente al espejo para mi primera “cita” con el señor Miller’s. Ayer recibí una llamada de Vanessa, según ella hoy es un día perfecto para hacernos ver juntos por vez primera. Tomaremos un café en el centro, a la hora punta, cuando más gente hay en la calle.

Tras mi reflejo veo la cara de Keith resoplando desconforme.

—Estás loca —balancea sus ojazos azules analizando mi figura—. Pero una loca preciosa.

Trata de ocultar su sonrisa pero finalmente cede. Me giro hacia ella y le devuelvo la sonrisa.

—Oh, gracias Keith —la estrecho entre mis brazos.

Tras enterarse de la noticia pensé que el enfado de Keith duraría un tiempo, pero ella no deja de demostrarme que le importo y que me apoyará siempre, decida lo que decida.

—No me agradezcas tanto —trata de hacerse la dura retirándose hacia un lado—. Sabes que esto no es una buena idea.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos —sonrío de nuevo.

—Más le vale a ese capullo no pasarse de listo contigo.

—Venga ya Keith, sabes muy bien por qué hacemos esto.

La rubia aprieta los labios a punto de soltarme otra reprimenda pero el sonido de unos nudillos en la puerta la interrumpe.

—Hija, Ken está en la puerta.

Oh mierda, ¿ya es la hora?

Mis nervios se desatan, corro por la habitación en busca de mi chaqueta y mi bolso. No quiero hacerle esperar.

—Noa, recuerda las normas.

Me coloco la chaqueta vaquera a toda prisa.

—Mantén la mente fría y no te olvides de lo que hemos hablado.

La voz de Keith suena a modo de banda sonora por la habitación. Sin prestarle mucha atención me despido de ella con un beso en la mejilla.

Respiro hondo, tengo que mantener la calma y mostrarme serena frente a él. De ningún modo puede notar que esto me ilusiona.

Agarro el pomo de la puerta y la abro lentamente. Un potente resplandor de luz me deslumbra, mis ojos se entornan cegados. Noto la calidez del sol impactando en mi rostro, al abrirlos nuevamente diviso su figura frente a mí. Ahí está. El hombre que me roba el sueño, mi amor, mi sol.

Mantiene la vista fija a un lado, se le ve tranquilo y despreocupado. Apoya el peso de su cuerpo en un espectacular cochazo de color blanco ajeno a mi presencia.

Trago saliva y me aferro a mi bolso tratando de mantener la calma. Al cerrar la puerta él voltea la vista hacia mí.

Sus preciosos ojos verdes me descubren y yo me quedo petrificada en el sitio. Un incómodo silencio se acaba de instaurar en el ambiente y ninguno dice nada. Nuestras miradas siguen unidas durante un instante que a mí se me antoja eterno, hasta que por fin decide hablar.

—¿Vas a quedarte ahí parada toda la tarde? —la pregunta termina acompañada de una brutal sonrisa que me ruboriza automáticamente.

Reacciono, sonrío avergonzada colocándome un mechón de pelo tras la oreja e intento ocultar el rubor de mi rostro.

—Vamos, nuestros fans nos esperan —bromea alzando ambas cejas al unísono.

Asiento y me acerco al coche, él toma asiento y oigo cómo arranca el motor. Es extraño, ni siquiera nos hemos saludado, tampoco me ha sostenido la puerta del copiloto invitándome a entrar. Supongo que querrá mantener las distancias conmigo.

Al entrar en el coche mi adrenalina vuelve a dispararse, estar a solas con él de esta forma me agobia demasiado.

El coche comienza a moverse y otra vez se instaura ese inquietante silencio.

—¿Preparada para el show?

Le miro de soslayo tratando de sonreír.

—La verdad es que no.

—Supongo que Vanessa te ha dado todas las indicaciones por teléfono.

Le miro nuevamente con cara de pánico. Voltea los ojos y suspira.

—Típico de ella.

—¿Qué tipo de instrucciones?

—Tú solo sígueme la corriente en todo momento.

—¿Seguirte la corriente?

—Tú no estás acostumbrada a fingir este tipo de cosas así que tiene más sentido que sea yo el que tome la iniciativa.

Mi cara de incertidumbre es cada vez mayor.

—A ver, iremos a tomar algo a una cafetería muy famosa del centro, no estaremos mucho tiempo, lo justo y necesario para que la gente nos vea y se vuelvan locos.

—Todo eso lo sé —aclaro.

—Pero si vamos con una actitud solo amigable no conseguiremos lo que estamos buscando.

¿Qué esta insinuando?

—Lo sé, soy muy consciente de ello, ¡¡pero de veras crees que voy a cogerte de la mano o algo parecido?!

Balancea su mirada hacia mí con cierto enojo.

—Mira, no tenemos porqué llevarnos bien, tampoco tenemos que ser amigos, pero aceptaste hacer esto igual que yo, así que si tienes que fingir una vez más que me quieres lo haces y punto.

¿A qué ha venido eso?

Me aferro a la tela de mi pantalón arañando la superficie con rabia. ¿Quién se cree que es para hablarme de esa forma?

—Oye... lo siento —se acaricia la nuca con una mano.

Le observo de reojo con cara de pocos amigos. Al menos se ha dado cuenta de que me ha sentado mal.

—Yo también estoy nervioso, es la primera vez que hago algo así.

Suspiro y cierro los ojos. Esta tensión no es buena para ninguno de los dos.

—Trataré de poner todo de mi parte, puedes estar tranquilo.

—Sé que esto no es fácil para ti, de veras te lo agradezco.

Sonríe de una manera tan amable que me ablanda el corazón.

Al llegar al centro presencio a través de mis ojos lo saturada de gente que está la zona. No sé cómo se atreve a exponerse delante de tanta gente, ¿y si nos ataca una horda de fans enloquecidas?

—¿De verdad crees que es una buena idea venir aquí? Hay mucha gente.

Ken ha debido de notar el pánico en mis ojos.

—Tranquila, tengo a un grupo de guardaespaldas de paisano infiltrados en la zona.

—¿En serio?

—¿Por quién me tomas? —ríe de una forma encantadora.

Estacionamos el coche en un parking de la zona, cuando le veo desabrocharse el cinturón dispuesto a abandonar el vehículo todo mi cuerpo comienza a temblar.

—¡Espera! —le detengo agarrándole del brazo.

Ken me mira sorprendido. Joder, ¿acabo de agarrarle del brazo?

—Espera por favor —suelto su brazo automáticamente.

Me mira fijamente a la espera de que hable.

—¿Cuál es el plan?

—No hay plan, solo tenemos que fingir que nos gustamos.

Mi corazón palpita una vez con fuerza.

—Pero, Vanessa te dio unas instrucciones...

—Tú solo sígueme el rollo —sonríe mostrando su preciosa dentadura y me guiña un ojo.

¡Otra vez ese sofocante calor abrasándome la cara!

Él se baja del coche y se acerca hacia la puerta del copiloto, la cual abre con decisión.

Mi corazón palpita otra vez con fuerza.

Asombrada veo como extiende su mano y me la ofrece. ¿Qué? ¿Quiere que le tome la mano?

—¿Vamos señorita?

Trago saliva forzosamente y asiento débilmente. Extiendo mi mano con cautela aproximándome a la suya. Bajo la mirada avergonzada, me falta valor...

De pronto noto la calidez de su mano sobre la mía, la cual aprieta con fuerza tirando enérgicamente de mí y sacándome del coche.

Mis latidos acaban de desatarse.

Emprende la marcha hacia el exterior cogido de mi mano y yo no puedo evitar revivir nuevamente aquella sensación en mi sueño, cuando fuimos a cenar juntos al mexicano, exponiéndonos ante todos.

Al salir a la superficie la reacción de los transeúntes no se hace esperar. Cientos de ojos

curiosos nos observan con expectación entre susurros. Joder nunca me había sentido tan observada.

Ken acerca su rostro al mío y me habla entre susurros.

—¿Has visto? Somos el centro de atención.

Anonadada miro a mi alrededor los rostros de sorpresa de todos estos extraños. Algunos solo se quedan parados mirando, otros chismorrean en grupo, los más avispados no pierden el tiempo en sacar su teléfono para inmortalizar tal inesperado suceso.

—Estás muy tensa, tienes que relajarte —susurra de nuevo.

¿Relajarme? ¿Cómo mierda voy a relajarme?

—Disfruta de tu momento, ahora mismo eres la poderosa Noa Méndez, ¿quién va a meterse contigo ahora eh?

Una risita traviesa se me escapa.

—Eso es, sonríe. Que todos vean esa sonrisa —aclama con semblante alegre.

Yo le observo de soslayo, embelesada, alucinada y sin querer creer todo lo que está sucediendo.

Sorprendentemente nadie se nos ha tirado encima ni han intentado increparnos con insultos ni nada por el estilo. Parece ser que la gente está tan sorprendida como nosotros.

Al entrar en la cafetería la situación no cambia mucho, todos se voltean para mirarnos, Ken sonríe orgulloso sin soltar mi mano y se acerca al mostrador.

—Buenas tardes.

La empleada se sonroja al verle, parece en shock.

—Voy a tomar un *cappuccino*, ¿tú qué vas a tomar cielo?

¿Cielo? Mis mejillas se colorean súbitamente.

—Yo... tomaré un chocolate caliente.

—El café de aquí está muy rico, ¿no quieres probarlo?

—No me gusta el café —niego con una sonrisa.

Actúa con total normalidad y soltura, ¿cómo es capaz? Yo no puedo evitar temblar como un flan sintiéndome como una completa idiota.

—Pues un chocolate para la señorita.

¿Por qué no puedo evitar tomarme esto en serio? Para él solo es un papel que tiene que interpretar.

—Aquí tienen, un chocolate caliente y un *cappuccino*.

Tomamos asiento en una de las mesas más alejadas. Ken arrastra la silla y se coloca muy cerca de mí, cosa que me incomoda bastante.

—¿Es necesario que te acerques tanto? —espeto muerta de miedo.

Evito su mirada a toda costa, realmente tengo los nervios a flor de piel.

Él sonríe con dulzura y me sujeta el mentón con una mano obligándome a mirarle fijamente.

—Vamos relájate —el tacto de su piel electriza mi cuerpo, observo sus carnosos labios, pronunciando las palabras con un tono de lo más seductor.

Venga Noa, espabila, nada de esto es real.

—Todas las miradas están puestas en nosotros —desliza su mano suavemente por mi rostro, acariciándolo con sensualidad—. Démosles lo que realmente quieren.

Mi caja torácica se mueve deprisa, un angustiante calor me abrasa y soy incapaz de moverme.

Aparta su mano de mi rostro y la coloca sobre la mía, a la vista de todos. Luego toma su café y le da un gran sorbo sin dejar de avasallarme con sus profundos ojos verdes.

¡Ay mi madre, ay mi madre! Estoy de los nervios, este calor es insoportable y empiezo a notar

el sudor en mi espalda.

Vamos, tienes que relajarte. Solo tienes que fingir un rato, nada más. Le miro nuevamente, su hermoso semblante sonriente y su mano sobre la mía. Oh joder, a quién pretendo engañar, esto me hace jodidamente feliz.

Aprieto su mano y jugueteo con sus dedos, le regalo una sonrisa picarona mientras me muerdo el labio a lo que él responde con una mueca placentera. Reímos en voz baja.

—¿Crees que con esto será suficiente? —susurro de manera nerviosa.

—No tengo ni idea —ríe.

—¿Qué más pueden querer? —pregunto sin soltar su mano.

—¿Tú qué crees? —acerca su rostro al mío peligrosamente.

Volteo mi cabeza con disimulo hacia el lado contrario y entro en pánico.

—No creo que eso sea necesario.

Tomo el chocolate y me lo bebo de un trago. Ken niega con la cabeza mientras ríe de manera divertida.

—Estaba de broma...

—¿Y cómo se supone que vamos a seguir con nuestras vidas y al mismo tiempo fingir que estamos juntos? —indago.

—Bueno, eso será algo que tendremos que hacer paulatinamente.

—Por mi parte apenas salgo, pero tú, con tu ajetreada agenda, te relacionas con mucha gente, sin hablar de las chicas... —inevitablemente lo último lo digo con cierto resquemor.

—Eso va a estar jodido —sonríe.

—Te advierto que no pienso ser la cornuda de moda de Hollywood —trato de picarle.

Ken me mira con cierta sorpresa.

—¿Y qué propones? ¿Abstinencia y fidelidad? —espeta con sarcasmo.

—Por ambas partes.

—¿Bromeas? —su cara es un poema.

—En absoluto. ¿Cómo pretendes que la gente se tome en serio nuestro romance si luego vas por ahí acostándote con quién te dé la gana?

Su semblante se torna muy serio, ¿en serio no habías pensado en eso señor Miller's?

—Nadie tiene por qué enterarse de lo que hago en mi tiempo libre.

¿De veras tanto le cuesta estar un tiempo sin acostarse con alguien?

—Aun así sería arriesgado.

Él se queda callado unos instantes, asimilando la crudeza de mis palabras, lamentablemente para él pero afortunadamente para mí tengo la razón.

—Está bien, haremos las cosas a tu manera, nos tomaremos esto en serio y le daremos ese final feliz que todos esperan.

Deuda pagada

Keith aparece por casa con la misma energía apabullante de siempre, se le ve muy entusiasmada, ha logrado convencerme para que la acompañe a una fiesta que da Andrew en un yate de lujo, total, así aprovechamos este magnífico domingo y le cuento todo lo que sucedió ayer en mi cita con el señor Miller's.

— ¡Noa! —oigo gritar a Keith desde el piso de abajo.

Tomo la bolsa de playa y me apresuro sobre mis pasos, al asomarme a la barandilla la veo hablando con mamá tan alegremente. No puedo evitar quedarme mirándola de manera ensimismada, inconscientemente una débil sonrisa se dibuja en mi rostro: la adoro. Ella se percató de mi presencia y me devuelve la mirada de manera inquietante. Me mantiene la mirada en absoluto silencio durante unos segundos que se me antojan eternos, de pronto sus mejillas se tornan de un color sonrosado, acto seguido aparta la cabeza hacia un lado. Vuelve a alzar la vista pero esta vez su mirada es distinta, sus ojos azul cielo emiten un vehemente brillo y esboza una enorme sonrisa.

— ¡Vamos, que el yate no nos va a esperar eternamente! —me anima con un gesto de manos para que acelere, luego se despide de mamá y sale por la puerta.

¿Keith se ha ruborizado al mirarme? Nah, imposible.

Bajo las escaleras trotando y me paro al lado de mamá, ella me contempla con ternura, le alegría en el alma verme de nuevo así de viva, y puedo que mi comienzo de relación ficticia con Ken tenga algo que ver.

—Que te diviertas cariño —acerca sus labios a mi mejilla y me besa con dulzura.

—Lo haré —confirmo con una amplia sonrisa.

Mamá está feliz, sus profundos ojos la delatan, y me contagia su alegría, de alguna manera verla a ella así de feliz hace que yo me sienta de igual manera.

Sin vacilar giro sobre mis talones e inicio la marcha; al cruzar por la puerta quedo deslumbrada por la radiante luz del sol, cierro mis ojos e inclino mi cabeza ligeramente hacia atrás para recibirla toda. Es placentero, muy placentero.

Recoloco mi cabeza y abro los ojos, Keith está junto a su *Vespa* de color cereza con los brazos cruzados, me está mirando de la misma forma inquietante que hace unos minutos, ¿qué diantres le pasa?

—¿Y bien? —le pregunto desconcertada.

Descruza sus brazos, abre el sillón de la moto y saca un casco jet de color blanco.

—Nada, solo que hoy se te ve más alegre de lo normal.

—¿Y eso es algo malo?

—Si no te conociera tan bien juraría que todo este montaje te hace feliz.

Me ruborizo. ¿Cómo puede saberlo? ¿Tanto se me nota?

—¿Qué dices? Ya te he dicho que no pasó nada fuera de lo normal.

La rubia me mira de manera incrédula.

—Si no nos damos prisa el capullo de Andrew se irá sin nosotras —recita con un tono áspero de voz. Luego arranca la moto y por fin nos ponemos en marcha.



Hemos llegado al puerto y ni siquiera me he dado cuenta. No puedo dejar de recordar el cálido tacto de la mano de Ken sobre la mía y todas esas personas mirando.

—Mira, ahí están los chicos, deben de estar esperándonos.

A lo lejos veo un enorme barco con aspecto de valer unos cuantos millones. La proa tiene forma triangular, es de un color plata muy elegante y aparentemente consta de una sola planta. En el costado del yate se puede leer la palabra: *Bonne vie*, (buena vida en francés), volteo mis ojos en blanco, ¿por qué este tipo de gente son tan superficiales?

Hay varias personas en la popa del barco, fuera, en el muelle, veo a Zack y a Andrew hablando con otros dos chicos, mis ojos le buscan de manera desesperada, espero no encontrármelo aquí.

—¡Y aquí esta Keith! —grita la rubia alzando ambos brazos hacia el cielo.

Andrew y Zack se giran al unísono, el rubio le regala una ancha sonrisa y se apresura en abrazarla, Zack sin embargo permanece quieto, nuestras miradas se cruzan y entonces él esboza una pícara sonrisa que me hace sonrojar.

—Noa, has venido —su sonrisa se hace más amplia dejando al descubierto una impecable dentadura y sus ojos de color café se rasgan un poco desprendiendo ese toque de picardía. Yo me ruborizo aún más.

—¡Hola Noa!, ¡qué bueno volver a verte! —Andrew suelta a Keith y corre a saludarme interponiéndose en mi campo de visión y ocultando el rostro de Zack tras su espalda.

—Hola Andrew —el rubio de ojos claros me estrecha entre sus fornidos brazos sin el más mínimo pudor, yo me ruborizo por completo y me quedo tiesa cual palo de hierro sin poder reaccionar, no me esperaba ese afable recibimiento. Él al no percibir respuesta por mi parte se aparte enseguida y me sonrío un tanto avergonzado.

—Me alegro de que hayas venido —se acaricia la nuca de manera nerviosa y comienza a reír exageradamente.

Keith emite un prolongado suspiro y veo rodar sus ojos en blanco, luego se abalanza sobre mí y me toma del brazo enérgicamente apartándome del lado de Andrew y obligándome a seguirla.

—Vale babosos, me la llevo.

La rubia y sus comentarios. Parece ser que los chicos conocen bastante bien su humor y se lo toman a risa, pero yo me muero de la vergüenza.

Ella me lleva a rastras, camino a trompicones por las espaciosa superficie del yate esquivando a los invitados que son de lo más variopinto. Son todos de nuestro rango de edad, veinteañeros, hay muchos chicos y chicas, todos espectaculares y guapísimos. Lucen diferentes tipos de bañadores, los hay de todos los estilos y colores, ahora que lo pienso mi bikini es bastante anticuado, no lo renuevo desde hace años.

Keith me guía hasta la zona delantera del barco, justo en el púlpito de proa. Tras dejar su enorme bolsa de playa en el suelo, suelta mi mano y se voltea hacia mí.

—Vale... aquí nos quedamos —afirma con los brazos en jarra y una victoriosa sonrisa.

Yo la miro extrañada, ¿acaso era necesario salir corriendo de esa manera?

—¿Se puede saber por qué has hecho eso? —le pregunto un tanto molesta por su actitud.

—¿Hacer el qué? —habla sin mirarme, está ocupada extendiendo la toalla veraniega que acaba

de sacar de la bolsa.

—Salir así corriendo, ni siquiera he podido saludar a Zack —me cruzo de brazos, eso sí me ha molestado de verdad, me apetecía saludar a ese intrigante chico.

Keith deja lo que está haciendo y me mira pasmada por mis palabras, acto seguido decide imitarme y se cruza de brazos también.

—¿Perdona?, deberías estarme agradecida Noa —descruza sus brazos y me apunta directamente hacia el pecho con su dedo índice—. Ambas sabemos que estabas incómoda —pronuncia cada palabra dándome un toquecito con el dedo.

—Pero... —tiene razón, no me esperaba ese abrazo, pero debo aprender a defenderme yo sola.

—Por dios cariño, tu cara estaba tan roja que pensé que ibas a explotar de un momento a otro —termina la frase con una sonora carcajada, vale... ahora se burla de mí.

La miro con ganas de asesinarla, sigo con los brazos cruzados, intento hacerme la dura pero el sonido de su risa pronto me contagia.

—Además, seguro que estaban a punto de preguntarte por tu cita con el señor Miller's —entrecomilla la palabra cita.

—Mierda... Es verdad.

—¿Qué vas a decirles si sacan el tema?

—Pues... —joder no había pensado en eso.

—¿No me digas que ni siquiera lo habías pensado? —Keith está flipando.

—Pues no, no estaba segura de si sus amigos sabrían o no la verdad.

—Se supone que yo tampoco sé nada, eh.

—¿Qué? ¿Y quién va a creerse eso? Entre nosotras no hay secretos.

—A ver, Ken no es tonto, de seguro dará por sentado que me lo has contado, pero estos dos peleles... —hace una mueca burlándose de ellos y yo comienzo a reír.

Andrew aparece en la parte más alta del yate luciendo una gorra de capitán y entre grandes voces anuncia que el barco va a zarpar. Todos gritan eufóricamente y alzan las manos, yo trato de sonreír, de veras quiero disfrutar del día de hoy, pero cargar con este pesado dolor en mi corazón no me resulta sencillo.



Hemos colocado nuestras toallas y nos disponemos a tomar el sol. El yate hace rato que está en mitad del mar, ya casi no se visualiza la orilla. El día es fabuloso, el cielo está totalmente despejado y una ardiente brisa ondea mi pelo, nadie diría que estamos en pleno Mayo. Observo el horizonte, la superficie del mar lisa y de un perfecto azul, algunas gaviotas revolotean cerca del barco, contemplo su vuelo, el batir de sus alas, pienso en Ken y el dolor se clava un poco más profundo, desearía echar a volar junto a esas aves, alzar el vuelo y perderme en la lejanía del horizonte, simplemente alejarme de todo lo que me hace daño.

—¡Es hora de lucir cuerpos, querida! —con un movimiento Keith se desprende de su vestidito veraniego y se queda en trikini.

Es la primera vez que veo a Keith así, en bañador. Viste un bañador color champán, la parte del pecho va atada al cuello y se une a la de abajo por una gruesa tira de tela. Tiene un tipazo, se

notan las clases de tenis, tiene unos muslos fibrosos y esculpidos, sobre su vientre se distinguen unos ligeros abdominales, guau, no tiene ni un gramo de grasa, estoy alucinando. Mi bikini es una horrerada comparado al de Keith y al del resto de chicas presentes, me da vergüenza enseñarlo. Se pone unas llamativas gafas de sol de cristales tintados y comienza a embadurnarse en protector solar.

Keith deja de hacer lo que está haciendo y me mira por encima de los cristales de las gafas.

—¿Qué haces Noa?, ¿no te has traído bañador?

—Sí, pero me da vergüenza enseñarlo —respondo ruborizada.

—Vamos, no será para tanto —ríe y ladea la cabeza.

Yo la miro de reojo y me subo la camiseta, al ver el bikini Keith pone cara de repelús y corre a bajarme la camiseta.

—No, definitivamente no dejaré que enseñes eso aquí—estira la mano y alcanza su bolso, comienza a rebuscar dentro de él ansiosa, yo la miro con curiosidad, ¿qué estará buscando?—. ¡Bingo!, siempre llevo otro de repuesto, ve a cambiarte.

Me ofrece lo que parece ser un bañador, lo tomo indecisa y lo miro con detenimiento, es un bañador completo, blanco de hilo y atado al cuello.

—Venga, el baño está bajando esas escaleras —me da un empujón y me obliga a levantarme.

Suspiro, ¿no puedo simplemente quedarme así vestida? No necesito impresionar a nadie, tampoco me apetece ponerme en bañador y exponerme ante todos esos cuerpos perfectos y moldeados, pero si no lo hago Keith me estará dando la brasa hasta que lo haga.

La música suena por todo el barco, la gente baila eufóricamente y puedo ver que todos y cada uno de ellos están tomando alcohol. Esquivo a la gente con desgana, maldita sea... No debería haber venido, pero ya estás aquí Noa.

Llego a las escaleras y bajo cada escalón como si me pesara el cuerpo. Estupendo, la puerta del baño está cerrada, debe de haber alguien dentro.

—¿Hola?, ¿está ocupado? —toco en la puerta con el puño cerrado y ésta se abre.

Hay un chico meando de espaldas.

—Oh mierda, ¡lo siento! ¡Lo siento! —corro a cubrirme los ojos y giro mi cabeza hacia el lado contrario.

—¿Noa?

No me jodas.

¿Qué hace él aquí? Me maldigo en mil idiomas, maldigo la idea de haber venido y a Keith por invitarme. Cierro los ojos con fuerza y el dolor comienza a surgir, ese angustioso sentimiento que me corroe por dentro cada vez que le tengo cerca, es incontrolable.

No quiero mirarle, no quiero ver esos condenados ojos verdes. Las ganas me traicionan y finalmente lo hago. Los abro despacio, como si el tiempo pasara a cámara súper lenta, mis ojos van subiendo hasta que inevitablemente me topo con mis peores pesadillas. Ahí están, esos malitos ojos verdes rebosantes de inexpugnable belleza.

Automáticamente me quedo trabada, incapaz de pronunciar ni media palabra, hechizada por esa mágica luz que desprende su mirada, perdidamente enamorada de su divina presencia.

—¿Qué cojones estás haciendo tú aquí? —el tono esquinado de sus palabras me hacen salir del trance en un santiamén.

Mi ceño se transforma y paso de un estado de ensimismamiento a exacerbación.

—Yo también me alegro de verte —hago un gesto de desagrado y miro hacia otro lado—. Mi maldita suerte no parece estar nunca de mi lado —susurro en un tono lo suficientemente alto como para que lo oiga.

—Ven aquí.

Me agarra del brazo y tira de mí con fuerza encerrándonos a ambos en el baño. Me tiene aprisionada contra la pared, tapándome la boca con una mano. Todo el peso de su cuerpo sobre el mío, el cual va a salir ardiendo en breve si el contacto se prolonga por mucho más tiempo.

¿A qué viene esto?!

No soporto esta angustia de tenerle tan cerca, me revuelvo y aparto su mano de mi boca con brusquedad.

—¿Qué...?

—Shh —coloca su dedo índice sobre mis labios para que me calle.

Permanecemos en silencio unos segundos.

—Ya se han ido.

—¿Quiénes? —¿de qué va?

Ken se aleja de mí un par de pasos.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunta cruzado de brazos.

No respondo, me limito a observarle en total silencio. Ni siquiera me había percatado de que está descamisado y en bañador. Observo su torso con detenimiento percatándome de que no hay rastro del tatuaje.

—Noa, ¿tienes idea de lo que pasará si nos ven aquí juntos?

—Yo no tenía la menor idea de que tú también ibas a venir —mascullo en voz baja.

—Es cosa de Keith, ¿me equivoco?

Chasqueo la lengua y me cruzo de brazos yo también.

—Yo no tengo la culpa de que tengamos amigos en común.

—La cita de ayer fue un éxito, ¿has leído la prensa hoy o te has metido en las redes sociales? La gente está eufórica.

Le miro de soslayo haciéndome la dura. Por dentro doy saltos de alegría.

—¿Y?

—Pues que si nos ven juntos tendremos que seguir fingiendo, y nuestro comportamiento de ayer ya no será lo suficientemente creíble.

—¿Qué quieres decir?

—Vanessa quiere que vayamos un paso más allá.

¿Qué? ¿Estás de coña?

—Ni de coña —reniego dando un paso atrás.

—Yo tampoco lo considero necesario.

—¿De veras esa mujer pretende que...? —enmudezco de tan solo pensar en besarle.

—¿Y qué crees que exigirán toda esta gente si nos ven juntos aquí? —Ken comienza a caminar de forma nerviosa de un lado a otro.

—Lo sé... —afirmo cabizbaja.

—Andrew, Zack... No les conoces. Eres la primera chica con la que tengo una cita.

—Bueno, este barco es enorme, no tienen por qué vernos juntos.

—Es inútil. Es cuestión de tiempo que alguien venga a decirme que te vio aquí.

—Pues si eso ocurre tendremos que seguir fingiendo...

Ambos intercambiamos miradas. Lo sé, sé que esta farsa que a mí me hace tan feliz para él es una tortura.

—Tengo que volver ya antes de que sospechen. En unos días recibirás el dinero que te corresponde. Diviértete, y cuando te tires al mar y estés nadando entre tiburones, grita fuerte para que te salve —susurra justo en mi oído.

Una descarga eléctrica me azota con fuerza, él se aparta y con esa chulería característica de él me regala una arrebatadora sonrisa que me roba hasta el último suspiro del alma.

Automáticamente me ruborizo de manera exagerada y corro a esconder mi rostro. Soy incapaz de resistirme a él, ¡¡eres una blandengue Noa!!

No sé cuánto tiempo llevo aquí encerrada, lo suficiente como para que Keith comience a preocuparse. Me desvisto y me pongo el bañador de mi amiga, increíblemente me queda como un guante. Lo ato bien alrededor de mi cuello y me miro al pequeño espejo que hay sobre el lavabo. El color blanco siempre logra sacarle partido a mi piel, además, este bordado de hilo le da un toque sexy al traje de baño. Me peino el cabello castaño con mis dedos y lo alboroto un poco, luego me descalzo y recojo mi ropa del suelo. Estoy lista.

Abro el cerrojo y luego la puerta, lo hago con decisión, el sonido del jaleo me llega como una bofetada que apesta a sudor y gente borracha. Subo los escalones y voy en busca de la rubia. Por el rabillo del ojo puedo ver que alguno de los muchachos se quitan las gafas para observarme mejor, otros me miran anonadados, incluso oigo algún silbido a lo lejos; es curioso, siento la misma sensación que el día de la entrevista en mi sueño, me siento poderosa.

—¿Qué tal? —me planto frente a Keith y doy un giro para que pueda verme bien.

La rubia me mira fascinada, literalmente se queda con la mandíbula colgando, yo me río ante su cómico comportamiento, siempre tan exagerada para todo...

—Estás... estás... ¡¡guau Noa!! —se desprende de las gafas para verme mejor.

—Me queda bien, ¿eh? —vacilo de figura un poco más antes de sentarme, en el fondo no tengo nada que hacer contra esas modelos.

—Estás tremenda... Oye, ¿por qué has tardado tanto?, ya iba a ir a buscarte —se vuelve a poner las gafas y se tumba sobre la toalla.

—Eh... pues...

—Por cierto, Ken está aquí. Lo he visto pasar hace un rato —me interrumpe.

¡Joder!

—Lo sé, acabo de encontrármelo en el baño —afirmo en voz baja.

—Por eso tardabas tanto...

—Solo estábamos hablando.

—¿Y qué vais a hacer? Estáis jodidos.

—Pues, no tienen por qué vernos juntos. Este barco es enorme.

Keith gira su cabeza en mi dirección y se sube las gafas hasta la frente.

—Pues a ver cómo se lo explicas a esos dos —índica con sus ojos una presencia tras mi espalda.

—¡Chicas, por fin os encuentro! —mierda, es Andrew.

Andrew llega acompañado de su amigo Zack, el chico en cuanto me ve me regala una provocadora sonrisa.

—¿Lo estáis pasando bien? ¿Por qué no venís con el resto?

—Nos gusta este lugar del barco, alejadas del olor a vómito y sudor de jóvenes hipersexualizados —Keith se incorpora en la toalla y se quita las gafas. Su cometario me obliga a reír en voz baja, una sonrisa forzada se implanta en su rostro.

—¿En serio vosotros dos habéis sido novios? —pregunto entre risas.

—Fue bonito hasta que la señorita O'donnell decidió que tenía otras prioridades —dice Andrew imitando la hipócrita mueca de Keith.

La rubia deja de sonreír para fulminarle con la mirada. La cólera en sus ojos es tan clara que puedo visualizar cómo lo decapita con una katana imaginaria.

Zack se coloca cerca de mí, con la espalda apoyada en la barandilla plateada del yate.

—¿Entonces en cierto, estás liada con Miller's?

Mierda. Un escalofrío me recorre la espalda entera.

—Esto... Solo fuimos juntos a tomar algo... —joder, me tiembla la voz.

—Pues en las fotos se os ve muy cariñosos —añade Andrew.

—Eso no es asunto vuestro —Keith interviene en mi defensa.

—¿No es asunto nuestro? Ken es nuestro amigo desde hace años, y lo ha mantenido en secreto hasta ahora —refuta Andrew.

—Ken está en el barco, supongo que lo sabrás —interviene Zack con un tono serio.

—Sí, lo sé —aclaro.

—Ken siempre ha sido muy cauteloso con su vida privada, no me extraña que no os contase nada —la rubia ataca de nuevo.

—Por eso mismo me extraña que se haya expuesto de esa forma en público con ella y sin embargo aquí, en una fiesta privada se mantengan separados —mierda, Zack es muy perspicaz.

—Porque no imaginábamos que la gente reaccionaría de esa forma.

—¿Y cómo pensabais que reaccionarían? Ken es un ídolo de masas —Andrew ríe de manera incrédula.

—¿Por qué no respetáis su decisión? La relación es entre ellos dos, vosotros no pintáis nada ahí —espeta Keith.

—Rubia, entiende que estemos en shock, Ken nunca había hecho algo así. Ya sabes lo que le gustan las tías a ese mujeriego —Andrew le dedica a Zack una mirada lasciva y ambos comienzan a reír.

—El cabrón siempre se lleva a las mejores... —oigo murmurar a Zack.

Basta, no quiero oír más.

—Bombón, no te dejes engatusar por ese capullo. Aún estás a tiempo de salir corriendo... —Zack me escanea de arriba abajo mientras sonrío de manera provocativa—... y venirme conmigo.

Andrew reacciona al atrevimiento de su amigo con una asquerosa risotada. Yo agacho la vista y abrazo mi cuerpo de manera inconsciente, ese tío me acaba de hacer sentir como si fuera un trozo de carne a punto de ser devorada.

La rubia les dedica una mirada de desprecio a ambos.

—Dais puto asco los dos, ¡iros a tomar por culo un rato! —les invita a que se marchen con un enérgico movimiento de manos.

—Vale, vale —Andrew da unos pasos atrás mientras se burla de ella.

Zack sigue los pasos de su amigo, no sin antes volver a girar su cabeza hacia mi dirección regalándome una sugerente sonrisa.



Son casi las seis de la tarde, llevamos más de cuatro horas en altamar; hemos parado el barco para que la gente pueda salir a nadar un rato, pero yo no tengo intención de tirarme al agua, debemos estar a una profundidad considerable y el solo hecho de imaginar qué tipo de bichos

pueden pasar bajo mis pies hace que me entren escalofríos.

Keith llega con una cerveza y una cola light para mí, es lo que he estado tomando todo el día, no pienso probar ni pizca de alcohol y ya todos sabemos lo que pasa cuando se mezclan ese tipo de bebidas y el mar.

Zack y Andrew acaban de salir del agua, casi todos los presentes se han dado un chapuzón, todos menos Ken, al cual no le he vuelto a ver el pelo desde el indeseable encuentro.

—¿No quieres bañarte? —pregunta una despreocupada y un poco achispada Keith.

—¿Estás borracha? —más que una pregunta, eso debería de ser una afirmación.

—Solo un poco —hace un gesto con los dedos para indicarlo.

No tiene remedio... Mi felicidad se esfuma al entrar un ser indeseable en mi campo de visión. Ahí está de nuevo, mi caballero oscuro, acompañado por varias chicas y borracho como una cuba. ¿De qué coño va? Camina tambaleándose y riéndose como un completo gilipollas, apenas puede mantenerse en pie si no fuera porque las despampanantes chicas le están sujetando.

—Chicas... chicas... necesito darme un baño —habla en un idioma casi inentendible.

Se suelta de las chicas y se arquea hacia atrás y hacia adelante como un acordeón, yo le miro con una mezcla de cólera y tristeza, al fin y al cabo le quiero y no me gusta verle así.

Le veo acercarse peligrosamente hacia el filo del barco, ¿no pensará tirarse al agua, verdad?, está demasiado borracho como para poder desenvolverse por él solo.

—Keith —la zarandeo sin quitarle los ojos de encima a Ken—. Keith, Ken está muy borracho y dice que se va a tirar al agua —continúo zamarreándola.

—¿Y qué tiene de malo que se dé un baño? —la risita tonta de Keith de nuevo, genial, olvidaba que ella también está borracha.

Keith no me va a tomar en cuenta, y yo no pienso levantarme e impedirle que se bañe, además, ¿por qué me preocupo por ese idiota?, ¿a mí que más me da que se bañe borracho o con siete rayas de coca en el cuerpo? Oh joder, a quién pretendo engañar, por supuesto que me preocupa.

Antes de que me de a pie a preocuparme veo a Ken volando por los aires camino directo hacia el agua, y no por voluntad propia, le acaban de empujar las chicas que le acompañaban.

—¡Serán gilipollas! ¿Cómo se les ocurre empujarle? —mascullo en voz bastante alta.

Las chicas salen corriendo, riendo como si fueran colegialas las cuales acaban de hacer una terrible travesura, panda de energúmenas, si de verdad se preocuparan por él no se les habría ocurrido lanzarle al agua borracho.

Mis ojos siguen la trayectoria de su cuerpo hasta que se sumerge en el agua, me incorporo velozmente y me aferro a la barandilla de la proa. Mi corazón palpita desbocado, ¡quiero verle salir del agua ya!

Oh dios... ¿Por qué coño no sale? Muevo los ojos de un lado a otro a la espera de ver su cabeza emerger del agua pero no hay rastro de Ken. Cuento los segundos que lleva sumergido mentalmente y ya han pasado más de veinte, un sudor frío recorre mi piel, creo que voy a romper a llorar como no le vea salir ahora mismo. 22, 23, 24, 25... ¡¡oh joder se está ahogando!!

—¡¡Que alguien lo saque del agua, se está ahogando!! —grito al gentío con la cara descompuesta.

—Tranquila Noa, será otra de sus bromitas —Keith sigue tumbada boca arriba y no me hace el menor caso.

—¡Por dios que alguien lo saque del agua! —vocifero con más fuerza pero nadie me oye, ni siquiera me miran, todos bailan y rien ensordecidos por la música y extasiados por los efectos del alcohol.

No lo pienso, me subo a la barandilla y salto al agua.

El impacto del agua fría me estremece, abro mis ojos y lo busco con desesperación entre la inmensa profundidad del mar; miro hacia un lado y hacia otro y no lo veo, ¡¡oh joder!! Salgo a la superficie y tomo una bocanada de aire para luego volver a sumergirme. No pienso salir del agua sin antes haberle encontrado. A lo lejos me parece ver una mancha oscura, puede que sea un pez, o incluso un tiburón, esa es la menor de mis preocupaciones, tengo que encontrar a mi indio de ojos verdes. Nado a toda velocidad hacia abajo, cada vez estoy más cerca de la mancha, mis ojos se abren como platos y un gran alivio me desborda, es él y está inconsciente.

Me coloco tras él y lo abrazo por la zona del pecho, sin perder tiempo nado hacia arriba con la ayuda de mis piernas cargando con el peso de su cuerpo, su cuerpo inconsciente pesa demasiado y me cuesta bastante salir a flote pero finalmente lo consigo.

Al asomar mi cabeza fuera del agua veo asombrada como prácticamente todos los invitados están en el borde del barco esperando ansiosos.

—¡Rápido, que alguien la ayude a sacarle del agua! —es la voz de Keith, no la localizo entre tantas caras, tampoco puedo centrarme en nada más que no sea Ken.

Por favor que esté vivo, suplico a mis adentros.

Zack se lanza al agua y me ayuda a llevar a Ken hasta las escaleras de subida al yate, Andrew y otros dos chicos lo suben a pulso, yo subo como una bala tras ellos, tengo que comprobar que esté bien.

Ken está tendido en el suelo boca arriba, empapado e inconsciente. Aparto a todo aquel que está en mi paso y me lanzo al suelo junto a él, un gran corrillo de curiosos no tardan en formarse a nuestro alrededor.

“Es Noa Méndez...” “¿Esa no es la novia de Ken?” “Ayer les vieron juntos en el centro” “¿Has visto las fotos?”

Todo tipo de comentarios suenan a nuestro alrededor. Los aquí presentes parecen conocerme muy bien.

Andrew está conmigo, al otro lado de Ken, le mira estupefacto, no queriendo dar crédito a lo que acaba de suceder. Todo mi cuerpo tiembla, no tengo frío, pero estoy helada.

—Noa... No respira —advierte Andrew con la voz titilante.

Miro sus carnosos labios detenidamente y el frío se transforma en calor abrasador, ¿de verdad voy a hacerlo?, ¿voy a besarle? Vamos Noa, ¿qué cojones importa eso ahora?, ¡se está muriendo!

Me armo de valor y me dispongo a reanimarle.

Me acerco a su cuerpo y apoyo mi mano abierta sobre su musculado pecho, justo entre los pectorales, sobre ésta mano coloco la otra, extendiendo los brazos y manteniéndolos lo más rectos posible, suerte que por mis estudios sé realizar la reanimación cardiopulmonar. Comienzan las compresiones torácicas: comprimo sobre su esternón con el peso de mi cuerpo mientras cuento en voz alta hasta treinta sin dejar de mirarle aterrada.

Despierta Ken, despierta por favor.

Todo el mundo me observa de manera inquieta, algunos hacen comentarios indeseables afirmando una muerte prematura, mis ojos se tornan vidriosos y mis nervios aumentan con estos absurdos comentarios.

Mi amor, no te vas a morir, no voy a permitirlo.

Ha llegado el momento, tengo que realizarle la respiración artificial. Me acerco a su cara, sus ojos permanecen sellados y no hay rastro de signo vital en él. Coloco mi mano derecha sobre su frente y le aprieto la parte blanda de la nariz con los dedos índice y pulgar, y con mi mano izquierda le sujeto la barbilla hacia abajo abriéndole de esta manera la boca.

Respiro profundamente para llenarme de aire los pulmones, me agacho y coloco mis labios

sobre su boca, asegurándome de que selle bien y no se escape mi oxígeno, acto seguido soplo a un ritmo constante dentro de su boca hasta quedarme sin aire.

Lloro, es inevitable llorar de angustia y tristeza, por primera vez nuestros labios se encuentran y no en las condiciones que cualquier chica soñaría. Su aliento alcoholizado me aturde, me separo de su boca y vuelvo a realizarle las compresiones torácicas.

—Vamos Ken, despierta por favor... —le suplico entre llantos.

Repito este proceso durante varios minutos sin obtener resultado ninguno, mi llanto ya es agravante, no lo soporto, no pienso verle morir otra vez.

—¡¡Ken no puedes hacerme esto!! ¡Despierta!

Termino de comprimir su tórax y me lanzo sobre su pecho desconsolada. Coloco ambas manos sobre su esculpido torso y lloro hasta que me escuecen los ojos; de fondo comienzan a oírse sollozos de otras chicas y algunos gritos de histeria.

No puede ser...no he podido salvarle...

—Has hecho todo lo que has podido... —siento el tacto de la mano de Andrew sobre mi espalda mojada.

De pronto, una fuerte sacudida me obliga a apartarme de él, me enderezo y veo como tose compulsivamente a la vez que varios chorros de agua salen de su boca disparados.

Mis ojos no dan crédito... Está vivo, ¡he logrado salvarle! Tapo mi boca con ambas manos y un tsunami de lágrimas me desborda. Andrew corre a ayudarlo, le sujeta para facilitarle la expulsión del agua que casi le ahoga, al mismo tiempo que todo el mundo se abalanza para ver mejor.

Abre débilmente los ojos y recupera el aire apresuradamente, parece aturdido y desorientado, pero está vivo. Mi alegría es infinita, me muero de ganas de abrazarlo y confesarle todo lo que siento por él pero es solo una fantasía. Me pongo de pie sin dejar de llorar y corro para alejarme de la escena lo antes posible.

Corro lejos del bullicio hasta la parte de atrás del barco, todos están en el otro lado, contemplando la escenita, aquí puedo desahogarme sin que nadie me vea. Me aferro a la barandilla plateada y lloro profundamente, exteriorizo todo lo que siento entre ahogos, si le hubiese perdido yo...si le hubiese perdido yo me habría muerto también.

—Noa —es la inconfundible voz de Keith.

Me giro velozmente y la miro con los ojos empapados, luego corro a sus brazos y la estrecho con ansias.

—Keith...casi se muere... —estoy tan emocionada que apenas puedo pronunciar las palabras.

—Shh, tranquila, ya ha pasado el peligro —su cálida voz suena como un susurro, ella me devuelve el abrazo, luego siento su mano acariciando mi pelo con suavidad, lo necesito, necesito su consuelo.

—No hubiera soportado perderle dos veces Keith... No lo hubiera podido soportar... —lloro y entierro mi rostro entre sus dorados rizos.

—Lo sé, le has salvado la vida Noa —deja de acariciarme el pelo y se aparta unos centímetros de mí para mirarme fijamente a los ojos—. Lo amas, lo amas de verdad.

—Si...amo a ese maldito capullo —sonríe y mis ojos se llenan aún más de lágrimas.

Nos volvemos a abrazar, Keith permanece en absoluto silencio mientras yo me desahogo, acaba de comprender cuán grande es esto que siento por Ken, sabe que es real y que no exagero, y parece bastante sorprendida.

—¿Mejor? —me pregunta al cabo de un rato.

—Si... —me aparto de ella y me froto los ojos con las yemas de los dedos una y otra vez.

—Voy a ver como esta Ken, ahora vuelvo.

—Si por favor.

Keith me regala una agradable sonrisa y me pellizca el moflete, yo sonrío y me giro para mirar el mar, la oigo alejarse, espero que regrese con buenas noticias.



El sol está a punto de ocultarse, puedo verlo descender en el horizonte, lo hace despacio, como si el mar lo devorara por pedazos, jamás había tenido el placer de contemplar una puesta de sol como esta, en mitad del océano. Observo embelesada la silueta del sol, como su luz se va debilitando para dejar paso a la luna.

—Estas aquí —ese timbre de voz me obliga a dar un respingón y a erguirme automáticamente.

Es Ken... Vacilo unos segundos antes de girarme, mi corazón ya se ha desbocado así como mi respiración.

—Hola... —apenas articulo una palabra y ya me empieza a temblar la voz, está ahí, frente a mí, con su torso al descubierto y su bañador rosa fucsia.

Me mira fijamente, hay una expresión extraña en su rostro, parece serio y a la vez satisfecho. Mueve su pie derecho e inicia la marcha, ay mi madre, viene hacia aquí.

Rápidamente giro la cabeza en dirección contraria y un manojito de nervios me recorren de pies a cabeza, enseguida lo tengo a mi lado, finjo mirar el horizonte pero lo tengo todo el rato dentro de mi campo visual, él hace lo mismo, visualiza el poco sol que queda sin decir nada.

—¿No es hermoso?, jamás había visto una puesta de sol así —¿hermoso?, para mí no hay nada más hermoso que tú—. Si no llega a ser por ti ahora mismo no estaría aquí para poder verla.

Ay mi madre... ¿eso ha sido una especie de agradecimiento?

—¿Por qué has salido corriendo de esa forma?

Miro hacia un lado y otro de manera nerviosa.

—¿Qué querías que hiciera?

—¿Qué te quedaras a mi lado quizás? —me está mirando, yo sigo fingiendo que miro el agua pero puedo sentir sus intensos ojos fijos en mi rostro—. Acabas de salvarme la vida.

Me armo de valor y le miro, ninguno de los dos sonrío, no hay ápice de felicidad en su rostro, tampoco en el mío, mi mente se queda en blanco cuando le miro, luego comienzan a surgir recuerdos de momentos fugaces, momentos felices, el sonido de su risa se reproduce en mi mente como una dulce canción, me zambullo en el verde mar de sus ojos y más recuerdos afloran, cuando me quiero dar cuenta estoy inmersa en mis fantasías, totalmente hechizada.

—¿Por qué has saltado? —su tenue voz interrumpe mis pensamientos.

Mi respiración se entrecorta. ¿Por qué he saltado? No puedo dejar de quererte.

—Eres un inconsciente, ¿cómo se te ocurre beber de esa forma? —le respondo con la misma frialdad que de costumbre, es la única arma que me queda para luchar contra él—. Y todas esas chicas que estaban contigo, ¡son unas descerebradas!

Tuerce los labios y sonrío, ¿qué es tan gracioso?

—¿De qué te ríes? —mis ojos se clavan en los suyos con rabia. Esto no debería de ser gracioso. Joder por poco se ahoga, no se imagina lo doloroso que ha sido para mí verle de nuevo

entre la vida y la muerte.

—Perdona, no quería reírme, pero te pones muy mona cuando te enfadas —sonríe nuevamente de manera encantadora y yo me ruborizo.

Maldito gilipollas. Estaba muerta de miedo, pensé que le volvería a perder.

—Además, tenía una deuda pendiente contigo, ya no te debo nada. Me salvaste la vida una vez, ahora ya estamos en paz —respondo mirando hacia la lejanía.

Él me mira con gesto de satisfacción.

—Dos veces —me corrige.

Es verdad... Una fue en el hospital, haciéndose cargo de todos los gastos; la otra dando su vida por mí.

—El final del libro... ¿Lo leíste?

—Por supuesto, te prometí que lo haría.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—No quería reabrir tu herida, y mucho menos después de todo lo que está pasando.

—Aquello solo fue fruto de mi imaginación —espeto con un tono agrio.

—Es lo que quieres creer, pero sé que tú lo sentiste como real.

Qué más da lo que yo sienta. A nadie parece importarle.

—Míralo por el lado bueno, eres una heroína. Ahora nadie pondrá en duda nuestra relación.

¿Es que solo piensa en eso?

—Cuanto antes acepten lo nuestro, antes podremos retomar nuestras vidas.

Le miro de soslayo con desdén. ¿Así que eso es lo que quiere? Deshacerme de mí lo antes posible.

—Bueno, pues gracias por salvarme la vida —sus palabras suenan forzadas, como si alguien le estuviese apuntando con una pistola para que hable en contra de su voluntad.

Tras dar un toque con la palma de la mano en la barandilla, se da media vuelta y se marcha.

¿Eso es todo? ¿Te acabo de salvar la vida y así me lo agradeces? A quién pretendo engañar... debo de olvidarme de él de una vez por todas.

Al final has sido tú el que ha gritado para que le salvara de los tiburones.

Fiesta de cumpleaños

Ha pasado ya una semana desde el incidente en el yate en el que casi me ahogo, a veces me sorprendo de lo idiota que puedo llegar a ser, tengo que controlar más cuando bebo.

Me dirijo a ver a Vanessa, esta semana he estado fuera, en Nueva York, rodando algunas escenas de mi nueva película, así que necesito ponerme al día con todo lo que ha ocurrido en mi ausencia.

Aparco mi deportivo blanco perla en el aparcamiento privado y entro por la puerta saludando con alegría a todo el que pasa por mi lado, aquí todos me conocen, demasiados años visitando este lugar, demasiados...

Para ser viernes esto está preocupantemente tranquilo, me dirijo hacia mi rincón favorito, allí donde tienen el enorme sofá rinconera tan cómodo, aquel en el que tantas veces he dormido borracho.

Oh genial, la última persona con la que querría encontrarme está aquí. Intento hacerme el loco desviando la mirada hacia otra parte pero ella me localiza de inmediato.

—¡Ken! —corre hacia mí llena de alegría, cuando me quiero dar cuenta la tengo enganchada a mi brazo.

—Eh... Hola —mierda, no recuerdo su nombre.

—¿Por qué no respondes mis llamadas? —agarro sus muñecas y la aparto de mí bruscamente, odio esa pregunta, sólo me acosté con ella una vez, al igual que hago con todas, luego me olvido, ¿por qué iba a cogerle el teléfono si ya no me interesa?

—No voy a responder tus llamadas ni ahora ni nunca, olvídame de mí, ¿sí? —respondo lo más secamente posible, odio que me atosiguen.

—Pe...pero... —la chica me mira desconcertada y pone cara de pena, oh no me jodas... ¿no irá a llorar ahora, verdad? —. ¿Entonces es verdad? ¿Estás saliendo con esa chica?! —estupendo, ahora me grita.

La ignoro y me alejo, ella me persigue unos metros mientras me azota el hombro con la fuerza de una hormiga, no puedo evitar que se me escape una risita, adoro ser un capullo.

—¿Acabas de llegar y ya estás rompiendo corazones? —Vanessa está sentada en el sofá, justamente en mi sitio.

—Estás en mi sitio —le advierto señalándole con el dedo índice.

Ella voltea los ojos y suspira, pero enseguida se pone de pie.

—Tú siempre en el centro, ¿eh? —me saluda con una mirada de desdén para luego ocupar el otro lado libre.

—Sabes que siempre tengo que ser el “centro” de atención —advierto con una sonrisa chulesca.

—Bueno, ¿qué tal por Nueva York?, ¿has conocido a alguna maciza? —pregunta con sorna.

—Últimamente tienes la gracia en el culo, ¿lo sabes no?

Vanessa comienza a reír a carcajadas.

—Veo que no llevas muy bien eso de la fidelidad.

—Es una puta mierda.

—Pero el sacrificio merecerá la pena cariño, todo el mundo está hablando de vosotros.

—¿Y qué dicen?

—El acto heroico de Noa al salvarte la vida ha conmovido a millones de personas. Buena jugada por cierto, ¿cuándo lo habíais planeado?

¿Planeado?

—No había nada planeado Vanessa, mi estupidez hace que casi me ahogue.

—¿Otra vez bebiendo como un energúmeno? —me sermonea.

—Ha sido una cagada por mi parte, pero la cagada ha resultado ser un acierto.

—¿Noa se tiró al agua para salvarte? Esa chica no deja de sorprenderme...

—Cualquier chica hubiera saltado al agua para salvarme, eso no la convierte en especial —¿por qué he dicho eso?

—Oye, ¿a ti que cojones te pasa?, ¿cómo puedes hablar así de la chica que iba a liderar tu club de fans, de la misma que te salvó la vida?, deberías estarle agradecido. Tu estupidez podría haberte costado la vida —me mira fijamente y aprieta los labios, creo que mi comentario le ha molestado bastante.

Tiene razón, pero, ¿acaso me cuesta reconocer que nadie se había preocupado por mí de la forma en que ella lo hace? Había más de cien personas en aquel barco y la única que saltó fue ella.

—¿Por qué crees que saltó?

¿Por qué saltó? Ella dice que me odia por lo que le hice, pero yo sé que no es verdad.

—No...No sé por qué saltó —baluceo notablemente nervioso.

¿Por qué le importo, quizás?

—¿Y si ella siguiera enamorada de ti? —me mira intensamente al hacerme la pregunta.

Un hormigueo me entumece los dedos al oír eso. No, eso lo complicaría todo.

—Creo que es el momento de que deis un paso en vuestra relación, tenéis que comunicar oficialmente que estáis juntos.

—¿Qué?

—Y lo harás en tu fiesta de cumpleaños.

—Eh espera Vanessa, ¿no deberíamos consultarlo con ella antes?

—Deberíamos, es más, serás tú quien se lo comunique —me señala con el dedo índice y sonrío de manera siniestra.

No me gusta esa sonrisa. ¿Qué está tramando?

—¿Sabes cuánto dinero nos han ofrecido por la exclusiva de vuestro romance?

Puedo ver reflejada en sus ojos las ansias de poder, la corrupción del dinero.

—No hago esto por el dinero, solo quiero que dejen en paz a Noa —analizo lo que acabo de decir, no es propio de mí—. Que nos dejen en paz a los dos.

—Lo sé —Vanessa se inclina hacia atrás y cruza sus piernas de manera ¿seductora? —Algo está cambiando en ti Ken, lo noto. Pero si puedo sumar unos cuantos de millones más a tu fortuna, lo haré.

Tuerzo la comisura de mis labios.

—Claro, cómo si tú no te llevaras parte de la tajada.

—Obviamente cielo, obviamente.

—Eres lo peor —sonrío con desagrado.

—Tú y yo no somos tan diferentes Ken.

He hecho muchas cosas malas en mi vida de las que me arrepiento y ésta es una de ellas.

—Invítala a esa fiesta, confiesa delante de todos que la amas y bésala. Bésala como en una de las escenas de tus películas. Dale a tu público eso que tanto ansían.



Después del incidente en el yate todo ha ido cuesta abajo y sin frenos. La gente ya nos empareja a pesar de no haber confirmado nada oficialmente. Las fotos de mi acto heroico inundan las redes sociales, las portadas de revistas y demás. “Un acto de amor verdadero” y lo más triste de todo es que es cierto, si le salvé la vida fue porque aún sigo sintiendo algo por él. Me he convertido en la comidilla de mi universidad, todo el mundo se me acerca para preguntarme por mi relación por Ken, me atrevería a decir que ahora el acoso es aún peor que antes. Hasta he recibido una llamada de Helena alucinada por todo lo que está pasando. Lamentablemente he tenido que mentirle y hacerle creer que toda esta farsa va en serio.

Hoy es el cumpleaños de Ken y aún no le he felicitado, me muero de ganas de escribirle, pero sé que no debo. Soy tan necia que incluso le he preparado un regalo. Esta noche da una fiesta por todo lo alto en su casa, por supuesto estoy invitada. Mi asistencia a esa fiesta es prácticamente obligatoria, pues hoy Ken hará nuestra relación oficial.

Estoy tumbada en el sofá de casa sin hacer nada, Eric y yo vemos una peli de sesión de tarde mientras mis padres están fuera. De pronto mi teléfono móvil comienza a vibrar, lo cojo con desgana y miro la pantalla, es Keith, a ver que quiere ahora.

—Hola Keith —respondo con desgana, sin dejar de mirar hacia el televisor.

—¿Estás lista para esta noche? —su voz suena alegre, como siempre.

Pues claro, el cumpleaños de Ken. Me incorporo de un salto y me peino el cabello hacia atrás de manera nerviosa.

—Keith... —miro de reojo a mi hermano, intenta disimular pero sé que anda con la oreja puesta, atento a la conversación, así que me levanto del sofá y me alejo hacia la cocina.

—¿Qué pasa?

—Esta noche haremos oficial nuestra relación —mi frente está pegada a la ventana de la cocina, fuera ha comenzado a lloviznar.

—¿En serio? —se le escapa una risita traviesa.

—Joder Keith, no es gracioso. Para mí es un calvario.

—Lo siento, es que toda esta farsa ya me produce risa, es como estar viendo un reality show.

—Mis sentimientos no han cambiado respecto a quien ya sabes... —el corazón me sigue doliendo con la misma intensidad cuando pienso en él, ¿cuándo se apagará esta jodida llama?

—¿Y cuándo piensas cambiarlos? Ya sabes qué tipo de persona es Ken.

—Keith, ¿tú nunca te has enamorado, verdad? —pregunto irónicamente.

—Lo sé, sé que le quieres y todo eso, pero debes de mantener los pies en la tierra. Ken no te ve de esa forma.

Pongo los ojos en blanco y suelto un largo suspiro, ¿por qué siempre tiene que ser tan dura conmigo?

—Adiós Keith, te veré luego.

—¡¡Genial!!, ya sabes, sexy y elegante, que todos babeen cuando te vean, a las once paso a recogerte.

Suelto una risita antes de colgar, esta Keith, siempre igual...



Por primera vez estoy en la casa de Ken, este lugar no tiene nada que ver a la casa que vi en mis sueños, esto es una mansión en toda regla. Cientos de coches están aparcados en las afueras de la casa, Sebastian, el chófer de Keith, nos deja en la puerta.

—¿Todo esto para celebrar un cumpleaños? —pregunto asombrada.

—Es lo que tiene ser famoso y rico —advierte Keith sonriente.

Vamos vestidas como si fuéramos a una boda o algo; Keith lleva un precioso vestido rojo de mangas largas sin escote, corto por las rodillas y descotado por atrás, dejando al descubierto su espalda de piel sonrosada. Se ha recogido el cabello en un alto moño y ha dejado un par de mechones a cada lado de su cara, acompaña el peinado con unos brillantes pendientes de pedrería; yo, en cambio, he elegido un vestido color champán de una sola manga y me he alisado el cabello.

Unas ostentosas puertas de cristal invitan a entrar en la gigantesca mansión. Hay vigilantes de seguridad por todos sitios, cosa que me provoca cierta incomodidad. Al entrar puedo hacerme una idea a la cantidad de dinero que maneja Ken.

Todo es...excesivamente bonito y espectacular. El recibidor es una pasada, tiene forma ovalada y el techo no es rectangular como en todas las casas, es convexo. El suelo es de piedra negra brillante, y las paredes son de un tono marfil, pero igualmente de piedra. Hay tres alfombras en el suelo de un tono negro más oscuro, son redondas, y están distribuidas estratégicamente. Al fondo hay un sofá de piel en forma de media luna y a un lado de este una catarata artificial de la que cae un potente chorro de agua iluminado por un foco azul neón. El recibidor está decorado con un par de cuadros abstractos y poco más. Desde mi posición puedo ver unas escaleras de caracol que supongo que llevarán a las habitaciones, y por el otro lado hay otra cristalera que parece dar al salón.

Todos los invitados están aquí dentro, habrá unos... ¿cien?

—Dios... esto es demasiado —exclamo estupefacta.

—La casa de Ken es una de las casas más alucinantes que he visto en mi vida, tiene muy buen gusto, ya deberías haberte dado cuenta.

Una preciosa lámpara de araña alumbra la estancia, pero no es una lámpara de araña convencional, tiene un estilo muy personal. A un lado del recibidor hay una mesa con un mantel dorado, sobre ella hay muchos paquetes envueltos en papel de regalo, algunos pequeños, otros excesivamente grandes, supongo que es ahí donde hay que dejarle el regalo de cumpleaños.

—¿Le has comprado algo?, yo no —me hace saber con la mayor pasibilidad del mundo.

—¡Keith!, ¿no le has comprado nada? —no me puedo creer que tenga la cara tan dura.

—No, Ken tiene de todo, da igual lo que le regales, es una pérdida de dinero y de tiempo.

Saco mi pequeño regalo del bolso y lo aprieto entre mis manos con fuerza, no había pensado en eso, Ken tiene de todo, es absurdo regalarle nada, me siento tan ridícula...

—¿Qué le has comprado? —Keith ha visto el paquete, corro a esconderlo pero es demasiado tarde.

—Na...nada.

—Vamos, no seas mentirosa, acabo de verlo.

—Pues... es... es una pulsera de cuero, con sus iniciales, la K y la M hacen de cierre cuando se unen, la he hecho yo... —me avergüenzo demasiado y no tardo en entrar en combustión.

—¿Lo has hecho tú?, que envidia, yo también quiero que me hagas una pulsera —arruga el morro y pone cara de pena.

—Te haré una por tu cumpleaños —sonríó abiertamente.

Me acerco con cuidado a la mesa de los regalos, le busco desesperadamente entre la multitud pero no le veo, no quiero que me descubra dejándole un regalo, prefiero que lo vea más tarde. Finalmente dejo el regalo con mi nombre y salgo corriendo a toda leche.

—¡¡Noa, Keith!! —Zack aparece junto a Andrew, ambos están guapísimos. Zack lleva una americana gris abierta, una camisa blanca y unos pantalones de vestir gris oscuro, lleva el pelo peinado hacia arriba formando un pequeño tupé lo que le otorga un aspecto de lo más sexy; el rubio lleva una americana burdeos, una camisa blanca y unos pantalones de pitillo azul oscuro; en cuanto a su pelo lo luce peinado hacia un lado.

Zack no puede ocultar la alegría de verme después de tantos días y no duda en estrecharme entre sus brazos, yo le permito el capricho y me dejo abrazar.

Se aparta un poco y me escanea embobado, luego esboza una bella sonrisa.

—Estás increíble.

El piropo me sonroja de inmediato, puede que Zack no sea el hombre de mis sueños, pero es un chico guapísimo y un reconocido actor de Hollywood, cualquier chica mataría por tener un pretendiente como él.

El momento es interrumpido por una repentina música, la canción *move your body* de Sia, comienza a sonar por toda la estancia y la gente se vuelve loca. Ken aparece en escena, tocando las palmas y animando a la gente, como si se tratase de un cantante que acaba de subir a un escenario en pleno concierto. Se sube a las escaleras de caracol y el volumen de la música baja un poco para permitirnos oírle hablar.

—¡¡Buenas noches a todo el mundo!! —grita con entusiasmo, todos responden de igual modo, gritando como locos.

Dios, está increíble. No es que lo vea yo, es que es guapo hasta dolerle la cara. Su pelo despuntado está perfectamente engominado hacia un lado, conjuntando a la perfección con su piel morena. Lleva una americana muy original, color azul marino, las mangas son de rayas, el resto color liso, a excepción de un pequeño bolsillo en el pectoral izquierdo que también es de rayas. La americana la luce desabrochada, mostrando una camisa blanca perla sin una sola arruga. Abajo lleva un pantalón del mismo tono azul marino, sujeto por un elegante cinturón de piel. Unos zapatos sin cordones completan el modelito, no lleva corbata y como accesorio decorando su muñeca derecha, un impresionante reloj.

—Gracias a todos por asistir, espero que disfrutéis como nunca, porque veinticinco años no se cumplen todos los días, ¡¡que empiece la fiesta!!

Agita su brazo en el aire y el volumen sube de nuevo. De un salto baja de las escaleras y se pierde entre el gentío.

La voz de Sia resuena por cada rincón del recibidor, todos comienzan a bailar como si fuera el último de sus días en la tierra, incluidos Keith y los chicos.

—¡¡Vamos nena, *move your body*!! —grita Zack agitando las manos en el aire.

Me siento mal conmigo misma, no debería estar aquí, disfrutando de su fiesta de cumpleaños, ni siquiera le he felicitado, joder...

Las luces cambian, y la lámpara de araña comienza a emitir destellos blancos en todas direcciones, en una milésima de segundo, el recibidor ha pasado a convertirse en una discoteca.

—¿Dónde están los capullos más grandes de Los Ángeles?!

Ay dios, doy un salto del susto, Ken aparece gritando por detrás de nosotros, me ha pillado por sorpresa.

—¡¡Felicidades!! —exclaman todos al unísono, todos menos yo, que no sé cómo reaccionar.

Se tiran encima de él, un abrazo grupal, en el cual no participo, hace tiempo que les conozco, pero aún sigo sintiéndome fuera de lugar, yo no soy famosa ni millonaria como ellos, estoy aquí por Ken, nada más.

Tras el abrazo Ken me mira ensimismado, sus ojos verdes no tardan en ponerme nerviosa, debo disimular y actuar con la misma frialdad de siempre.

—Noa... has venido —actúa raro, ¿qué mierda le pasa?

—Felicidades —más que una felicitación, eso ha sonado como si le estuviese dándole el pésame a alguien.

—Gracias pequeña —sonríe tímidamente y mi corazón estalla.

¿Pequeña?, solía llamarme así cuando estaba en el hospital, es lo más cariñoso que me ha dicho nunca, y me gustaba que me llamase así, de alguna manera le sentía más cercano.

—Ven aquí.

Me toma de la mano y me arrastra entre el gentío. ¡¿A dónde me lleva?!

—¡¡Que no pare la fiesta!! —chilla a todo volumen.

La música sigue sonando ensordeciendo el ambiente. Ken se para en seco y se aproxima a mi oído.

—Tenemos que hacerlo ahora.

El corazón me da un vuelco dentro del pecho.

—¿Ahora? —mi cara de pánico lo dice todo.

—Sí, ahora.

Ken camina hasta otra estancia del salón donde un dj toca en una mesa de mezclas. Toma un micrófono y le hace una señal al dj para que baje el volumen. En estos momentos creo que me va a estallar el corazón.

—Queridos invitados —el sonido de su voz automáticamente capta la atención de todo el mundo—. Tengo una importante noticia que daros.

Le miro de soslayo mientras habla, le conozco desde hace mucho, pero en realidad no sé nada de Ken Miller's. Pero en este tiempo tratando con él he aprendido a discernir algunas cosas. Y juraría que ahora mismo está nervioso.

—En éstos días se ha estado especulando mucho acerca de mi relación con ella —todos los ojos se clavan en mí—. Pues ya no tenéis nada más que especular, yo os lo confirmo.

Ken suelta el micrófono y me mira fijamente. Tengo un mal presentimiento.

Su mirada se torna más intensa de lo normal, da un paso al frente y dice algo en un tono casi inaudible.

—Voy a besarte.

Sin darme pie a negarme veo como se abalanza sobre mi boca.

Todo a mi alrededor se desvanece. Mi mundo se detiene por completo y solo siento el ardiente calor de sus labios sobre mi boca. Nuestros labios sellados en un beso pactado, pero joder, menudo beso.

Cierro mis ojos por completo y disfruto del placentero contacto. Mi cuerpo arde y el corazón quiere escapar de mi pecho. Sus grandes manos rodean mi cintura pegándome a él. El íntimo contacto con su cuerpo me estremece en sobremanera, me aferro a la solapa de su chaqueta hasta que él despegue sus labios despacio.

El sonido de una ovación grupal me saca del trance. Abro los ojos y solo veo rostros felices, los invitados aplauden y gritan ante lo que acaba de suceder.

¿Acaso estoy soñando de nuevo? ¿Ken acaba de besarme?

Nos miramos en silencio, él aprieta los labios tratando de sonreír.

—Ya está hecho —murmura solo para que yo le oiga.

La hostia de realidad me pone los pies en la tierra en un momento.

—Volvamos con ellos y tratemos de pasar una buena noche —coloca su mano en la parte baja de mi espalda animándome a caminar.

Yo asiento con una fingida sonrisa. ¿A quién pretendes engañar Noa? Deja de hacerte ilusiones con toda esta farsa, ese beso ni siquiera ha sido un beso de verdad.

Al unirnos al resto del grupo Keith me recibe con cara de preocupación.

—¿Estás bien? —me susurra colocándose a mi lado.

—Estoy bien, tranquila.

—No me esperaba eso. ¿Lo habíais planeado?

—No, yo me he quedado igual que tú.

—Bueno, era cuestión de tiempo que el beso llegara. Si no, ¿sería un pelín sospechoso no crees?

—No hablemos más de eso y disfrutemos de la noche.

—Esa es mi chica —Keith me sonríe abiertamente y me estrecha entre sus brazos con fuerza.

¿Por qué tengo ganas de llorar?



¿Qué coño acabo de hacer? ¿De verdad acabo de besarla? Me acaricio los labios con las yemas de los dedos, aún me arden.

Desde que descubrí aquel diario he tratado de mantenerme alejado de ella, siempre a una distancia prudente, evitando herirla. Pero esto de fingir que estamos juntos me lo está poniendo muy difícil. Me he acostumbrado a observarla en silencio, ahora me fijo en cosas que antes no me fijaba; observo su forma de vestir, su contoneo al caminar, la textura de su piel, el olor de su perfume, el sonido de su risa y lo hermosa que es en todos los sentidos, porque ciertamente Noa es hermosa, y yo no he sido capaz de verla hasta ahora.

Hoy lleva un vestido color champán corto y ajustado, el cual consta de una sola manga larga, dejando su hombro derecho al descubierto y calza unos elegantes tacones de igual color con los dedos al aire, lo cual la hace ganar unos cuantos centímetros más de altura. Su preciosa melena castaña ondea su cintura cuando camina, sus caderas se contonean con un ritmo melódico, cortando el aire con cada movimiento, y sus piernas, largas e infinitas, acompañan el movimiento con una elegancia nunca antes vista.

—¿Qué tal te va con ella? —me pregunta Zack, el cual permanece de pie a mi lado.

—Bueno... Noa es una chica increíble —las palabras salen solas de mi boca.

—Ya sabes, cuando te aburras de ella me avisas —me advierte con un tono frío.

Me giro y le dedico una mirada de desprecio. ¿Qué cojones se ha creído este? Mis dientes hacen protrusión los unos contra los otros, como abra la boca no va a salir nada bueno de ella.

—¿Por qué me miras así? —pregunta con asombro.

No respondo. No tengo derecho a reprocharle nada. La fama que me precede me la he labrado yo solito. Él me conoce desde hace años y sabe que utilizo a las mujeres.

—Eh tíos, ¿a qué viene esas caras tan largas? —Andrew aparece con un par de copas en la mano. Me ofrece una.

—Nada, solo estábamos hablando.

—La noche es joven y hay que disfrutarla. ¿Qué os parece si jugamos a verdad, beso o atrevimiento?

Nos miramos entre nosotros con cara de incertidumbre ¿verdad, beso o atrevimiento?, ¿en serio?

—Está bien, suena divertido —el capullo de Zack acepta sin pensarlo, pero no le voy a dar el gusto de dejarle que se acerque a Noa.

—¿Qué es tan divertido? —Keith se acerca, Noa viene con ella.

Automáticamente nuestras miradas se encuentran. Siento como mis labios palpitan al recrear en mi mente el beso que acabo de darle, mis manos rodeando su delicada cintura, el olor de su pelo, el sabor de su boca... De pronto noto un calor sofocante.

—¿Jugáis? Verdad, beso o atrevimiento —Andrew acerca su cara a la de Keith sonriendo de manera lasciva. El idiota sigue fantaseando con tener una segunda oportunidad con Keith.

—Solo jugaré si los atrevimientos son realmente ridículos —Keith coloca su mano abierta sobre la cara de mi amigo y la aparta hacia atrás enérgicamente.

—Siempre tan arisca —refuta el rubio decepcionado—. Noa, ¿tú qué dices?

—Eh...bueno... —mira hacia un lado y otro de forma nerviosa, no está segura de querer aceptar, ella tiene más que perder que ninguno de los aquí presentes—. Vale, juguemos.

Todos la miramos con asombro, sobre todo yo. Nunca pensé que se atrevería a jugar algo así estando yo presente.

—Espero que no seas muy celoso... —Zack ríe entre dientes.

Gilipollas...

Tomamos asiento en los cómodos sofás de la zona vip, nos sentamos en círculo, Andrew frente a Noa, Zack junto a ésta, Keith frente a mí y yo junto a Andrew. En la mesita de cristal rectangular que hay en el centro colocamos la botella de vodka ya vacía, la cual servirá de brújula para indicar al afortunado que hará el honor de comenzar las preguntas.

—Me siento como una quinceañera jugando a esto —dice Keith entre risas.

—Con la pequeña diferencia que aquí habrá más que inocentes besos —señala Andrew haciendo un mohín malicioso.

—El que no acepte alguno de los retos tendrá que beberse un chupito de esto —advierdo mostrando la otra botella de vodka que nos queda.

—¡Genial! —exclama Keith entre risas.

Noa sonríe con desgana.

—Vamos Noa, gira la botella, el que salga será el primero en jugar, y quien esté a su izquierda será quien pregunte y decida su atrevimiento —informa Andrew entusiasmado.

—Está bien... allá voy.

Noa agarra el cuello de la botella y con un movimiento enérgico la hace girar. La botella de

cristal comienza a girar sin descanso, gira una y otra vez, apuntándonos a cada uno de nosotros, todos la miramos atentos, luego empieza a perder velocidad, gira más y más despacio, hasta que finalmente se detiene justo frente a Keith.

—¡¡No!! —Keith se tira de los pelos y comienza a reír.

—Vaya, vaya, parece que me toca elegir tu destino —me acaricio el mentón a la vez que le dedico una mirada inquietante—. ¿Verdad, beso o atrevimiento?

—Verdad —responde sin vacilar.

—¿Verdad que te sientes atraída por alguna persona de las aquí presentes? —pregunto con la mayor malicia del mundo.

Keith automáticamente se sonroja, permanece en silencio, Noa no deja de mirarla deseosa de oír su respuesta, vaya... creo que Keith no se lo ha contado todo a su querida amiga. Alarga su mano, toma la botella de vodka y se sirve un chupito bastante cargado, acto seguido se lo bebe sin apenas pestañear. Los ojos de Noa se abren por completo al ver la reacción de su amiga, pero ésta no dice ni media palabra, toma la botella y la hace girar de nuevo.

Keith, eres una cobarde...

La botella gira de nuevo, esta vez se detiene frente a mí. Un escalofrío me atraviesa la espalda, Andrew es un gilipollas cuando quiere y seguro que si elijo beso o verdad me va a poner en un aprieto, así que elegiré atrevimiento, prefiero hacer el ridículo.

—Atrevimiento —respondo sin darle pie a que me pregunte.

Observo a Noa de reajo, acaba de resoplar aliviada, ninguno de los dos quería tener que pasar por eso.

—Bailarás con Noa la canción que yo elija.

Andrew... te mato. Automáticamente mi corazón se desboca, como atraídos por un imán nuestros ojos se encuentran, se ha sonrojado... y yo también. Intenta disimularlo pero sé que está igual de nerviosa que yo, sonrío de forma chulesca, debo aparentar que no me afecta, bailaré esa bachata con ella como si fuera otra chica más.

—De acuerdo, bailemos.

Me pongo en pie como si nada, me coloco bien el cuello de la camisa y camino hacia la pista de baile, todos se ponen de pie y me siguen, incluida Noa, la cual no deja de mirar el suelo.

Andrew corre hacia el dj y le susurra algo al oído, al momento las luces bajan de intensidad y una música comienza a sonar a todo volumen. Me sitúo en el centro de la pista, Noa se acerca cautelosamente hacia mí con ese contoneo de caderas que de pronto se me antoja sensual, y todos se apartan, rodeándonos y dejándonos a ambos solos.

—¿Estás segura de que podrás seguir mi ritmo? —le advierto con un tono seductor.

—No me subestimes Ken Miller's... —ella me responde con el mismo tono seductor, lo cual consigue disparar mi adrenalina de inmediato, de pronto parece que es otra chica la que tengo frente a mí.

Una música lenta suena y ella comienza a moverse, el tema es *All of me* versionada.

Mueve sus caderas despacio, creando un círculo perfecto, se acaricia el pelo y gira sobre sí misma, comienza a rodearme sin dejar de moverse de manera sensual, me acaricia el hombro con sutileza y gira de nuevo, mis ojos no quieren perderla de vista, no se trata de querer, se trata de que no puedo dejar de mirar cómo se mueve. La gente de alrededor comienza a silbar y se oyen piropos de fondo, de pronto me siento afortunado de ser yo quien esté en esta pista de baile siendo seducido por semejante mujer, de ser la pareja de Noa Méndez. Sigo el contoneo de su cintura anonadado, es el momento de entrar en acción.

La agarro de la mano con fuerza y la traigo hacia mí, comienzo a marcar los pasos y ella me

sigue como una completa profesional del baile, parece que haya bailado esto cientos de veces, sinceramente no imaginaba que supiera bailar este tipo de baile tan sensual. La hago girar, la traigo hacia mí y la aprieto contra mi cuerpo, acaricio su pelo y ella cierra los ojos, todos comienzan a ovacionarnos con emoción, jamás pensé que acabaría bailando una bachata con Noa, pero lo que menos imaginé es que ella fuera la que me iba a seducir a mí.

La canción llega a su punto culminante y yo estoy de lo más excitado, la forma con la que se mueve me enloquece, la tomo de la cintura y ella me rodea el cuello con sus brazos, acerco mi nariz a su oreja, aspiro su aire, el olor de su piel, es un aroma exótico y fresco, me excita y me quema, pero se siente tan bien...

La música cesa y ella se aparta despacio, pero yo sigo enganchado a su cintura, no quiero soltarla, no quiero.

—¿Qué decías de lo de no poder seguirte el ritmo? —su cálida voz me obliga a reaccionar, me suelto de golpe y la miro fijamente a los ojos. Mi corazón late agitado, mi respiración también, estoy muy acalorado, observo sus ojos café, grandes y hermosos, y por un instante me pierdo en ellos.

—¿Por qué de repente me pareces la chica más sexy del planeta? —las palabras salen solas de mi boca sin yo tener control alguno sobre ellas.

Noa ríe y sus preciosos ojos se achinan.

—Porque lo soy —me dedica una cautivadora mirada y sonrío de nuevo sin mostrar sus dientes, luego se da media vuelta y se aleja meneando las caderas de esa manera tan seductora.

Estoy alucinando, Noa acaba de mostrarme un lado suyo que desconocía por completo, ¿por qué ahora? Sin perder tiempo salgo corriendo tras ella, cuando la alcanzo la tomo de la mano y la giro hacia mí.

—Noa, espera —sus enormes ojazos me contemplan con curiosidad y yo me vuelvo a perder en ellos. Sus alargadas pestañas abanicen una suave brisa que me deja anonadado, no sé qué cojones me pasa, pero no puedo dejar de mirarla.

—¿Qué quieres, Ken? —pregunta con un tono áspero de voz.

Me dedica una mirada repleta de indiferencia, entiendo que toda esta farsa es una mierda y que si pudiera ahora mismo me abofetearía por haberla besado sin su permiso y en el fondo yo se lo agradecería, pues ahora mismo necesito algún tipo de contacto con ella, sea cual sea.



—¿Me podrías acompañar un segundo a la bodega? —la delirante voz de Ken suena detrás de mi oreja.

—¿Yo?, ¿por qué yo?, pídeselo a otra —le respondo sin ni siquiera girar mi cabeza, su propuesta me crispa los nervios, ¿para qué mierda quiere que le acompañe a la bodega?

—Vamos, es mi cumpleaños, no seas tan borde conmigo —me rodea en busca de mi mirada—.

Además oficialmente ahora eres mi chica.

Sus deslumbrantes ojazos me encuentran, embobada los contemplo con cautela, no quiero volver a depender de esos ojos nunca más, aunque temo que es demasiado tarde para eso, por enésima vez recaigo en la tentación de consentirle.

—Está bien, vamos —le hago un gesto con la mano abierta para que camine.

El poderoso Ken Miller's camina delante de mí condicionando cada uno de mis pasos, como de costumbre. Observo su hermosa figura desde la distancia, su fornida espalda y su espectacular trasero embutido en ese pantalón tan alentador...Me muerdo el labio inferior de manera inconsciente, me es imposible no desearle.

—¿Para qué quieres ir a la bodega? —pregunto en un intento de evadirme de mis pecaminosos pensamientos.

—¿Para qué voy a querer ir a la bodega Noa?, que yo sepa en las bodegas solo se guardan vinos —ladea la cabeza y oigo cómo se ríe, estaba tan inmersa en su turgente trasero que no me he percatado de que acabo de hacer una pregunta absurda.

—¿Y por qué tengo que ir yo?

—Eres mi invitada de honor y quiero que elijas una de las botellas que tomaremos esta noche.

Le sigo por las dependencias de la majestuosa casa, es tan enorme que podría perderme dentro de ella.

—Yo hoy no tomaré alcohol.

Bajamos unas gruesas escaleras de piedra similares a la de un castillo hasta toparnos con un antiguo portón de madera. Le veo dibujar una sonrisa burlesca por el lado izquierdo de la cara, ¿qué es tan gracioso?

Introduce la mano derecha en el bolsillo de su elegante pantalón y saca una llave de color dorado.

—¿De qué te ríes? —pone la llave dentro de la cerradura y abre la puerta dejándola puesta.

—Nada, no es nada.

Ken palpa la pared del interior hasta que un fognazo de luz alumbra la larga sala.

—Anda, pasa —continúa con una sonrisa en la cara.

Me adentro en la bodega y oigo como cierra la puerta. Este sitio tiene un olor muy característico, es como una mezcla de hinojo, manzanilla y cierta fragancia afrutada, es agradable. La sala está perfectamente iluminada por esféricas lámparas de cristal y el suelo luce una limpieza impoluta. Hay una larga hilera de barriles situada en el centro y a cada lado puedo ver infinidad de botellas de vinos colocadas de manera ordenada en diferentes orificios.

—¿Qué es todo esto? —pregunto asombrada.

—Mi colección de vinos —camina a mi lado manteniendo las manos dentro de sus bolsillos.

—No tenía ni idea de que te gustaran tanto los vinos.

—Hay muchas cosas que desconoces de mí, Noa.

Él se acerca a una de las estanterías y toma una botella de vino, yo continúo asombrada por lo que estoy viendo, aquí abajo debe de haber invertidos millones de dólares.

—¿Cuánto dinero te has gastado en todo esto?

—No lo sé, mucha de las botellas son regaladas. Vamos, elige una.

Husmeo por el lado opuesto a él, hay tantas botellas...no tengo ni idea de cuál elegir, parecen estar ordenadas por año.

—Humm, ésta.

Me volteo hacia él y le muestro la botella, se acerca forzando la mirada y cuando llega hasta mí se tapa la boca con una mano y abre los ojos muy asombrado.

—¿Esa botella? —pregunta con la boca entreabierta.

—Si... —mierda, no estoy segura de que debiera haberla cogido.

—Noa, eso es un *Richerbourg* del 79.

Arqueo una ceja y le miro con cara de incertidumbre.

—Esa botella vale 20.000 dólares —me hace saber con una agradable sonrisa.

—¿En, en serio?!

Rápidamente le coloco la botella en el brazo que le queda libre, no quiero ni tan siquiera llevarla, si llegara a romperla no me lo perdonaría nunca.

—¿Qué estás haciendo? —suelta una carcajada ante mi cómico comportamiento.

—No tenía ni idea del valor de esa botella, elegiré cualquier otra.

Kenai sonrío y sus ojos se achinan.

—Ten —extiende su brazo y me ofrece nuevamente la valiosa botella—, tienes muy buen gusto eligiendo.

—Pero... ¡esta botella vale 20.000 dólares! —alucino con la impasibilidad de Ken.

—No importa, es la que tú has elegido —se encoge de hombros.

Lo vuelvo a tener delante de mí contoneando sus aires de masculinidad, capto un torrente de fervientes feromonas cada vez que se mueve, no sé qué es lo que tiene pero me resulta irresistible.

—Oh, mierda.

Empuja el manillar de la puerta hacia dentro pero ésta no se mueve, lo intenta de nuevo sin conseguir nada.

—¿Qué pasa? —le pregunto aun sabiendo la respuesta.

—La puerta, no se abre.

—¿Y la llave? —inmediatamente después de hacerle la pregunta caigo en la cuenta de que la llave la dejó puesta, oh mierda... ¿cómo cojones vamos a salir de aquí?

Deja la botella de vino en el suelo y corre a palparse los bolsillos del pantalón, los inspecciona a fondo sin éxito alguno.

—No... ¡no la tengo!

—Creo que la dejaste puesta por fuera...

Ken cierra los ojos y agacha la cabeza.

—Estamos jodidos —advierte torciendo los labios.

—¿Quieres decir que estamos encerrados?

—Me temo que sí —alardea con una sonrisa.

—Genial.

Aprieto los labios y voy directa hacia la puerta. Lo menos que necesito ahora es quedarme encerrada con él, ¿estar a solas con Ken por más de cinco minutos?, ni de coña. Aporreo la puerta con todas mis ganas, golpeo con la palma de la mano pidiendo a gritos auxilio, no pienso darme por vencida.

—No te esfuerces, estamos a muchos metros de la superficie, nadie puede oírte.

—¿Y qué piensas hacer?, ¿vas a quedarte ahí parado sin hacer nada?

—Dentro de un rato se empezarán a preguntar dónde estoy y entonces bajará alguien a buscarnos.

¿Dentro de un rato?, ¿y eso cuanto tiempo es exactamente? No, no quiero estar a solas con él. Oh, dios, tengo que hacer algo.

—Déjame tu teléfono.

—Noa, es absurdo, aquí abajo no hay cobertura —Ken ya ha tomado asiento en el suelo junto a la puerta.

Estoy inquieta, quiero salir de aquí, no quiero estar a solas con mi verdugo.

—Yo que tú me sentaría, esto lleva para rato.

Le miro de manera fulminante, para él será divertido estar aquí encerrado haciéndome sufrir, pero con lo que a mí respecta no me hace ni pizca de gracia.

—Joder, no me mires así.

Apoyo la espalda contra la pared al lado de la puerta y resoplo cruzando mis brazos.

—Vamos, no creo que sea tan malo quedarse encerrada con Ken Miller's...

Ladea la sonrisa y me mira con tanta picardía que me fustiga la entrepierna, maldito seas... hacía mucho tiempo que no experimentaba esa sensación.

Pasan un par de minutos que se me antojan eternos, ninguno dice nada. Ken se limita a silbar una canción que desconozco, se pone en pie y saca algo de un cajón que hay en la pared, concretamente un sacacorchos. Se sienta de nuevo y toma la botella, enrolla el hierro en forma de espiral dentro del corcho y tira de él con fuerza provocando un humillo gaseoso en torno al tapón. Le observo disimuladamente, arrima la botella a sus provocadores labios y da un sorbo del líquido rojizo, luego cierra la boca y se relame los labios con expresión placentera. Dios, esa boca... me muero por volver a besarla. Quién fuera vino, joder.

—¿Quieres un poco? —me ofrece la botella pero yo la rechazo—. ¿Estás enfadada conmigo?

Cierro los ojos y recuerdo de nuevo el beso que me ha dado delante de todos.

—¿No crees que deberías de haberme avisado de que me ibas a besar delante de toda esa gente? —mi cara comienza a arder.

—Tarde o temprano tenía que hacerlo —inclina la botella y le da otro sorbo.

—Aun así deberías de habérmelo consultado antes —mascullo enfadada—. No lo vuelvas a hacer.

—Noa, ¿tú me odias?

Permanezco callada. ¿A qué viene eso?

—¿Acaso no debería?

—¿Y si tanto me odias por qué me salvas la vida?

Porque te quiero gilipollas, aunque me esté esforzando con toda mi alma para dejar de hacerlo.

—Y qué querías que hiciera, ¿qué me quedara mirando cómo te ahogabas?

—Noa...siento mucho lo que pasó en el hospital, pero te aseguro que todo lo que hice está justificado.

—Ah, ya sé, no me lo digas, tú y tu afán por el dinero —exclamo con fingida sorpresa.

—Vanessa me obligó, ella fue quien lo planeó todo.

—Me utilizaste.

—Sí, si no hubiera aceptado la propuesta de ella podría haber terminado la rehabilitación contigo, nada de esto habría pasado y tú no me odiarías de la forma en que lo haces—mira la botella pero su mirada permanece perdida en la nada, ¿está diciendo la verdad o se trata de otra patraña?

—Yo no te odio.

Sea verdad o no, sus palabras me conmueven. Me atrevo a sentarme a su lado y aprovecho para quitarme un rato estos dolorosos tacones, oh...mis pobres pies lo agradecen.

—¿Sabes? A mí también me traicionó la persona que más quería.

Ay mi madre... ¿va a contarme una confidencia?

—Cuando tenía 16 años me enamoré locamente de una compañera de clase, para entonces estaba en el instituto. Estuvimos juntos dos años, vivimos muchas cosas, incluso perdí mi virginidad con ella.

Joder, ¿perdió su virginidad a los 16?, ¿y yo a qué diablos estoy esperando?

—Pero un día todo cambió, la notaba más distante, más esquiva, hasta que descubrí que me engañaba con otro.

—¿Te fue infiel... a ti?

—Sí, a mí, a Ken Miller's, ¿no es irónico?

—Pero, no lo comprendo, tú eres... —no soy capaz de terminar la frase, me es imposible comprender a esa chica.

—El daño que me hizo fue tan grande que esa herida que dejó en mí nunca llegó a cerrarse, desde entonces no creo en el amor, me da pánico enamorarme y que me vuelvan a hacer tanto daño.

Oh mi amor...yo jamás te haría daño, tú no sabes que daría todo por ti.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque siento que eres la única persona con la que puedo ser sincero.

—Ken...

—Ahora que soy famoso y millonario mis miedos se multiplican por mil, las mujeres solo se acercan por interés.

Ay dios, es tan adorable en estos momentos, desearía poder abrazarlo y colmarle a besos

—No todas las mujeres son así.

—Por eso no me acuesto más de dos veces con una misma chica, por eso nunca tengo citas, tengo miedo a encariñarme, no quiero volver a sufrir por amor.

—No puedes dejar que una mala experiencia te marque de por vida, no puedes cerrarle las puertas al amor.

—Sí que puedo.

—Ken, el día que conozcas al amor de tu vida todas esas heridas se cerrarán para siempre y entonces sabrás que valió la pena arriesgarse.

Él me mira a los ojos con inquietud, buscando respuestas a través de mi mirada, ¿dónde está esa mujer?, ¿eres tú esa mujer?, parecen gritar sus verdes ojos.

—Nunca más me volveré a enamorar, lo juro.

Mira hacia el lado opuesto y permanece en silencio. Ahora lo entiendo todo, su miedo es lo que le impide amar, Ken no es tan diferente a Kenai.

—¿Y tú?, ¿Volverás a enamorarte? Tengo entendido que Zack está coladito por ti —sonríe con dulzura.

—¿Zack? Pero si apenas le conozco.

—Estoy seguro de que la noticia de que estamos juntos no le ha hecho ni puta gracia, pero cuando todo esto termine podrías intentarlo con él.

—Mi corazón aún no está listo para eso —me ruborizo, le tengo a mi lado, tan cerca y a la vez tan lejos.

Nos miramos en silencio, no se oye nada más que el fuerte latir de nuestros corazones, quiero besarle, quiero fundirme en esos carnosos labios que tantos besos me han robado, quiero susurrarle que lo amo, que no tiene nada que temer, yo siempre estaré a su lado.

La puerta de la bodega se abre de manera violenta y yo acabo desparramada encima de Ken.

—¿Qué cojones hacéis aquí dentro?

Oh, gracias al cielo, es Keith.

—No, no es lo que parece —me incorporo totalmente ruborizada pero él me detiene sujetándome por la cintura.

—Vamos pequeña, si es lo que parece... —mi temperatura ha debido de subir unos cinco

grados más, siento que voy a salir ardiendo.

—¿Perdón? —le doy un manotazo en el hombro y él rápidamente me suelta.

—¿Se puede saber qué está pasando? —Keith está un tanto alucinada.

—Hemos bajado a por unas botellas de vino y el inteligente de Ken se dejó las llaves puestas —le explico mientras me calzo los tacones.

Keith me mira con sus hermosos ojos azules intentando entender lo que ha pasado, por suerte no pude oír lo que Ken acaba de decirme.

—Keith, te repito que no es lo que parece —insisto.

—Rubia, eres una aguafiestas, estábamos a punto de echar un polvo.

¡¿Qué?!, mi temperatura vuelve a subir cinco grados más, ¿¿en serio acaba de decirle eso?? Lo sujeto de la manga de la chaqueta y lo volteo hacia mí.

—Más quisieras... —le reprocho con ganas de asesinarle.

—Más te gustaría... —me provoca mordiendo los labios de forma pervertida. Ay dios, ¿a qué viene esto?

—Oye... no sé de qué va todo esto pero arriba empiezan a impacientarse —Keith se da media vuelta y se dirige escaleras arriba.

Ken intenta seguirla pero yo le detengo tirando fuertemente de la parte trasera de su americana.

—¿Por qué le has dicho eso? —hablo en voz baja y mis ojos se encargan de gritar.

—Tenemos un papel que interpretar, ¿no?

—Keith sabe que todo esto es una farsa, no tienes que aparentar nada delante de ella—pestañeo forzosamente y suelto la tela de su chaqueta.

—Oye, Keith no sabe nada de lo que he contado hoy.

—¿No lo sabe? —vaya... ¿quién más lo sabe?

—No, ninguno de mis amigos lo sabe.

—Tranquilo, no diré nada —oh dios... sólo me lo ha contado a mí.

—Lo sé —sonríe con ternura—. Vayamos arriba a descorchar esta botella de 20.000 dólares.

Al llegar arriba todos los invitados le reciben con gran entusiasmo. Ken se comporta como todo un anfitrión, grita eufóricamente sosteniendo ambas botellas de vino, se acerca a la boca la que está abierta y bebe de ella como si de un botijo se tratase.

—Ken, ¿dónde te habías metido?, te estamos esperando, lo mejor de la fiesta está por llegar —Andrew le quita la botella de 20.000 dólares y me la da a mí.

—Vamos Ken, tenemos que irnos —Zack lo toma del brazo derecho y lo guía fuera de la casa.

¿Qué estáis haciendo?, ¿a dónde os lo lleváis?

—Eh, ¿a dónde vais?!

—Noa, vamos —Keith me toma de la mano y me lleva con ellos fuera de la casa.

Camino guiada por la mano de la rubia hiperactiva mientras sujeto la valiosa botella de vino. Estamos en la parte de atrás de la casa, al salir fuera un ruido ensordecedor retumba en mi cerebro, ¿qué es esto?, ¡hay un helicóptero estacionado en el jardín!

El giro de las aspas levanta una ráfaga de viento tan fuerte que nos sube el vestido a las dos.

—¡¿Qué es esto?! —grita Ken con entusiasmo.

—¡Vamos, sube! —le ordena Andrew.

Zack sube también seguido de Keith. Todos suben menos yo que estoy muerta de miedo, no he vuelto a subirme a un cacharro de esos desde el accidente, ¿a dónde cojones vamos? Me quedo clavada en el sitio, incapaz de reaccionar, Ken enseguida denota mi estado de pánico.

—No tengas miedo, ven conmigo —me incita con una preciosa sonrisa.

Agarra mi mano sin vacilar y me introduce dentro del helicóptero, luego cierra la puerta y

todos comienzan a gritar como locos.

Tomo asiento y, a pesar de que ninguno lo hace, yo me abrocho el cinturón de seguridad. El avión de metal se pone en marcha y pronto ganamos altura, miro por la ventana, la casa cada vez se va haciendo más pequeña, oh dios... quiero bajarme de aquí.

—Noa, ¿te dan miedo las alturas? —pregunta Zack sorprendido.

—¿Ya te has olvidado del accidente de avión en el que casi me mato? —refuto con gesto poco amigable.

—Tranquila, aquí estás segura. Déjame esto —Zack me quita la botella de vino y me guiña un ojo.

Descorcha la botella entre risas y toma un trago, de pie, intenta mantener el equilibrio pero es en vano, el vino acaba derramándose por la comisura de sus labios.

—¡Tío, esa botella vale una pasta! —Ken se ha dado cuenta y rápidamente se la quita de las manos.

—Y yo que sé, he visto que Noa la tenía en la mano y...

—Sí, es la botella que Noa ha elegido y es con la que vamos a brindar.

—¿Y cómo vamos a brindar?, ¿bebiendo todos a la vez de la misma botella?—pregunta Keith con un tono divertido.

—¿Creías que iba a montarme en un helicóptero sin venir preparado?—Andrew interviene en la conversación, trae consigo cinco copas de cristal.

—Andrew, ¡eres el puto amo! —le piropea Ken sujetándole por la nuca.

Todos estiran su brazo con la copa esperando a que el cumpleaños le sirva un trago del ansiado cáliz, yo estoy mareada y confusa, no sé qué diantres hacemos metidos en este helicóptero ni a donde nos lleva.

—Noa, acércame tu copa —me pide el caballero oscuro de ojos esmeralda.

—No, yo no voy a beber nada.

—Pequeña, solo es un trago para brindar, no lo bebas si no quieres.

Me suplica con esa tierna mirada para que acepte, bah, que remedio, simplemente me mojaré los labios.

Vierte dentro de mi copa un poco de líquido de color sangre, lo miro con detenimiento, me da grima, ciertamente parece sangre.

—Chicos, brindemos por nosotros, porque todos los días sean como este—recita Kenai alzando su copa en el aire.

—Porque nunca nos falte salud ni felicidad en nuestras vidas —le sigue Keith.

—¡Por el dinero y la fama! —exclama Andrew feliz.

—¡Y por las chicas guapas! —Zack termina la coetilla sin dejar de mirarme, ¿qué le pasa?, ¿eso iba por mí?

Ahora todos me miran impacientes, esperan que recite el motivo de mi brindis, ah...joder, ¿qué debo decir?

—Por Ken, porque cumplas muchos más —alzo mi copa sin dejar de mirar a mi indio de ojos verdes, creo que mi brindis le ha gustado, puedo ver la felicidad reflejada en su rostro.

Unimos nuestras copas en el centro, todas convergen produciendo un choque de vidrios que emite un sonido débil, casi inaudible. Acercó el líquido grimoso a mis labios esperando a que esté horriblemente malo, pero para mi sorpresa está delicioso.



Hemos llegado, nuestro destino no es otro que la discoteca más lujosa y glamurosa de Los Ángeles. Entramos de incógnito por una de las puertas traseras del local, un tío cachas nos guía hasta la zona vip, resulta que Andrew ha reservado todo esto para darle una sorpresa a Ken. Camino rezagada junto a Keith, está tardando mucho en preguntarme el por qué estábamos Ken y yo encerrados ahí abajo.

—¿Tú sabías que íbamos a venir aquí? —le pregunto en un intento de entablar conversación con ella.

—Claro, y deberíamos de haber llegado hace casi una hora, pero vosotros dos desaparecisteis de repente —de pronto me habla como si estuviera molesta conmigo.

—Ya te lo he dicho, el idiota de Ken se dejó las llaves por fuera.

—¿Y crees que no lo hizo a propósito?

¿Hacerlo a propósito?, ¿por qué haría algo así?

—No, ¿por qué haría eso?

—¿Para poder intimidarte?, a Ken le gustan muchos los jueguecitos Noa, no dejes que te seduzca.

Dejo de caminar y entro en modo pausa, Keith está convencida de que Ken solo quiere jugar conmigo, ¿acaso sería capaz de hacerme eso después de haber leído el diario?

—Noa, ¿qué haces ahí parada?, ¡vamos!

Nos adentramos en una pequeña sala iluminada por una luz ultravioleta, dicha sala está cerrada por una cortina de tela gruesa que impide ver lo que pasa dentro. Hay una mesa de cristal baja en el centro y unos sillones acolchados sin respaldar pegados a la pared. Aquí dentro suena una música diferente a la de fuera.

—Ken, siéntate aquí —Andrew le empuja y le obliga a sentarse en el centro, lo ha sentado solo, nosotros cuatro estamos sentados en los sillones de enfrente—. ¿Preparado para tu regalo de cumpleaños? —pregunta el rubio con cara de pillo.

—Vamos, ¿a qué viene tanto secretismo? —noto el nerviosismo en la cara de Ken.

¿Regalo?, ¿le han traído hasta aquí para darle un regalo? No entiendo nada, yo también estoy impaciente por ver ese regalo.

La música de la sala cambia y de pronto oigo sonar por los altavoces el *Happy birthday*. La cortinilla se abre y una chica morena espectacular aparece portando una bandeja en su mano, sobre la bandeja hay varios vasos de cristal y una botella con una bengala pegada sobre el tapón. La bengala está encendida y echa chispas como una condenada. Fijo mi atención en la chica, no sé por qué cojones tiene que venir esta tía a traerle la bandeja; va vestida de colegiala, lleva una camisa blanca abierta por delante dejando ver su increíble escote de pechos operados, su falda de cuadros roja no es más que un trozo de tela, calza unos tacones de aguja de igual color y unas medias blancas que se terminan por encima de las rodillas, ¿de qué va todo esto?

Ken no puede ocultar la felicidad que le provoca la visión de la despampanante morena, automáticamente comienza a hervirme la sangre, no soporto que mire a otras mujeres con deseo.

La chica se acerca a la mesa y deja la bandeja, todos se ponen a cantar el cumpleaños feliz, todos menos yo claro, que estoy rezumando humo por las orejas y gastando los dientes de tanto chirriarlos.

Tras las oportunas felicitaciones y aplausos comienza el show. La música cambia y por los altavoces ahora suena una música de lo más sensual, oh no... ¡¡no me digas que esta tía se va a despelotar!! Efectivamente, la tía comienza a desnudarse. La chica es toda una profesional, se contonea y mueve su cuerpo de la manera más erótica posible delante de Ken. Baila sin dejar de mover el culo y las caderas, no puedo dejar de mirar la cara de Ken, el muy asqueroso pone cara de pervertido todo el rato, ¡¡pero de qué vas?! Andrew y Zack gritan obscenidades a la chica, animan a Ken a que la toque e intentan por todos los medios calentarlo. La tía se desabrocha la camisa y se queda en tetas, unas tetas perfectamente colocadas, turgentes y grandes, cualquier hombre desearía tocar unos pechos como esos, avergonzada dirijo la vista a mi escote, no tengo nada que hacer contra eso. Miro a Keith, ella parece estar disfrutando también del espectáculo, ¿qué mierda les pasa a todos?, soy la única que está sufriendo con esto.

La morena se quita la falda y se queda con un minúsculo tanga blanco, su culo no es menos admirable, se da la vuelta y lo coloca literalmente en la cara de Ken, lo menea de un lado a otro mientras sonrío, la muy zorra está gozando con esto, ¿qué mujer no desearía que Ken Miller's la mirara de esa forma?, lo más probable es que se la acabe tirando...dios, no puedo seguir viendo esto, mi corazón va a estallar de dolor.

Necesito llorar, quiero salir corriendo. Me pongo de pie y sin decirle nada a nadie salgo de la sucia sala. Maldito Ken, ¡¿por qué eres así?!, continúas riéndote en mi cara, me haces sufrir con cada dedo que mueves, ¡¿acaso no tienes corazón?!

Voy directa hacia la barra con los ojos empapados de lágrimas, ahora mismo estoy despechada, necesito salir por la vía fácil, no debería hacerlo pero lo hago, me pido una copa.

—Disculpe, póngame una copa de lo más fuerte que tenga.

—Ahora mismo.

—¿De lo más fuerte que tenga? —oigo la voz de Zack detrás de mí.

—Zack, ¿qué haces aquí?, ¿no te quedas a disfrutar del increíble espectáculo? —froto mis ojos velozmente, no me puede ver llorar.

—Ya he visto bastantes tetas y culos por esta noche —responde con una agradable sonrisa—. ¿Estás bien?

—¿Es que vosotros no respetáis nada?

—Te entiendo, fue idea de Andrew, intenté detenerle pero insistió en que a Ken le haría mucha ilusión.

—¿Entonces no es la primera vez que le hacéis una sorpresa de ese tipo?

—No, aunque la verdad nunca me han gustado las mujeres tan vulgares.

—¿Vulgares?, esa chica solo está haciendo su trabajo.

—Ay Noa...no sabes nada.

—¿A qué te refieres?

—Esa tía lo está haciendo gratis, en cuanto supo que era una sorpresa para Ken Miller's aceptó encantada.

Le miro forzando la mirada, ¿qué coño significa eso?

—Cariño, Ken tiene una fama que le acompañará toda la vida, dicen que es muy buen amante, por eso las tías se ponen como locas al verle.

Así que hace honor a su fama... Una puñalada me perfora el costado izquierdo, no puedo respirar. Tomo la copa que me acaba de servir el camarero y me la bebo de una vez, ¡¡puaj, que

asco!!

—Noa, tranquila, bebe despacio.

—Ponme otra —le ordeno al camarero.

Zack está asombrado por mi comportamiento, por suerte él no sabe nada de lo que siento ahora mismo.

—¡¡Por Ken Miller's!! —grito alzando el vaso y luego me lo bebo de un trago.

—¡Noa, para! —Zack comienza a reír alucinado.

—¡Otra! —el camarero me mira con cara de pánico—. ¿Qué estás mirando?, ¡que me pongas otra!

Por un segundo miro hacia el suelo y todo me da vueltas, ¿qué me pasa?, de nuevo esa sensación se apodera de mi cuerpo, no puedo controlar con soltura mis movimientos.

He perdido la cuenta, no sé cuánto he bebido y comienzo a encontrarme de lo más rara. No soy consciente de lo que me rodea, lo veo todo distorsionado, como si estuviera dentro de un sueño. De repente no puedo dejar de reír, no me importa quién me esté mirando ni lo que puedan pensar de mí, acabo de perder la vergüenza.

—Noa, creo que ya has bebido bastante, volvamos al reservado.

—¡¿Qué?!, ¡¿volver al reservado para ver a esa zorra moviendo su asqueroso culo delante de las narices de Kenai?!

—¿Kenai?

—Es igual, no pienso volver ahí dentro.

—Noa, estás muy borracha, apenas puedes mantenerte en pie por ti misma.

—Yo estoy perfectamente.

—Ya claro... venga vamos.



Miro el suculento trasero de la stripper que se mueve con elegante soltura de un lado a otro, entre un contoneo y otro me perco de la ausencia de Noa, mierda, no debería comportarme de esta manera delante de ella, ¿dónde se ha metido?

—Lo siento nena, creo que debes de irte.

La stripper me mira con ganas de asesinarme, la chica está de toma pan y moja, pero esta noche no.

—Tío, he aceptado hacer esto gratis.

—Eso haberlo pensado antes guapa.

—¡Eres un capullo!

La chica coge su ropa y se marcha muy enfadada. Andrew y Keith me miran con asombro, esto no es normal en mí.

—¿Qué cojones acabas de hacer? —pregunta Andrew con los ojos muy abiertos.

—Esto no está bien. ¿Dónde está Noa?

—Se ha ido fuera, Zack ha salido a buscarla.

No me da pie a preocuparme por la ex presidenta de mi club de fans cuando aparece de nuevo

acompañada de Zack.

—¡Hola a todos! —Noa aparece gritando de lo más contenta, Zack la lleva sujeta del antebrazo. Ambos toman asiento junto a Keith, yo que estoy sentado en los sillones de enfrente no aparto los ojos de la joven Noa, no deja de reír, juraría que está borracha.

—Noa, ¿¿has bebido?! —le pregunta su amiga preocupada.

—Solo han sido un par de copas —alarga las palabras y cierra los ojos al hablar, efectivamente, está borracha como una cuba.

—Zack, ¿¿por qué cojones la has dejado beber así?! —Keith responde de manera lógica, está muy molesta con Zack, ¿de qué coño va este capullo?, se supone que Noa le gusta, ¿¿así es cómo cuida de ella??

—Vamos, no seas exagerada, ¿no ves que se está divirtiendo? —al muy imbécil le resulta graciosa toda esta situación, en cambio a mí no me hace ni la menor gracia.

—Ella no está acostumbrada a beber, gilipollas, ya sabes lo que pasó la última vez que tomó así —el enfado de Keith aumenta por segundos.

—Yo no la he obligado a beber, lo ha hecho ella solita.

No digo nada, observo la situación desde mi posición con seriedad. No debería de inmiscuirme en esto pero ahora que todos creen que somos pareja me siento responsable, ella me preocupa, no es más que una chiquilla indefensa rodeada de buitres deseosos de clavarle el diente.

—¿Alguien quiere una piruleta? —oh no, Zack acaba de sacar un envoltorio lleno de MDMA.

—¿Piruletas?, ¡¡yo quiero!! —exclama Noa entusiasmada.

—¿Qué?, ¡Noa, eso es droga! —Keith la sujeta del hombro y tira de ella hacia atrás.

—¿Quieres probar una? —este hijo de puta me está colmando la paciencia.

Zack toma una píldora de color azul y se la muestra a Noa, ésta pone cara de felicidad y la coge dispuesta a metérsela en la boca, ¿¿no será capaz?!

—Ni se te ocurra —le advierto de manera tajante, aprieto la mandíbula y la miro desafiante, estoy repleto de rabia.

—Ocúpate de tu zorrilla siliconada y no te metas en los asuntos de los demás —Noa me responde con una chulería fuera de lo común y eso me hierva aún más la sangre.

Andrew y Zack comienzan a reír ante la respuesta de ella.

No pienso tolerar esto, no me voy a quedar de brazos cruzados viendo como el cerdo de Zack la incita a drogarse, no después de saber lo que ella siente por mí, no después de que fuera ella quien me salvara la vida.

—Ken, déjala que se divierta —Zack se está ganando una merecida hostia.

Noa me mira y sonríe, decidida, acerca la mano con la píldora a su boca, pero yo me levanto de un salto y la detengo sujetándole con fuerza de la muñeca.

—Te he dicho que no —mis músculos se tensan, estoy muy furioso, la fulmino con la mirada, tiene que saber que estoy enfadado por lo que acaba de intentar hacer.

Noa me mira a los ojos atónita, abre la mano y la píldora cae al suelo, lo ha captado, sabe que estoy muy cabreado.

—¿¿Qué cojones haces tío?! —Zack se levanta y de un empujón me aparta de ella.

—¡Maldito cabrón! —si él está enrabiado yo lo estoy aún más. Lo agarro con fuerza del cuello de la camisa y lo estampo contra la pared con violencia—. ¿¿Te crees que puedes incitarla a que se drogue delante de mi puta cara?! —le grito muy cerca de la cara, estoy deseando partírsela.

—¿¿De qué hablas!?! —pregunta asustado.

—¡¡Chicos, parad ahora mismo!! —Keith rápidamente se levanta e intenta separarnos.

—¡¡No vuelvas a acercarte a ella en tu puta vida!! —no me reconozco, estoy fuera de control.

—¡¡Ken, basta, suéltale!! —Keith me sujeta por detrás con fuerza, Andrew interviene también, ambos tiran de mí hasta que finalmente cedo y le suelto.

—¡Estás loco! —Zack se estira la camisa y se recoloca el cuello, tras el grito se da media vuelta y se marcha resentido.

—Ken tío, ¿qué cojones te pasa? —Andrew tampoco parece entender mi comportamiento, me importa una mierda lo que piense, sé que he hecho lo correcto.

Andrew sale corriendo tras Zack y yo me quedo a solas con Keith. Noa no ha dicho ni una palabra, está sentada mirando fijamente al suelo, parece en estado de shock, debería sacarla de aquí, no quiero que se ponga peor.

—Vámonos Noa —me inclino y la tomo de la mano de manera enérgica, ella se tambalea al ponerse de pie, apenas puede mantener el equilibrio, dios, está peor de lo que imaginaba.

—Eh, ¿a dónde te crees que vas? —Keith se interpone en mi camino, sigue sin fiarse de mí.

—Me la llevo. ¿Acaso no ves cómo está?, apenas puede mantenerse en pie.

—¿Y a dónde piensas llevarla?

—La llevaré a su casa.

—¿A su casa?, estás loco, si sus padres la ven así me desuellan viva —tiene razón, César y Hanya no la dejarían ir nunca más con nosotros—. Déjala aquí, dormiré conmigo en mi casa.

—No, no pienso dejarla aquí. La llevaré a mi casa y luego le diremos que durmió contigo —mierda, ¿a mi casa?, ¿por qué he dicho eso?, ¿en serio voy a meterla en mi cama?

—¿A tu casa?!, oh no... antes muerta —la aparta de mi lado bruscamente, sabe que la deseo.

—Oye, para ser su perro guardián no has cuidado muy bien de ella esta noche—le reprocho furioso.

—¿Y qué querías que hiciera?, me he quedado petrificada, jamás pensé que Noa reaccionaría de esa manera.

—Pues parece ser que soy el único que se preocupa por ella, Noa se viene conmigo.

Vuelvo a tomarla de la mano, estoy decidido, voy a sacarla de aquí.

—Ken, te lo advierto, no te atrevas a ponerle una mano encima... —sus ojos azules me amenazan embriagados en ira.

Ignoro sus advertencias y me llevo a Noa lejos del ruidoso jaleo. Una vez fuera la interrogo, está muy callada, no ha dicho nada desde entonces, no sé si se encuentra mal o está así por mi extraño arrebatado de protección.

—Noa, mírame —la sujeto por los hombros y busco su mirada—. ¿Por qué has hecho eso?, ¿por qué has bebido de esa manera?

No responde, guarda silencio y continúa con la mirada perdida.

—Dime algo —la zarandeo un poco y es entonces cuando eleva la mirada.

Sus preciosos ojos me juzgan sin compasión, es una mirada gélida y despiadada, llena de rencor y rebosante de cólera. Pronto se tornan vidriosos, creo que está a punto de llorar.

—¡¡Y a ti que te importa!! —la señorita presidenta retorna a la vida dando gritos como una loca.

—No grites —le suplico con la mirada para que deje de gritar.

—¡¡Qué más te da si me drogo o me emborracho!!, ¡¡tú sólo piensas en ti!!, ¡¡yo no te importo una mierda!! —chilla a todo volumen y alza las manos, efectivamente rompe a llorar, pero son lágrimas de rabia, creo que está molesta porque esa stripper se haya desnudado delante de mí.

Hay gente fuera fumando atenta al espectáculo que la señorita está montando, irónicamente

parecemos dos enamorados discutiendo en plena calle.

—Noa, tienes que calmarte —agarro su cara con ambas manos y la miro directamente a los ojos—. Además, ¿cómo no iba a importarme? Soy tu Kenai.

—¡¡Suéltame!! —me aparta de un manotazo y da unos pasos atrás, está tan ebria que pierde el equilibrio y casi cae al suelo.

Corro a sujetarla, está tan ebria como aquel día.

—No, no me encuentro bien... —se tambalea como una veleta y se sujeta la frente con una mano.

—Has bebido mucho, tienes que sentarte.

—Estoy muy mareada...

No le da tiempo a terminar la frase cuando una fuerte arcada le azota el estómago, sin previo aviso se inclina hacia abajo y comienza a vomitar. Dios...estaba tardando demasiado en hacerlo. Me acerco a ayudarla, le sujeto el pelo apartándolo de su cara y miro hacia otro lado. El alcohol sale de su cuerpo en forma de papilla digerida, me jode verla así, me tiene preocupado. Las arcadas cesan y Noa se incorpora de nuevo, parece agotada, se limpia la boca con el dorso de la mano y cierra los ojos, pobre, no es consciente de nada, si supiera que acabo de verla vomitando no sería capaz de volver a mirarme a los ojos.

—¿Mejor? —le pregunto preocupado.

Asiente con la cabeza, continúa con los ojos cerrados. La ayudo a sentarse en el suelo con cuidado, está francamente mal, tengo que llamar a Roger y que venga a por nosotros ahora mismo.



Roger no tarda en venir. Me introduzco en el asiento de atrás junto a Noa y le ordeno a mi chófer que conduzca hasta mi casa. No tarda en quedarse dormida, apoya la cabeza en el cristal y yo la contemplo con ternura.

Hemos llegado a casa, me apena mucho pero tengo que despertarla.

—Noa, vamos despierta —le doy unas palmaditas en la cara y pronto abre los ojos adormilada.

Se queja un poco pero sale del coche. Camina dando bandazos cogida de mi mano, tengo que sujetarla con fuerza pues no controla bien sus movimientos y temo que termine en el suelo.

—¿Cómo estás? —le pregunto sujetando su barbilla.

Ella se limita a reír, vaya, parece ser que le ha entrado la risa post borrachera. Apesta a alcohol, incluso el vestido que lleva puesto rezuma olor a Whisky, tengo que cambiarla de ropa.

Intento mantener la mente en frío por mi bien, he batido mi récord de días sin acostarme con nadie y Noa está borracha, no estaría bien aprovecharme de la situación.

Estamos en mi habitación, la siento sobre el colchón, se quita los tacones y los lanza por el aire, luego se parte de la risa, me mira con una sonrisa traviesa y se muerde el labio inferior, parece una cría haciendo travesuras. Ahora tararea una melodía que me resulta familiar, no es la primera vez que se la oigo cantar, intrigado decido indagar sobre ello.

—¿Qué es eso que cantas?

—Es nuestra canción —responde con una amplia sonrisa.

—¿Nuestra canción? —supongo que se refiere a su sueño.

—Claro bobo, me la cantaste con la guitarra, ¿ya no te acuerdas?

Sonríó y la miro con asombro, ¿yo cantando una canción de amor?, ni de coña.

—Anda levántate, tienes que quitarte esa ropa.

La ayudo a levantarse y le ofrezco una de mis camisetas deportivas.

—¿Podrás cambiarte tú sola o tendré que ayudarte? —realmente me preocupa que se caiga, no puede estar de pie sin ayuda.

—No te preocupes, sé cuidarme sola —su voz de borracha me hace mucha gracia.

—Sí, ya veo lo bien que te cuidas sola, señorita.

—Solo ayúdame con esto —se suelta de mi mano y se da media vuelta quedando de espaldas a mí. Joder, quiere que le baje la cremallera del vestido.

Inspiro profundamente y sacudo mis manos, luego resoplo y me armo de valor.

Vamos Ken, mente fría, mente fría. Por mucho que me esfuerce, Noa no deja de ser una chica preciosa.

Aparto con total delicadeza sus cabellos hacia un lado, la visión de su cuello me provoca, me provoca hasta lograr tentarme. Acerco mi nariz a su delgado cuello y aspiro su aroma, un aroma fresco y elegante pero a la vez terriblemente seductor. Mis labios palpitan a pocos centímetros de su piel pero logro controlarme. Enderezo mi cuerpo y me dispongo a bajar la succulenta cremallera. Lo hago despacio, saboreando con mis ojos cada poro de su piel. Sigo bajando, dibujando el recorrido de su espalda con mi dedo pulgar hasta llegar a su trasero donde, para mi desgracia, terminan las costuras de la cremallera. Noa no se mueve, así que me atrevo a desvestirla, me muero de ganas de hacerlo. Tiro con suavidad de la tela de su vestido hacia abajo dejando al descubierto sus sedosos hombros, acaricio su piel a medida que la desvisto, y lo disfruto, lo disfruto demasiado, pronto comienzo a excitarme.

Al llegar a sus caderas el éxtasis es máximo, dejo caer el vestido a sus pies y contemplo embobado la silueta de su cuerpo. Su lencería de encaje negro es demasiado sensual para que la lleve una chica como ella, pero joder, no podía quedar tan sexy en ninguna otra mujer. El deseo comienza a florecer. Nunca imaginé que ella podría hacerme sentir algo así, su belleza e inocencia me pervierten hasta límites insospechados.

Ken, tienes que controlarte, no la mires, no la mires. No puedes desearla, Noa está prohibida para ti.

—¿Te gusta lo que ves? —Noa se ha dado la vuelta y ahora la tengo frente a mí, a pocos centímetros de mi boca con esa lencería tan perversa.

Trago saliva, dios...estoy muy excitado, ¡si no la toco voy a reventar!

—¿Te comió la lengua el gato?—se ríe al hacerme la pregunta, debe de seguir muy borracha, no es consciente de que está medio desnuda delante de este salvaje que la desea con locura.

—La lengua te la voy a comer yo cómo sigas mirándome de esa forma... —me esfuerzo con todas mis ganas por no mirarla pero me resulta imposible. Bajo la vista y observo su hermosa figura, ese liguero sobre sus muslos...

Nos miramos en silencio durante una milésima de segundo, la tomo de la cintura con una mano y la traigo hacia mí, la pego a mi cuerpo y aspiro su aliento alcoholizado, mi corazón late a toda prisa, la tengo solo para mí, ya no hay nada que me lo impida. La aprieto contra mí jadeando, mi erección está en íntimo contacto con su pelvis, dios...tengo que parar.

—Te deseo... —cierro mis ojos, muerdo mis labios y la aprieto más fuerte.

—¿De verdad me deseas? —pregunta con la respiración entrecortada.

Habla con los ojos cerrados, si no fuera porque la estoy sujetando se caería al suelo. No puedo hacerlo, no debo hacerlo, no a ella. Mi naturaleza me pide a gritos que la haga mía pero mi moral, la cual a estas alturas creía inexistente, me impide hacerlo.

—Sí, pero no puede ser Noa —suelto su cintura y doy un paso atrás—. Vamos, metete en la cama, dentro de un rato vengo, si necesitas cualquier cosa solo tienes que gritar mi nombre.

—De acuerdo...

Camino hacia atrás sin dejar de mirarla, ella sonrío y torpemente se da media vuelta, toma la camiseta y se la pone.



Ah...esta ducha me ha dejado como nuevo. Camino en bóxer en busca de Noa. Ahí está, tendida boca arriba sobre mi cama plácidamente dormida. Me gusta esta imagen, mi ropa le queda de lo más sexy. Su inocencia vuelve a tentarme, me siento a su lado para poder mirarla con más detalle. Mi peso sobre el colchón la hace quejarse y se mueve un poco, la camiseta gris con letras deportivas no le cubre mucho, dejando unas jugosas piernas al descubierto. Alargo mi mano y le acaricio la mejilla ¿Cómo no me había fijado antes en lo bonita que es?

Muerdo mis labios con ahínco, el deseo de hacerla mía emana de nuevo. Me coloco sobre ella y deslizo mis dedos por su cuello, rozando su tersa piel, sigo bajando mis manos hasta alcanzar sus pechos, los acaricio por encima de la tela y no tardo en excitarme, pero no puedo parar, todo su cuerpo es un escándalo, tengo que seguir bajando. Llego hasta sus deliciosos muslos, los aprieto y disfruto del tacto de su piel desnuda. Mi entre pierna comienza a palpar de manera desesperada y mi respiración se agita, introduzco la mano por debajo de la tela hasta rozar las costuras de su ropa interior, de pronto un destello de cordura centellea mi mente, ¿qué estás haciendo Ken?, eres un perverso.

Me aparto velozmente y comienzo a sudar de manera exagerada, ¿qué creías que estabas haciendo?, ¿ibas a abusar de Noa mientras duerme? ¿qué clase de hombre eres? Me siento fatal, como una auténtica mierda, tengo que alejarme de ella si no quiero volver a perder el control, ¿por qué me resulta tan irresistible?, ¿por qué me enciende de esta manera?

Me pongo de pie y miro mis bajos, estoy totalmente erecto, tan sólo la he tocado un poco y... esto es increíble, nunca me había excitado con tanta facilidad. Lo mejor será que duerma aquí, en el sillón, frente a la cama, no me acostaría con ella en esa cama ni en broma, no si quiero que llegue virgen a mañana.

Lluvia que moja mi corazón

Estoy en una playa que no conozco, descalza, sobre la orilla del mar, mirando impasible el horizonte. A lo lejos se oye el trotar de unos cascos, me giro y veo un precioso caballo negro galopando hacia mí con sus brillantes crines ondeando en dirección al viento. Sobre el caballo va un jinete, alguien que reconocería con tan sólo ver su silueta.

Un joven descamisado monta sobre el hermoso animal, su pelo negro brilla iluminado por la luz del sol, en su cara destacan dos rasgados ojos de color esmeralda y una dentadura tan blanca como la nieve. Sobre su pectoral izquierdo hay un tatuaje, en él se puede leer un nombre: Noa.

—¡¡Kenai!! —corro hacia él repleta de alegría.

Detiene el caballo y se baja de un salto, me recibe con una flamante sonrisa que me derrite el corazón. De un brinco me cuelgo de su cintura y le abrazo como si fuera la última vez en mi vida, tan fuerte que duele.

—Mi niña preciosa... —me mira a los ojos fijamente, brillan con tanta intensidad que puedo verme reflejada en ellos, no tardan en llenarse de lágrimas, al igual que los míos.

Me lanzo a su boca, nos besamos intensamente, con voracidad, como si quisiera devorarlo. Hambrienta de él, le beso una y otra vez sin lograr saciarme nunca.

—Te he echado de menos —me hace saber entre beso y beso.

Luego me deja en el suelo, sujeta mi cara con delicadeza sin dejar de mirarme con ternura.

—¿Dónde has estado? —le pregunto sin dejar de llorar.

—Yo estoy siempre contigo, pero hoy estoy aquí para decirte algo —las lágrimas surcan sus mejillas a toda velocidad.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunto asustada.

—Debes olvidarme Noa, yo solo existo en tu mente.

—¿Qué estás diciendo? —me separo de él bruscamente, le miro con incredulidad, no me creo que me esté diciendo esto.

—Noa, ven conmigo —por detrás de Kenai aparece otro chico, es idéntico a él, salvo que no tiene el tatuaje en el pecho.

—¿Ken? —confusa, les miro a ambos, uno junto al otro, son como dos gotas de agua.

—Hasta que no me olvides no podrás amar a Ken, él es tu destino —me hace saber Kenai con expresión triste.

—¡No! —corro hacia él y le abrazo de nuevo, rompo a llorar efusivamente—. ¡No me pidas que te olvide, yo te amo Kenai!

Él no me devuelve el abrazo, permanece erguido, sin dejar de llorar.

—Ve con él —me ordena con la voz rota de dolor.

—No... —lloro sin cesar.

Ken extiende su mano, ofreciéndomela, sonrío y mi corazón se acelera, ¿seré capaz de amar a Ken igual que a él?

—No, yo te quiero a ti, Kenai... —hundo mi cara en su pecho, acaricio el tatuaje y lloro de nuevo.

—Ken y yo somos la misma persona, yo soy lo mejor de Ken, tú debes de encargarte de sacar al Kenai que hay dentro de él, solo entonces podrás amarle.

—¿Y si no lo encuentro? —le pregunto con los ojos empapados.

—Ken no es más que un corazón roto, indaga dentro de él, estoy seguro de que lo conseguirás reparar.

Me aparta de él, sonrío y una lágrima se escurre de sus ojos, luego se aleja despacio, poco a poco se desvanece, hasta que finalmente desaparece por completo.

—¡¡Kenai!! —grito desesperada, Ken me abraza por detrás, me pega a su cuerpo—. ¡¡Kenai!!

Me levanto de un sobresalto, estoy sudada, mi pecho se mueve deprisa y respiro acelerada.

—¿Qué, qué te pasa? —miro hacia un lado y veo a Ken en bóxer sobre un sillón de piel.

—¿K...Ken? —¿qué cojones significa esto?

Miro alrededor, esta no es mi casa, no estoy en mi habitación. Llevo una camiseta de chico y estoy dentro de una cama que no es mía. Mil y una ideas perniciosas arrasan mi mente, ¿qué diantres pasó anoche?!

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunto con cara de pánico.

Ken se pone de pie como puede, sólo lleva puesta una camiseta de tirantes negra y unos *Calvin Klein*.

—No es lo que parece, yo he dormido toda la noche ahí —señala al sillón rápidamente.

—¿Dónde estoy? —me tapo con la sábana avergonzada.

—Anoche bebiste demasiado, te encontrabas muy mal, así que te traje a mi casa... —se ruboriza, ¿por qué se ruboriza?

—¿Por qué no me llevaste a mi casa? —voy a matar a Keith...

—Keith no me dejó, pensó que era mejor traerte aquí.

—¿Y por qué a tu casa y no a la de Keith? —comienzo a cabrearme, voy a rematar a Keith después de muerta.

—Estabas muy borracha, el capullo de Zack intentó drogarte, pero yo se lo impedí...

¿Qué?, esto sí que es nuevo. ¿Zack ha intentado drogarme?, ¿qué cojones? Me destapo y me levanto de la cama, tengo que hablar con Keith ahora mismo.

—¿Dónde está mi ropa? —me arde la cara, estoy en bragas frente a Ken, aunque supongo que esta ropa no me la habré puesto yo solita...

—Tus cosas están ahí —señala con los ojos un mueble blanco rectangular.

Corro hacia el mueble y tomo mis cosas, Ken está ahí parado, como un pasmarote, evita mirarme a los ojos, apuesto lo que sea a que me esconde algo.

—¿El baño?

—La primera puerta a la derecha.

Me encierro en el baño y me visto a toda prisa, un tembleque incesante me recorre de arriba abajo, estoy muy nerviosa, es la misma sensación que en el sueño, cuando desperté aquella mañana en casa de Kenai.

—Kenai... —recuerdo el sueño de hace un momento y comienzo a sollozar. Me cubro la cara con ambas manos y lloro en silencio.

Ken nunca podrá llegar a ser como Kenai, él nunca me va a querer de esa forma desinteresada y sincera, ni siquiera se fijaría en mí, me ve como a una más, lo sé, y eso no va a cambiar.

Me lavo la cara en el lavabo y me seco con una sedosa toalla de mano las lágrimas. Voy a ir ahora mismo en busca de Keith, espero que tenga una buena explicación para esto.

Salgo del baño con mi bolso de mano, Ken está esperándome fuera, se ha puesto una camiseta de manga corta de rayas y unos vaqueros gastados, presenta un aspecto salvaje y desaliñado, ni siquiera se ha peinado, pero igualmente sigue estando arbatadoramente sexy.

—Me voy a buscar a Keith —le hago saber simulando serenidad.

—Espera, deja que te acerque en mi coche —saca unas llaves del bolsillo del pantalón

vaquero a toda prisa, pero yo le detengo.

—No, ya me voy yo sola —giro sobre mis talones y bajo al piso inferior en busca de la puerta de salida. Él no tarda en seguirme.

—Eh, espera Noa —le oigo bajar las escaleras a toda prisa—. Estamos muy lejos de la ciudad, deja que Roger te lleve, o al menos déjame que te pague un taxi.

Me corta el paso con su fornido cuerpo, lo cual me obliga a detenerme en seco.

—Ken, gracias, de verdad te lo agradezco, pero puedo ir yo sola —una vez más le trato de manera insípida, aunque por dentro mi corazón rebosa felicidad, nunca lo había visto así de preocupado por mí, no quiere dejarme sola.

Paso por su lado despacio, agarro el pomo de la puerta y salgo al exterior sin mirar atrás.



—¡Keith, despierta! —le lanzo el bolso de mano a la cabeza y ella se despierta sobresaltada.

Estoy en casa de Keith, en su habitación, la muy descarada está plácidamente dormida en su enorme cama de matrimonio sin importarle lo más mínimo lo que haya pasado conmigo anoche.

—¡Auch!, ¿se puede saber qué coño haces?! —grita enfadada, se incorpora y se quita el antifaz que le cubre los ojos.

—No, ¿se puede saber qué coño haces tú?, ¿cómo permites que me vaya borracha con Ken, a su casa?! —ahora grito yo, estoy muy furiosa, tengo ganas de estrangularla.

—¿Ha pasado algo?, ¿no te habrá puesto una mano encima, verdad? —pregunta asustada.

—No...no lo sé, Keith, me he despertado en su cama, y no llevaba mi ropa puesta —me tiembla la voz de tan solo imaginarle haciéndome el amor.

—¿Cómo que no lo sabes?, eres virgen, se supone que deberías notar algo raro ahí abajo —me señala la entrepierna y yo me ruborizo por completo.

—Keith, vete a la mierda —tengo ganas de llorar, ¿y si ha pasado de verdad y no lo recuerdo?

La rubia se levanta de la cama y corre hacia mí, me toma de la mano y me sienta sobre el colchón, ella toma asiento a mi lado.

—Escúchame Noa, cuando la bailarina comenzó a bailar desnuda delante de Ken desapareciste —dios, aquella zorra siliconada, lo recuerdo...—, al rato llegaste borracha como una cuba, nunca te había visto así de bebida, me asusté mucho.

—¿Es cierto, Zack intentó drogarme? —no, quiero pensar que fue una patraña de Ken, ¿Zack sería capaz de hacerme eso?

—Bueno, eso no es del todo cierto, él sacó unas píldoras y tú querías probarlas, pero no te lo impidió.

Maldito capullo... iba a permitir que me drogara, ¿eso es lo que le importo?

—¿Tú tampoco me lo impediste?, vamos Keith, ¿qué clase de amiga eres? —me levanto resentida, no me puedo creer que ella no hiciera nada.

—Noa estaba en shock, no sabía cómo reaccionar y tú te comportabas como si fueras otra persona —mira hacia otro lado, está avergonzada por su actitud—. Pero entonces intervino Ken,

te quitó la píldora de un manotazo, luego se puso hecho una fiera, incluso intentó pegarle a Zack.

¿Qué?, Ken decía la verdad, él fue el único que me lo impidió, el único que de verdad se preocupó por mí. Miles de mariposas revolotean dentro de mi estómago, mi temperatura corporal aumenta progresivamente, Ken se preocupó por mí...

—Quería sacarte de allí a toda costa, dijo de llevarte a tu casa pero yo le dije que no, imagínate si tus padres te vieran en ese estado, ¡me matarían Noa! —exclama con los ojos muy abiertos.

—Ken me ha dicho que no ha pasado nada, creo que ha dormido toda la noche en un sillón frente a la cama —una alargada sonrisa se muestra en mi rostro, sea por el motivo que sea, Ken me ha protegido, y eso vale más que nada.

Algo está pasando con Ken, sé que hay algo que está cambiando dentro de él, primero me confiesa lo de su primer amor y ahora me protege, ¿qué te está pasando Ken?



Estoy en casa, dándole de nuevo miles de vueltas al comportamiento anormal de Ken y al extraño sueño de esta mañana. Creo que debería de ir a su casa y darle las gracias por lo que hizo por mí anoche, puede que en el fondo no sea tan capullo como parece, en el pasado le hicieron mucho daño y eso quieras o no, pasa factura, voy a seguir el consejo de Kenai, debo de dejar de pensar en él como el hombre que aparecía en mis fantasías y sacar al verdadero Ken Miller's.

Me doy una ducha y me visto deprisa, me pongo un vestido de volantes y estampado florar con los tirantes cruzados en la espalda, unas cómodas manolequinas y me hago una coleta baja. Es mediodía y la casa de Ken está bastante lejos de la ciudad, será mejor que pille un taxi.

Bajo al piso inferior y me dirijo hacia la cocina, Eric está repantigado en el sofá viendo deportes y no hay rastro de mis padres. Voy hacia el frutero y pillo una manzana roja y brillante, apenas he comido y mi estómago se resiente. El timbre de la puerta principal comienza a sonar, ¿quién diantres llama a estas horas?, doy un mordisco a la manzana y me apresuro en abrir pero mi hermano se ha adelantado y ya ha abierto la puerta.

—¿Hola, está Noa? —esa voz me resulta familiar...

Eric se queda con cara de bobo mientras sostiene la puerta, al cabo de unos segundos reacciona.

—¡¡Eh, tú eres Zack Baker, el protagonista de la saga sangre y dolor!! —exclama lleno de entusiasmo.

¿Zack?, ¿qué hace ese gilipollas en mi casa? Dejo la manzana sobre la encimera y corro a enfrentarme a él.

Aparto a mi hermano de la puerta y me muestro ante él, va vestido con un pantalón de chándal negro y una sudadera gris con capucha, ocultando su cabeza bajo ésta.

—Noa... —en cuanto me ve se prende una chispa en sus ojos, se quita la capucha e intenta acercarse a mí.

—¿Os conocéis? —pregunta Eric asombrado.

Miro a Zack con desagrado y le dejo acercarse, en cuanto le tengo a una distancia prudente

elevo mi mano derecha y le propino una contundente cachetada en toda la mejilla, estoy muy, muy molesta con él.

Eric me mira impresionado por lo que acabo de hacer, pero no dice nada, Zack se acaricia la mejilla enrojecida pero no me reprocha, sus ojos ahora emanan culpabilidad.

—Me lo merezco, lo siento —pronuncia con tono arrepentido.

—¡Intentaste drogarme! —su arrepentimiento no me sirve de nada, pierdo los nervios y comienzo a gritar.

La expresión de mi hermano muta de sorpresa a furia, estoy tan enfadada que ya me había olvidado de la presencia de Eric.

—¿Qué? ¡Intentaste drogar a mi hermana hijo de puta?! —Eric se abalanza sobre Zack con la peor de las intenciones, pero yo no se lo permito y me interpongo entre ellos.

—¡Eric quieto!! —le empujo en dirección contraria e intento meterlo en casa pero él se revuelve y no desiste.

—¡Eso no es verdad, yo jamás haría eso! —Zack intenta desmentirlo pero es inútil, es su palabra contra la de Keith y Ken.

—¡No te vuelvas a acercar a ella! —grita y le amenaza con el puño en alto y la vena yugular a punto de explotar.

—¡Eric, basta, vuelve dentro, esto no es asunto tuyo! —lo empujo de nuevo con todas mis fuerzas hasta lograr meterlo dentro y rápidamente cierro la puerta.

Mi hermano continúa soltando amenazas desde detrás del portón, yo le ignoro y miro con desprecio a Zack, me jode tanto que me siga mintiendo y que no sea capaz de reconocerlo, que como no se aparte de mi camino voy a abofetearle de nuevo.

—Aparta, no tengo nada que hablar contigo —le advierto con la mayor sobriedad del mundo.

—Noa, tienes que creerme por favor, yo no he intentado drogarte —me sujeta la muñeca y me detiene, cosa que no hace más que acrecentar mi enfado.

—Me incitaste a hacerlo, ¡¿qué clase de amigo eres tú?! —aparto su mano con brusquedad y le fulmino con la mirada.

—Yo solo quería que te divirtieras... perdóname por favor —agacha la cabeza y su tono de voz se apaga.

—Yo no soy como vosotros.

—Pues entonces estás con el chico equivocado.

Frunzo el ceño al oír eso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pregúntaselo a él.

Le sentencio una última vez y me marchó dejándole allí sólo, enfrentado a sus remordimientos.



El taxi acaba de dejarme en la puerta de la lujosa mansión del señor Miller's, no le he avisado de que venía, no sé si lo pillaré en casa, así que le he dicho al taxista que me espere unos minutos.

Me aproximo hacia la entrada del lujoso lugar con cautela e inseguridad, no sé si debería estar

aquí, a lo mejor le sienta mal que me presente en su casa sin avisar, sería lógico que se enfadara. Llamo al timbre con videocámara, estoy frente a las enormes puertas de cristal que decoran la entrada, me veo reflejada en ellos, observo mi figura y mi vestido y me vengo abajo, Ken jamás se enamoraría de una don nadie como yo, he visto la mujeres con las que suele estar y son todas espectaculares, solo es remordimiento, este sentimiento de protección es pura culpabilidad por lo que me hizo en el pasado.

Suspiro, estoy desanimada y me apetece salir corriendo de aquí, doy un paso atrás para salir huyendo pero la puerta se abre, una guapísima chica vestida de sirvienta sostiene el mango de la puerta de cristal, es muy joven y atractiva, por sus rasgos juraría que es colombiana.

—Buenas, ¿en qué puedo ayudarla? —su acento es diferente, se notan las raíces latinas, me recuerda mucho a Helena, ella tiene un acento muy parecido.

—¿Está Ken en casa? —abuso de mi confianza y le llamo por su nombre de pila.

—Oh lo siento señorita, se ha equivocado de casa, aquí no vive ningún Ken —se disculpa con una amable sonrisa y corre a cerrarme la puerta pero yo la detengo, es normal que lo niegue, la residencia de Ken es un total secreto para la prensa.

—Soy Noa Méndez, la novia de Ken, no tienes por qué mentirme —le hago saber con otra sonrisa.

La chica pone cara de preocupación y mira hacia dentro de la casa, luego me mira de nuevo con los ojos muy abiertos, parece asustada.

—Es que el señor Miller's ahora mismo está muy ocupado y no le gusta que le molesten, será mejor que venga en otro momento.

La miro extrañada, su comportamiento es anormal, ¿qué coño pasa aquí? No me da pie a preguntar cuando la respuesta llega en forma de gemido placentero femenino que parece proceder del piso de arriba. Mi cara se torna roja, noto como me arde la cara, la chica parece sentir la misma vergüenza que yo y agacha la cabeza ruborizada. ¿Qué cojones? ¿Ken está retozando en el piso de arriba con alguien?

Los gemidos se hacen cada vez más y más evidentes, incluso puedo oír cómo la chica alardea de lo bien que se lo hace y lo nombra en varias ocasiones. Estoy en shock, las gotas de sudor surcan mi piel a toda velocidad, y siento la sangre correr por mis venas tan fuerte que éstas palpitan.

—Lo siento, ya le dije que estaba ocupado —se disculpa la chica abochornada.

—Será mejor que me vaya... —no sé ni de dónde saco las fuerzas para hablar, siento un enorme puñal clavado en lo más profundo de mi pecho, me duele, duele hasta querer llorar.

Me doy media vuelta soportando las ganas de romper a llorar. ¿De veras se ha atrevido a faltar a su palabra? Por muy pactada que sea nuestra relación yo sigo sintiendo que ese hombre es mío, cada vez que le veo con otra no puedo evitar sentirme traicionada.

Casi he llegado al taxi, camino deprisa y sorbiendo estas amargas lágrimas, abro la puerta y me encorvo para tomar asiento.

—¡¡Noa, Noa espera!! —¿qué diantres?, es Ken.

Aparece por la puerta descamisado y abrochándose el pantalón a toda pastilla, le miro con desdén y mi corazón se agrieta un poco más. Corre hacia aquí con los pies descalzos, cuando me alcanza se detiene para tomar aire y comienza a hablarme extenuado.

—¿Qué haces aquí? —se incorpora y me mira a los ojos, está despeinado y apesta a perfume de mujer, su frente y su torso están brillantes del sudor, puedo apreciar un minúsculo chupetón en la parte baja de su cuello, pero lo suficientemente grande como para que mi agudizada vista lo detecte.

—Lo siento, no pretendía arruinar tu placentero momento —aprieto los dientes y le pulverizo con la mirada.

Quiero llorar, quiero abofetearle, insultarle y gritarle que le amo hasta morir.

—¿Por qué no me avisaste de qué venías? —apoya una mano sobre mi hombro y busca mi mirada, una descarga eléctrica azota mi cuerpo, odio sentirle tan cerca de mí.

No respondo, tengo un nudo en la garganta y unas repentinas ganas de llorar, evito encontrarme con sus preciosos ojos verdes, quiero irme de aquí.

Ken lo intenta de nuevo pero una vez más le vuelvo la cara, me estoy delatando, no debería mostrar que esto me afecta tanto, debo de actuar con impassibilidad pero me resulta imposible ocultar mis sentimientos.

—Tenga señor, por la espera —Ken se acerca al taxi, saca su cartera y le da un generoso billete al conductor —. Ya puede marcharse.

—¿Qué estás haciendo? —reacciono, me giro hacia el taxi e intento meterme dentro, pero él me detiene.

Finalmente el taxista se marcha y yo me quedo allí, parada frente a Ken y mirando cómo se va mi única escapatoria.

—Vamos, entra en casa.

Ken gira sobre sus talones y se aleja deprisa, yo trago saliva y le sigo en total silencio, sé que no va a aceptar un no por respuesta, no va a permitir que me marche sin saber por qué he venido.

Estamos dentro, donde el impresionante recibidor con la cascada artificial donde anoche dio la fiesta, todo está impoluto, limpio y ordenado. De manera incontrolable miro hacia las escaleras de caracol, sé que esa zorra que se acaba de tirar está ahí arriba, recuperándose del fogoso encuentro que acaba de tener con él, mi cuerpo comienza a arder de la rabia y aprieto los puños.

—Dime, ¿a qué se debe esta inesperada visita? —se detiene junto al sofá y toma un paquete de cigarrillos que hay sobre él.

Saca uno y se lo coloca entre los labios con delicadeza, luego lo enciende con la ayuda de un mechero que toma del bolsillo delantero del vaquero y le da una gran calada. Cierra los ojos e inclina su cabeza hacia atrás, yo le observo perpleja, no tenía ni idea de que fumara.

Exhala el humo de sus pulmones con gesto placentero, estudio su figura de perfil, su esculpido torso y lo sexy que le quedan esos jodidos vaqueros de tallo bajo con el cinturón desabrochado y marcando su trasero respingón. También me fijo en su muñeca derecha, lleva puesta una pulsera de cuero, eh espera... esa es mi pulsera, la que le regalé.



¿Por qué está ella aquí? ¿Por qué Gabriela la ha dejado entrar? Después de lo de anoche no puedo sacarla de mi cabeza. Si ella supiera que estuve a punto de... No sé si fue un calentón o si esta chica me está empezando a gustar. Necesitaba desahogarme así que llamé a una de mis amigas y resulta que aparece ella interrumpiendo el momento. ¿El destino? Qué dices Ken, tú no crees en esas pamplinas.

La miro de soslayo, mantiene esa actitud inocente de siempre. ¿Y por qué se ha puesto ese vestidito tan...? Joder, tenemos que fingir delante de todos que estamos juntos y ni siquiera puedo

ponerle una mano encima. Porque quiero ponerle una mano encima, y dos, y arrancarle ese puto vestido a mordiscos...

—No sabía que fumabas —es lo único que atino a decir en estos momentos.

—Y no lo hago, solo fumo cuando estoy nervioso —le da un par de caladas más y luego espachurra el resto del cigarro sobre el dorso de su mano.

Mis ojos se abren perplejos, eso ha tenido que dolerle, ¿por qué coño ha hecho eso?

—Gabriela, prepárame ropa limpia, voy a darme una ducha —le ordena a la chica que antes me ha abierto la puerta.

—Sí, señor —responde ella agachando un poco la cabeza y acto seguido se marcha.

La observo con curiosidad, ¿por qué actúa de esa forma tan sumisa?

—¿Es tu sirvienta? —no me pienso quedar con la intriga, así que lanzo la primera piedra.

—Bueno, a mí no me gusta llamarla sirvienta, pero sí, lo es.

—¿No es un poco joven para esto? —realmente no me gusta la idea de que una chica tan joven y guapa se pase el día aquí en su casa, prefiero mil veces a Conchita—. Además, parece que te tenga miedo, ¿se puede saber qué le haces para que actúe así?

Ken se gira hacia mí y sonrío con chulería, se aproxima y se queda a pocos centímetros de mi cara, pronto mi corazón se desboca al sentirle tan cerca.

—No quieras saberlo, pequeña —sus intimidantes ojazos me atraviesan, penetrando hasta lo más profundo de mi alma.

El repiqueteo de unos tacones escaleras abajo me desvanece del trance que me provocan los ojos de Ken Miller's, giro la cabeza y veo a una espectacular chica en ropa interior acercarse hacia nosotros.

—Corre, ve a esconderte en la cocina, no quiero que ella te vea —murmura empujándome hacia la cocina. Yo acepto de mala gana y me escondo tras la puerta.

—¿Por qué te has ido así?, me has dejado a la mitad —la despanpanante rubia de ojos azules se detiene justo a su lado.

—Coge tus cosas y lárgate de mi casa —le ordena colocando una mano sobre su antebrazo y obligándola a retroceder.

—¿Qué? —rebate ella con los ojos muy abiertos.

—Lo que has oído —repite con un tono seco y agrio.

—¡¿Me estás echando?! —grita furiosa.

—¡Gabriela! —grita Ken mirando hacia el piso superior—. ¡Baja las pertenencias de la señorita por favor!

Mientras ella busca las pertenencias de la rubia siliconada, yo me quedo alucinada por la forma en la que está tratando a esa chica. Nunca le había visto hablar así a una mujer. Ella se revuelve del brazo que la sujeta, los insultos y las amenazas hacia Ken salen disparados de su boca rojo carmín como si fueran dardos envenenados, pero a él no parecen afectarle lo más mínimo.

Al momento llega Gabriela con un gran bolso rectangular negro, unos vaqueros y una blusa color rosa. Ken la suelta del brazo y la sirvienta le hace entrega de sus cosas de una forma un tanto abrupta.

Ésta corre a vestirse sin dejar de estrangular a Ken con la mirada, el cual acaba de girarse y ahora me habla en voz baja a través de la puerta.

—Voy a darme una ducha y nos vamos, espérame aquí, si necesitas algo pídeselo a Gabriela —ha cambiado el tono de su voz, ahora suena más suave y agradable.

¿Irnos, a dónde?

Ken se aleja con esa seguridad propia de él, pasa por el lado de la rubia ignorándola, pero ésta no es capaz de soportar su repentina indiferencia y rompe a gritar de nuevo.

—¡¡Eres un maldito capullo!! —se abrocha el pantalón y se coloca el asa del bolso alrededor del hombro—. ¡¡Te arrepentirás de esto Ken Miller's!!

Él ni siquiera se gira para mirarla, sube las escaleras hacia el piso superior con total tranquilidad.

—Adiós preciosa —se burla de ella levantando en alto su mano derecha.

Ésta se pone roja de la rabia, aprieta los dientes y grita. Tras patear varias cosas se da media vuelta y abandona la lujosa estancia dando un fuerte portazo.

Me quedo alucinada viendo temblar el cristal de la puerta que casi rompe la rubia. Pienso en la actitud de Ken, no sé por qué ha actuado de esa forma, no me gusta que trate así a las mujeres, con ese desprecio y arrogancia. Cierro los ojos y suspiro, esperaré a que vuelva sentada en el sofá.

—¿Desea algo de beber mientras espera al señor Miller's? —la dulce voz de Gabriela me aparta de mis pensamientos.

Niego con la mano alzada y le regalo una sonrisa de complicidad.

—Oye Gabriela, ¿Ken siempre suele tratar así a las mujeres? —soy incapaz de retener mi maldita curiosidad, aunque yo ya sé de buena mano la respuesta.

—Me temo que no puedo responderle a esa pregunta, eso forma parte de la privacidad del señor Miller's —perfecto, no esperaba menos de ella.

Entorno los ojos inquieta por la increíble fidelidad de la joven, necesito hacerle otra pregunta más.

—A ti también te trata así, ¿verdad? Por eso actúas de esa manera tan sumisa —aclaro sin dejar de mirarla.

—He de retirarme, tengo que ocuparme de mis quehaceres —responde con nerviosismo, deseosa de salir corriendo.

No me rindo, me levanto de un salto y la sujeto del antebrazo impidiendo su huida.

—¿Qué es lo que te hace? —interrogo cada vez más sorprendida.

La chica pone cara de preocupación y mira hacia un lado y otro cohibida, su rostro se descompone, está a punto de echarse a llorar.

—¿Qué sucede aquí? —la autoritaria voz de Ken me obliga a soltar el brazo de Gabriela de golpe y porrazo.

La chica se escabulle lo más rápido posible, no sin agachar la cabeza como gesto de sumisión, yo permanezco de pie zambullida en la incertidumbre de Gabriela.

Ken está frente a mí de brazos cruzados, a la espera de una respuesta. Se ha dado una ducha rápida, lo ha hecho tan deprisa que aún tiene el pelo mojado. Lleva puesto una camiseta de manga corta color chocolate, unos vaqueros claros y sus botas de igual color. Arquea una ceja incitándome a responder, sus gruesos labios permanecen inmóviles dibujando una línea recta, quiere una respuesta y la quiere ya.

—Le he pedido a Gabriela que me hiciera un café y se me había olvidado decirle que le pusiera sacarina —invento con una sonrisa forzada—. Por eso la agarraba del brazo —aprieto los labios tratando de sonar convincente.

Mi verdugo se inclina hacia delante sin descruzar sus brazos y enarca la misma ceja de forma exagerada.

—Odias el café —rebate con la boca entre abierta.

Me cago en la puta...

Frunzo el ceño arrugando la frente, con un gesto de desaprobación.

—Te equivocas, yo no odio el café...

—No sé lo que tramas, pero ya me lo contará luego Gabriela —oh mierda...

Toma unas llaves de un cenicero de cristal, se gira sobre sus talones y va directo hacia la puerta.

—Vamos.

Doy un respingón en el sitio al oír su orden y, de manera automática, le sigo los pasos.

Ken rodea la glorieta de la entrada de su casa hasta llegar a un espectacular AudiR8 blanco perla. Lo abre desde lejos con el mando a distancia y se introduce dentro, no me espera ni me abre la puerta, eso me mosquea bastante. Si le molesta que haya venido que lo diga ya.

Me meto dentro y cierro la puerta lo bastante fuerte como para que él me dedique una mirada acusadora.

—Perdón —malditos sentimientos... ¿es que no puedo simplemente actuar de manera indiferente?!

El contacto visual cesa, le oigo soltar un corto suspiro de insatisfacción y pone el coche en marcha.

Se introduce por un camino de tierra rodeado de una frondosa vegetación y campos de un color verde muy vivo, no tengo ni la menor idea de a dónde vamos, no me lo ha dicho, no ha pronunciado ni una palabra en todo el camino.

Le observo de soslayo sin dejar de pensar en las malas maneras en las que ha echado a esa chica de su casa, necesito preguntárselo.

—¿Por qué has echado a esa chica de tu casa, y de esas maneras? —mierda, he usado un tono de voz demasiado bajo, rezumo inseguridad por los dos costados.

Ken tuerce la comisura derecha de sus labios hacia arriba, dibujando una sonrisa maliciosa, pero no me mira, continúa con la mirada fija en el camino de tierra.

—Así que era esa la información que intentabas sacarle a Gabriela... —deduce sin quitar esa mueca de su hermoso rostro.

—No, a Gabriela simplemente le estaba pidiendo un poco de sacarina —insisto.

Él balancea sus verdes ojos hacia mí una milésima de segundo ensanchando su sonrisa.

—Ya... y yo soy Maria Teresa de Calcuta —ríe y desvía nuevamente la mirada hacia el frente.

Rápidamente noto el rubor en mis mejillas y corro a mirar hacia el lado opuesto. Siempre se busca las mañas para evitar responder a mis preguntas, odio cuando hace eso.

—No creo que esas sean formas de tratar a las mujeres —ataco directa a la yugular—. Y menos a una con la que acabas de... —mi rubor retorna cargado de fuerza—. Bueno, ya sabes...

Ken entorna los ojos, incrédulo.

—Siento haber roto el pacto, pero llevaba muchos días sin acostarme con nadie y después de lo de anoche pensé que iba a reventar...

¿Lo de anoche? ¿A qué se refiere?

—¿Lo de anoche? —mi mirada acusatoria logra ponerle nervioso.

—Sí, ya sabes, el striptease.

Ah, claro. La zorra siliconada.

—No quería que esa tía te viera en mi casa, se supone que estamos juntos.

—Igualmente he quedado como una cornuda Ken.

—Tenía que deshacerme de ella rápido.

—Aun así, no son las maneras. Por dios, acabas de acostarte con ella.

—¿Crees que porque se haya acostado conmigo ya merece mi respeto? —vale, creo que eso le ha molestado.

—Creo que todas las mujeres merecen ser respetadas, y no ser tratadas como un despojo —rebato igual de molesta, no me gusta esa actitud de él.

—Ese tipo de mujeres no se merecen el menor de mis respetos —masculla cada vez más serio—. Solo tienen un único objetivo: mi dinero.

Acciona el freno de mano de forma brusca y el coche se detiene en seco provocando un ligero balanceo de nuestros cuerpos hacia delante.

Ni siquiera me preocupa dónde estamos, no miro nada más que a él, esa maldita inseguridad suya... Está demasiado obsesionado con lo que le ocurrió en el pasado.

Se desabrocha el cinturón y sale del coche sin mirarme. Cierro mis ojos y suspiro abatida, ¿cómo voy a conseguir que deje atrás ese miedo y ese temor?

Los abro de nuevo y salgo del coche decidida, ahora sí, contemplo alrededor. Estamos en un vertiginoso acantilado con unas hermosas vistas al mar. El cielo está cubierto por un capote de densas nubes negras y amenaza con ponerse a llover en cualquier momento. Aquí arriba sopla una fresca brisa que mece mis cabellos, es un lugar realmente precioso. Una oleada de recuerdos azotan mi mente y un pellizco se instala en mi corazón, este lugar, esta situación... No puedo evitar recordar aquel día en su lugar favorito, con aquel maravilloso Kenai.

Está en el filo del precipicio, observando el horizonte, yo me encuentro rezagada a pocos metros tras él. De pronto se gira y esos preciosos ojos verdes me encuentran, automáticamente mi adrenalina se dispara.

—Dime de una vez, ¿qué hacías en mi casa?

—Bueno yo... yo solo quería darte las gracias — de pronto noto toda la sangre de mi cuerpo concentrada en mis mejillas.

Ken alza ambas cejas con supuesta sorpresa.

—¿Tú... dándome las gracias... a mí? —primero me señala a mí y luego se señala a sí mismo. Ríe confuso.

—Si no fuera por ti anoche hubiera cometido una estupidez —confieso demasiado nerviosa.

Jugueteo con mis dedos entrelazándolos de manera inquieta, una suave ráfaga me atraviesa haciendo oscilar los volantes de mi vestido floral y mi coleta en la misma dirección, Ken no ha dejado de mirarme en todo el rato y eso no hace más que acrecentar mi nerviosismo.

—Noa, con respecto a eso —hace una breve pausa—. Creo que deberíamos de parar esto.

¿¡QUÉ?!

Un estruendoso trueno estalla encima de nuestras cabezas haciéndonos brincar a los dos del susto. Ambos miramos al mismo tiempo hacia arriba, al momento una gota impacta en toda mi frente. Me olvido de la inminente lluvia y me centro en lo que acaba de pedirme, frunzo el ceño e intento soltar un por qué, pero él me detiene.

—Eres una chica buena y responsable, salir con nosotros no te traerá más que problemas, reconozco que no somos una buena influencia para ti, sobre todo yo.

Eso que acaba de decir me ha dejado más trastornada que lo anterior.

Como era de esperar comienza a llover, las gotas son gruesas y cada vez caen con más fiereza y velocidad, si no nos metemos dentro del coche vamos a terminar empapados.

—¿Por... por qué dices eso? Fuiste tú quién me impidió tomar esa píldora, fuiste tú quien

cuido de mí anoche... —me acerco a él insegura atravesando la cortina de agua que cae de forma incesante.

Él me mira fijamente, con el semblante serio, contemplo cómo las gotas de lluvia surcan su precioso semblante, resbalando por su bronceada tez, juraría que está apretando la mandíbula.

—Puede que ayer estuviera allí para impedirlo, pero no siempre estaré ahí para salvarte.

Comienzo a irritarme, ¿por quién me ha tomado? No, no pienso separarme de él, no ahora que lo noto tan distinto.

—¡Sé cuidar de mí misma! —reprocho apartando hacia un lado varios mechones de pelos empapados que me cubren la visión.

Un zigzagueante relámpago nos flashea a ambos, la lluvia se torna más fuerte, los dos estamos ya los suficientemente mojados como para pillar una pulmonía.

—No se trata de ti, ¿es que no lo entiendes? No me fio de Zack, Andrew nunca se moja, y Keith... —desvía la vista hacia un lado tratando de elegir la palabra adecuada para definir a mi amiga, observo como el agua le chorrea por el flequillo despuntado, una de las gotas surca despacio el puente de su nariz quedando colgando al llegar al final de la misma, a punto de precipitarse, así es como me siento yo ahora mismo, colgando del borde de este acantilado, con sus palabras como único sostén.

—No me voy a separar de Keith, me da igual lo que pienses de ella —asevero soportando el peso de la lluvia.

—No quiero manchar tu imagen, eres una chica decente y no te lo mereces.

—¿De qué estás hablando?

—Mira. Sé que yo te metí en este lío y que te prometí aguantar esto hasta el final pero sé que no voy a poder.

Permanezco callada, no sé qué decir.

—Aléjate de este mundo Noa, por favor, aléjate de mí.

Su mirada es penetrante y enormemente suplicante. ¿Por qué quieres separarme de tu lado, Ken?

La lluvia se ha convertido en una tormenta en toda regla, el agua nos golpea con ferocidad y un fuerte viento se ha levantado en esta zona. El temporal acompaña mi estado de ánimo, como si mis sentimientos se exteriorizaran, como si se manifestasen de alguna forma. Mis pies están embarrados y hundidos en la húmeda tierra, mi piel fría y mi cuerpo empapado. Tengo frío y pronto comienzo a tiritar, mi vestido está tan mojado que se ha adherido a mi cuerpo como si fuera un maldito guante, pero no soy la única, Ken, que sigue frente a mí, no luce menos aguado. Su ropa, impregnada de agua, se le ha pegado tanto al cuerpo que no parece haber prenda alguna, tanto, que las transparencias en el torso le marcan todos sus increíbles músculos. Sus pantalones humedecidos y sus botas manchadas de barro rematan ese toque arrebatadoramente sexy que la lluvia le da a este chico.

Continúa mirándome por debajo del flequillo mojado que le cubre parte de la frente con esos intensos ojos esmeralda, un escalofrío me atraviesa el alma y la piel, de pronto ya no siento frío, ya no noto la lluvia sobre mí, solo el calor que desprende su tórrida mirada.

Me ruborizo completamente a la par que me muerdo el labio inferior con ahínco. No, no pienso alejarme de él, lo repetiré una y mil veces más: no me importan las consecuencias, le amo.

—Ken, yo acepté esto sabiendo las consecuencias que tendría, así que sé valiente por una vez en tu vida y afronta todo esto —actuó de la única forma que sé frente a él, atacándole—. Ahora por favor, llévame a mi casa.

Le fulmino con la mirada y me doy media vuelta decidida a meterme en el coche. Él no dice

nada, me sigue con pesadez y se introduce en el coche conmigo.

Cuidados intensivos

He quedado con Keith en el Starbucks de siempre, aún no le he contado nada de lo que pasó ayer ni de la petición de Ken para que me aleje de él y del grupo. Tengo que saber si ha tomado esa decisión él solo o si ha sido una decisión conjunta. De ser así y si la decisión esa cosa suya la adjuntaré a puro remordimiento de conciencia, supongo que ahora se estará dando cuenta del daño que me ha provocado con esa actitud de capullo y querrá enmendarlo.

La tormenta de verano no ha cesado desde ayer y sí, me he resfriado, mi paquete de clínex y yo nos hemos vuelto inseparables. Me resguardo de la lluvia bajo mi paraguas negro, al llegar a la cafetería lo sacudo un poco para no empapar todo el establecimiento y bajo la capucha de mi anorak verde militar. Tomo asiento en una de las mesitas de la derecha junto a la enorme cristalera mientras espero a Keith, me deshago del anorak colocándolo sobre el respaldo de la silla junto al paraguas, saco mi teléfono móvil y lo dejo sobre la mesa.

Observo las gotas de agua resbalando sobre el cristal, corren a gran velocidad, adelantándose unas a las otras como si se tratase de una carrera. Vuelvo a pensar en Ken y su petición para que me aleje de él, ¿qué diantres le estará pasando para que me pida algo así? ¿Cuándo he empezado a importarle?

Al instante la puerta del establecimiento se abre dejando ver a una Keith que se pelea con su paraguas para cerrarlo. Sonríe y le hago un gesto con la mano alzada para que me localice, rápidamente lo hace y se olvida del paraguas.

—Menudo día de perros —refunfuña al mismo tiempo que se desabrocha el chubasquero color rojo.

Deja el paraguas en el suelo, el chubasquero sobre el respaldo de la silla y toma asiento, luego comienza a sacudir la cabeza como si fuera un perro mojado y todos sus tirabuzones bailotean de un lado a otro, las gotas de agua me salpican y comienzo a reír.

—¡Para! ¿Tienes complejo de animal o qué? —me burlo.

—Odio la lluvia —farfulla—. Da igual cómo te peines que siempre acaba jodiéndote el modelito.

—Presumida... —reirimino con fingido desagrado.

Keith saca una goma del pelo de su bolso y se recoge todo el cabello en una especie de moño desaliñado.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunto poniéndome de pie.

—¡Ey espera! —Keith me toma de la mano con brusquedad obligándome a sentarme—. ¿Se puede saber dónde te metiste ayer? Estuve toda la tarde llamándote.

Mis nervios se disparan, apoyo los codos sobre la mesa y mi pierna derecha cobra vida propia.

—¿Noa? —insiste ella enarcando una ceja.

—Fui a su casa.

—¿Qué?! —pregunta de manera incrédula.

Mierda, ahora me está haciendo sentir culpable por haberme presentado en casa de Ken.

—Necesitaba agradecerle lo que hizo por mí, ¿vale? —me excuso—. Aunque creo que no fue una buena idea...

—¿Por qué? —pregunta extrañada.

Me pongo más inquieta al recordar la escenita con la que me topé nada más Gabriela abrió la puerta. Agacho la cabeza y me maldigo a mí misma.

—Pues... —me sonrojo momentáneamente—. Porque justamente estaba... —me cuesta decirlo con palabras, me duele decirlo.

Keith me interrumpe.

—No me lo creo... ¡¿le pillaste en plena faena?! —exclama a pleno pulmón y todos las personas se nos quedan mirando anonadadas.

—Keith... —le recrimino con una mirada amenazante, me muero de la vergüenza.

La rubia se queda en silencio unos instantes, por la forma en que me mira diría que mi expresión ha debido de mutar de rubor a tristeza sin yo percatarme de ello.

—Noa... no imagino lo duro que ha debido de ser para ti presenciar eso —de pronto ya no grita, tan sólo susurra.

Chasqueo la lengua y me encojo de hombros fingiendo que no me afecta, pero a ella no puedo engañarla.

—Intenté huir de allí, pero entonces apareció él para impedírmelo —quiero evitar el contacto visual a toda costa con ella, ahora mismo tengo ganas de llorar y si la miro no voy a poder controlar mis emociones.

—¿Dejó de hacer lo que estaba haciendo para salir a buscarte? —parece muy impresionada.

—Si... incluso echó a la chica con la que estaba... ya sabes, y me pidió que le esperara dentro de casa.

Keith desliza el dedo índice por su mentón dibujando un círculo mientras mira hacia el techo pensativa.

—Entonces has debido de conocer a Gabriela.

¿Keith conoce a Gabriela? Pestañeo fuertemente y la miro directamente a los ojos, quizás ella pueda resolver mis dudas respecto a esa chica.

—Sí, ella fue quién me abrió la puerta.

—Gabriela, Gabriela... —canturrea Keith poniéndose en pie—. Voy a pedir un *latte machiatto*, ¿tú un chocolate con nata, como siempre?

Asiento un tanto confusa, ¿por qué se ha dirigido a ella de esa forma?

Al rato aparece con las bebidas, vuelve a tomar asiento y me sonrío con perspicacia, yo la miro con los ojos rebosantes de curiosidad, sé que me esconde información de primerísima calidad.

—Escúpelo, ¿qué sabes de Gabriela? —reitero inclinándome sobre la mesa.

La rubia ríe abiertamente.

—¿En serio no lo has notado?

La miro enarcando una ceja, ¿a qué se refiere exactamente?

—He notado que actúa de una forma exageradamente sumisa frente a Ken, además de que él la trata sin el más mínimo de los miramientos.

Ella me mira de reojo mientras que con una cucharilla de plástico remueve su bebida humeante.

—Gabriela está enamorada de Ken.

¿Qué..?

—¿Enamorada? —pregunto de forma incrédula.

—Y Ken lo sabe, por eso la trata así —confiesa acercando el enorme vaso de plástico a sus rosados labios y dándole un minúsculo sorbo.

Extrañada, frunzo el ceño, ¿la trata así sabiendo que ella lo ama?

—Pero eso es muy... cruel —me atrevo a decir.

Ésta pone cara de dolor al tragar, no sé cómo puede beberse eso, está ardiendo.

—Primero, él no la corresponde, y piensa que tratándola de ese modo ella acabará desistiendo, y segundo, no cree que ella lo ame de verdad, tan sólo la ve como una oportunista.

Ahora lo entiendo... Ken y su maldita manía persecutoria...

—Pobre Gabriela... —musito con la mirada perdida.

—Ya, pobrecita... y oye, ¿a dónde te llevó ese capullo, qué te ha hecho?

Suspiro, Keith no tiene ni la menor idea de lo que es el amor.

—Me ha pedido que me aleje de él y de vosotros y que terminemos con esta farsa.

Keith abre los ojos como platos, desiste en su intento de tomar otro sorbo de café y con la palma de la mano abierta da un fuerte golpe en toda la mesa. Yo la observo estupefacta.

—¿¡Qué?! —una vez más está gritando.

—Cálmate, ya le he dicho que no me voy a alejar de ti.

—Ese capullo... ¿cómo se atreve a decirte eso? —parece como si el demonio se la hubiera tragado de repente.

—El cree que no sois una buena influencia para mí —cierro un ojo temerosa por su reacción.

De pronto se calma, cierra los ojos y me regala un tortuoso suspiro.

—Supongo que tiene razón...

Creo que se sigue sintiendo culpable por lo de la otra noche.

—Keith... —alargo una mano acariciando el dorso de la suya, no quiero que se siga sintiendo mal por aquello.

—Aun así, no entiendo como Ken te ha pedido eso, no es propio de él preocuparse por los demás.

—Al menos ya sé que ha sido idea de él, pensaba que había sido una idea conjunta —pongo cara de preocupación.

—¿Y qué has decidido? —pasa su mano por encima de la mía de manera que ahora me la sujeta con fuerza—. ¿Vas a alejarte de Ken para siempre?

¿Alejarme de Ken para siempre?

La puerta del establecimiento se abre desviando mi atención hacia ella, para mi sorpresa veo aparecer a Andrew y a Zack, ¿qué mierda están haciendo aquí?

—¿Qué cojones hacen esos dos aquí? —farfullo entre dientes.

—¡Ah! Yo los he llamado.

¿Qué?

Keith comienza a llamarles desde lejos, ambos nos localizan enseguida y se acercan hacia nuestra posición. Me desilusiona ver que Ken no viene con ellos, en el fondo de mi alma lo necesito a cada momento conmigo.

Andrew se acerca con amplia sonrisa, en cambio Zack, que se encuentra tras él, permanece con el rostro serio y sombrío, yo miro hacia otro lado en cuanto establecemos contacto visual, lo último que necesito ahora mismo es verle la cara a este gilipollas.

Toman asiento junto a nosotras, me jode que Keith los haya llamado, ¿para qué diantres los ha llamado si se puede saber? ¿Y por qué no está Ken con ellos?

—Podías haberme avisado de que iban a venir, en ese caso no habría venido —mi voz rezuma rencor por cada una de mis cuerdas vocales, me incordia tener a este sujeto a mi lado.

—Pues por eso mismo no te lo he dicho, porque no habrías venido —sonríe con picardía.

Zack se remueve en el sitio claramente incómodo, no soporta que lo trate con esta indiferencia.

—¿Y Ken? ¿Por qué no le has llamado? —indago cruzándome de brazos.

—Claro que lo he llamado, pero Gabriela me dijo que estaba con fiebre, por eso no está aquí —responde Keith con total pasividad.

¿Enfermo? Dios... la mojada que cogimos ayer...

—Creo que vosotros dos tenéis un asunto pendiente... —añade mi amiga señalándonos a Zack y a mí.

Ni siquiera atiendo a lo que acaba de decir Keith, no puedo dejar de pensar en Ken, solo, enfermo y sin nadie que lo cuide.

—Noa... yo quería pedirte disculpas de nuevo por lo que hice, sé que no merezco ni que me mires, pero por favor... —oigo la voz suplicante de Zack retumbando en mi oreja derecha, oírle me cripa los nervios.

—Mira, tú no eres más que un gilipollas, si no llega a ser por Ken a saber cómo habría terminado —asevero alzando un poco la voz y desgarrándole con la mirada.

Zack se pasa los dedos por el cabello de forma nerviosa a la vez que sonríe con prepotencia, luego cierra el puño y lo estampa contra la mesa haciendo que todos peguemos un brinco en el sitio.

—¿Así que ahora resulta que el señorito Ken es un héroe? —su mirada está repleta de ira, puedo ver como sus dientes hacen protrusión los unos contra los otros.

—Al menos él no ha intentado drogarme —reprocho poniéndome en pie.

Tomo mi anorak y me lo coloco a toda prisa, no pienso aguantar ni una memez más de este infeliz.

—¿A dónde crees que vas? —grita Keith nerviosa.

No contesto, cojo mi paraguas del suelo y me despido de Zack dedicándole una bofetada visual, él resopla por los ollares y mira hacia otro lado de forma rabiosa.

Salgo a toda prisa ignorando los reclamos de Keith, afuera sigue lloviendo, guiada por mis impulsos alzo la mano y detengo un taxi con un único y claro destino: ir a casa de Ken.



El taxi se detiene junto a la glorieta del caserón de Ken Miller's, le agradezco la amabilidad al chófer y tras pagar la oportuna cuantía me bajo del coche.

La lluvia no ha cesado, me refugio bajo mi paraguas negro y me acerco con inseguridad a la enorme puerta de cristal tras la que se halla mi caballero oscuro. Inspiro profundamente antes de llamar, ¿qué estoy haciendo aquí?, él mismo me pidió que me alejase de él, ¿cómo va a reaccionar cuando me vea de nuevo en su casa?

Me armo de valor y pulso el timbre una sola vez. Una parte de mi ser pide a gritos que nadie abra la puerta, y la otra parte combate con ésta para que la puerta se abra y vea a Ken tras ella.

Finalmente la puerta se abre y veo a una tímida Gabriela tras ella, quién me mira con ojos inquietos, de seguro me ha reconocido.

—Hola Gabriela —la saludo con una débil sonrisa en mi rostro, el saber que ella también está enamorada de Ken me obliga a verla con otros ojos.

—Usted es la chica de ayer —confirma pasmada.

Asiento ensanchando un poco más la sonrisa, sabía que me reconocería.

—Vengo a ver a Ken.

—Esto... —se muerde el labio inferior de forma nerviosa y desvía la mirada hacia el suelo—.

El señor está...

—Lo sé, está enfermo.

Rápidamente alza la cabeza y me contempla con asombro.

—¿Cómo lo sabe? —cuestiona sin salir de su asombro.

—¿Me dejas pasar? —no pienso contarle mi vida a esta chica, así que cierro el paraguas y me atrevo a empujar la puerta hacia dentro para adentrarme en la casa, pero ella me detiene.

—Señorita, me temo que no puedo hacer eso —trata de detenerme pero yo no desisto.

—Vamos Gabriela, déjame pasar, estoy preocupada por él.

Dejo de empujar la puerta y la miro con desesperación, ella agacha la mirada y permanece callada por unos segundos.

—Está bien... —finalmente se hace a un lado y me permite entrar en la casa.

Dejo el paraguas dentro del paragüero y me deshago del anorak colgándolo en el bonito perchero que hay junto a la puerta.

—¿Dónde está?

—Arriba, en su habitación.

La chica continúa con su comportamiento sumiso incluso conmigo, entrelaza las manos y juguetea con sus dedos de forma inquieta, estoy segura de que le caerá una reprimenda por haberme dejado entrar.

—Gabriela, no te preocupes, le diré que te he obligado a dejarme entrar —trato de tranquilizarla apoyando una mano en su hombro.

Ella me mira entornando los ojos, sorprendida por mi actitud.

—Pero...

—Vete a casa, yo me haré cargo de él —sonríó amablemente.

—No puedo hacer eso... —susurra.

—Tranquila, no pasará nada, tienes mi palabra.

Gabriela se ruboriza ante mi amabilidad, asiente agachando la cabeza y se da media vuelta, pero antes de perderse por el largo pasillo del vestíbulo se gira de nuevo hacia mí.

—El señor Miller's y usted no estáis juntos de verdad, ¿no?

Toda la sangre corre a acumularse en mis mejillas, me quedo congelada en el sitio, muda, sin poder articular palabra alguna.

—Pero sé que usted le ama, lo sé por la forma en que lo mira —por primera vez ella sonrío, una tímida y bonita sonrisa que trata de ocultar a toda costa, ríe como una chiquilla que acaba de hacer una travesura, se da media vuelta y se va.

Alucino, ¿cómo se ha dado cuenta? Bueno, ella vive prácticamente con Ken, y después de la incómoda situación del otro día supongo que habrá atado cabos...

Subo las escaleras hacia el piso superior en silencio, deslizado mi gélida mano por la brillante barandilla plateada, el corazón comienza a galopar dentro de mi pecho, ¿qué le digo?, ¿qué cojones le digo?

Cuando me doy cuenta estoy frente a la puerta, puedo oír el sonido de una televisión, ¿estará dormido?

Trago saliva de manera forzada y agarro el pomo con ilusa seguridad, me tiembla todo el cuerpo, tengo que serenarme antes de entrar en esta habitación. Abro la puerta despacio, tratando

de hacer el menor ruido posible, ante mí veo una habitación de dimensiones desorbitadas, una pantalla de enormes pulgadas y una ostentosa cama de matrimonio. Sobre la cama hay alguien recostado dándome la espalda, no puede verle porque está totalmente cubierto por una gruesa manta de color morada con detalles negros.

Cierro la puerta con sigilo, pues creo que está dormido. Me acerco muy despacio hacia la cama, sin apartar la vista de las sábanas y sin darme cuenta tropiezo con unos trastos que tiene tirados por el suelo, con tan mala suerte que caigo de bruces.

Me incorporo con la velocidad de un rayo y me quedo sentada en el suelo con ambas manos apoyadas sobre el mismo, como era de esperar Ken se despierta sobresaltado. Asoma la cara por encima de las sábanas, puedo vislumbrar el resplandor de sus verdes ojos, los cuales ahora lucen decaídos y agotados por la fiebre.

—¿No...Noa? —su voz suena congestionada.

No respondo, me he quedado petrificada, con la respiración a mil kilómetros por hora y las mejillas al rojo vivo.

—¿Qué diablos haces aquí? —se destapa por completo dejando al descubierto un torso esculpido y unos pantalones de pijama negros.

Mi mudez continúa dominándome, no puedo apartar mis ojos de él, de quién incluso con fiebre sigue luciendo tan tentador.

—¡Gabriela! —grita usando todas sus fuerzas, pues realmente parece muy debilitado.

—No está —me atrevo a hablar.

Él frunce el ceño extrañado.

—Le he pedido que se marche.

—¿Le has pedido qué? —reprocha un tanto molesto.

Intenta levantarse, pero se lo impido poniéndome de pie de un salto.

—¡No, no te levantes! —le suplico apoyando ambas manos en sus hombros.

Su intensa mirada me acalla al instante, el contacto con su tersa piel me hace estremecer, el mero hecho de estar tocándole me provoca miles de cosas al mismo tiempo. Ken resopla y finalmente se sienta sobre la cama de nuevo, inmediatamente le suelto.

—¿Me explicas que haces en mi casa? Creí que te había dejado claro que te alejases de mí —está sentado sobre el filo de la cama sin dejar de mirarme.

—Yo... solo quería devolverte el favor —miento.

Oigo cómo se ríe.

—Vamos Noa, no conviertas esto en una cadena de favores —puedo ver una sonrisa provocadora asomando en su cansado rostro—. ¿No te estás tomando muy en serio esto de ser mi pareja? —me está mirando directamente a los ojos y eso me pone de los nervios.

—Sí, por eso mismo estoy aquí —decido imitar su actitud arrogante—¿Dónde tienes el termómetro? —pregunto aparentando serenidad aunque por dentro estoy temblando como un puñetero flan.

Él me mira con picardía, a pesar de estar enfermo conserva su peculiar carácter.

—¿Da igual lo que te diga, verdad?, nunca me vas a hacer caso.

Encuentro el termómetro sobre la mesita de noche, lo cojo ignorando sus palabras y se lo ofrezco.

—Ten, pónitelo.

Lo toma sin dejar de mirarme de la misma forma y se lo coloca bajo la axila. Yo me quedo de pie junto a él a la espera de los resultados.

—Noa, en serio te lo agradezco, pero no tienes por qué hacer esto —vaya, eso ha sonado muy

serio.

—Lo hago porque en parte es mi culpa que estés así... —mierda, eso ha sonado muy blando—. Además, tú cuidaste de mí la otra noche —trato de rectificar mi tono pero él ya tiene preparado el contraataque.

—¿Estás siendo amable conmigo? —me regala una sonrisa burlesca.

El aparato comienza a pitar, se lo arrebató de mala gana y miro el resultado.

—Solo será por hoy... —retomo mi actitud desafiante de siempre.

¡Dios, tiene casi cuarenta de fiebre!

—Ken, tienes casi cuarenta de fiebre, será mejor que te acuestes y te resguardes del frío, voy a por algo para que te baje la fiebre —le advierto echándole las mantas por encima.

—Que afortunado soy...tengo a mi enfermera personal...

Eso lo ha dicho con un tono de lo más pervertido. Ignoro sus tonterías y me dirijo al botiquín, aquí hay toda clase de medicamentos. Tomo unas pastillas para calmar la fiebre y regreso junto a él.

—Ten, esto hará que te baje la fiebre —le ofrezco la píldora junto a un vaso de agua.

Se incorpora un poco y se toma la pastilla, bebe un trago de agua y me devuelve el vaso.

—Gracias. Oye ya que te estás aquí voy a pedirte un favor —abre un pequeño cajón de la mesita de noche y saca de él una carpeta negra.

Le miro entornando los ojos, ¿qué es eso?

—Hoy tenía que ir al estudio a entregar unos documentos, ¿serías tan amable de entregarlos por mí? —implora con cara de corderito degollado.

¿Estoy oyendo bien? ¿Ken pretende que me presente en el lugar donde trabaja y hable en nombre de él?

—Claro, pero... ¿crees que me van a dejar entrar?

—Oficialmente eres mi novia, todo el mundo sabe quién eres, hasta mi madre quiere conocerte —sonríe, a pesar de que su rostro luce cansado.

¿Qué...?

—De acuerdo —me acerco y tomo la carpeta de sus manos— solo dame la dirección y llamaré a un taxi.

—No es necesario, ¿me pasas el pantalón que tienes justo detrás de ti? —señala la silla que tengo detrás.

Me giro y tomo el vaquero, estoy confusa, ¿querrá cambiarse de ropa?

Husmea los bolsillos del pantalón hasta sacar unas llaves, me mira, sonríe con picardía y me lanza las llaves.

—Puedes ir en mi coche.

¿QUÉ?

—¡¿Tu, tu coche?! —exclamo alucinada.

—Keith me ha dicho que eres buena conductora —se recuesta de nuevo depositando toda su confianza en mí.

Agarro las llaves fuertemente entre mis manos sudorosas, ¿está de coña verdad?

—No, no puedo conducir un coche de millones de dólares, es una responsabilidad muy grande.

—No quiero oír ni una tontería más, y no vuelvas por aquí hasta que no entregues esos papeles —me ordena muy seriamente.



El cochazo está estacionado fuera y para colmo sigue lloviendo. Suspiro, voy a conducir el coche de Ken Miller's y estoy cagada de miedo. Abro la puerta y me introduzco en el coche rápidamente, afuera solo se oye el sonido de la lluvia que empapa los cristales. El auto está increíblemente limpio y huele a él, a su perfume. Recoloco el asiento y lo adecuo a mi menudo cuerpo, acaricio la tapicería del volante y sonrío. Aun no comprendo qué está pasando con Ken, ni por qué confía tanto en mí, pero es indudable que esto me hace muy feliz, demasiado feliz.

El camino es largo y tortuoso, conduzco como si llevara una puta bomba en el maletero a punto de explotar. Ken confía en mí lo suficiente como para prestarme su coche, y yo tengo la obligación de devolverlo en perfecto estado.

Al llegar al lugar el guardia de seguridad me pregunta mi nombre, sin poner la menor pega abre la verja y entro a los estudios. Por un momento fantaseo y dejo volar mi imaginación. Abren paso, la señora Miller's entra en escena.

Estaciono el coche y me dirijo al lugar que me ha indicado Ken, el edificio 23. Corro huyendo de la lluvia y me resguardo bajo el tejado. Al llegar al edificio tomo el ascensor hasta la tercera planta. Hay mucha gente trabajando en este lugar, noto sus miradas curiosas clavadas en mí, husmeando y analizando mi fisionomía.

He llegado, este es el sitio.

Toco la puerta con mis nudillos y en seguida oigo una grave voz tras ella.

—Adelante, está abierta.

Automáticamente se me hiela la sangre. Reconozco ese timbre de voz, lo conozco demasiado bien.

Creo que lo mejor será que me dé la vuelta, no voy a entrar ahí dentro, lo siento Ken.

Me apresuro en escapar de allí pero una mano sobre mi hombro me detiene.

—Eh espera, ¿eres Noa? Mi hermano me ha avisado de que vendrías.

Mi corazón galopa como un corcel desbocado dentro de mi pecho. Dios... no pensé en esta probabilidad de encontrarlo y muchos menos aquí.

Giro mi rostro despacio hasta toparme de frente con su precioso semblante. Me recibe con una flamante sonrisa que hace que sus ojos se achinen, automáticamente noto todo el calor de mi cuerpo concentrado en mi cara.

—Soy Tayen —me extiende su mano sin borrar la sonrisa de su rostro.

Tayen...

No reacciono, no puedo creer que lo tenga delante, tan real y tan hermoso como en mis sueños.

Abro mi boca y tomo una bocanada de aire, siento como me flaquean las piernas y me invaden unas repentinas ganas de llorar. Trato de sonreír como mejor puedo y extendiendo mi mano para saludarle.

—Si... soy Noa Méndez.

En seguida noto la calidez de su mano sobre la mía, me la estrecha sin dejar de sonreír y yo experimento mil escalofríos recorriendo cada centímetro de mi cuerpo.

—Un placer conocerte Noa.

Su voz es varonil y seductora, tal y como la imaginé. Lo miro más detenidamente. Es alto y corpulento y va vestido con unos vaqueros claros y un jersey de cuello redondo color aceituna que le marca sus voluminosos bíceps. Su rostro de piel canela está cubierto por una barba perfectamente recortada, sus ojazos color avellana rezuman un brillo especial y su pelo de color azabache resplandece como iluminado por miles de soles.

Lo miro totalmente anonadada, me resulta increíble tenerle por fin delante de mis ojos, aunque duele demasiado esa sensación de ser la única que lo recuerda todo, es como estar en una película en la que todos han perdido la memoria.

—Vamos, pasa dentro —me suelta la mano y me hace un gesto invitándome a pasar.

Mi nerviosismo se dispara, no quiero estar a solas con él.

—No es necesario, solo venía para entregarte esto —le enseño la carpeta.

Él me mira con un gesto de extrañeza y luego vuelve a sonreír.

—Vamos mujer, ahora somos cuñados, ¿no?

Noto como el corazón me da un vuelco dentro del pecho y todos esos falsos recuerdos desbordan mi mente. Nuestra historia de amor, Denahi, la disputa entre hermanos, la reconciliación en aquella habitación, la huida del Turko...

Asiento con la cabeza y accedo a pasar, no sé muy bien por qué.

—Toma asiento —oigo como cierra la puerta y mi músculo cardíaco vuelve a enloquecer.

Hago lo que me pide y me siento. Estoy tan nerviosa que es imposible que no se haya dado cuenta ya.

—Así que el niño pequeño está enfermo y te ha pedido a ti que le hagas el recado —oigo como se ríe y ladea la cabeza.

—Sí, tiene bastante fiebre y bueno... a mí no me importaba venir —balbuceo en un tono casi inaudible.

De pronto se sienta frente a mí, tras la enorme mesa de madera de pino del despacho. Apoya el codo izquierdo en el brazo de la silla y se sujeta la sien con dos dedos sin dejar de mirarme.

Se crea un absoluto silencio y ninguno de los dos dice nada. Su mirada es tan intensa y penetrante que me paraliza la respiración.

Por favor...no me mires de esa forma.

—Así que eres la chica del accidente —finalmente él decide romper el silencio.

No puedo ocultar mi cara de asombro, ¿Ken le ha hablado de mí?

—¿Ken te lo ha contado? —me atrevo a preguntarle.

Sonríe con picardía sin cambiar de postura, él y Ken son tan parecidos...

—Entre Ken y yo no hay secretos.

Trago saliva, no sé si eso es bueno o malo.

—Tenía entendido que acabaste bastante mal con mi hermano, que incluso le pegaste una bofetada delante de todos.

Mis mejillas vuelven a ruborizarse. Joder, ¿también le ha contado eso?

—Yo...bueno... —escondo mi rubor mirando hacia otro lado, me muero de la vergüenza.

—No te sientas culpable, se lo merece por gilipollas —se ríe con malicia—. Pero ahora veo que volvéis a ser amigos, incluso te ha prestado su coche.

No soy capaz de ocultar mi alegría y sonrío con timidez.

—Y también veo que tenía razón, eres preciosa.

Doy un brinco en el sitio y le miro fijamente con el rostro en estado de combustión. ¿Ken piensa que soy... preciosa?

Veo como se muerde levemente el dedo meñique de la misma mano con la que se sujeta la sien

y entro en estado de pánico.

—Vayamos al grano —se incorpora inclinándose hacia mí— Soy fotógrafo profesional y estoy a cargo de la agencia de modelos *Miss perfect*.

¿Fotógrafo? ¿Agencia de modelos?

—Tienes todas las cualidades que busco en una mujer y me encantaría que posaras para mí —sonríe de nuevo tensando sus carnosos labios.

Estoy en shock y el sudor ya recorre mi frente. ¿Posar para Tayen?

—No te entiendo... —es lo único que atino a decir.

Se ríe abiertamente y vuelve a recolocarse.

—Me encantaría hacerte una sesión de fotos.

Pestañeo sucesivamente tratando de asimilar lo que me acaba de proponer.

—Pero...

—Sé que estáis fingiendo una relación para poder deshaceros del acoso de la gente.

Estupendo, Ken se lo ha contado a Tayen.

—Y me gustaría que la novia de mi hermano ocupara una de mis portadas.

Sonríe con los ojos cerrados. Lo menos que me esperaba hoy era reencontrarme con Tayen y que me hiciera esta propuesta.

—No sé qué decir... me has pillado por sorpresa.

—No tienes que decidir ahora, ten —me da una tarjeta—. Llámame si cambias de opinión —acabe la frase con un sensual guiño de ojos.

Tomo la tarjeta entre mis manos temblorosas y me pongo de pie.

—Yo... lo pensaré —aprieto los labios tratando de sonreír pero estoy demasiado nerviosa —Encantada...

—Un auténtico placer conocerte Noa —me despide con una seductora sonrisa desde su escritorio.

En cuanto entro en el coche dejo salir todos estos sentimientos reprimidos y rompo a llorar. No puedo creer que haya conocido a Tayen, es demasiado.

Todo el trayecto he conducido entre lágrimas, no tengo ni la menor idea de que responder a la propuesta de Tayen. Estaciono el coche frente a la puerta y toco el timbre de la enorme mansión.

Unos minutos después alguien abre la puerta.

—Vaya, si que has tardado. Empezaba a preocuparme —mi hermoso caballero oscuro me abre la puerta con una aparente mejoría en su estado de salud.

Sigue con el torso al descubierto y el pantalón de pijama. Mis pervertidos ojos le observan con deseo, esa barba de dos días y ese pelo despeinado lo hacen irresistible.

—Vas a coger frío así —le regaño en un intento de aislar mis pensamientos.

—Bueno, veo que Keith tenía razón, el coche ha llegado de una pieza —bromea señalando al *Audi* con la cabeza.

—Ten —le devuelvo las llaves y entro en la casa.

Camino hasta el vestíbulo y me giro hacia él con los brazos en cruz.

—Veo que estás mejor, ¿te ha bajado la fiebre?

—Sí, me ha bajado unas décimas. ¿Por qué has tardado tanto? —insiste tras cerrar la puerta.

Trago saliva y vuelvo a ponerme nerviosa. No quiero hablar de Tayen, es demasiado incómodo para mí hablar de ese tema.

—Es que me he tomado mi tiempo en llegar, conducir esa millonada es un auténtico estrés —me invento la peor excusa del mundo. Camino unos pasos y tomo asiento en el sofá.

—Y supongo que has conocido a mi hermano —ahora el que se cruza de brazos es él.

Oh mierda...

—Sí... —me ruborizo—. No sabía que era fotógrafo profesional.

—En realidad hace cosa de un año que empezó con eso —se despeina el flequillo de forma despreocupada.

—Pues parece ser que le va bastante bien —afirmo con una sonrisa.

Kenai se acerca hacia mí y cuando me quiero dar cuenta lo tengo sentado a mi lado.

—¿Y... qué te ha parecido? —pregunta con cierta cautela.

Le miro extrañada, ¿en serio me lo está preguntando?

—No te entiendo —me remuevo en el sitio.

—Una vez estuviste enamorada de mi hermano, o eso ponía en tu diario.

Joder, ¿de verdad me vas a hacer pasar por esto Ken?

—Sí, pero el Tayen que acabo de ver es muy diferente al que recuerdo.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta.

¿Por qué dice eso?

—¿Y de qué habéis hablado?

—¿A qué te refieres? —me niego a contarle su propuesta, me da demasiada vergüenza.

—Le hablé a Tayen de ti, ¿sabes? Él buscaba nuevos modelos y... —está evitando mirarme a toda costa.

¿Todo esto ha sido una artimaña para que me lo encontrase?

—¿Así que lo de los papeles que tenías que entregar era solo una excusa para que me lo encontrara? —eso me ha molestado bastante.

—Sí —se gira hacia mí manteniendo un dedo en el aire—. De ninguna manera habrías aceptado ir por voluntad propia.

Cierro los ojos y rio para mis adentros. ¿Así que Ken realmente ve en mí el talento necesario para convertirme en una modelo?

—¿Por qué le has contado a Tayen lo del montaje?

—Entre Tayen y yo nunca ha habido secretos. Quiero que siga siendo así.

Experimento un gran alivio al oír eso. Me gusta saber que su relación es buena y que no existe esa rivalidad de mi sueño.

—Pues resulta que tu hermano me ha propuesto una sesión de fotos —confieso.

—¿En serio? —parece muy sorprendido.

—Sí, pero no voy a aceptarla —toda esta conversación empieza a incomodarme.

Me pongo de pie y tomo mi anorak y mi paraguas del perchero.

—¿Qué? ¿Por qué? —exclama con el ceño fruncido.

—Ken, mírame, no soy ese tipo de mujer que sale en las revistas —me abochorno de mí misma, pero es la verdad.

Él me contempla durante unos instantes en total silencio y un nudo en mi garganta comienza a dificultarme el tragar.

—Pues eso no es lo que yo veo.

Me ruborizo automáticamente.

—Gracias por el cumplido, pero no voy a hacerlo —me doy media vuelta y me dispongo a salir de la casa—. Cuídate y haz el favor de abrigarte.

Me dedica una tierna mirada que me ablanda el corazón y sonrío.

—No era ningún cumplido. Vete tranquila, sé cuidarme solo.

Sigo aquí

Al volver a casa y abrir la puerta de mi habitación me encuentro a Keith sentada en la silla de mi escritorio cruzada de brazos y piernas y un claro rostro de insatisfacción.

—¿Qué estás haciendo aquí? —frunzo el ceño mientras me deshago de mi anorak.

—¿Esperarte? —responde como si fuera lo más obvio del mundo.

—Bueno pues ya estoy aquí —trato de restarle importancia al asunto.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —de un salto la tengo agarrándome de la muñeca y apuñalándome con sus ojazos azules.

Me suelto de su agarre y la miro entornando los ojos.

—Estaba en... la biblioteca —vacilo un poco y ella no tarda en darse cuenta.

La veo reírse con desgana, luego vuelve a cruzarse de brazos.

—Noa, si hay algo que se te de realmente mal es mentir.

Su mirada acusatoria me intimida, lo sabe, sabe que he ido a casa de Ken.

—He ido a verle —finalmente la presión me supera, total, ya sospecha algo.

Rápidamente se descruza de brazos y comienza a sermonearme.

—¿Has ido a verle? —pregunta de manera incrédula—. ¿Acaso no recuerdas las normas?

Mi mente no tarda en colapsarse, tomo asiento sobre el colchón de mi cama.

—Lo sé, pero...

—Pero, pero —me interrumpe—. ¡Y no me vengas con el cuento de que solo querías devolverle el favor porque ya fuiste a su casa y le pillaste follando con otra! —Keith comienza a alzar la voz y a hacer aspavientos con las manos.

Aprieto los ojos y pongo gesto de repulsión.

—No necesito que me lo recuerdes...

—¡F follando con otra! —reitera señalando con el dedo a ninguna parte—. Y por si fuera menos te dije que te alejaras de él y de nosotros.

Enmudezco, el escozor de garganta se avecina.

—¿Noa, es que no tienes orgullo? —ha dejado de gritar.

Aprieto los labios, un nudo ya se ha instaurado en mi garganta, miro hacia otro lado y dos lágrimas se desbordan de mis ojos.

—Estaba preocupada por él... —comienzo a sollozar.

Keith cierra los ojos y resopla. Luego camina hasta sentarse a mi lado.

—Noa... —inclina la cabeza hacia atrás aún con los ojos cerrados —. Él nunca te va a dar eso que ansías.

Me restriego las manos por las mejillas tratando de limpiarme las lágrimas.

—Ya lo sé... —confieso con la voz rota.

—Ven aquí —la rubia me toma con delicadeza del hombro y me recuesta sobre su regazo.

—Si no cumples las reglas acabarás convirtiéndote en otra más de su lista —recrimina con un tono de voz calmado.

Aspiro las lágrimas sin dejar de llorar. Lo último que querría es eso, ser una más de su lista.

—Es difícil, muy difícil resistirme. Es como una droga, le necesito.

Keith no dice nada, me acaricia el pelo en silencio y eso me tranquiliza.

—He conocido a Tayen.

Ella da un brinco en el sitio y deja de acariciarme el pelo.

—¿Cuándo has conocido a Tayen? —preguntan sus grandes ojos.

—Hoy, Ken me pidió que fuera al estudio a entregarle unos documentos.

—¿Ken te ha pedido que fueras al estudio? ¿Por qué haría tal cosa? —el asombro de Keith va en aumento.

—Lo más sorprendente es que me prestó su coche para ir hasta allí.

—¿Te ha prestado su coche?! —ésta pestaña sucesivamente —. Maldito capullo, y a mí siempre me da largas... —masculla.

—Por alguna razón él confía en mí —recuerdo aquello que me confesó en la bodega, su primer amor y de cómo ella le traicionó. Keith no sabe nada de eso, normal que desconfíe de él.

—Eres un cielo, además él sabe de sobra que nunca le traicionarías... en cambio yo... —se ríe con malicia.

Me contagia su risa, Keith tiene un carácter fuerte, pero en realidad es un amor de persona.

—¿Y qué te ha parecido Tayen? ¿Era como en tu sueño? —parece intrigada.

He dejado de llorar. Permanezco recostada sobre sus piernas.

—Físicamente sí, pero su carácter es más...invasivo.

—¿Invasivo?

—No sé, más intimidante, más...

—¿No te habrá tirado los tejos? —Keith me mira de reojo arqueando una ceja.

—El sabe que mi relación con Ken es una farsa.

—Lo suponía, esos dos son uña y carne.

—Me ha propuesto una sesión de fotos.

Mi amiga cambia la expresión de su cara, me toma la cabeza con delicadeza apartándome de ella y se pone de pie.

—Ni se te ocurra aceptar esa propuesta —me advierte con un dedo alzado, noto como aprieta la mandíbula, parece enfadada.

—Todavía no he decidido lo que voy a hacer —yo también me pongo de pie.

—Cariño, no te dejaría hacer eso ni por todo el oro del mundo.

—¿Hacer el qué? Solo son unas fotos.

—Nena, si Ken te ha enviado a ti a llevar esos documentos a su hermano es porque algo trama —comienza a caminar de un lado a otro por la habitación como tigre enjaulado.

—La cosa es que Ken me dijo que le había hablado de mí a su hermano —recapacito en voz alta.

La rubia se detiene y me mira fijamente.

—¿Ves? No es la primera vez que lo hacen, engatusan a una chica guapa con la idea de ser modelo y cuando ya la tiene allí... —Keith da un golpetazo sobre la mesa del escritorio.

Mis ojos la miran expectantes.

—¿Abusan de ellas? —la pregunta me aterra.

—No, no abusan de ellas, abusan de su propio físico, saben que no hay mujer que se les resista. Las chicas acceden encantadas —aclarar.

—¿Acceden? —mi cara se descompone.

—Noa, sexo grupal, Ken y Tayen suelen intercambiar ligues.

¿En... en serio?

—No voy a permitir que te corrompan de esa forma.

Noto como el calor se acumula en mi rostro, cada vez más y más. Recuerdo aquella fantasía, aquella noche en la que Ken, Tayen y yo... No, imposible, Ken no está tramando semejante cosa.

—Eres una paranoica —espeto.

—Lo que tú digas. Solo prométeme que no aceptarás esa sesión de fotos.

—Lo... lo prometo —afirmo cabizbaja.

—Esa es mi chica —me guiña un ojo—. Esos dos son unos pervertidos y unos viciosos, mantente alejada de ellos.

Frente a todo pronóstico he resistido la tentación de llamar a Tayen y aceptar su succulenta propuesta. La pernicioso idea de que lo hayan planeado todo me perturba y me enciende en sobremanera, no lo voy a negar, aquella fantasía la disfruté demasiado. Si Keith tiene razón cumpliría esa fantasía pero, ¿y luego qué?, se quedaría simplemente en eso, un placentero recuerdo.



Han pasado unas cuantas semanas desde la última vez que vi a Ken, sé que ha estado de viaje y no hemos tenido ningún tipo de contacto, ni siquiera un mensaje de texto, nada. Supongo que lo de parar la farsa iba en serio, aunque tampoco he recibido ninguna llamada de Vanessa al respecto. Ya no sé qué pensar.

Los días son largos y tortuosos sin tener noticias de él, desde aquel día no he vuelto a saber nada. No consigo concentrarme y hay noches en las que no puedo dormir. Me paso el día con el teléfono en la mano y la agenda abierta con su nombre en pantalla. Sería tan sencillo pulsar esa maldita tecla y tan solo oír su voz... Pero no, no voy a hacerlo.

Estoy en mi habitación redactando un caso práctico de la universidad con *Sia* puesta en los cascos a todo volumen. Canto una estrofa de *Big Girls Cry* con los codos apoyados sobre el escritorio ajena al mundo que me rodea.

*I may cry ruining my makeup
Wash away all the things you ve taken
And I don't care if I don't look pretty
Big girls cry when their hearts are breaking...*

Dentro de mi mundo percibo una señal del exterior, un centelleo bajo un puñado de folios que descansan sobre la mesa del escritorio. Es mi móvil. Al mirar la pantalla veo que la llamada procede de un número privado. Frunzo el ceño, ¿quién me llamará desde un número privado? Vacilo un poco antes de contestar, pero la insistencia me obliga a responder.

—¿Si?

—Hola, me gustaría hablar con la señorita Noa —es una voz femenina.

—Sí, soy yo.

—Soy Gabriela, trabajo en casa del señor Miller's. ¿Se acuerda de mí?

¿Gabriela? ¿Por qué me está llamando Gabriela?

—Por supuesto que te recuerdo —aprieto los ojos y un millón de dudas invaden mi mente— ¿A qué se debe tu llamada?

Noto su respiración agitada tras el auricular, tengo un mal presentimiento.

—Estoy preocupada por el señor Miller's... —su voz se quiebra.

Mis nervios se disparan y de un golpe arrastro hacia atrás la silla del escritorio.

—¿Qué... qué ha pasado Gabriela? —me tiembla la voz.

—¿Acaso no lo sabe? El señor Nantai falleció el lunes y Ken está destrozado... —comienza a sollozar.

Mi rostro palidece, me sujeto la frente con una mano asimilando la noticia. ¿El padre de Ken ha muerto?

—Lo enterraron hace tres días, pero señorita, él lleva desde entonces encerrado en casa sin dejar de beber. Le escucho llorar y le juro que se me parte el alma... —Gabriela parece muy afectada y me está transmitiendo su sufrimiento.

—Tranquila Gabriela, no llores —trato de calmarla pero yo estoy igual que ella.

Dios, ¿por qué nadie me ha contado nada?

—De verdad lamento mucho molestarla pero estoy muy preocupada por él.

—¿Y por qué me llamas a mí? Hace semanas que no sé nada de él...

—No es mi intención entrometerme en sus asuntos, pero hace mucho que no se os ve juntos, ¿habéis discutido?

Oh mierda, ¿qué se supone que debo de contestarle?

—Bueno, él tiene una agenda muy ocupada y pues...

—Él ahora mismo necesita a alguien a su lado y en la primera persona que pensé fue en usted. Me ruborizo entre mis lágrimas de tristeza. ¿Por qué yo?

—Llámele, hágale saber que sigue ahí.

—Pero...

—Tengo que dejarla señorita, adiós.

Mi mirada se pierde en la nada con el sonido de la llamada colgada pitando en mi oído. Tras unos segundos reacciono y recapacito. Pienso en él y en lo mal que lo debe de estar pasando y me consumo en una profunda tristeza. ¿Por qué Keith no me ha contado nada? ¿Cómo no me he enterado de una noticia así? No le he apoyado en esto, ¿qué debe de estar pensando de mí? Dios... ¿Con qué cara voy a llamarle ahora después de haber estado semanas sin saber de él?

Lloro en silencio, no me perdono haberle fallado en un momento tan crítico. Ken es lo que más quiero en el mundo, pero me doy cuenta de que en realidad no sé nada de su vida. Esa confianza que creí que había depositado en mí, ¿qué fue de ella?

Limpio mis lágrimas y suspiro. No importa, le quiero, tengo que hacerlo, voy a llamarle.

Sostengo el teléfono entre mis manos temblorosas y busco su número en la agenda. Me levanto de la silla y me dirijo hacia la cama, estoy muy nerviosa, no tengo ni la menor idea de cómo va a reaccionar cuando lo llame, ni siquiera sé si me va a responder al teléfono.

Finalmente me armo de valor y aprieto la tecla verde.

Un tono, dos, tres...

Cierro los ojos y los aprieto con fuerza. No contesta.

Cuatro tonos, cinco tonos...

El contestador va a saltar de un momento a otro. ¿Y si ya ha borrado mi número?

El miedo me domina, estoy a punto de llorar.

—¿Sí? —oigo su inconfundible tono de voz.

Mi corazón da un vuelco dentro de mi pecho y me quedo muda.

—¿Hola? ¿Quién es?

—Ken... —le nombro con un nudo en la garganta.

—¿Noa? ¿Eres tú?

Me ha reconocido, Ken me ha reconocido. Parpadeo y las lágrimas salen disparadas de mis ojos.

—Lo siento mucho Ken... —trato de mantenerme serena pero me resulta imposible, se me quiebra la voz.

Se queda callado. Entiendo que le resulte doloroso recordarlo.

—Gracias Noa.

—Acabo de enterarme, no sabía nada, lo siento de corazón... —no sé cómo estoy soportando las ganas de llorar.

—Tranquila, no quería que lo supiera nadie. ¿Cómo te has enterado?

Oh mierda, no puedo delatar a Gabriela.

—Pues... supongo que era cuestión de tiempo que me enterase.

—Entiendo...

—¿Cómo estás?

—Bastante jodido —oigo como suspira.

—Oye, sé que no conocía a tu padre y que no tengo ningún derecho a decirte esto pero... lamento no haber podido estar ahí para apoyarte... —genial, estoy llorando.

—No te sientas culpable por favor —noto un ápice de preocupación en su voz—. Soy consciente que de alguna manera sentías aprecio por mi padre a pesar de no haberle conocido.

Gilipollas deja de llorar, le estás preocupando.

—¿Sabes? Ya le había dicho a Vanessa que no quería seguir con esto, hasta he borrado tu número. ¿Ella no te ha dicho nada?

¿Qué? ¿Está hablando en serio?

—No, nadie me ha dicho nada.

—Joder, Vanessa sigue emperrada en alargar esto.

Vaya, sí que iba en serio lo de que me alejase de él. Pero aunque me pida a gritos que lo haga soy incapaz de abandonarle en un momento como este.

—¿Seguro que estás bien? —insisto.

—Tranquila pequeña, estaré bien —¿por qué me miente?

—Si necesitas hablar...

—No te preocupes.

—De veras, no quiero que pases por esto solo —no puedo, no quiero verle sufrir.

Me responde con un inquietante silencio.

—¿Puedo ir a verte?

—Claro... —su voz suena apagada.

—Pues si no estás ocupado estaré allí en una hora.

—Aquí estaré.

—Hasta luego Ken.

—Hasta luego Noa.



Una hora después me encuentro frente a la casa que ya se me ha vuelto familiar. Toco la puerta dominada por los nervios, hace semanas que no le veo y no sé cómo debería de actuar. ¿Un beso en la mejilla, un abrazo, o un simple: me alegro de verte?

No me da tiempo a pensar nada más, Ken abre la puerta.

La imagen que me encuentro me deja estupefacta. Ken tiene un aspecto devastador. Lo primero que me llama la atención son sus ojos, rojos e hinchados de tanto llorar, y unas terribles ojeras que delatan su falta de sueño. No se ha afeitado en días y su pelo luce más largo de lo normal. Tiene un aspecto demacrado, debe de estar pasándolo realmente mal.

Automáticamente me emociono, me duele verle así, duele demasiado.

Me dedica una débil sonrisa al verme tan afectada.

—Lo sé, estoy horrible —sus ojos se cristalizan, está a punto de llorar.

Sin pensar en las consecuencias me lanzo hacia él y lo envuelvo en un cálido abrazo.

—Lo siento... —lo abrazo con fuerza y rompo a llorar.

Permanece erguido bajo el umbral de la puerta, yo lloro y hundo mi rostro en su pecho. Al instante noto sus fornidas manos rodeando mi espalda, me aprieta contra su cuerpo sin decir una sola palabra. Permanecemos así unos largos minutos, hasta que yo dejo de llorar.

—Perdona, no quería ponerme así —me separo de él y me seco las lágrimas a toda prisa.

De pronto me percato de que me está mirando con... ¿ternura?

—Gracias por venir.

La promesa

Tomamos asiento en el cómodo sofá del recibidor. Yo sigo abrasándome por dentro al recrear el cálido tacto de sus brazos alrededor de mi cuerpo hace tan solo un instante, y esa manera tan tierna con la que me ha mirado.

—He hecho lo imposible porque nadie se enterase de esto, ni siquiera la prensa lo sabe, ¿me explicas cómo diantres te ha llegado esa información? —estamos sentados uno al lado del otro, él se ha girado hacia mí y parece querer respuestas.

Trago saliva, no puedo delatar a Gabriela, tengo que inventarme algo rápido.

El repiqueteo de unos zapatos de tacón a toda prisa desvían mi atención. Ahí está, Gabriela, la responsable de que yo esté aquí.

—Bienvenida señorita, me alegra verla de nuevo por aquí.

Rápidamente nuestras miradas se cruzan, ella me sonrío tímidamente, parece satisfecha por haberme hecho venir.

—Ah Gabriela, justo a tiempo —responde Ken—. Noa, ¿quieres tomar algo?

—Eh... tráeme lo más parecido a un té —le pido a ella con una sonrisa forzada.

—Claro —ahora sonrío abiertamente.

Me sonrojo de nuevo y aparto la mirada hacia otro lado, estoy actuando raro, lo sé, y ya comienzo a notar los intensos ojos de Ken observándome con recelo.

—¿Y bien? No me has respondido.

Joder, y dale con el temita.

—Pues... —alzo la vista y le miro fijamente a los ojos—. Me temo que no puedo revelarte mis fuentes —sonrío al finalizar la frase.

Ken alza una ceja y entorna los ojos extrañado.

—Está bien, no me lo quieres decir. Ya lo averiguaré —sentencia un tanto serio.

Mierda, no quiero que Gabriela se meta en problemas joder.

—Qué más da eso, lo importante es que tú estés bien.

Su expresión cambia y me relajo un poco, vuelvo a notar esa calidez en su mirada, la gratitud en sus ojos.

—No estoy bien Noa, esto me está afectando mucho —confiesa cabizbajo.

—Lo entiendo, perder a un padre debe de ser muy duro...

—No he sido un buen hijo —sentencia.

—No digas bobadas.

—¿Sabes que fue lo último que le dije a mi padre? —le tiembla la voz.

Le observo atentamente, viendo cómo sus hermosos ojos verdes comienzan a cristalizarse.

—Ojalá te mueras.

Ken cierra los ojos y un par de lágrimas se precipitan por su piel tostada. Mi corazón se encoje con fuerza al presenciar su tristeza, me muerdo el labio inferior con impotencia, quiero consolarle pero no puedo.

—Ken, todos decimos cosas horribles alguna vez...

—No —no me deja terminar—. Él siempre quiso lo mejor para mí y yo me comporté como un cabrón con él y ahora ya no está... —se le atorán las palabras, trata de mantenerse sereno pero la emoción le supera.

—Ken... —siento un escozor en la garganta, me duele verle sufrir, no lo soporto.

—No he podido despedirme de él... —corre a cubrirse el rostro con una mano y rompe a llorar.

Mi respiración se acelera, oigo su llanto y mi alma se desgarrar un poco más. Las lágrimas no tardan en caer de mis ojos, quiero consolarle, quiero abrazarle y confesarle todo esto que siento.

Lloro, impulsada por mis propios sentimientos me acerco a él, aproximo mi mano a su hombro y le acaricio con cautela.

—Ken... —le nombro en un susurro casi inaudible, pero él parece haberlo oído.

Descubre su rostro y me contempla con la desolación más grande que jamás haya visto, sus verdes ojos llenos de lágrimas me conmueven, devoran mi esencia y me ponen totalmente a su merced.

—No voy a dejarte solo.

No dice nada, me observa en inquietante silencio clavando sus pupilas en mí, ¿acaso me he excedido en mis palabras?

Estoy tan sumergida en el mar de sus ojos que no me percaté de cómo ha alargado su mano hasta que noto el tacto de su piel sobre mi mejilla izquierda.

—Ni yo quiero que te vayas —susurra de una manera tan sutil que todos los vellos de mi piel se erizan al mismo tiempo.

Veó cómo acerca su rostro hacia mí, tan cerca que puedo olfatear el aliento a alcohol que desprende su boca. Balancea su mirada hasta mis labios, los contempla atentamente, yo me he quedado congelada, taquicárdica y apnéica.

—Aquí os traigo las bebidas —Gabriela aparece de repente, yo pego un brinco en el sitio y me aparto de Ken a toda velocidad.

Mi cuerpo está a punto de combustionar, ¿qué cojones ha sido eso?

Gabriela deja un café, una taza de té y unas pastitas de sabores sobre la mesa. Luego se marcha como si no hubiera visto nada.

Tomo la taza de la mesa a toda prisa y le doy un sorbo, el té está ardiendo pero nada comparado con el calor que me abrasa por dentro. Un silencio incómodo se ha instaurado en la sala, al menos Ken parece haberse serenado.

—Ésta Gabriela siempre tan oportuna... —sonríe con desgana.

¿Oportuna? ¿Acaso iba a hacerlo? ¿Ken iba a...? No, imposible.

Debo desviar el asunto ya, dejo la taza en la mesa y le miro de soslayo.

—¿Por qué has estado tanto tiempo desaparecido?

—Iba en serio con lo de parar esto, pero parece ser que el destino se encapricha en unirnos una y otra vez —sonríe tímidamente al hablar.

—Y Vanessa, ¿qué opina de eso?

—Obviamente Vanessa quiere que sigamos con esta farsa, francamente estamos sacando mucho dinero con todo esto.

—Lo sé, ni siquiera sé que voy a hacer con tanto dinero —ríe de manera nerviosa.

—¿Entonces quieres seguir siendo la chica de Ken Miller's?

—Respetaré tu decisión, si no quieres seguir con esto lo comunicaremos públicamente y ya está.

Él se queda callado. Noto como su ardiente mirada me escanea de arriba abajo y comienzo a incomodarme de nuevo. ¿Por qué me mira así? ¿Qué estará pensando?

—Está bien, veamos a dónde nos lleva todo esto.

Ken emite un largo suspiro y su mirada vuelve a perderse en la nada. Dios, tengo que animarle

de alguna manera.

—Aún estás a tiempo de despedirte de tu padre.

Él me presta toda su atención.

—¿Fue incinerado o lo enterraron?

—Está enterrado en el nicho familiar.

—Pues hazle una visita, habla con él.

Ken me mira como si estuviera loca.

—¿Pretendes que hable con un muerto? Yo no creo en esas cosas —recrimina.

—Da igual si crees o no, necesitas desahogarte, él estará ahí para escucharte.

Me mira desconfiado y niega con la cabeza. Luego se pone de pie secándose las lágrimas del rostro.

—Tonterías, no pienso hablar con un trozo de piedra.

—Créeme, necesitas hacer esto, no puedes quedarte con todo ese remordimiento guardado.

Aprieta los labios y me mira de manera nerviosa. Sé que quiere hacerlo pero algo se lo impide.

—Te he dicho que no te voy a dejar solo, iré contigo —afirmo con seguridad.

Su expresión cambia y me dedica una leve sonrisa.

—Está bien, supongo que con tu compañía será menos duro —vuelve a sonreír y sus ojos se achinan.

Yo también sonrío. Me parece increíble que me deje participar en algo tan personal como esto.

—Voy a cambiarme.



Estamos en el cementerio, frente al espectacular nicho de la familia Miller's. Ken está muy nervioso, no deja de menear el pie derecho y se muerde los labios más de lo normal. Se ve impecable con ese conjunto negro que lleva puesto, pero su rostro sigue reflejando la angustia y la tristeza que le invaden por dentro.

Aprieta con fuerza el ramo de orquídeas que ha encargado a la mejor floristería de Los Ángeles, yo le miro de reojo asombrada, desconocía esta faceta suya, toda esa fortaleza y seguridad que suele mostrar ahora está ausente, es como estar frente a un niño indefenso.

—¿Qué debería de decirle? —me pregunta con una sonrisa nerviosa.

—No lo sé, dile lo que sientes, aquello que no pudiste decirle antes de que pasara esto.

Veo como oprime la mandíbula y todos sus músculos se tensan, a juzgar por lo poco que sé, la relación con su padre no ha debido de ser muy buena, entiendo que le resulte difícil abrirse a él.

Vacila de nuevo, quiere pero no puede. Alargo mi brazo, le agarro de la mano y un fuerte escalofrío me recorre entera.

—Puedes hacerlo —le animo con una amplia sonrisa.

Ken mira hacia abajo, hacia nuestras manos unidas, luego regresa su mirada hacia mí y vuelvo a verlo, la gratitud en sus ojos.

Tuerce los labios y sonrío. Yo suelto su mano y me alejo despacio, esto es algo que debe de

hacer solo.

Me coloco a unos cuantos metros de él, tras una de las lápidas. Kenai comienza a hablar.

—Esto... bueno... es la primera vez que hago algo así. No tengo por costumbre hablar con los muertos y esas cosas, ¿sabes?

Le observo desde la distancia, se mueve de forma inquieta y sonrío con nerviosismo.

—Sé que esto es una tontería y que es imposible que vayas a oír nada de lo que te diga, pero Noa es muy insistente y bueno... ella ha sido la que me ha convencido para hacer esto.

Le está hablando de mí...

—Lamento mucho todo el daño que te hice, sé que ésta no es la vida que tú querías para mí, pero como decías siempre, cada quién es dueño de su destino. Yo elegí mi destino sin tener en cuenta tus palabras y ahora me siento más perdido que nunca.

Oh joder, Kenai...

—Esta vida llena de lujos y vicios es agotadora, no sabes la de veces que he deseado mandarlo todo a la mierda y volver a ser un don nadie, volver a la vida que tenía antes y huir de todo esto. Pero mi ambición por escalar siempre me ha superado.

<< Os dejé de lado por vivir esta vida, no te escuché cuando debía, me he encerrado en una celda yo solo, y la llave siempre la he tenido yo. Tú siempre me decías: nunca es tarde, pero ahora ya es tarde para todo eso. Tú te has ido y yo ni siquiera he podido decirte lo buen padre que has sido siempre, te has desvivido para darnos lo mejor y yo no supe valorarlo.

Su voz comienza a quebrarse, su mentón se arruga y sus ojos se empapan.

—Lo siento, siento no haber sido un buen hijo, siento no haber estado contigo cuando más me necesitabas. Uno nunca sabe lo que tiene hasta que lo pierde, ¿no? Joder y cuánta razón tenías...

Sus palabras me emocionan, no tenía ni idea de lo perdido que ha estado todo este tiempo.

—Prometo ser mejor persona, prometo dejar de hacer el imbécil y valorar lo que tengo, porque, ¿sabes? He encontrado un motivo para cambiar.

Escucho cada una de sus palabras sin dejar de sollozar. ¿Un motivo?

—Bueno, creo que eso es todo lo que tenía que decirte, pero prometo volver a visitarte.

Ken se inclina y deja el hermoso ramo de flores encima de la lápida.

—Te quiero papá.

Cierra los ojos y suspira. Veo cómo se seca las lágrimas y yo corro a esconderme. Viene hacia aquí.

—¿Noa?

—Estoy aquí —aparezco tras él.

—Ya he terminado —parece mucho más tranquilo.

—¿Mejor?

—Sí, la verdad es que tenía una carga enorme que me oprimía el pecho, ahora me siento mucho mejor —sonríe apretando los labios.

—¿Ves? Lo necesitabas —le devuelvo la sonrisa.

Permanece en silencio sin dejar de mirarme y yo dejo de sonreír. ¿Por qué me mira de esa forma? Me pone de los nervios.

—¿Qué pasa? —noto cómo me sonrojo.

—Gracias, gracias por hacer esto por mí.

Mi rubor se incrementa.

—No es nada.

—Noa, me he comportado como un mal nacido contigo y tú siempre has estado ahí para todo, eres la única persona con la que puedo contar. Hoy me lo has demostrado.

Dios para, me va a explotar la cara.

—Yo... —¡mierda, mierda! —¿Y qué hay de Tayen? Se nota que tenéis muy buena relación.

—¿Crees que mi hermano no me guarda rencor por lo que le hice a mi padre? Solo me está dando lo que me merezco.

—Vamos, no digas eso...

—En los malos momentos siempre he estado solo, hasta que apareciste tú —su mirada se torna más intimidatoria.

—Ahora somos amigos, los amigos están para lo bueno y lo malo, ¿no?—me río en un intento de ocultar mi nerviosismo.

—Cuidas de mí, te preocupas por mí, y eso me gusta —sonríe con picardía.

—No soy tu madre... —le regaño con sorna.

—Eres de las pocas personas que me valoran por cómo soy y no por quién soy, haces esto sin esperar nada a cambio.

Hago esto porque te quiero, idiota.

—Noa, quiero que me prometas algo.

Le miro entornando los ojos. ¿Promesa?

—Prométeme que a partir de este momento no existirán secretos entre nosotros.

Mi corazón comienza a latir descontrolado. ¿Nada de secretos? ¿Y qué pasa con mis sentimientos?

Ken alza la mano y me muestra el dedo meñique. ¿Estás de coña?

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto.

—Ni que tuviéramos cinco años —me río pero a él no parece hacerle la menor gracia.

—No estoy bromeando —dejo de reír y me quedo callada—. Te valoro mucho y no me voy a arriesgar a perderte.

Balanceo la mirada hacia otro lado mientras recreo sus palabras en mi mente. Estoy confusa, Ken ha cambiado tanto su actitud en todo este tiempo que ya no sé cómo interpretarlo.

—Pero eso solo lo hacen los mejores amigos...

—Lo sé, sé que Keith es tu mejor amiga, ¿pero acaso no puedo serlo yo también?

Estoy flipando, ¿ahora quiere que seamos mejores amigos? ¿Qué no haya secretos entre nosotros? Sigue con el meñique en alto alentándome con la mirada.

—Claro, pero si Keith se entera seguro que te rebana el cuello —bromeo.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr —Ken termina la frase regalándome una flamante sonrisa que me fustiga la entrepierna.

¿Debo prometer algo que sé que no voy a poder cumplir?

Asiento con una sonrisa y levanto el dedo meñique, Ken me responde agrandando su sonrisa, acerca su dedo al mío y ambos se entrelazan en un fuerte apretón.

—Lo prometo.

Salto al vacío

Me siento como una delincuente que ha cometido un gran crimen. ¿De verdad voy a poder guardar en secreto mi nueva relación con él? ¿Hasta cuándo podré mantenerle oculto mis sentimientos a Ken? Me he metido de lleno en la boca del lobo y ni siquiera tengo claro sus verdaderas intenciones.

Dios, me a va a explotar la cabeza, llevo toda la puta mañana dándoles vueltas y más vueltas al tema. No voy a poder ocultarle algo así a Keith, además miento fatal.

Son las tres de la tarde, acaba de terminar la jornada de hoy y yo me dirijo hacia la parada de autobús por la zona de atrás del campus universitario. Camino ausente al mundo que me rodea, con mis cascos de música y *Sia* sonando de fondo en mi cabeza. De pronto un cochazo blanco se detiene justo delante de mí, cortándome el camino y dándome un susto de muerte.

Me quito los cascos y lo maldigo en mil idiomas, tiene los cristales tintados y no puedo ver a la persona que conduce. La ventanilla del conductor comienza a bajar despacio pero yo desvío la mirada, ignorándole por completo.

—¿Te he asustado?

Automáticamente giro mi cabeza hacia el sonido y mis ojos se abren con expectación. Ken es el conductor del cochazo blanco.

—¡Ken! ¿Qué estás haciendo aquí? —farfallo.

—Sube al coche y te lo cuento —me incita mirándome por encima del cristal de sus gafas de sol.

Mis nervios se disparan, la zona está llena de estudiantes, si alguien lo ve...

—¡Estás loco! Alguien podría verte —me coloco delante de la ventanilla y le tapo con mi cuerpo.

—¿Y qué más da que nos vean? Somos novios, ¿recuerdas? —sonríe con picardía—. Sube al coche.

—No puedo, es lunes, tengo que ir a casa a comer con mis padres, ¿recuerdas? —le imito.

—Vamos, he pedido el día libre para estar contigo.

De repente no noto el latir de mi corazón en mi pecho. ¿Ha pedido el día libre para estar... conmigo?

Mi cara entra en combustión, ¿para qué quiere estar a solas conmigo?

—O entras o voy a tener que secuestrarte.

—¿Y qué le digo a mis padres?

—Diles que has ido a comer a casa de Keith —se encoge de hombros.

Mi corazón late de nuevo, miro a mi alrededor y los curiosos comienzan a amontonarse y a cuchichear, el flamante coche de lujo de Ken no pasa desapercibido para nadie.

—Está bien.

Corro y me introduzco en el coche. Ken pisa el acelerador y en un abrir y cerrar de ojos dejamos la universidad atrás.

—¿Se puede saber a dónde me llevas? —pregunto desesperada.

—Quería compartir contigo uno de mis hobbies favoritos.

—¿El señor Miller's tiene hobbies? —le pregunto arqueando una ceja.

—Si el sexo cuenta como hobby, sí —dictamina torciendo los labios de manera perversa.

—Ja, ja...

—No ahora en serio, hay una cosa que me encanta hacer, me ayuda a liberar tensiones, a quitarme el estrés del día a día —me explica con entusiasmo.

—¿Y no es el sexo? —pregunto con ironía.

—Eso también ayuda, pero mi hobby secreto solo lo practico una vez al mes.

—¿Puedes dejar ya el secretismo?

—Cuando llegemos lo verás.

—Vale... voy a enviarle un mensaje a mi madre para avisarle de que no voy a ir a comer.

Mientras escribo un whatsapp me doy cuenta de que ya estamos llegando al sitio pues Ken aminora la velocidad. Alzo la vista y me quedo anonadada, ¿qué es esto? ¿Un aeropuerto?

—Hemos llegado señorita —me informa deteniendo el coche dentro del recinto.

—¿Qué es esto? —mis ojos no salen de su asombro.

—Ahora lo verás.

Sonríe con malicia, se desabrocha el cinturón de seguridad y sale del coche.

Guardo el teléfono móvil en mi bolso y me bajo del coche yo también. Al salir me encuentro dentro de una enorme pista de aterrizaje, puedo ver helicópteros, alguna avioneta y varias naves llenas de gente entrando y saliendo.

—¿Me explicas dónde estamos? —no entiendo absolutamente nada.

Ken se quita las gafas de sol y achina sus deslumbrantes ojos.

—Vamos a superar ese miedo tuyo a las alturas.

Tras decir esto comienza a caminar hacia una de las naves.

—Sígueme.

Parpadeo en sucesivas ocasiones tratando de comprender el por qué estamos aquí. Finalmente le obedezco y voy tras él.

Ken hace su aparición por la puerta y todos los presentes se giran a saludarle con entusiasmo, en especial un hombre bastante cachas con el que se funde en un fuerte abrazo.

—¡El señor Miller's! —grita el hombre tras palmearle la espalda—. Empezábamos a preocuparnos.

—Siento la ausencia, mi padre falleció esta semana y no he tenido ganas de nada.

El hombre se queda callado y pone cara de preocupación.

—Joder Ken, lo lamento mucho.

—Gracias.

La tristeza vuelve a asomar por su bello rostro, se pasa la mano por el mentón y su mirada se pierde en la nada. Yo me encuentro rezagada, ni siquiera me he atrevido a cruzar la puerta.

—¿Has venido acompañado? —el hombre recién se ha percatado de mi presencia.

—Eh sí —Ken vuelve en sí—. Ella es Noa, mi pareja—se gira y hace un gesto de manos para que me acerque.

—Hola —me coloco a su lado y saludo al hombre fornido con un apretón de manos—. Encantada.

—Una chica valiente, ¿eh?

—¿Chica valiente? Mi cara es un poema.

—Bueno, en realidad Noa tuvo un accidente de avión hace un año y desde entonces ha desarrollado cierto pánico —aclaro Ken.

—Vaya, lo siento mucho —el hombre me dedica una mirada compasiva.

Dirijo mi mirada hacia el señor Miller's exigiéndole una explicación.

—Verás, cada primero de mes vengo a este lugar, me pongo uno de esos trajes que están ahí

colgados y... salto.

—¿Saltas?

—Sí, ya sabes, paracaidismo.

¡¡No me jodas!! Y una mierda, no pienso saltar ni muerta.

—¿¡Saltar en paracaídas?! —exclamo un tanto irritada—. No, no, yo me largo.

Trato de huir pero Ken no tarda en detenerme. Se coloca delante de mí y una vez más me corta el paso.

—¡¡Espera, espera, por favor!!

—No pienso saltar, sabes que odio las alturas —mascullo.

Todo el mundo nos observa, ¡qué vergüenza!

—Por favor, tienes que confiar en mí.

—¿Este era tu hobby? ¿Lanzarte al abismo a cientos de kilómetros de altura? —estoy enfadada, no me creo que me haya traído aquí para esto.

El moreno de ojos verdes suspira y pone los brazos en jarra.

—Está bien, no voy a obligarte a hacer nada que no quieras.

—Ni que lo digas. Pediré un taxi, no hace falta que me lleves a casa.

—Noa...

Le ignoro y saco el móvil del bolso dispuesta a largarme de este sitio.

—Nunca he compartido esta experiencia con nadie.

Camino más despacio hasta que finalmente me detengo.

—Solo pretendía que superaras ese trauma.

Me giro sobre mis talones hasta que nuestras miradas se encuentran.

—¿Sabes? Me hacía ilusión saltar contigo, pero en fin, soy un imbécil, pedirte que hagas algo así...

Se da por vencido. Comienza a caminar en dirección contraria y el miedo se apodera de mi cuerpo.

¿De veras le hacía ilusión hacer esto juntos? Oh joder, ¿qué cojones hago? Ken me está ofreciendo un acercamiento, lo que siempre había soñado, y yo no hago mejor cosa que salir corriendo.

—¡Espera!

Detiene la marcha y se gira hacia mí.

—Saltaré solo si tú saltas conmigo.

Una mueca de felicidad aparece en su cara.

—Claro, no pensaba quedarme aquí abajo.

—Saltaré solo si tú saltas conmigo —hago hincapié en la última parte de la frase.

Ken me mira entornando los ojos. Creo que no me estoy explicando bien.

Levanto el dedo índice y señalo a mi izquierda a un par de personas que se están preparando para saltar. Uno está enganchado al otro por una especie de arnés de seguridad, lo he visto alguna vez en la tele, saltan juntos y comparten el mismo paracaídas.

—¿Quieres que saltemos juntos, juntos? —se ríe.

—Pues claro, dices que todos los meses vienes aquí a saltar, supongo que ya tienes la suficiente experiencia cómo para velar por la vida de un segundo saltador.

—Por supuesto —afirma con orgullo.

—Además, no me fío de ésta gente, sé que son profesionales y todo eso pero...

—Tranquila, desde un principio había pensado hacerlo así pero me encanta que seas tú la que me lo hayas pedido —me guiña un ojo y se da media vuelta.

Dicho y hecho, estoy metida en un lío y ya no hay vuelta atrás. Voy a hacerlo, voy a saltar desde un puto avión a quince mil pies de altura, todo por satisfacerle, todo por hacerle feliz. Maldito amor.

El avión comienza a ganar altura, ambos estamos vestidos con esos trajes especiales y unidos por el arnés de seguridad, el cual espero que no se rompa porque cómo me vea cayendo sin control me muero antes de estrellarme contra el suelo.

—¿Nerviosa?

Trago saliva y no respondo. Estoy temblando como un flan, tengo pánico, odio las alturas, no me gustan las atracciones y mucho menos la caída libre. Pero el sentirle a él detrás de mí me calma en cierto modo, ya que estamos pegados por ese cinturón, yo delante de él, y noto su calidez y su aliento en mi nuca, y eso a su vez me pone nerviosa. ¡¡Dios, quiero bajarme de este trasto!!

—No tengas miedo, yo estoy aquí contigo. Si nos matamos morimos los dos —oigo cómo se ríe y le miro con cara de asesina.

La puerta del aparato está abierta, trato de no mirar hacia abajo pero es inútil, se me van los ojos. Solo veo nubes y un enorme cielo azul, no se ve el suelo.

Me aferro con fuerza al barrote de metal que hay junto a la puerta, me tiemblan las piernas, ¿y si algo sale mal y nos matamos? Nadie sabe que estoy aquí con él.

—Dime, ¿por qué has cambiado de opinión? —me susurra muy cerca del oído.

Volteo la cara hacia él, no me había dado cuenta de lo pegados que estamos, es casi como si me estuviera abrazando por detrás.

—A mí también me van los deportes de riesgo —miento.

—¿Haces esto por mí? ¿Por hacerme feliz? —insiste.

Miro atentamente sus negras pupilas, destacan como un agujero negro en mitad del universo, el inmenso universo de sus ojos verdes. Por supuesto que lo hago por ti, te quiero más que a nadie.

—Lo has pasado muy mal estos días, si esto te anima te apoyaré hasta el final.

Ken me regala la sonrisa más sincera que jamás haya visto. Y ahí está de nuevo, la gratitud, la ternura y el cariño en su mirada.

—A la de tres saltamos.

Mi corazón late deprisa y mi respiración comienza a agitarse, noto que me falta el aire y el sudor me empapa la frente. No puedo creer que vaya a hacerlo, a tirarme al vacío por él, esto es una locura.

—Uno...

Cierro los ojos con fuerza, ya no hay vuelta a atrás, saltaré, saltaré y pondré mi vida en riesgo como lo hice aquella ocasión, cuando Kenai trató de quitarse la vida.

—Dos...

Estoy aterrada. Aprieto con fuerza el barrote de hierro y por primera vez en mi vida rezo. Ken parece percatarse de mi miedo y no tardo en notar la calidez de su mano sobre la mía.

—¿Confías en mí? —susurra de nuevo.

Le miro una última vez a los ojos y una extraña paz me invade.

—Sí...

Ken asiente, agarra mis manos y rodea mi cuerpo en un fuerte abrazo.

—¡Tres!

¡¡Oh Joder!!

Ken salta del avión arrastrándome en la caída.

Grito, grito y cierro los ojos tan fuerte que duele. Noto la fricción del aire sobre mi piel y la sensación de velocidad. Mi adrenalina sube a un ritmo vertiginoso, sube por mi estómago y sale

por mi boca en forma de gritos ensordecedores.

—¡¡Vamos Noa abre los ojos!!

Ken no ha soltado mis manos, ha abierto los brazos en cruz obligándome a imitarle.

—¡¡Yiah!!!

Le oigo gritar, pero no son gritos de pánico como los míos, Ken está disfrutando como un niño con esto.

Decido hacerlo y entre gritos abro los ojos. ¡¡¡Dios!!!

Ken mueve su cuerpo y cambiamos de postura, se gira y da piruetas en el aire. Todo me da vueltas, solo veo cielo y nubes.

El descenso es tan vertiginoso que creo que me voy a desmayar en cualquier momento.

A cada lado de nosotros aparecen otros dos paracaidistas. Creo que son los encargados de velar por nuestra seguridad si algo sale mal.

El descenso continúa y el suelo cada vez se ve más cerca. Grito hasta quedarme afónica, la sensación de caída libre es indescriptible. Es un subidón de adrenalina que me recorre desde la cabeza hasta los dedos de los pies.

De golpe noto un fuerte tirón en seco y el paracaídas se abre. ¿Ya está? ¿Ya se ha terminado?

—¡Se terminó la atracción señorita! —entre el ruido del aire logro distinguir su voz.

Inspiro y me relajo, puedo ver mis pies y bajo ellos diminutos edificios y la pista de aterrizaje rodeada de forestación.

Disfruto de la fresca brisa del aire y del hermoso paisaje, la vertiginosa caída ha resultado ser más corta de lo que me esperaba, y lo mejor de todo: seguimos vivos.

En cuestión de minutos estamos pisando tierra firme. Apoyo mis pies en el suelo y noto como el paracaídas cae sobre el suelo.

La euforia me envuelve como si estuviera poseída, no me lo puede creer, lo he hecho, he saltado desde un helicóptero con Ken.

—¡Dios, ha sido acojonante! —me quito el casco y las gafas protectoras y los lanzo por los aires.

—Si no te estás quieta no voy a poder desabrocharte esto —me reprocha entre risas.

Finalmente logra soltarme y me deshago del arnés, impulsada por la emoción del momento comienzo a correr de un lado para otro sin parar de reír.

—Veo que te ha gustado la experiencia —afirma con una enorme sonrisa.

—¿Bromeas? ¡¡Ha sido la leche!! —mi felicidad es máxima.

—¿Entonces cuento contigo para la próxima vez? —me incita con una mirada perversa.

—Hecho.

Alzo mi mano derecha y le muestro la palma de mi mano, él tuerce los labios y choca su mano con la mía, pero en vez de retirarla me agarra de ella y me lleva hacia él, suelta mi mano, rodea mi espalda con ese mismo brazo y me pega contra su pecho. Me quedo paralizada y mi sonrisa se esfuma. Noto su otro brazo alrededor de mi cintura y su aliento bajo mi oreja.

Permanece pegado a mí durante unos instantes en los que no soy capaz de reaccionar hasta que oigo su voz.

—Eres muy valiente —me susurra. Me ruborizo, sentirle así me bloquea todos los sentidos—. Bueno, ¿tienes hambre?



Estamos en un sitio de comida rápida alejado de la ajetreada ciudad, apenas somos unas cuatro personas en todo el establecimiento, no hay riesgo de avalancha de fans ni nada por el estilo.

—Nunca pensé que sería capaz de hacer algo así —pienso en voz alta mientras me meto un nugget de pollo en la boca.

—Hoy has logrado sorprenderme de verdad —confiesa.

—Tienes razón, ayuda a liberar tensiones —río.

—Creo que eres la mujer más valiente que conozco.

¿Valiente yo? Si ni siquiera soy capaz de afrontar mis sentimientos.

—No, soy una cobarde. Esto es lo más valiente que he hecho en mi vida —acaba de desaparecer mi sonrisa.

—¿Bromeas? Decidiste viajar hasta California para presidir el club de fans de un actor famoso, ¿no es valiente eso?

—Visto así...

—Sobreviviste a la muerte, conseguiste volver a caminar, eres prácticamente mi pareja y bueno...—entorna los ojos—... te lanzaste al mar y me salvaste la vida.

Me ruborizo por enésima vez tratando de esconder el rostro tras mi cortina de pelo.

—Dime, ¿te arrepientes de todo eso? —le observo tras mi mata de pelo—. Ya sabes, de crear el club de fans y de lanzarte al agua a por mí...

Se muerde los labios fugazmente y esquiva mi mirada, ¿qué le pasa?

—Creo que todo en la vida tiene que pasar por una razón.

Centra sus ojazos en mí y noto como aprieta la mandíbula.

—No has contestado a mi pregunta.

—No, no me arrepiento de nada —respondo con tanta seguridad que hasta yo me sorprendo.

Ken sonrío, parece satisfecho con mi respuesta.

—¿Lo volverías a hacer ahora que ya sabes cómo soy?

Dios... no me esperaba una pregunta así.

—No, no volvería a cometer la estupidez de crear un club de fans —sus ojos me miran con sorpresa—. Pero si alguna vez volvieras a estar en peligro no dudaría en salvarte.

Noto como mi rostro comienza a calentarse, me estoy muriendo aquí mismo, ¿qué cojones acabo de decir? Intento mantenerme serena pero su intensa mirada me está desquebrajando por dentro, aunque veo que no soy la única que se está sonrojando en esta mesa.

—Vaya, es bueno saberlo.

¿Se ha puesto nervioso? Aparta la mirada y se remueve en el asiento, parece incómodo con algo.

—¿Y tú, saltarías al agua para salvarme? —me atrevo a ponerle a prueba.

Sonríe de forma alegre y vuelve a mirarme.

—Saltaría al fondo de un volcán si hiciera falta.

La contundencia en sus palabras me enmudece, lo ha dicho sin reírse y sin apartar la vista. ¿Cómo cojones tengo que interpretar eso?

—Ya claro... y también te harías el harakiri —comienzo a reír de manera nerviosa.

—Mmm el harakiri ese tiene que doler ¿no crees? —pone cara interesante mientras se termina la hamburguesa.

Me tranquilizo, seguro que estaba bromeando.

—Oye, ¿en serio borraste mi número?

Se termina la hamburguesa y se limpia a toda prisa los restos de ketchup con la servilleta.

—No, tu número siempre ha estado ahí —sigue comiendo patatas fritas como si nada.

Mi boca se abre acompañada de la sorpresa.

—Me dijiste que lo habías borrado —¿por qué me ha mentado?

—Solo me hacía el interesante.

Estoy molesta, eso me dolió joder. Cojo el taco de servilletas y se lo lanzo. Ken comienza a reír.

—Eres un capullo —así que nunca ha borrado mi teléfono...

—¿Recuerdas la propuesta que te hizo mi hermano?

Un escalofrío me atraviesa de arriba abajo al hablar de Tayen.

—Sí.

—Olvidalo, no es una buena idea.

¿Qué?

—¿Por qué? Tú mismo me dijiste que...

—Lo sé, sé muy bien lo que te dije, pero olvidalo, no quiero que te metas en ese mundo.

No lo entiendo. Primero me anima a que asista a esa sesión de fotos, me suelta el rollo de que ve talento en mí y ahora me viene con esto. ¿Y si Keith al final tenía razón? Ahora que somos amigos quizás se arrepienta.

—Aún no he decidido lo que quiero hacer.

—Dijimos que nada de secretos entre nosotros así que si por un casual decides aceptar esa propuesta házmelo saber.

No digo nada, me limito a mirarle en silencio, tratando de desentrañar el misterio tras esto.

—Noa, prométemelo.

Sus ojos emanan preocupación, ¿acaso solo quiere protegerme? Extiende la mano que tiene sobre la mesa hasta alcanzar la mía, la estrecha y la acaricia con ternura.

Afirmo con la cabeza y esbozo una tímida sonrisa.

—Te lo prometo —reitero.

Él me devuelve la sonrisa y yo experimento una felicidad inmensa. ¿Qué te está pasando Ken? Apenas le reconozco, es como estar frente a una visión, como si el mismísimo Kenai fuera quien me toma de la mano en este preciso momento.

Amor no correspondido

Son las 07:30 de la mañana, como es costumbre llego la primera a clases, me gusta madrugar y si a eso le sumamos el insomnio que me está provocando últimamente el señor Miller's...

Mi sorpresa es máxima cuando al entrar al aula me veo a Keith ocupando mi sitio. ¿Keith madrugando? Y lo peor de todo, no parece nada contenta.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —me acerco a ella con una sonrisa y dejo mi bolso en el asiento de al lado.

—Está bien, ya basta. Dime ahora mismo qué está pasando —se pone de pie de golpe y da un palmotazo contra la mesa.

¿Qué cojones? No respondo, me ha pillado por sorpresa.

—Noa, ayer tu madre me llamó para asegurarse de que estaba contigo, y yo como una imbécil tuve que decir que sí para resguardarte las espaldas. Te llamé y tu móvil estaba apagado. ¿Dónde diantres estabas?

Está enfadada, habla casi a gritos y no deja de hacer aspavientos con las manos.

—Keith yo... —me coloco el pelo detrás de la oreja de manera nerviosa. ¿Ahora qué hago? No puedo contarle lo de Ken.

—¿Hay algo que me estoy perdiendo? —se cruza de brazos y me fulmina con sus ojos celestes. Cierro los ojos y suspiro, trato de explicarme pero no sé por dónde empezar.

—¿Has estado con él? ¿Es eso verdad? —me hace la pregunta entornando los ojos.

Abro de nuevo los ojos y la miro fijamente.

—Sí.

—Lo sabía...

Se lamenta, niega un par de veces con la cabeza y vuelve a mirarme, es una mirada repleta de cólera.

—¿Qué es lo que os traéis entre manos? Te advertí que te alejaras de él, ¿acaso la charla que tuvimos hace unas semanas no ha servido de nada?! —recrimina apretando los dientes.

—Keith, su padre ha muerto, necesitaba a alguien a su lado...

—¿Te llamó para decirte que su padre había muerto? —no sale de su asombro.

—No, no fue él quien me lo dijo. Yo solo me preocupo por él.

—Pues no deberías de preocuparte tanto, Ken está solo porque quiere, a ninguno de sus amigos les dijo nada de la muerte de su padre, nos hemos enterado después. Si no fuera tan egoísta todos habríamos estado ahí para apoyarle.

—Oye, Ken no es tan egoísta como te piensas ¿vale? —estoy harta, no voy a aguantar más tonterías.

Keith se ríe con prepotencia.

—¿Crees que le conoces?

—Quizás le conozca mejor que tú —la reto cruzándome de brazos.

La rubia pestañea en sucesivas ocasiones sin dar crédito a mis palabras.

—No sé qué mierda te habrá dicho pero aléjate de Ken —¿eso ha sonado a amenaza?

—¿O qué? —lo ha conseguido, ha conseguido enfadarme de verdad.

Intercambiamos miradas desafiantes, vale que Keith sea mi mejor amiga pero ella no sabe nada de Ken, no voy a permitir que me aleje de su lado ahora que estoy notando tantos cambios en él.

—¿Por qué te importa tanto Ken? ¿Te crees que puedes decirme lo que tengo o no tengo que hacer? ¿O es que acaso no quieres que me acerque a él porque a ti también te gusta?

Keith abre exageradamente sus preciosos ojos y me mira con incertidumbre.

—¿Qué? ¿Qué gilipollez acabas de decir?

Noto el nerviosismo en su cuerpo. No... no puede ser verdad, ¿a Keith le gusta Ken?

—¿Te gusta Ken? —interrogo acercándome un poco más a ella—. ¿Es por eso que no quieres que me acerque a él?

Me tiembla la voz y mis ojos se tornan vidriosos. No joder... esto no puede estar pasándome.

—Vamos dilo, ¿es por eso no? Él te gusta y harás lo imposible por alejarme de él, por eso te inventaste las malditas reglas, por eso siempre me estás sermoneando...

Se ha ruborizado y noto la furia en su mirada, oprime la mandíbula y los puños, no sé si va a meterme una hostia o me va a empezar a gritar a pleno pulmón.

—¡Confíesalo de una vez!

Las lágrimas comienzan a amontonarse en sus ojos, tensa los labios y se lanza contra mí. Cierro los ojos esperando una lluvia de golpes pero lo único que logro sentir es el calor de unos labios sobre mi boca y las manos de Keith sujetando mi rostro.

El silencio inunda el aula en el que estamos solas las dos. El sabor a cereza del pintalabios de Keith inunda mi boca. Un calor abrasador me recorre entera a la vez que un sudor frío empapa mi espalda.

Me quedo petrificada durante el largo instante en el que dura el beso. No muevo ni un solo músculo, ni siquiera me da pie a pestañear.

Keith suelta mi cara y se aleja totalmente ruborizada. La miro perpleja y me llevo las manos a la boca. Mi mejor amiga acaba de besarme, no sé qué decir ni cómo reaccionar.

—Te quiero.

El corazón me da un vuelco dentro del pecho. ¿Keith es lesbiana?

—Ken me importa una mierda, la única que me importa eres tú.

Oh joder.... ¿Keith está enamorada de mí?!

—Siento que te hayas tenido que enterar de esta manera, pero sí, me gustan las mujeres. Ahora ya lo sabes.

La contemplo con la mirada rota de dolor y lo único que se me ocurre es salir corriendo.

—Perdóname.

Huyo como una cobarde. ¡¡Dios, esto no puede ser verdad!!

Me refugio en el patio trasero del campus y me siento sobre el césped. Necesito asimilar lo que acaba de pasar. Keith es lesbiana, ¿por qué no me lo ha contado nunca? Se supone que somos amigas, las amigas no tienen secretos y en eso Ken tiene razón, ¿cómo ha podido ocultarme algo así?

Recuerdo el beso que acaba de darme y me sonrojo, ¿por qué yo? ¿No había más mujeres en las que fijarte Keith? ¿Cómo se supone que voy a mirarla a la cara después de esto? Nuestra amistad ya nunca volverá a ser como antes después de esto.

Un horrible sentimiento de tristeza me corroe por dentro, quiero mucho a Keith y no quiero perderla, pero ella sabe muy bien que no tiene ninguna oportunidad conmigo, no debí haberla presionado de esa forma, joder.

Golpeo el suelo y sollozo en silencio.

Saco mi teléfono y busco a Ken en la agenda, tengo la sensación de que Ken sabía algo de esto, ahora que hago memoria encajan muchas cosas, además se supone que no nos guardamos secretos. Qué cojones, necesito desahogarme.

Lo llamo pero salta el buzón de voz así que le dejo un mensaje.

—Ken, soy yo, Noa, ha pasado algo con Keith, hemos discutido y ella... me ha besado, me ha besado joder... no sé qué hacer ni qué decirle, llámame cuando puedas ¿vale?

Dejo el móvil sobre el césped y me tumbo en la hierba con los ojos cerrados. Al cabo de unos minutos mi móvil comienza a sonar. Es él.

—Ken...

—¿Qué es eso de que te ha besado?! —exclama a través del auricular.

—Estábamos discutiendo y ella... de pronto... —lloro, no lo soporto más.

—Oye tranquila, ahora mismo estamos rodando en plató así que no puedo hablar mucho...

—Perdona, no pretendía molestarte —sollozo.

—Lo que quiero decir es que si puedes vente a los estudios y me escaparé un momento y me lo cuentas todo, ¿sí?

Ken...

Sonrío entre lágrimas.

—Vale, iré para allá.

—Avísame cuando estés aquí.

—Lo haré. Gracias Ken.

Estoy en los estudios, acabo de avisar a Ken de que estoy aquí y los nervios comienzan a aflorar. Camino de un lado a otra sin dejar de pensar en Keith, en sus sentimientos y en ese beso que me ha dado. Ha sido mi primer beso, ¡mi primer beso! Y ha tenido que ser con una chica...

—¡Noa!

Me giro y le veo. Viene trotando hacia mí con gesto de preocupación. Dios, está radiante. Creo que me dijo que la película que estaba rodando iba de gánsteres y mafias y justo parece el mismísimo *Al capone* con ese traje de chaqueta y ese pelo engominado.

Al verle rompo a llorar y nos abrazamos fuertemente, ya he perdido el miedo a hacerlo, sé que él nunca me negaría un abrazo y menos en estas circunstancias.

—Tranquila... —me susurra con dulzura.

Me desahogo en el calor de su abrazo, siento cómo acaricia mi cabellera y eso me encanta. Me da el consuelo que necesito en estos momentos.

—Te voy a estropear el conjunto —me aparto de él y corro a secarme las lágrimas.

—Oh, ¿esto? No te preocupes —advierde con una flamante sonrisa.

—Estás muy guapo —sonrío entre lágrimas.

Noto cómo se sonroja momentáneamente.

—Nah, si parezco un asesino mafioso —bromea—. Bueno, ¿qué ha pasado?

Su semblante se ha vuelto serio, me hace la pregunta sujetándome con delicadeza de las manos.

—Resulta que todo este tiempo Keith ha estado enamorada en secreto de mí —ríe y niego con la cabeza—. ¿Te lo puedes creer?

—Bueno, que Keith es lesbiana no es ninguna sorpresa para mí, aunque ella sabe ocultarlo bien, en su familia nunca aceptarían su condición sexual.

—¿Y por qué no me lo ha contado? Soy su mejor amiga...

—Supongo que no quería que te enteraras para que así no descubrieras sus sentimientos.

—¿Tú sabías lo que ella sentía por mí?

—Sí. Ella nunca me lo ha confirmado, pero soy muy observador y me percaté fácilmente de

esas cosas.

Ay mi madre... ¿Entonces a estas alturas ya se habrá dado cuenta de que nunca he dejado de quererle?

—Keith es mi mejor amiga, ¿qué voy a hacer ahora? —la pena me invade de nuevo.

—Oye, ¿y qué pasa conmigo? Ahora me tienes a mí —se inclina un poco hacia mí y pone cara de interesante.

—Bueno, no te lo tomes a mal pero hay cosas que solo se pueden compartir entre mujeres —trato de sonreír pero no puedo.

—Entonces me pondré peluca rubia, un vestido, unos tacones y algo de maquillaje, creo que me quedaría bien.

Ken comienza a caminar como una mujer, contoneando las caderas y poniendo morritos, trato de contener la risa pero finalmente estallo en una fuerte carcajada.

—¿Cómo es eso que hacéis con la mano? Creo que es algo así —estira un brazo y se pone de puntillas.

—¡Dios para! —continúo riendo sin parar.

—Vamos, no me digas que no lo hago bien.

Está como una cabra. Su buen sentido del humor hace que me olvide por un instante de todos mis problemas.

—¿Ves? Me gusta más cuando sonrías —deja de hacer el tonto y me mira fijamente.

—Estás fatal —río una última vez.

Ken camina hasta colocarse frente a mí y sujeta mi cara con ambas manos.

—No te preocupes por Keith, ella no va a reprocharte nada.

—Pero, ya nada volverá a ser como antes...

—Debes de actuar como si nada de esto hubiera pasado, compórtate como lo sueles hacer con ella, en el fondo Keith te lo va a agradecer, estoy seguro de que ella tampoco quiere perderte.

Tuerzo mis labios y asiento, tiene razón, nada de esto habría pasado si yo no la hubiera presionado a hablar, todo esto ha sido culpa mía.

Ken da un paso hacia atrás y me observa con las manos en los bolsillos.

—A todo esto, ¿de qué estabais discutiendo para que Keith acabara confesándote sus sentimientos?

—Es una larga historia...

—Ya... No me lo quieres contar... —chasquea la lengua y mira hacia otro lado con fingida molestia.

—Son cosas de chicas.

Ken se cruza de brazos y entrecierra los ojos.

—O sea, os ponéis a hablar de amores y me dejáis fuera, me parece súper fuerte —pone voz de mujer y hace aspavientos con las manos como si fuera la mujer más ofendida del mundo.

—¿Qué dices? —mi risa estalla de nuevo.

—O sea ya te vale, me marcho tengo cosas que hacer querida —se da la vuelta con un movimiento exagerado y se marcha contoneando las caderas.

Río a pleno pulmón, la imitación de Ken es de lo más graciosa. Al llegar a la esquina se gira de nuevo y me dedica un guiño de ojos acompañado de una devastadora sonrisa.



—Sí que has tardado en llegar... —Keith por fin aparece en su *Vespa* y llega veinte minutos tarde.

—Espero que sea importante —se quita el casco con violencia y lo deja sobre el asiento.

Apago el cigarro con el pie y me giro hacia ella. Nos miramos fijamente en silencio, ella sabe muy bien por qué la he hecho venir, lo sabe de sobra.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? ¿Por qué has tenido que contárselo? —rápidamente me exaspero, ver a Noa tan afectada no me gusta.

—¿De qué estás hablando? —separa las palabras con hastío.

—De tu confesión de amor, del beso que le has plantado a tu mejor amiga.

Keith pone cara de asombro.

—¿Te lo ha contado?

—Sí, me lo ha contado, ya ves al menos ella sí que confía en mí.

—¿Qué es lo que te trae con ella? ¿Desde cuándo sois tan amiguitos? —entre comilla con los dedos la palabra amiguitos.

—Desde que me di cuenta de que es la única que de verdad se preocupa por mí.

—¿Lo dices por lo de tu padre? Si nos lo hubieras contado a todos sabes que te habríamos apoyado.

¿Apoyado? Alucino y me tengo que reír.

—¿Me estás vacilando? ¿Desde cuándo me habéis apoyado vosotros en algo? —mascullo notablemente alterado.

Ella me mira muy seria.

—He estado en problemas y ni siquiera he recibido una llamada vuestra para preguntar cómo estaba, sabíais de mis problemas con la familia y jamás me habéis dicho: ¿Ken, que tal lo llevas? ¿Necesitas algo? No, nunca.

Oprimo la mandíbula conteniendo la rabia que me está dominando en estos momentos, ella baja la mirada y permanece callada, sabe que tengo razón.

—Siempre he estado solo, por eso, ¿para qué me iba a molestar en contaros que mi padre había muerto?

—Sabes que habríamos asistido al entierro.

—Es que eso no era lo que lo yo necesitaba, no necesitaba que alguien me diera una palmada en la espalda y me dijera: “eh, tranquilo, todo va a salir bien” y al día siguiente desapareciera.

Hago una breve pausa y recuerdo lo mal que lo pasé aquellos días tras la muerte de mi padre.

—Necesitaba a alguien a mi lado.

Keith escucha mis palabras con total atención.

—Noa... Noa vino a mi casa, me consoló mientras lloré, me escuchó cuando lo necesité, incluso me acompañó al cementerio para despedirme de mi padre.

—Joder, no lo sabía...

—Noa me quiere de verdad... y yo creo que me estoy enamorando de ella.

Un fuerte dolor me oprime el pecho al pronunciar dichas palabras.

Puedo ver cómo Keith deja la boca entreabierta y abre sus ojos con expectación. Rápidamente se acerca a mí y me agarra del mentón obligándome a mirarla.

—¿Qué coño acabas de decir? —farfulla.

—Lo que has oído —agarro su mano y la aparto bruscamente.

—Vamos no me jodas, ¿tú enamorado? —comienza a reírse como una energúmena.

—Noa me hace sentir cosas que creí que nunca más volvería a sentir.

—Ya... ¿te hace endurecer la entrepierna no? —se acerca hacia mí y me aprieta la entrepierna con rabia.

—¿Qué haces? ¡Aparta! —la alejo de mí de un empujón.

—Cariño, no confundas amor con deseo —refuta.

—Sé muy bien lo que siento y tú no vas a entrometerte más. No vas a ponerla más en mi contra ni la vas a alejar de mí.

—Yo solo quiero lo mejor para ella, yo también estoy enamorada de ella, ¿recuerdas? —esto ha pasado de ser una discusión a una pelea—. ¡ Y tú no eres lo mejor para ella!

—¿Y crees que la has ayudado mucho con tu confesión? ¡Noa está destrozada! ¡Cree que ha perdido a su mejor amiga!

—Ella nunca va a perderme.

—Pues será mejor que se lo aclares porque no me gusta verla sufrir —le advierto con fiereza.

La rubia camina hacia mí y me desafía pegando su cara a la mía.

—¿Y qué crees que pasará cuando satisfagas tu curiosidad? Cuando la desvirgues y la mandes a paseo. ¿Crees que eso no la hará sufrir?

—Eso no va a pasar.

—Más te vale que no le hagas daño Ken, Noa ya ha sufrido lo insufrible por ti. Y si te atreves a hacerle daño juro que te arruinaré la vida.

Me amenaza una última vez, se da media vuelta y se coloca el casco de la moto. Yo contengo mi ira como mejor puedo ¿quién se ha creído que es para amenazarme? Pero no se lo tendré en cuenta, solo por el aprecio que le tiene Noa.

Sentimientos

Keith y su confesión de amor...

Hoy no he ido a clases y no me gusta mentir, pero he tenido que engañar a mis padres y decirles que no me encontraba bien. Lo sé, soy una cobarde, ya se lo dije a Ken ayer, aunque él insista en que soy la mujer más valiente que haya conocido. Menuda tontería, si ni siquiera soy capaz de entablar conversación con mi mejor amiga, en vez de sentarme y zanjar el asunto la estoy evitando a toda costa. Tampoco es que sea una experta en estos temas, no sé qué se supone que debo decirle sin herir sus sentimientos en el intento.

Ha anochecido, mis padres han salido a cenar y Eric está con unos amigos. De nuevo sola en casa con mis atormentados pensamientos.

Abro la ventana de mi habitación y contemplo el cielo, hace una temperatura perfecta y un hermoso manto de estrellas cubre el firmamento. Me pongo algo de ropa deportiva y decido salir a correr un rato. Iré hasta la explanada que está a unas pocas manzanas de aquí, ya he ido alguna vez y es el sitio perfecto para relajar la mente.

Tras unos veinte minutos corriendo llego al sitio. Dios, me encanta esta sensación de libertad cuando salgo a correr, el frescor del viento en mi rostro y la satisfacción en mis piernas. Entro en el verde prado lleno de flores y tomo asiento entre la hierba. Huele de maravilla. El silencio es casi absoluto, solo se oye a lo lejos el tímido sonido de los grillos.

Apoyo mi espalda contra el suelo y observo las estrellas, hay miles de ellas brillando, todas juntas y en perfecta armonía. Cierro los ojos y me relajo.

Mi momento placentero pronto es interrumpido por el sonido del teléfono.

Aún con los ojos cerrados saco del bolsillo el móvil y respondo sin mirar la pantalla.

—¿Sí?

—Hola pequeña.

Mis ojos se abren de forma abrupta y me incorporo de golpe.

—¿Ken?

—El mismo.

—Hola... —me sonrojo al momento. ¿Por qué me llama a estas horas de la noche?

—¿Qué tal estás? —su voz suena calmada e igual de agradable que siempre.

—Mucho mejor.

—¿Hablaste con Keith?

—No... no me he atrevido a llamarla.

—¿Y ella tampoco te ha llamado a ti?

—No he recibido ninguna llamada suya.

—Bueno, pues alguna de las dos tiene que dar su brazo a torcer.

—Lo sé, hablaré con ella, te lo prometo.

—Vale... —oigo cómo se ríe—. Oye, ¿dónde estás? Es que estoy aparcado frente a tu casa y no veo ninguna luz encendida.

¿Qué? ¿Ken está en mi casa?

—¿¿Qué... qué haces ahí? Alguien podría verte —inconscientemente bajo la voz.

—Tranquila —se ríe de nuevo—. Este barrio es muy tranquilo, además a estas horas no hay gente en la calle.

—He salido a correr.
—¿A correr? ¿Por la noche?
—Sí, es la mejor hora. Además necesitaba despejarme.
—¿Y estás muy lejos?
Ay mi madre...
—No, a unas cuantas manzanas de mi casa.
—Envíame tu ubicación y voy para allá.
Automáticamente mis nervios se disparan. ¿Venir para acá?
—Pero... es tarde, supongo que mañana tendrás que madrugar.
—Sí, y tú también madrugas señorita.
—Ya, pero últimamente no puedo dormir hasta pasadas las dos de la madrugada —miento.
—¿Problemas de insomnio?
—Algo así —sonríe de forma nerviosa.
—Pues déjame hacerte compañía hasta que te entre sueño —insiste.
Trago saliva, ¿por qué insiste? Mi cuerpo tiembla de miedo, pero ese miedo no puede vencer a mis ganas de verle.
—Está bien...



Espero impaciente sentada sobre la hierba, de pronto oigo a lo lejos el sonido de.... ¿Una moto?

Me giro y veo aparecer al señor Miller's conduciendo una fabulosa moto de color negro de potentes cilindradas. ¿Así que al verdadero Ken también le van las motos?

Aparca la impresionante motocicleta en el carril de tierra y se quita el casco integral. Su deslumbrante tez morena y hermosa como la noche queda al descubierto y yo me quedo embobada mirándole. Pronto sus ojos verdes me localizan y me regala una brutal sonrisa.

—¿Qué haces ahí escondida? —se baja de la moto con galantería y guarda el casco bajo el sillón.

Su espectacular figura me enmudece y un foganazo de calor me abrasa las mejillas. Tejanos rotos, camiseta blanca de manga corta embutida al torso y botas desatadas.

Trago de nuevo saliva.

—Este sitio es genial —toma asiento a mi lado y yo sigo sin poder articular palabra.

¿Por qué? Esa es la pregunta que lleva semanas atormentando mi mente. ¿Por qué ha cambiado tanto conmigo?

—¿Estás bien? Estás muy callada.

—¿Por qué estás aquí? —se lo pregunto sin rodeos.

Ken evita mirarme y fija su mirada en el cielo.

—Ayer me dejaste preocupado. Solo quería saber cómo estabas.

Mi corazón se derrite. Dios, dime que no me estás mintiendo y que de verdad estás preocupado por mí.

—Estoy bien, asimilándolo, pero bien —sonríe avergonzada.

—Tienes que hablar con Keith y arreglarlo, sé que ella te importa mucho.
—Es mi única amiga... al resto ya sabes lo que fue de ellas —mi corazón se eclipsa de dolor al recordar a Li y a María.
—Aquello... lo siento mucho Noa —Ken me mira con expresión triste.
—Ya lo he asimilado, no fue culpa de nadie.
—¿Y qué me dices de aquella chica que fue a verte al hospital? La que estaba en silla de ruedas.
—Helena.
—Sí, Helena.
—Hablamos de vez en cuando por teléfono y Skype.
—Recuerdo que mi presencia no fue de su agrado.
—Helena no se equivocó contigo... —fue la única que se dio cuenta de todo, y yo en vez de creerla la eché de la habitación, me comporté con ella como una auténtica imbécil.
Mi caballero oscuro se queda callado y baja la mirada. Si de algo estoy segura es de que se arrepiente de lo que me hizo en el hospital.
—Lo siento. De veras siento lo que te hice.
Silencio. Los grillos cantan de fondo y una suave brisa nos acaricia a los dos. Miro su rostro y solo veo arrepentimiento en él, sé que no se siente orgulloso de aquello.
—Te perdono —le miro de soslayo y sonrío apretando los labios.
Él pone una expresión confusa, voltea su mirada hacia mí y entorna los ojos.
—¿Me perdonas? ¿De verdad?
—Ya lo hice hace tiempo... —agrandando mi sonrisa y me recuesto sobre la hierba.
Ken balancea la cabeza y una sonrisita de satisfacción asoma en su rostro.
—No te imaginas cuánto me alivia oír eso —confiesa sin dejar de sonreír.
—Has cambiado tu actitud conmigo en este tiempo, se puede decir que te lo has ganado.
—En realidad no he cambiado nada, tú sabes sacar lo mejor de mí —continúa hablando en la misma posición, yo le observo desde abajo totalmente ruborizada.
Gira su cabeza y su intensa mirada me atraviesa.
—Has entrado como una corriente de agua clara en mi vida, todo este tiempo siento que he estado nadando en lodo, embarrado de mierda hasta el cuello. Todo eran pensamientos negativos, malos hábitos y un comportamiento asqueroso.
¿Una corriente de agua clara en su vida? Mi corazón se derrite un poco más.
—Cuando te miro a los ojos es cómo si pudiera ver a través de ellos. No hay mentiras, no hay interés, no hay maldad en ti.
—¿Y qué es lo que ves? —estoy tan emocionada que apenas puedo hablar.
—Solo veo cosas buenas.
Dios para... Mi cara va a estallar de un momento a otro.
Su mirada cambia y se torna penetrante, comienza a inclinarse sobre mí y yo entro en estado de pánico.
Se acerca con cautela, yo le miro con los ojos muy abiertos y rebosantes de miedo.
No lo hagas, no te acerques más.
Pero él sigue acercándose y se recuesta a mi lado, sujeta mi cara con sumo cuidado y aproxima su rostro al mío.
Palidezco, la sangre abandona mi cuerpo y creo que me voy a desmayar en cualquier momento. Sus carnosos labios están tan próximos a mi boca que ya noto el calor de su aliento en mi piel.
—¿Qué estás haciendo...? —murmuro con la voz titilante.

Ken reacciona y se aparta bruscamente.

—Lo... lo siento, pensé que tú... —se ha sonrojado y mucho.

La sangre vuelve a mi cuerpo y mi corazón comienza a bombearla tan deprisa que noto que va a estallar.

—Yo ya no te veo de esa forma.

¿Qué carajo estás diciendo Noa? Puta cobarde, deja de huir de tus sentimientos.

—Lo... lo entiendo —está extremadamente nervioso, tartamudea y se pone en pie a toda prisa. Yo hago lo mismo—. Perdóname, no volverá a pasar.

Nunca lo había visto tan avergonzado. ¿Qué he hecho?

—Es tarde, me voy a casa, y tú deberías de hacer lo mismo.

Asiento con la cabeza y me sujeto la frente con una mano.

—Buenas noches —se da media vuelta y se sube a la moto a toda prisa, tan deprisa que olvida ponerse el casco.



¿Acabo de rechazarle? ¿Acabas de rechazar a Ken Miller's Noa?!

Grito y me tiro al suelo.

¿Por qué he hecho eso? ¿Por qué?!

Una terrible angustia me invade y rompo a llorar. Me falta el aire y deseo desvanecerme para siempre.

¿Por qué has hecho eso? ¡¡¡ Imbécil, iba a besarte!!!

Le gusto... a Ken le gusto y yo voy y le rechazo.

¡Dios!

Lloro a lágrima viva y me tiro del pelo.

No puede estar pasando, esto no puede ser verdad. ¿Cómo se supone que voy a arreglar esto?



Decepción, frustración, ira y dolor son los sentimientos que me dominan en estos instantes. No he podido pegar ojo, no entiendo por qué me ha rechazado, no lo logro entender.

Estoy en casa, llevo bebiendo desde que salió el Sol y no he parado hasta ahora. No pienso ir a trabajar, no me apetece ver a nadie y mucho menos dar explicaciones.

Trago otro sorbo de este amargo Whisky y me lamento de nuevo. Estaba tan cerca... tan cerca de esos labios que me vuelven loco. ¿Y si me he precipitado? ¿Y si solo he logrado asustarla?

Camino nervioso de un lado a otro por la grandes dimensiones del salón, Gabriela no deja de observarme a escondidas, sé que se preocupa por mí pero nada puede hacer para ayudarme.

¿Qué debería de hacer? ¿Debería llamarla y disculparme de nuevo?

Me llevo las manos a la cabeza y gruño como un perro furioso.

Oh dios... ¿y si la pierdo para siempre? No, no voy a permitir que pase eso.

El timbre de la puerta suena y mi corazón da un vuelco dentro de mi pecho. ¿Será ella?

Ilusionado corro hasta la puerta y la abro con violencia. Mi gozo en un pozo, es Andrew.

—¿Qué haces aquí? —pregunto entornando los ojos.

—Hola capullo —me saluda con un apretón de manos y entra en casa.

Cierro la puerta tras su entrada y suspiro desilusionado.

—¿Se puede saber dónde te metes? Desde que murió tu padre estás desaparecido.

Me peino el flequillo con los dedos y me encojo de hombros. Lo sé, sé que he estado demasiado ocupado con Noa estos días, pero sinceramente lo único que me apetece es estar cerca de ella. No puedo guardarme esto para mí solo, Andrew es mi mejor amigo y al final terminé por contarle que mi relación con Noa era una farsa.

No contesto, camino hasta el mini bar y me sirvo otro trago. Observo el cristal impoluto del vaso y me lo bebo.

—Noa me ha rechazado.

Andrew pone cara de asombro y corre hacia mí.

—¿Qué? ¿Otra vez andas detrás de ella? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Ya sé que te dije que pararía esto y que me alejaría de ella, pero cuando he vuelto a tenerla delante... —cierro los ojos y fantaseo con la idea de volver a besarla.

—¿Has intentado tirártela?

—No imbécil, solo quería besarla. Pero ella... —miro el vaso con desgana y bebo otro trago.

—No te culpo, si pudiera yo también me la tiraría.

Oprimo la mandíbula y le lanzo una mirada asesina.

—Pero tú mismo dijiste que ya no te interesaba.

—Mentí, necesito estar cerca de ella así que la farsa continuará —reafirmo dejando el vaso sobre la mesa.

—Tío, ¿hablas en serio? —Andrew no da crédito a mis palabras.

—Totalmente.

Me alejo de él y camino hasta el enorme sofá del recibidor, me tumbo colocando los pies sobre la mesita pequeña de cristal y me enciendo un cigarro.

—¿Y por qué ella? Puedes tener a la mujer que quieras con solo chasquear los dedos, eres el puto Ken Miller's tío, no la cagues...

—Da igual, tú nunca lo entenderías.

—Pues si te ha dicho que no más vale que no insistas, no vaya a ser que luego te denuncie por acoso y la hemos liado —Andrew toma asiento a mi lado.

No lo entiendo, todo eso que hay escrito en su diario, todas las cosas buenas que decía de mí, pensé que se tiraría a mis brazos.

Le doy una calada al cigarro y luego otra más, estoy inquieto y nervioso.

—Quizás no le intereses —Andrew se encoje de hombros.

—No, sé que me desea, lo sé. Tiembla cuando me acerco a ella, se pone colorada cuando la miro, hasta se le agita la respiración cuando me habla —sonrío, me encanta ponerla así de nerviosa.

—Pero ella siempre te ha tratado con desprecio, le hiciste una gran putada en el hospital, es normal que te odie.

—Ella ya me ha perdonado. ¿Sabes que fue la única que vino a verme cuando murió mi padre?

Jamás olvidaré ese detalle que tuvo conmigo.

—¿Fue a verte?

—Sí, y cuando me puse enfermo con fiebre vino a casa a cuidarme... Me quiere tío, lo sé, me lo dicen sus ojos.

—¿Entonces?

—Creo que sigue enamorada de mi alter ego, de ese Kenai que no existe. Ese maldito impostor, no sé cómo luchar contra él.

Andrew me mira como si estuviera loco.

—¿De qué estás hablando? Tío no te reconozco, ¿desde cuándo te importan a ti las relaciones amorosas? ¿Desde cuándo te preocupas por una tía?

Miro mi mano derecha y sobre ella la pulsera que me regaló e inconscientemente sonrío.

—Ella me importa.

—¿Te has pillado de ella?

Balanceo la mirada y miro a mi amigo a los ojos.

—Creo que sí.

Andrew aprieta los labios y me recrimina con la mirada. Parece decepcionado. Alza ambas manos y se pone de pie.

—Estáis todos locos, no sé qué diantres le veis a esa tía, tú y Zack babeando por ella... Increíble.

Se mete las manos en los bolsillos y saca un sobre blanco.

—Ten, he venido a traerte esto. Es la invitación para mi fiesta, ya sabes...

Sonrío con picardía y tomo la invitación.

—La famosa fiesta de Andrew Smith, sexo y drogas sin control, ¿cómo iba a perdmela?

—Una vez al año no hace daño. Por cierto, este año podéis traer a un acompañante.

Abro el sobre y leo el contenido. Rio, desde que le conozco nunca me he perdido esta fiesta, es todo un desmadre y siempre la hace en la misma fecha.

—Allí estaré capullo...

—Pues yo me largo, te dejo a solas con tus... problemas amorosos.

Andrew se marcha por la puerta y yo me quedo en la misma postura, con el cigarro entre los labios y la invitación en la mano.

¿Llevar a un acompañante? Instintivamente mi mente piensa en ella, pero llamarla ahora e invitarla a que me acompañe a esa loca fiesta de disfraces me parece muy arriesgado después de haberla intentado besar.

—¡Gabriela, ven un momento!

La muchacha aparece a los pocos segundos y se coloca frente a mí con la cabeza cabizbaja. Ella solita descubrió que mi relación con Noa era una farsa, aunque me conoce bien y sabe que yo si siento algo por ella.

—Dígame señor.

Apago el cigarro en el cenicero y adopto una postura normal en el sofá.

—¿Sabes qué es esto? —le muestro la invitación.

Ella mira el papel desde la distancia con los ojos entornados.

—No lo sé señor.

—Es una invitación a una fiesta, y pone que puedo llevar a una acompañante.

Gabriela me mira extrañada.

—¿A quién crees que debería de llevar?

Es absurdo, la respuesta ya está clara en mi mente, pero necesito que alguien me incite a

hacerlo.

—No lo sé señor, supongo que tiene muchas candidatas para acompañarle.

—Vamos, seguro que se te ocurre alguien —sé que Noa y ella han mantenido alguna conversación a mis espaldas, estoy seguro de ello.

Noto cómo comienza a ponerse nerviosa. Se recoloca el cabello y se sonroja.

—Pues, quizás, alguna de sus amigas.

La miro arqueando una ceja.

—¿Amigas? Yo no tengo amigas, las mujeres solo me interesan para una cosa.

Miento, sé que ha oído mi conversación con Andrew. Además, Noa ha sido la única mujer a parte de mi madre que ha pisado esta casa más de dos veces.

—¿Y qué hay de la señorita Noa?

Bingo. Alzo la vista y sonrío con picardía.

—¿Crees que debería de llamarla?

—Claro, seguro que acepta su invitación. Ella le aprecia mucho.

Achino los ojos y la miro fijamente. Ésta es mi oportunidad.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Bueno... pues...

Se le traba la lengua y casi no puede hablar.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No señor, eso es algo que cualquiera puede apreciar.

—¿Fuiste tú quién la llamó y le contó lo de la muerte de mi padre?

Palidece, acaba de delatarse ella sola. Aprovecho la ventaja y la intimido un poco más.

—No señor.

Me pongo de pie y camino hacia ella despacio.

—Vamos Gabriela, no me mientas —utilizo un tono de voz tranquilo pero autoritario.

Esquiva mi mirada y entrelaza las manos más nerviosa que antes.

—Yo no...

—Gabriela mírame a los ojos.

La estoy haciendo pasar un mal rato, lo sé. Pero ella puede ser la fuente de información que necesito.

Me evita a toda costa y se ruboriza de manera exagerada, alargo mi mano y le sujeto del mentón obligándola a mirarme.

—Habla.

—Sí, fui yo. Estaba muy preocupada por usted y no sabía a quién acudir.

La pobre se pone tan nerviosa que en sus ojos comienzan a amontonarse las lágrimas.

—Tranquila Gabriela, no pasa nada. No voy a enfadarme contigo.

Ella me contempla con un claro alivio en los ojos, pero ya es tarde, se ha puesto a llorar.

—Sé que Noa se preocupa por usted, pensé que tenía derecho a saberlo.

—Tranquila —coloco mis manos sobre sus hombros y le sonrío.

—Lamento mucho haberlo hecho.

—Pues no te lamentes, gracias a ti he podido darme cuenta de muchas cosas.

Ella sonríe también y se seca las lágrimas con los dedos a toda prisa.

—Me alegro entonces.

—Pero las cosas no salieron como yo quería, ella me ha rechazado.

—¿Qué? Eso no es posible —asegura ella muy afectada.

Me alejo de ella y tomo asiento de nuevo en el sofá.

—¿Usted le confesó sus sentimientos?
—No, intenté un acercamiento pero salió mal.
—No lo entiendo...
—Yo tampoco lo entiendo.
—Quizás solo esté asustada.
—¿Asustada de mí? ¿Por qué iba a tenerme miedo?
—No, no me refiero a eso. Quizás sus sentimientos hacia usted sean tan fuertes que le de miedo entregarse y no ser correspondida.

Las palabras de Gabriela ponen en marcha los engranajes de mi mente y de pronto todo cobra sentido.

—Eso es... Noa cree que solo quiero utilizarla.
—Solo digo que puede que sea una posibilidad.
—Gracias Gabriela, voy a llamarla.



Estoy tumbada sobre la cama leyendo una novela titulada perversiones eróticas. El acercamiento de ayer de Ken ha alertado todas mis hormonas, ha despertado ese lado sensual y salvaje que toda mujer lleva dentro. El interés por el sexo nunca ha sido prioritario en mí, pero después de las barbaridades que viví durante el coma eso ha pasado a ser una de las cosas que más despiertan mi curiosidad.

Nunca he mantenido relaciones, aquello que creí vivir solo fueron orgasmos mentales, nada comparado con lo que se debe de sentir en la vida real.

He decidido comenzar leyendo algunos relatos eróticos, pero dios, lo atrevida que es la protagonista de este libro me asombra. No imagino haciendo tales cosas con Ken, pero a quién pretendo engañar, muero por sentirle de esa forma.

Necesito estar preparada por si llega ese momento, aunque todas mis esperanzas de que ocurra las tiré al traste ayer al rechazarle.

El mismo Ken me confesó que nunca se acuesta más de dos veces con una misma mujer, que tiene miedo del amor, hasta me juró que nunca volvería a enamorarse. Yo no quiero saber lo que es tenerle una noche y luego renunciar a ello.

En el párrafo que estoy leyendo la protagonista le está haciendo una felación al chico, imagino por un instante la cara de placer de Ken mientras yo saboreo su sexo y me humedezco de inmediato.

Dios... no debería de leer estas cosas.

Mi teléfono móvil comienza a sonar y a vibrar de manera incesante. Lo agarro y respondo algo acalorada.

—¿Si?
—Noa, soy Zack, no vayas a colgar por favor.
Mi asombro es máximo.
—Zack... creí haberte dejado claro que no quería volver a saber nada de ti.

No me altero. No me apetece cabrearme en estos momentos.

—Lo sé, sé que hace tiempo que no hablamos y la verdad te he echado mucho de menos.

Zack... ¿en serio no piensas darte por vencido?

—Espero que tengas un buen motivo para llamarme.

—Verás... ha pasado algo de tiempo desde que ocurrió el incidente con aquellas pastillas y...

—¿Incidente?

—Sí, bueno, solo quiero que me perdones de una vez.

—Está bien Zack, te perdono. ¿Algo más?

—¿En, en serio me perdonas?

—Sí.

Ruedo los ojos y suspiro.

—Verás, Andrew da la fiesta anual en su casa este viernes y este año por primera vez podemos llevar un acompañante.

—¿Otra fiesta?

—Sí, pero esta fiesta no es como las demás, esta es espectacular, tienes que venir Noa, no puedes perdértela.

—Ya, pero resulta que a mí nadie me ha invitado.

—Bueno, por eso te llamo. Hace tiempo que no se os ve juntos a ti y a Ken y me preguntaba si habéis roto.

Alucino, este tío es un oportunista de cojones.

—Seguimos juntos Zack.

—¿Ah sí? ¿Y Ken no te ha invitado a la fiesta? —¿qué está insinuando?

—No Zack, no me ha invitado.

—En ese caso me gustaría que fueras mi acompañante.

—¿Tu acompañante?

—Sí, estarán todos. Lo pasaremos bien, vamos, ¿qué me dices?

Cierro los ojos con pesadez y pienso en Ken. No me lo ha pedido, ¿por qué no me ha pedido que vaya con él?

—Esto...

—Por favor, por favor... —me ruega con voz de pena tras el auricular.

Me jode, me jode tener que ir con él. Yo quiero ir con Ken, se supone que está interesado en mí, que somos mejores amigos. Pero no me lo ha pedido, quizás esté molesto conmigo por rechazarle.

—Claro Zack, iré contigo.

Zack hace una breve pausa, noto como ha tapado el auricular del teléfono con una mano, seguro que está dando saltos de alegría el muy bobo.

—Genial, te recogeré el viernes a las diez.

—Genial Zack, te veo el viernes.

Cuelgo la llamada y me doy cuenta de que tengo una llamada perdida. Abro la agenda y me percató de que la llamada es de... ¿Ken? Mierda, ¿me ha llamado mientras hablaba con Zack?

La pantalla se vuelve a iluminar, es él otra vez. Las manos comienzan a sudarme y un tembleque me recorre el cuerpo. Dios, tengo que responder.

Trago saliva y me humedezco los labios antes de responder.

—¿Sí?

Noto su respiración tras el teléfono.

—Hola Noa —hay un ápice de nerviosismo en su voz.

—Hola Ken —yo también estoy muy nerviosa.

—¿Cómo estás? ¿Hablaste ya con Keith? —se le traban las palabras al hablar.

—No, no sé nada de ella.

—Vaya... yo tampoco la he visto.

—No importa, espero poder hablar pronto con ella.

Ambos nos quedamos en silencio, un incómodo silencio que me está matando.

—Oye... lo de ayer...

—No te preocupes, ya está olvidado —miento.

—Fue una gilipollez, perdóname.

¿Una gilipollez? ¿Desde cuándo un beso tuyo es una gilipollez?

—No pasa nada, en serio.

—¿Sabes? Tengo en mi mano una invitación a una fiesta y me han pedido que vaya acompañado y bueno...

Oh mierda, ¿en serio?

—Pensé que quizás te gustaría acompañarme.

Cierro mis ojos fuertemente y me maldigo.

—¿No será esa famosa fiesta que da Andrew?

—Sí, la misma —su voz suena más animada.

Maldición, maldición.

¿Qué hago? Ya le he dicho que sí a Zack.

—Ken, verás... Zack acaba de llamarme y...

—Vas a ir con él —zanja con contundencia.

—Sí...

—¿En serio vas a ir con...? —hace una pausa—. Noa, se supone que estamos juntos. ¿Qué van a pensar todos si nos presentamos en esa fiesta acompañados de otras personas?

—Llamaré a Zack y le diré que...

—No, la culpa es mía. Supongo que he tardado mucho en llamar.

—Lo siento.

—No importa, te veré en la fiesta.

Ken cuelga la llamada bruscamente y yo me quedo en la inopia. Está molesto, lo sé, se le notaba en la voz. Pero no puedo seguir lamentándome, ir con Zack a esa fiesta no significa que tenga que estar obligada a estar con él toda la noche, ¿no? Ha llegado el momento Noa, ésta es tu oportunidad.

Pecado carnal

Llevo toda la semana preparándome para este momento. Voy a hacerlo, esta noche voy a entregarme a Ken.

No tengo ni la menor idea de lo que va a suceder esta noche, no sé si asistirá solo o acompañado, si estará resentido conmigo o si finalmente será él quien me rechace, pero por mi parte ya no lo soporto más. No soporto desearle de esta forma tan cobarde, no me perdono haberle rechazado la otra noche, no pienso dejar pasar otra oportunidad.

Puede que me convierta en otra más de su larga lista y que después de acostarse conmigo ya no haya una segunda vez, pero al menos me arrancaré esa espina del pecho, necesito sentirlo mío aunque solo sea una vez en mi vida.

He preparado una maleta de mano con un recambio de ropa y me he preparado a consciencia para lo que pueda pasar. Lencería provocativa, depilación completa y una buena dosis de autoestima frente al espejo.

Zack me comentó que la temática de la fiesta de este año eran las máscaras, así que se ha tomado la molestia de enviarme un precioso vestido de noche negro brillante de tirantes y con espalda cruzada, largo hasta los pies y con una atrevida abertura en la pierna derecha. También me ha enviado unos vertiginosos tacones de aguja plateados y una máscara victoriana de pedrería con un diseño precioso.

He ido a la peluquería, allí me han alisado el cabello y me han maquillado con una bonita sombra de ojos negra y unos labios rojo escarlata.

Son casi las diez de la noche, Zack está a punto de llegar. Mamá no deja de piropearme desde que salí de mi habitación, sabe que voy a una fiesta con mis nuevos amigos millonarios pero no tiene idea de mis verdaderas intenciones.

Tocan a la puerta.

—Ese debe ser Zack —afirmo tomando mi maleta de mano y el bolso.

—Ve con cuidado esta noche cariño —advierte mi madre dándome un beso en la mejilla.

—Dormiré en casa de Keith, así que no me esperéis despiertos.

—Vale hija, pásalo bien.

Abro la puerta con la falsa esperanza de encontrarme a mi caballero oscuro pero efectivamente es Zack quién me espera tras ella.

Me llevo una grata sorpresa al verle, está realmente guapo. Se ha puesto un traje de chaqueta negro brillante hecho con la misma tela de mi vestido, se ha afeitado y se ha peinado a consciencia. En cuanto me ve comienza a devorarme con sus avivados ojos.

—Joder, menudo monumento —me escanea de arriba abajo con una tentadora sonrisa.

—No te pases... Te recuerdo que sigo teniendo pareja.

—¿Y por qué no es él quién está aquí contigo?

Pues porque no quería hacerte el feo de dejarte tirado.

Camina hacia mí, me sujeta de la cintura y me planta un súper beso en la mejilla.

—Ese imbécil no sabe valorar lo que tiene —me susurra en el oído.

—Ken también asistirá a la fiesta, así que más te vale no pasarte de listo —asevero apartándolo de mí de un empujón.

—No te prometo nada —su sonrisa se agranda.

Viajamos en limusina hasta el lugar de la fiesta. Durante el trayecto he estado interrogándole tratando de sacarle información, necesito saber qué es lo que me voy a encontrar en esa fiesta, pero él se limita a decirme que solo me preocupe de disfrutar.

Hemos llegado, y sí, es otra lujosa mansión. ¿Esta gente compete por ver quién tiene la casa más grande o qué? Si la de Zack era bestial ésta la supera con creces.

—Hemos llegado, ponte la máscara.

Hago lo que me pide y ambos nos colocamos las máscaras. La de él es idéntica a la mía salvo que la suya tiene un diseño más masculino, en cambio la mía tiene los bordes más redondeados y abusa más de la pedrería.

Hay mucho movimiento aquí, muchos coches van y vienen y hay demasiada gente para mi gusto. Todos van con máscaras y me es imposible reconocer a nadie.

Al llegar a la puerta nos recibe un sofisticado señor.

—Buenas noches señores.

—Buenas noches. Zack Baker y Noa Méndez —le hace saber entregándole la invitación al señor.

El hombre tacha nuestros nombres de una lista y nos invita a pasar con un gesto de manos.

—Que pasen una buena velada.

El recibidor es espectacular, es gigantesco y está repleto de lámparas victorianas. Todo está decorado con alfombras rojas y muchas mesas con todo tipo de aperitivos. Los camareros se pasean con bandejas de bebidas y en el centro de la sala hay un enorme escenario donde una orquesta toca música clásica.

—Joder no era esto lo que me esperaba —confieso alucinada.

—Andrew hace esto para contentar a sus padres, la verdadera fiesta comienza luego.

—¿Y qué hay de las máscaras?

—Bombón, nadie querrá que le reconozcan después de las cosas que harán aquí esta noche.

¿Qué? Su respuesta me ha dejado traspuesta. ¿Qué tipo de cosas hace ésta gente para divertirse?

—¿Quieres beber algo?

Esta noche no hay límites, beberé y me dejaré llevar si quiero llevar a cabo mi objetivo.

—Claro.

Un camarero pasa por nuestro lado y Zack le roba un par de copas de champán.

—Brindemos, por una noche inolvidable.

—Por una noche inolvidable.

Unimos las copas y las hacemos chocar.

Zack le da un trago al líquido espumoso y se relame los labios.

—Creo que allí está Keith —señala a mi espalda.

Mi corazón da un vuelco. ¿Keith? Pensé que no vendría ésta noche. No la he visto desde que me confesó sus sentimientos, ¿qué le digo ahora? Zack no sabe nada.

—¡Rubia! ¡Aquí! —Zack la llama en voz alta y le hace señas con la mano.

Rápidamente le localiza y veo cómo se aproxima.

—¡Hola guaperas! —se lanza a sus brazos y se dan un fuerte abrazo—. Ey, ¿para quién te has puesto tan guapo?

La observo desde el anonimato de mi máscara. Está radiante y rebosante de alegría como de costumbre.

—¿Quién es tu acompañante? —le pregunta sin dejar de mirarme.

¿En serio? ¿No me reconoce?

—Keith... es Noa —aclara Zack con cara de incertidumbre.

Su sonrisa se esfuma y se queda callada.

—Hola Keith —sonríe forzosamente y me acerco a ella.

—Hola Noa —su saludo es seco y extraño. Jamás me ha tratado con tanta lejanía y eso me hace experimentar un fuerte dolor en el pecho.

—¿Os pasa algo? Actuáis muy raro —hasta Zack se ha dado cuenta.

—Zack, te importa dejarnos unos segundos a solas, tenemos una conversación pendiente —le ordena Keith tajantemente.

Zack pone cara de póker y arruga los morros.

—Acabamos de llegar y ya me están echando... esto es increíble.

Él se aleja y ambas nos quedamos a solas. Ella me sostiene la mirada fijamente durante unos largos segundos hasta que la presión me supera.

—Lo siento Keith, siento haber salido corriendo, siento no haberte llamado, pero no sabía qué decirte ni cómo reaccionar. Estaba muerta de miedo... —mi mentón comienza a temblar, no joder, no quiero ponerme a llorar.

—Ven aquí tonta —sus preciosos ojos azules se achinan y me sonrío, automáticamente mi corazón nota un tremendo alivio y una inmensa alegría me desborda.

Nos fundimos en un fuerte abrazo, la abrazo fuerte contra mí y me emociono. Lo necesitaba, necesitaba volver a tenerla conmigo.

—Keith yo...

—Shh, calla.

Continuamos abrazadas hasta que ella se aparta con delicadeza.

—Olvida lo que te dije —sonríe de nuevo y me pellizca el moflete.

—¿Por qué nunca me contaste que te gustan las mujeres?

—No quería arriesgarme a que me trataras diferente.

—Menuda bobada, no te juzgué en un principio tampoco te iba a juzgar por eso.

—Lo sé, pero tampoco quería hacerte sentir incómoda.

—Keith... te quiero mucho y lo sabes.

—Yo también te quiero y lo sabes.

Ambas reímos al unísono. Me alegra en el alma recuperar la amistad que teníamos, por un momento pensé que jamás me perdonaría pero Keith me aprecia de verdad.

—Anda, mira quién ha llegado, el señor Miller's.... —advierte la rubia.

Toda mi adrenalina se dispara y me giro ansiosa por verle. Pero mi corazón se hace añicos al verle caminar acompañado de una espectacular morena.

—¿Quién es esa? —pregunta Keith con la mirada repleta de cólera.

Mi tórax se mueve deprisa y sin descanso. ¿Ha venido con otra? Joder, esto sí que no me lo esperaba. Todo mi plan acaba de irse a la mierda.

—Será alguna de sus "amiguitas" —escupo las palabras con el mayor odio posible.

—¿Por qué no habéis venido juntos? Se supone que sois pareja —masculla mi amiga.

—¿Viene hacia aquí? —me giro deprisa y le doy la espalda.

—Sí.

—Buenas noches señoritas.

Doy un gran trago de la copa y mantengo la compostura como mejor puedo.

—Hola Ken —Keith lo saluda con sobriedad—. ¿Quién es tu acompañante?

—Ella es Catalina, somos compañeros de rodaje.

—Hola Catalina —Keith la saluda con una sonrisa de lo más falsa.

Así que se ha traído a una compañera de rodaje... ¿Qué pasa? ¿También se tira a sus compañeras de trabajo? ¿Voy a tener que luchar contra otra Sindy?

—Hola Noa.

Noto el tacto de su mano en la curvatura de mi espalda y doy un brinco en el sitio.

Me giro despacio y le veo. Sus deslumbrantes ojazos brillan ocultos tras su máscara de color dorado.

—Hola —aprieto los labios y le saludo con desagrado. Me duele verle con otra, no puedo remediarlo.

Su intensa mirada me escudriña entera, de abajo arriba. Me mira con ojos iluminados de deseo y siento que me quiebro como una hoja seca al ser pisada en otoño, siento como mis huesos se desquebrajan, se desmoronan y se hacen trizas ante su implacable mirada. Por un momento siento que desfallezco bajo la luz de sus verdes ojos, pues en una milésima de segundo esa mirada ya me ha devorado de todas las formas humanamente posibles.

—¿No me vas a dar dos besos? —me incita con una tentadora mirada y una lasciva sonrisa.

Un fuerte fognazo de calor me abrasa la entrepierna.

Asiento con una tímida sonrisa y me acerco a él. Enrosca su mano alrededor de mi cintura y arrima su rostro al mío.

Su seductor aroma me enloquece, poso mis labios sobre su recién afeitado rostro y me los impregno de perfume. Él hace lo mismo, siento el calor de su boca en mi mejilla y mil escalofríos recorren mi espalda.

—Estás increíble... —me susurra muy cerca del oído.

Luego se aparta y regresa a la posición de antes dejándome ardiendo y con la respiración entre cortada.

Al momento aparecen Zack y Andrew.

—¡Hola chicos! —Andrew nos saluda con una alegría y una energía descomunales.

—¿Tío, qué es toda esta mariconada de la música y las máscaras? —gracias por peguntarlo Ken.

—Ya veréis lo que he preparado para luego... —el rubio ríe con malicia y se muerde los labios.

—Oh, chicos esta es Catalina —Ken le presenta la morenaza a sus amigos.

—¿De qué va todo esto? ¿Vosotros dos estáis juntos o no? —pregunta la chica intrigada.

Ken y yo nos mantenemos la mirada a través de las máscaras.

—Esta noche todo está permitido. Cada uno puede ser lo que quiera. Bienvenida encanto, espero que disfrutes de la noche —interviene Andrew salvándonos el culo.

La noche va transcurriendo sin contratiempos y demasiado tranquila. La gente come y bebe mientras baila al son de la orquesta. Todos ríen y se divierten, hablan de temas banales y yo comienzo a aburrirme.

Ken está todo el rato con la tal Catalina, no les he visto actuar de forma cariñosa ni nada por el estilo pero no me ha vuelto a dirigir la palabra desde que hemos llegado.

¿Cómo hago para acercarme a él? Tengo que hacerle saber de alguna manera que no quise rechazarlo, que solo actuaba guiada por el miedo y que me muero de ganas de que me haga de todo.

—Zack, voy a salir a tomar el aire un poco —le hago saber a mi acompañante.

—Claro, no tardes mucho.

Camino entre el gentío y me dirijo a uno de los enormes balcones de la mansión. Nada más salir me quito la máscara, dios, estaba deseando hacerlo. Hay más gente aquí afuera fumando y hablando.

Me acerco a la baranda de piedra y contemplo las vistas. Es hermoso, se ve un precioso bosque delante y un cielo repleto de estrellas.

—Bonitas vistas.

¡Dios, que susto!

Es él, se quita la máscara dejando su precioso semblante al descubierto.

—¡Me has asustado!

Comienza a reírse.

—No era mi intención.

Le dedico una mirada de incredulidad y vuelvo la vista al frente.

—¿Qué haces aquí fuera? —pregunta.

—Me encanta la noche, tiene una especie de magia, algo que me fascina —confieso embelesada por las vistas.

Me inclino sobre la barandilla y me sujeto el mentón con una mano.

—¿Qué tal se está portando Zack?

—Bastante bien, aún no ha intentado nada raro —bromeo.

—Pues es cuestión de tiempo que lo haga, hoy estás impresionante.

Un volcán de adrenalina estalla dentro de mí. Es la segunda vez en la noche que me piropea. Joder, tengo que disculparme por lo del otro día, es ahora o nunca.

—Y esta noche no podré estar para protegerte, ya sabes que he venido acompañado.

La adrenalina se esfuma de un plumazo.

—Entiendo, tienes que estar pendiente de tu acompañante, ¿así funciona esto no?

—Sería descortés por mi parte si no lo hiciera.

—Pues ya estás tardando en volver con ella —asevero el tono de mis palabras.

—¿Estás... enfadada conmigo?

—No, fui yo quien decidió venir con Zack, en todo caso el molesto deberías de ser tú, y creo que no me equivoco, sino no hubieras aparecido con esa chica del brazo.

Le dedico una mirada de desdén.

—Tienes razón, yo quería venir contigo, pero Zack se me adelantó, no podía aparecer solo por esta fiesta, soy Ken Miller's nena.

—Entiendo...

Él no deja de mirarme de soslayo y me está empezando a poner nerviosa.

—¿Y esa tal Catalina, te gusta?

Acaba de sonreír de una forma encantadora.

—¿Crees que me gusta?

—No lo sé.

—Es una mujer muy hermosa y tiene un cuerpazo, mentiría si te dijera que no retozaría con ella si me lo propusiese.

Aprieto la mandíbula y los celos hacen presencia.

—Pero no es con ella con quien quiero retozar...

Un fuerte latigazo me fustiga la entrepierna. ¡Toma indirecta Noa!

—Yo... esto... voy a volver dentro.

De nuevo huyo, corro como una cobarde y me alejo de esos ojos verdes. No he sido capaz, una

vez más no he sido capaz.



—¡Comienzan los juegos! —grita Andrew.

Son las 02:15 de la madrugada, los mayores de treinta hace rato que se fueron, solo nos hemos quedado los jóvenes. Se supone que ahora comienza la verdadera fiesta.

El rubio nos dirige a otra estancia de la enorme mansión. En un enorme salón lleno de mesas de cristal distribuidas estratégicamente y un pequeño receptáculo en el medio con un micrófono.

Andrew se sienta con nosotros en una de las mesas. Justamente las mesas son de seis, así que cabemos todos sin problemas. El resto de invitados hacen lo mismo y se van sentando hasta llenar todas las mesas.

Una hermosa chica pelirroja se acerca al micrófono y comienza a hablar.

—Buenas noches a todos, el juego comienza. Repartiremos una serie de bolas con un número el cual os representará a cada uno y un recipiente de cristal con una serie de pruebas que tendréis que completar. Si alguien decide renunciar a la prueba se tendrá que quitar la máscara y automáticamente quedará expulsado del juego. El objetivo es que solo quede una pareja en pie, aquella pareja ganadora elegirá uno de los tres premios sorpresa que hay en la mesa.

Todos nos miramos entre nosotros muy asombrados.

—Una cosa más, la pareja ganadora no tiene por qué ser la misma con la que habéis venido... Antes de empezar queremos que nos conozcamos todos un poco mejor así que jugaremos una ronda de bebe o calla.

—Eh un momento, ¿si no he entendido mal de cada mesa saldrá una pareja ganadora? —pregunta Zack entusiasmado.

—Así es —afirma Andrew.

—¡Entonces vamos a por el premio! —Zack se frota las manos con alegría. ¿Acaso éste se cree que va a disfrutar el premio conmigo?

—No entiendo la finalidad de las máscaras —insisto.

—A quién le toque hacer la prueba será enfocado por ese enorme foco y todo el mundo estará atento a ello. Así que es mejor que nadie sepa quién eres.

—¿Bebe o calla? ¿En serio Andrew? —Ken no parece muy conforme con esa parte del juego.

Los camareros llegan y comienzan a preparar las mesas. Observo como dejan seis vasos de cristal, un recipiente lleno de bolas que colocan en el centro de la mesa, una botella de vodka que parece valer un pastizal y todo un arsenal de... ¿DROGAS?

Automáticamente la sangre se me hiela. Todos aquellos falsos recuerdos del Kenai adicto a las drogas me atormentan nuevamente. No, no quiero volver a enfrentarme a eso.

—Keith, ¿eso son drogas? —le susurro notablemente asustada.

—Me temo que sí —afirma ella.

—Joder...

—Tranquila, yo solo beberé alcohol.

—¿Y qué pasa con Ken? —murmuro de nuevo.

Keith emite un largo suspiro. No joder, no quiero ver cómo se droga.

De pronto noto como alguien me da un toquecito en la rodilla por debajo de la mesa. Rápidamente miro hacia el frente y me encuentro con los intensos ojos de Ken. Me hace un gesto para que mire mi teléfono.

—Ni se te ocurra tomar nada de lo que hay en la mesa √√ —me advierte.

Despego la vista de la pantalla y le miro de nuevo con el ceño fruncido.

—¿Y qué pasa contigo? √√ —me atrevo a preguntar.

—Tranquila, no volveré a hacerte pasar por lo mismo √√

Suspiro aliviada y se me escapa una débil sonrisita. Alzo la vista y le miro a los ojos de nuevo. ¿Desde cuándo es tan considerado conmigo?

—¿Cómo se juega a esto? —le pregunto a mi amiga.

—Fácil, la chica dirá: yo nunca he... Y quién lo haya hecho debe de tomar un trago —explica Keith.

—Vale, o sea que si no lo he hecho no bebo.

—Creo que tú no vas a dar muchos tragos Noa —comenta Keith con una risotada.

—Empecemos pues. Yo nunca me he acostado con la novia o novio de un amigo o amiga.

Todos nos miramos entre nosotros. Zack, Andrew, Catalina y Ken beben.

¿Qué? No me lo puedo creer.

—Yo nunca me he masturbado pensando en alguna persona que está sentada en la mesa.

¿Qué cojones?

Palidezco. ¿Qué pasa si miento?

A la mierda. Absolutamente todos bebemos.

No me jodas... ¿Keith se ha tocado pensando en mí? ¡Dios! Y Ken, ¿él lo habrá hecho pensando en mí? La loca idea de imaginarlo masturbándose me enloquece.

—Yo nunca he hecho un trío.

Automáticamente la imagen de Tayen y Kenai poseyéndome en aquella habitación abofetea mi mente, pero eso no cuenta.

Ken me dedica una mirada obscena. Mierda... él leyó el diario y aquella escena no fue incluida en el libro. Rápidamente aparto la mirada.

Zack se toma una píldora y Ken bebe.

Hostias Ken, ¿has hecho de todo o qué?

—Yo nunca he mantenido relaciones sexuales.

Todo el mundo se ríe y yo me quedo congelada en el sitio.

Todos los invitados toman algo menos yo. Pronto noto todos los ojos mirándome fijamente.

—¿Eres virgen? —la cara de expectación de Zack es máxima—. ¿En serio Ken? No, no me lo creo —Zack niega con la cabeza repetidamente.

Oh joder debería haber bebido, ¿quién se va a creer que en todo este tiempo no nos hayamos acostado?

—Perdón, no había oído bien la pregunta —tras decir eso le doy un buen trago al vaso.

Veo a Ken reír entre dientes.

—Yo nunca he tomado drogas.

De nuevo todos ríen. Zack y Andrew se preparan una raya de coca, el resto bebe.

Mierda, ¿cuánto va a durar esta mierda?

La chica sigue recitando preguntas, la mayoría son sexuales.

—Yo nunca he participado en un bukkake.

Se oye alguna que otra risa en la sala pero por lo general todos permanecen callados. ¿Un bukkake?

—¿Qué es un bukkake? —le susurro a Keith.

Ella me mira con expresión divertida.

—Bueno... básicamente una chica se coloca en el centro de un montón de tíos y éstos le eyaculan encima.

—¿¡Qué?! —grito en voz alta.

—Andrew, te odio —Ken le fulmina con la mirada y acto seguido da un trago.

Mi mandíbula se descuelga.

No es el único que bebe, el trío de amigos bebe uno tras otro.

—¿Qué? —mi mirada solo se centra en Ken.

—¡Sois unos putos salidos! —exclama Keith con cara de asco.

Catalina comienza a reír.

—Solo fue una vez y estaba borracho —se excusa Ken evitando mirarme.

—Ya... ¿borracho cabrón? Bien que...

Ken le tapa la boca con una mano a Andrew y le degüella con sus verdes ojos.

—Te dije que era un perverso... —me susurra Keith.

Por dios, no me lo creo. No quiero imaginarle haciendo eso. ¡Dios!

El juego de bebe o calla termina y ahora empiezan las pruebas. Yo sigo asimilando la idea de que realmente Ken es un perverso y que ha hecho todo lo inimaginable.

El personal parece bastante alterado tras la ronda del bebe o calla. La mayoría han consumido alguna sustancia, cosa que pronto se hace notar en nuestra mesa. Los chicos reparten las bolas y a mí me toca el número 3.

—¿Qué número te ha tocado? —me pregunta Keith.

—El tres, ¿y a ti?

—El 6.

La chica comienza a decir números y sus respectivas pruebas. Besos, toqueteos, confesiones íntimas y una bofetada son las predominantes en esta primera ronda. Ya han abandonado unos pocos. Por ahora no le ha tocado a nadie de la mesa.

—Número 2 —es el número de Catalina—. Hazle un chupetón donde quieras a una persona de tu mesa.

Catalina sonríe con malicia y se recoloca el cabello.

—Fácil.

Se gira hacia Ken y se acerca a él reptando sobre su pecho como una serpiente. Éste le regala una devastadora sonrisa y le anima a hacerlo, a lo que ella responde. Le desabrocha el primer botón de la camisa y deja su bronceado cuello al descubierto. Acerca sus sonrosados labios al cuello de él y mi corazón siente una aguda punzada. Chupa su cuello, desliza su lengua por su piel y lo disfruta.

Zorra.

Andrew y Zack comienzan a decir sandeces y a calentar el ambiente, pero Ken se limita a reírse.

—Para, me haces cosquillas —le dice entre risas.

Recuerdo en aquel sueño cuando besaba su cuello y cómo enloquecía de placer.

Finalmente se detiene y le deja un gran chupetón rojo en la zona baja del cuello.

Las pruebas continúan y van subiendo de tono.

—Número 23. Hazle una felación a alguien de tu mesa.

Me tapo la boca con una mano tratando de ocultar mi sorpresa.

—¿Qué carajo te habías fumado cuándo escribías las pruebas? —exclama Ken.

Andrew no para de reírse.

—No creo que se atreva —dictamina Keith.

La chica de la mesa más lejana se pone de pie, se acerca a uno de sus compañeros y comienza a bajarle la cremallera.

¿Qué cojones?

—Va a hacerlo tío, va a hacerlo —Zack parece de lo más excitado con esto.

Se coloca de rodillas frente al chico y comienza a hacerle sexo oral.

Toda la sala grita con expectación y se oyen obscenidades de todo tipo. Yo corro a taparme la cara, ¿qué clase de retorcido juego es éste?

—Dios, esto es una locura —farfullo.

—Nadie la está obligando —sentencia Andrew con cara de salido.

—Número 5 —todos miran a Ken—. Escoge a alguien de tu mesa y finge tener un orgasmo.

—¡¿Qué?! —grita totalmente sonrojado.

Zack y Andrew se comienzan a descojonar.

—No, esto es una broma, ¿no?

Escondo mi cara tras mi pelo. Este juego definitivamente no me gusta.

—No, no pienso hacerlo —alza ambas manos e intenta ponerse de pie.

—Vamos tío, es solo un orgasmo de mentirijilla —ríe Andrew.

—Vete al carajo.

—Pídeselo a Catalina, tiene cara de saber fingir orgasmos —bromea Zack.

—¿Eres imbécil? —le insulta ella.

Ken mira hacia abajo y ladea la cabeza en sucesivas ocasiones. Luego toma su bola y me la lanza.

Veo como rueda hasta que se detiene en mis manos. Mi cara se descompone. ¿Qué significa esto?

Se pone de pie y viene hacia mí.

—Hazte a un lado —le ordena a Keith.

Cuando me quiero dar cuenta lo tengo sentado justo a mi lado.

—Vamos, hagámoslo juntos —me incita con una traviesa sonrisa.

¿Estás de coña? No, no pienso hacer semejante cosa.

—¿No podías haber elegido a tu acompañante que para eso ha venido? —arremete Zack notablemente celoso.

—Calla, yo también quiero oírla gemir —le sermonea Andrew.

—Dejad que la parejita nos enseñen cómo se lo montan —incita Catalina.

—Ken, no creo que sea una buena idea —Keith trata de salvarme pero no sirve de nada.

—Algún día tiene que perder la vergüenza —advierte Ken.

—No, no quiero hacerlo —entro en estado de pánico.

—Escucha, es solo un juego, no te lo tomes tan en serio —me dice en voz baja.

Le miro a los ojos de manera suplicante pero creo que no hay escapatoria.

Toda la mesa se está riendo de mí, estoy quedando como una pringada. Tengo que hacerlo, tengo que perder la vergüenza.

—Está bien.

—Yo empezaré, tú solo cierra los ojos e imagina algo... excitante —me susurra.

Río de manera nerviosa.

Hago lo que me pide y cierro los ojos, Ken emite un leve gemido y todos los vellos de mi piel se erizan al mismo tiempo. Lo tengo gimiendo justo en mi oreja, lo hace bajito y con una sensualidad que no es de este mundo.

Recuerdo mi sueño, su forma de amarme y comienzo a excitarme.

Trago saliva y emito un gemido.

Al instante noto la calidez de su mano sobre mi pierna derecha y mi corazón se desboca. Desliza su mano por debajo de la mesa hasta detenerse sobre mi rodilla. Su boca está cerca de mi rostro, puedo sentir su calor. Ken gime de nuevo y yo le sigo. Un gemido tras otro comienzo a excitarme de verdad. Sus dedos acarician mi piel. Mi entrepierna palpita con fuerza y un enorme cosquilleo me estremece. Aumenta el ritmo en sus gemidos y cada vez lo hace más rápido y más alto. Yo le imito, jadeo entre gemido y gemido y el cosquilleo se hace cada vez más intenso. Noto como su mano aprieta mi rodilla con más ímpetu. Está pasando, estoy teniendo un orgasmo.

Ken deja de gemir y cuando me doy cuenta estoy gimiendo yo sola. El orgasmo termina y abro los ojos bruscamente.

Todos me miran anonadados. ¿Qué ha pasado?

—Joder, ¡eso ha sonado como un orgasmo de verdad! —grita Catalina.

Miro a mi derecha y veo a Ken con la cara al rojo vivo.

—Acabo de empalmarme —dice Andrew.

—Pues anda que yo —añade Zack ruborizado.

—¿Has... has tenido uno de verdad? —a Ken no le salen las palabras.

—¡No! —me río y trato de ocultar mi nerviosismo.

—Tío ¿ni siquiera sabes diferenciar si los orgasmos de tu novia son reales o no? —Zack se carcajea de la situación.

Oh joder, joder, joder. ¡¡Tierra trágame enterita!!

Está nervioso, mueve la pierna izquierda de manera inquieta y repiquetea con los dedos la mesa.

Ahora me encuentro sentada entre Ken y Zack. Me muero de la vergüenza, quiero que me trague la tierra ya por dios.

Los primeros en abandonar la mesa son Keith y Andrew. A Keith le ha tocado hacer un striptease y se ha negado rotundamente y el rubio se ha negado a enrollarse con un tío.

Nos quedamos solos en la mesa Zack, Ken, Catalina y yo. Solo puede quedar una pareja y quiero que seamos Ken y yo.

Apenas quedan unos 12 participantes en la sala, ¿me pregunto cuál será la prueba final?

—Número 4. Toma la fusta que te van a dejar sobre la mesa y azota cinco veces a tu acompañante con ella.

¿Me estás vacilando?

Zack se descompone, toma la fusta con inseguridad y me mira con ojos piadosos.

—Ni se te ocurra —no me da pie a negarme cuando Ken interviene.

Le sostiene con fuerza de la muñeca y le fulmina con la mirada.

—Tío, deja que ella elija —se suelta de su agarre con un manotazo.

—No hace falta, ya lo hago yo —insiste.

Yo permanezco callada, todos los ojos están puestos en nosotros.

—Caballero, usted no puede intervenir en la prueba —informa la chica por el micrófono.

—Ya la has oído —sonríe victorioso.

—Como te atrevas a tocarla con eso te voy a dar hostias hasta en el carnet de identidad —le da

igual, ha salido en mi defensa como un león.

Zack se pone de pie se quita la máscara y suelta con brusquedad la fusta.

—Iros a la mierda.

Lo ha conseguido, ha echado a Zack del juego. Le dedico una mirada de complicidad y sonrío.

—¿No decías que hoy no ibas a protegerme?

—Te mentí —sonríe mostrando su perfecta dentadura.

El juego sigue y ya solo quedamos 6 personas en la sala.

—Número 3 —oh mierda—. Tómese lo que vamos a dejarle en la bandeja.

Miro extrañada hacia la bandeja. Hay un vaso de agua y una píldora. ¿Qué es esto?

—¿No estarás pensando en tomarte eso, no? —rápidamente Ken interviene.

Miro de nuevo la bandeja, ¿esto es alguna especie de droga?

—¿Quieres dejarla que tome sus propias decisiones? —Catalina lo hace callar.

—¿Qué es esto?

—Pues droga, no creo que sea un ibuprofeno —la morena empieza a reírse.

—Vale lista pues tómatelo tú —Ken no parece contento.

—No es mi prueba.

—Está bien, voy a hacerlo.

Después de la vergüenza que he pasado hoy no pienso rendirme ahora y darle la victoria a esta imbécil. Tengo que ganar esto y quedarme con Ken.

—No, Noa...

Tomo la píldora y me la coloco en la lengua, Ken me mira con los ojos desencajados, sujeta mi mano he intenta impedírmelo pero yo ya me la he tragado.

—¿Por qué has hecho eso? —me sermonea.

—Ya está hecho.

Lo he conseguido, Catalina está descalificada.

—No es justo, su prueba ha sido muy fácil —exclama ella enfadada.

—Pues anda que la tuya... —y encima ha disfrutado con ella.

—¡Bien, pues ya tenemos a las dos parejas finalistas!

El resto de invitados entran de nuevo en la sala y ocupan los asientos de antes.

—¡Enhorabuena parejita! —grita Andrew dándole una palmadita en la espalda a Ken.

—Estarás contento cabrón —recrimina Zack.

—Menudo juego más bizarro —suspiro aliviada, por fin se ha terminado.

—No cantes victoria Noa, aún queda la prueba final —añade Andrew torciendo la comisura de sus labios.

—Las parejas finalistas que se acerquen aquí —nos ordena la chica pelirroja.

Nos ponemos de pie y caminamos despacio hasta ella, la otra pareja hace lo mismo.

—Tranquila, te haré ganar ese viaje para que lo gastes con quien tú quieras —me dice mientras camina.

¿Con quién yo quiera? Pero yo quiero gastarlo contigo.

—Bien, llegó el momento de demostrar que realmente merecéis ese viaje... Demostradnos cuánta pasión hay entre vosotros y la pareja más votada se llevará el viaje.

—¿Puedes ser un poco más específica? —pregunta la otra chica.

—¡Que os enrolléis coño! —grita Andrew a lo lejos.

Ken niega con la cabeza y comienza a reírse.

—Me parece que ésta vez no vas a poder huir de mis besos —susurra mordiéndose el labio con ahínco.

¿Qué es esto? ¿Una especie de complot contra mí?

—Espera, ¿vas a besarme delante de toda ésta gente? —Ken camina hacia delante sin apartar sus penetrantes ojos de mí.

—Ya lo hice una vez... —aproxima su cuerpo al mío y me sujeta con fuerza por la cintura pegándome a él—. Y pienso volver a hacerlo.

Roza sus labios con los míos y yo siento que me muero. Me aprieta y jadea sobre mi boca, acaricia mi cara y enreda sus dedos en mi pelo, yo muero de placer. No me besa, tan solo me provoca.

—Aquí no.... —jadeo extasiada—. Aquí no.

Comienzo a encontrarme rara, creo que es esa píldora que me he tomado.

—¿Estás bien? —su voz suena preocupada.

—Sácame de aquí.

Ken rápidamente me toma de la mano y me aleja del gentío.

—Ey, ¿a dónde vais? —grita Andrew.

Todo me da vueltas, veo espirales de colores y todo lo oigo distorsionado.

No sé dónde estamos pero hemos salido de la casa. Me encuentro sentada sobre unos escalones.

—Te dije que no te tomaras esa píldora —es su cálida voz. Está aquí conmigo, sosteniendo mi cuerpo.

—¿Cuánto dura el efecto de esto?

—No lo sé, ni siquiera sé que es eso que te has tomado.

—Yo solo quería impresionarte.

—Se me ocurren miles de formas mejores de impresionarme Noa.

Me sujeta del hombro y me recuesta sobre él, apoyando mi cabeza sobre su pecho.

—Ven aquí. Esperaremos a que se te pase.

Cierro los ojos y me relajo. Puedo oír el suave latir de su corazón y sentir su calor. Es el lugar más reconfortante del mundo.



Abro los ojos desorientada. Sigo recostada sobre su regazo, no sé cuánto tiempo ha pasado. Miro hacia arriba y me encuentro con sus preciosos luceros.

—Bienvenida de nuevo bella durmiente —me recibe con una cálida sonrisa.

—¿Cuánto llevamos aquí?

Él mira su flamante reloj y responde.

—Unas dos horas.

—¿Dos horas? —me levanto sobresaltada.

—Eh tranquila, no te levantes de esa forma.

—Debemos de volver dentro.

Me pongo de pie con torpeza y él me sujeta.

—¿Quieres volver dentro? Te aviso que a estas horas la gente debe de estar muy desmadrada.

—¿Qué has hecho con las máscaras?

—Que le den por culo a las máscaras —sonríe.

—Ken, gracias por cuidarme —agradezco con timidez.

—Tú solo quédate cerca de mí y no te pasará nada.

Asiento con una sincera sonrisa.

Entramos de nuevo a la casa y compruebo que Ken está en lo cierto. Hay gente desparramada por el suelo, otros duermen en los sillones, otros continúan bailando y riendo, otros beben alcohol y se drogan y otros practican sexo sin importarles que les estén mirando.

—Dios... —me ruborizo y miro hacia otro lado.

—Ya te lo he advertido.

Subimos a la planta de arriba y salimos a la zona de la piscina, aquí el caos es peor.

Hay gente follando por todos lados, dentro y fuera del agua. Grupos de tres y hasta cuatro personas practicando sexo cómo animales.

Las mujeres pasan por al lado de Ken y le hacen gestos obscenos, otras incluso se atreven a tocarle.

—Mmm Ken Miller's, ven conmigo y te dejaré que me hagas lo que quieras —le incita una con voz de borracha.

—Quita de encima —la aparta de un manotazo.

Los hombres tampoco se cortan un pelo, me hacen señas para que vaya con ellos y se tocan sus zonas bajas.

—¿Es que aquí nadie tiene vergüenza?

—Éstos la perdieron hace rato Noa...

—No hay rastro de Keith —advierto un tanto preocupada.

—Se habrá marchado a casa.

—¡Ey Ken!

Andrew se acerca corriendo. Está descamisado y lleno de carmín.

—Tío, tienes que venir con nosotros, ha vuelto a pasar y la tía te reclama a ti.

—¿Qué?

—¿Todavía sigues con ésta? —me mira con cara de desagrado.

—¿Cómo que ésta? ¡¿A ti qué coño te pasa estúpido! —grito exasperada.

—¡Eh tranquila fiera! —vocifera.

—¡Basta! Los dos, estaros quietos —Ken se interpone entre los dos.

Intercambiamos miradas de odio.

—Deja que se vaya a casa y vente con nosotros, la tía dice que solo lo hará si tú estás presente.

—¿Tú eres tonto o qué? ¿Ya no te acuerdas de la conversación en mi casa? —masculla dándole una colleja.

—En serio que no te reconozco tío.

—¿Y Zack?

—Arriba, preparándose para el espectáculo.

—¿Has oído? Tu caballero enamorado está arriba preparándose para eyacularle en la cara a una jovencita —me hace saber con cara de satisfacción.

Pongo cara de asco y miro hacia otro lado. Tíos, a la primera de cambio se bajan los pantalones.

—Haced lo que queráis, yo me largo —Andrew se marcha dedicándome una mirada de desprecio.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué me trata así?

Ken se da media vuelta y se encoje de hombros.

—Parece que no les gusta que esté contigo.

Me cruzo de brazos y mi expresión se torna iracunda. ¿Qué clase de amigos son esos? Solo lo utilizan para beneficio propio.

—Son unos capullos.

—Tranquila, olvídate de ellos —sujeta mi cara con ambas manos y me mira con ternura—.

¿Por qué no nos vamos de aquí?

—¿Irnos? ¿A dónde?

—Conozco un lugar perfecto. Pero te advierto de que si vienes conmigo ya no dejaré que te vayas.

—¿Vas a secuestrarme?

—Solo por esta noche.

—Vale.

Cojo mis cosas del guardarropa y nos vamos en su coche. Dice que el sitio está un poco lejos así que me prepararé mentalmente durante el camino por lo que pudiera pasar.

—Esta noche ha sido intensa —confieso recostada sobre el cristal del vehículo.

—Aún queda mucha noche señorita —aclara con una traviesa sonrisa.

Le miro de soslayo y mi cuerpo comienza a temblar. ¿En serio va a suceder? ¿Voy a acostarme con él?

—¿Siempre os divertís de la misma forma?

—Mmm, el noventa por ciento de las veces sí.

—No sabía que te gustara tanto el sexo.

—Vamos, ¿y a quién no le gusta? —trata de restarle importancia al asunto.

—Pero las cosas que has hecho... —pienso en lo del bukkake y me dan ganas de vomitar.

—Nunca he hecho nada sin el consentimiento de una mujer.

—No sabía que guardaras secretos tan oscuros.

—Tú nunca me has hablado de sexo, si me hubieras preguntado te lo hubiera contado todo.

Permanezco callada mirando a través del cristal, no me gusta nada haber descubierto esa faceta suya.

—¿Te he decepcionado?

—No, pero preferiría no haberlo sabido.

—¿Y tú qué? ¿Qué es eso de masturbarte pensando en uno de tus amigos? —me hace la pregunta un tanto avergonzado.

—Tú también lo has hecho —contraataco.

—¿Y qué hay del orgasmo? —su rubor se incrementa—. A mí me pareció bastante real.

—Solo estaba fingiendo —¡tierra trágame!

—Créeme, sé distinguir muy bien un orgasmo fingido de uno real. Y el tuyo era real.

—¿De veras crees que tengo esa facilidad?

—No lo sé, ¿por qué no lo comprobamos?

Le miro con los ojos muy abiertos y vuelvo a entrar en estado de pánico. Ken entrecierra los ojos y pone cara de pervertido. Gime una vez y se muerde los labios con ganas.

—¿Qué estás haciendo? —grito avergonzada—. ¡Ken para!

No me hace caso, me mira de reojo y vuelve a gemir.

—Oh sí nena... mm me gusta.

—¡Que pares de una vez! —joder está consiguiendo lo que quiere.

—¿Te excita mi voz, es eso cariño? Mmm —gime de nuevo pero esta vez acaba riéndose.

—No tiene gracia.

—Vamos, no seas tan vergonzosa, reconócelo.

—¿Que reconozca el qué?

—Que te excitaste antes en la fiesta. Yo me excité bastante al oírte.

Ay mi madre, ya estamos.

—¿Y qué si me excité? Es la primera vez que un hombre me gime al oído.

—¿Y si te hubiera gemido al oído cualquier otro? ¿Crees que te habrías excitado de la misma forma?

—¿A dónde quieres llegar con tanta pregunta?

—Pues que es obvio que aún sigues sintiendo algo por mí, y no te atrevas a negármelo —me hace una señal con el dedo índice.

Asiento con la cabeza.

—¿Por qué me rechazaste la otra noche?

—No lo sé, me entró el pánico y...

—¿A qué tienes miedo?

—Supongo que a lo mismo que tú...

Ken me mira en total silencio y emite un tortuoso suspiro.

—¿Sabes lo que ocurre cuando el fuego y la gasolina se encuentran Noa? —¿a qué viene esa pregunta?

—Que se produce un incendio.

—Tú eres el fuego y yo soy la gasolina. El incendio era inminente.

Detiene el coche arriba de un acantilado bajo el cual puedo ver una hermosa playa y una especie de *bungalow*.

—Hemos llegado.

Mi cuerpo no ha dejado de arder desde que he entrado en el coche. Va a pasar, ya no hay vuelta atrás y él está decidido a ir a por todas.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —me pregunta sin quitar las manos del volante.

Arrugo la tela de mi vestido y me muerdo el labio con nerviosismo. Si bajo con él a esa playa lo que tanto anhelo sucederá, pero corro el riesgo de perderle para siempre.

—¿No podemos simplemente hablar?

—Claro, podemos hablar todo el tiempo que quieras pero cuando terminemos de hablar ¿qué crees que va a pasar?

—Pues nos vamos a dormir —aprieto los labios forzando una sonrisa.

—¿En serio piensas que me voy a acostar contigo en la misma cama sabiendo que debajo de ese... —baja la vista hasta la abertura de mi pierna y aprieta los dientes—. ...vestido hay una provocativa lencería?

—Traigo un pijama en el bolso...

—Noa, ¿no comprendes que te deseo? Deseo tenerte solo para mí, desnuda sobre mi cama y hacerte gozar hasta que se haga de día. ¿Tienes idea de la de veces que me he imaginado eso?

Estoy en shock y con la cara al rojo vivo. Ese arrebató de sinceridad era lo último que me esperaba.

Ken cierra los ojos con pesadez y se acaricia el cuello.

—Me estás volviendo loco y me haces sufrir más de lo que te imaginas.

—Lo siento, lo menos que quiero es hacerte sufrir...

—Sufro porque quiero y no puedo. Yo siempre he conseguido lo que he querido y no voy a parar hasta que lo consiga —me dedica una intensa mirada que me atraviesa por completo.

Sonríó sin que me vea, de pronto me siento muy feliz, no tenía ni idea de que me deseara con tanta intensidad. Es como si sintiera exactamente lo mismo que yo.

—¿Cuándo he empezado a gustarte? —necesitaba hacer esa pregunta.

—No lo sé, pero desde que empezamos con esta farsa mis ojos te ven de otra manera. Me di cuenta de que había otros hombres que te deseaban, te deseaban a ti, a la novia de Ken Miller's. Eso me enfurecía, y sin darme cuenta comencé a reclamarte como mía.

Habla con un tono serio, con la mirada fija en el horizonte.

—Aun así decidiste alejarte de mí.

—No estaba dispuesto a hacerte más daño, tú no ibas a ser como las demás. Estaba convencido de que si te alejaba de mí se me acabaría pasando.

Así que era por eso...

—Pero de pronto vuelves a aparecer en mi vida y lo que creí que ya no sentía retorna con más fuerza que antes.

¿De veras Ken siente algo por mí? Mi felicidad es máxima.

—De acuerdo, bajemos a esa playa.

Ken se incorpora de un brinco y deja caer el cigarro que acaba de colocarse en los labios.

—¿Estás segura? —insiste.

Asiento con una sonrisa de complicidad.



Caminamos por una larga escalera de madera hasta llegar a la playa. Es una preciosa calita con una hermosa casita al final de la misma.

—¿Qué es este sitio? —pregunto alucinada. Es absolutamente precioso.

—Mi playa —aclara con orgullo.

—¿Toda esta playa es tuya?

—Por supuesto.

Me descalzo y camino por la arena fría hasta llegar a la casa. Ken abre una puerta corredera y la casa se ilumina. Mis ojos se abren asombrados por la belleza de este sitio. Es una casa pequeña al estilo japonés con dos habitáculos: un bonito salón con cocina y un amplio dormitorio. Los compartimentos están separados por una fina pared, pero no hay puertas en el dormitorio ni en el baño.

—Déjame tus cosas —Ken me quita la maleta y la deja en el suelo del dormitorio.

—Es precioso.

Me giro desde mi posición y veo el mar, la casa está dentro de la playa, si sales de la puerta pisas directamente la arena.

—Mi casa es tu casa —añade con una encantadora sonrisa.

Yo también sonríó, camino hasta el enorme sofá color crema y tomo asiento. La decoración es escueta pero elegante. No hay muchos muebles ni tampoco objetos sofisticados, tal y cómo me gusta.

—¿Quieres beber algo?

Niego con la cabeza.

—Demasiado alcohol por hoy, ¿no?

—Sí...

Ken sí que se ha servido un trago con hielo, camina hasta mi posición y toma asiento a mi lado. Deja el vaso sobre una mesita que hay frente al sofá y se quita la chaqueta.

—Este puto traje me está matando —se afloja un poco la corbata.

—Debe de ser una maravilla poder dormir con el sonido del mar tan cerca —sigo embelesada mirando hacia la arena.

—Si quieres luego nos damos un baño —añade él de forma divertida.

—No me he traído bañador.

—¿Y quién necesita bañador? —me reta con una sensual mirada.

Ambos reímos por un momento para luego guardar silencio. Oh dios, va a suceder, va a suceder... Es incómodo pero a la vez emocionante.

Ken se frota las palmas de las manos contra el pantalón de manera nerviosa, se acaricia los muslos una última vez y luego se aferra a sus rodillas.

Se pone de pie y yo le sigo con los ojos.

Se acerca a un pequeño artilugio, coloca su teléfono móvil y toca la pantalla.

Una música comienza a sonar por los altavoces, la canción es *Suffer*, de *Charlie Puth*, yo le miro entornando los ojos. ¿Lo tenía todo planeado?

Mi indio de ojos verdes se gira hacia mí y me devora con los ojos en silencio. Una ráfaga de adrenalina comienza a ascender desde la punta de mis pies hasta mi vientre, concentrándose en esa zona y haciéndome estremecer.

Camina hacia mí despacio sin dejar de avasallarme con sus intensos ojos, yo le mantengo la mirada y comienzo a temblar.

Se detiene justo frente a mí y toma mi mano derecha. La agarra con fuerza y de un tirón me pone de pie. Su cuerpo y el mío vuelven a estar pegados, al igual que nuestros rostros. Suelta mi mano y acaricia mi mejilla con suavidad, la desliza lentamente hasta alcanzar mi pelo, enreda sus dedos en mi cabello y me aprieta más contra él. Jadeo y comienzo a excitarme.

—No me hagas sufrir más... —suplica—. Entrégate a mí Noa —abre ligeramente su boca y muerde con ganas mi labio inferior. Un gemido se escapa de mi boca.

Suelta mi labio y comienza a devorar mi boca. Me besa con viveza y pasión. Yo me aferro a la tela de su camisa intentando no desplomarme contra el suelo. Pronto noto su otra mano sobre mi trasero, el cual acaricia y aprieta con ganas.

Abre su boca e introduce su lengua dentro de la mía, me saborea y me besa con voracidad.

Mis latidos aumentan de frecuencia, el sabor de sus labios es exquisito y la forma en que me besa me enloquece de una forma bestial.

—Dime que deseas esto tanto como yo... —implora sobre mi boca.

—Lo deseo... —confieso excitada.

—Pero yo no soy el Kenai de tus sueños.

—No, pero eres cuánto necesito —no puedo evitar sonreír.

Veo como una tímida sonrisa asoma en su bello rostro. Ken me sujeta de los muslos con fuerza y me sube a su cintura. Su boca vuelve al acecho, yo acaricio su pelo sin despegarme de sus lujuriosos labios mientras camina en dirección a una gran habitación. Al llegar se sienta sobre el filo de la ostentosa cama de matrimonio que ocupa gran parte del dormitorio.

De pronto se separa bruscamente de mi boca, me gira colocándome de espaldas a él y me sube encima suya. Me abraza desde atrás y me vuelve a pegar a su cuerpo, notando así toda la dureza de su miembro sobre mi trasero. Me besa el cuello y yo muero de placer. Sus manos se mueven

por mi cuerpo como culebras envenenadas, una se detiene sobre mis pechos, los cuales aprieta por encima de la tela y su otra mano se introduce por la abertura del vestido hasta el interior de mi ropa interior. Sus lujuriosos dedos alcanzan mi sexo y comienzan a jugar con él enloqueciéndome por completo.

Mis fluidos se mezclan con sus dedos, los cuales introduce dentro de mí lentamente hasta hacerme delirar. Muerde mi cuello y me lame sin dejar de masturbarme, yo suelto un gemido e inclino mi cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

—Córrete para mí —me susurra muy excitado.

Dios...

Introduce la mano por dentro de mi vestido dejando al descubierto uno de mis pechos, lo acaricia, los estruja y juguetea con mi pezón.

No puedo dejar de gemir, el placer sobrepasa mis límites. El movimiento de sus dedos sobre mi clítoris va a conseguir volverme loca. Coloco mi mano sobre la suya y le acompaño en el movimiento.

—Oh joder... —jadea sobre mi oreja.

Si sigue tocándome de esta forma voy a...

—Espera, no lo hagas.

Detiene sus movimientos, agarra las costuras de mi ropa interior y me quita las bragas. Luego me gira y me coloca mirando hacia él. Sujeta mi cara con ambas manos y devora de nuevo mi boca.

—Desnúdame —su voz suena desesperada.

Sus ojos desprenden puro fuego. Comienzo a desnudarle.

Me deshago de su corbata y la lanzo al suelo. Le desabrocho la camisa con brusquedad y noto cómo su miembro se erecta un poco más bajo mi pelvis.

Acaricio su bronceado y musculado torso y lo disfruto, lo disfruto hasta saciarme, me moría de ganas de hacerlo.

Agarro su cinturón y lo desabrocho nerviosa, al bajarle la cremallera su poderoso miembro hace mella de presencia agrandando mis ojos.

—¿Eres consciente de lo cachondo que me pones? —jadea sobre mi boca.

Se arrastra hacia atrás sobre la cama llevándome consigo, hasta que su espalda choca contra el cabecero de la misma, luego se baja los pantalones dejándolo al descubierto. Mi entrepierna se estremece, es más grande de lo que imaginé.

—Ahora voy a follarte —sentencian sus lujuriosos labios.

Mi adrenalina se dispara, el volcán de mi interior estalla.

Agarra su miembro, eleva mis caderas y me penetra de una sola vez.

Un fuerte gemido se escapa de mi boca y siento algo desquebrajarse dentro de mí. Escuece y duele, pero Ken no se detiene, me penetra una y otra vez con un enorme gesto de placer en su rostro. Contemplo cómo cierra los ojos y se muerde los labios sin dejar de penetrarme, se relame y emite una mezcla de gemidos y gruñidos. Sea lo que sea me lo contagia y hace que el dolor desaparezca, solo hay placer.

—Mmm, déjame ver cómo te mueves...

Su cara de pervertido me pone a cien. Hago lo que me pide y me muevo de arriba abajo cómo mejor puedo. Su miembro es muy grueso y siento cómo me llena por completo.

Él me observa con la mayor cara de satisfacción del mundo, se muerde de nuevo el labio inferior e inclina su cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

¿Esto está pasando de verdad? ¿De verdad esto es real? ¿Cómo sé que no estoy soñando?

—Noa voy a correrme... —advierde aumentando el ritmo.

Eh, espera no se ha puesto condón.

—Ken... —trato de llamarle pero sus sacudidas son tan fuertes que me cortan el habla—. No, no.

—¡¡Oh sí... sí, sí, sí!!

La penetración se torna frenética y yo no dejo de gritar. El salvaje roce de su miembro hace que yo también sufra un intenso orgasmo.

El orgasmo termina y ambos, extasiados, permanecemos pegados uno encima del otro.

—Joder... qué intenso —sonríe mostrando su preciosa dentadura.

Está cubierto de sudor y no deja de jadear. Su pecho se mueve deprisa y su miembro sigue palpitando dentro de mí. Yo me encuentro en el mismo estado, medio desnuda, agotada y empapada en sudor.

—No te has puesto preservativo —indico asustada.

—Tranquila.

Eleva mis caderas y me despega de él, yo me pongo de pie y corro a colocarme bien el vestido. ¿Dónde están mis bragas?

Se levanta de la cama, se abrocha el pantalón y se dirige hacia la cocina.

Yo sigo buscando mis bragas. ¿Qué narices ha hecho con ellas?

—Ten, guárdate esto y mañana te lo tomas —me ofrece una píldora.

—¿Qué es esto?

—La píldora anti baby —sonríe mostrándome la pastilla.

Le quito la pastilla de la mano y le dedico una mirada acusatoria.

—¿Lo tenías todo planeado? ¿O siempre tienes pastillas de esas para tus invitadas? —lo último lo digo con sarcasmo.

—¿De verdad me crees tan irresponsable como para hacer eso? —arquea una ceja y tuerce los labios.

No respondo, sostengo la pastilla dentro de mi puño cerrado. Otra vez esa mirada lasciva. Da un paso hacia mí y me besa despacio, yo entrecierro mis ojos y disfruto del placentero contacto.

—¿Crees que me arriesgaría a que me contagien algo? —me besa de nuevo.

—¿Y cómo sé que tú no tienes nada? —bromeo pegada a su boca.

—No te queda otra que confiar en mí.

—¿Y estas son tus medidas de precaución? —ahora soy yo quien le besa.

—Soy muy consciente de que acabo de desvirgarte, quería sentirte piel con piel —cierra sus ojos y su lengua acaricia a la mía—. Por eso me preocupé en tomar medidas.

—¿Y si me quedo embarazada?

—Eso no va a pasar —deja de besarme y se relame los labios.

—¿Y si pasa?

—Pues si pasa... —se queda callado—. Jamás abandonaré a un hijo mío.

Agacho la cabeza y no puedo evitar pensar en Denahi, nuestro pequeño, y sin poder evitarlo me emociono.

—Más te vale —atino a decir con los ojos vidriosos.

Él me mira con tanta ternura que me derrite el corazón.

—Ven aquí —me estrecha entre sus brazos—. Ven aquí —repite en voz baja.

Las lágrimas se desbordan de mis ojos sin control, escondo mi rostro en su pecho y me trago mi dolor. Él me envuelve en un cálido abrazo, sus fornidos brazos me protegen, me calman y me dan el consuelo que necesito.

—Al final vas a conseguir que me encariñe contigo... —me acuna entre sus brazos y besa mi pelo.

¿Ken se está encariñando conmigo?

—Y ahora es cuando me dices que ha sido un error y que no habrá una segunda vez —estoy muerta de miedo.

Le oigo reírse.

—No, esto no ha sido ningún error —me abraza más fuerte. Yo cierro los ojos y disfruto del tacto de su piel y del latir de su corazón.

—Pero tú mismo me dijiste que nunca te acostabas más de dos veces con una misma mujer, que no tenías citas por miedo a encariñarte...

—Lo sé, y es cierto. Pero tú no eres cualquier mujer.

Joder... mi corazón estalla de felicidad.

—¿Quieres ir a dormir? —le pregunto buscando sus ojos.

—Aún no, déjame quedarme así un poco más...

Me acurruco entre su pecho y lo abrazo más fuerte. Te quiero, te quiero con toda mi alma Ken Miller's.

Más de una vez

Me despierto cegada por la luz de sol, abro los ojos y mi primera visión es mi querido indio de ojos verdes durmiendo como un angelito. Tiene una expresión de lo más inocente en su rostro, como si no hubiera roto un plato en su vida.

Sonrío y me muerdo los labios de forma perversa. Me encanta, es imposible que pueda gustarme más. Me gusta en todas sus facetas y con todas sus locuras. Recuerdo nuestro encuentro sexual de anoche y mi cara arde de calor. Mi primera vez y nada tiene que ver con lo que imaginé, Kenai era delicado y mucho menos pervertido, pero lo de anoche, lo de anoche fue salvaje e intenso, y siendo sincera lo disfruté demasiado.

Está descamisado y en calzoncillos, tumbado boca abajo con la cara sobre la almohada, le miro y sonrío. Me da pena despertarlo pero...

—Buenos días señor Miller's... —le susurro.

Él emite un ruido muy gracioso y se queja. Su móvil, que está tirado en el suelo, comienza a vibrar, creo que alguien lo está reclamando.

—Ken, tu móvil está sonando.

—No...

—Vamos despierta —me atrevo a acariciarle la mejilla.

Abre sus preciosos ojos y me mira con cara de dormido.

—¿Qué pasa? —pregunta desorientado.

—Tu móvil —señalo con los ojos al suelo.

Él ignora mis palabras y me dedica una flamante sonrisa.

—Noa... —su sonrisa se agranda.

Se abalanza sobre mí y me come la boca.

—¿Ha pasado de verdad? —pregunta entornando los ojos.

—¡No te acuerdas?! —exclamo.

—Claro que me acuerdo, te estaba vacilando —comienza a reírse.

—No te perdonaría que olvidases algo así —asevero.

—Ni yo tampoco me lo perdonaría.

Nos miramos en silencio y ambos nos sonrojamos al unísono.

—Estoy agotado, creo que me voy a dar una ducha.

—Claro, yo prepararé algo de desayunar.

—Me parece bien —sonríe y nuestros labios se funden.

Bosteza y se incorpora. Se pone de pie, se despereza y camina hacia el baño entre trompicones.

Observo con deseo su figura, ese cuerpo de adonis perfectamente elaborado para mí. Es como si el universo lo hubiera creado justo a mi medida. Se detiene frente a la ducha y antes de entrar se deshace de la ropa interior dejando su turgente trasero al descubierto. Me muerdo los labios ansiosa, quiero que vuelva a ocurrir, quiero más de su perversión, la necesito.

Oigo el fluir del agua y veo su silueta tras la enorme mampara de cristal. *Vamos Noa, ve con él, haz que pase de nuevo.*

Impulsada por una poderosa fuerza me levanto, camino despacio sin dejar de mirar su silueta y me detengo en la entrada de la ducha. Está de espaldas cubierto de agua, no he se ha dado cuenta

de mi presencia.

Me desnudo y tomo aire.

Entro en la ducha con él.

La ducha es enorme y muy amplia, se entra por la derecha y se sale por la izquierda, no hay puertas ni cortinas, solo una gran cristalera fijada al suelo.

El tacto del agua fría me estremece, doy un paso más y me detengo tras él. Acaricio con delicadeza su espalda mojada y él se gira en silencio.

Su tórrida mirada me combustiona en segundos, escanea mi desnudez y sus labios se tuercen dibujando una pícaro sonrisa.

—Supongo que no has venido a ducharte...

—No... —niego con timidez.

Me armo de valor y me aferro a su cintura, él aproxima su boca a la mía y comienza el sufrimiento.

—Así que quieres más... —afirma con un provocativo tono de voz.

Roza sus labios con los míos pero no me besa, me muerde la boca y jadeo.

—¿Acaso tú no quieres? —pregunto temerosa.

Él sonrío de forma encantadora, luego su mirada se vuelve salvaje.

Me sujeta con fuerza de las muñecas y me aprisiona contra la pared, nuestros cuerpos mojados entran en contacto y rápidamente me percato de su potente erección. Nuestros labios se funden y muero de placer. Me besa con desesperación y ansiedad, como si fuera la última vez. Nuestra saliva se entremezcla con el agua fría que nos empapa, el deseo aumenta su intensidad por segundos y pronto me humedezco.

Suelta mis muñecas y yo corro a acariciar su torso mojado, mis manos resbalan por su piel hasta alcanzar su fornida espalda, la cual araño con suavidad.

—Sujétate fuerte a mi cuello —me ordena entre jadeos.

Agarra mis muslos, me eleva en el aire y me cuelga de su cintura. Oh dios, va a volver a pasar...

Su abrupto miembro se introduce despacio en mi interior haciéndome estremecer hasta que él queda totalmente pegado a mi cuerpo. Luego inclina su pelvis hacia atrás y lo saca despacio para luego volverlo a meter. La penetración se repite a medida que avanza el ritmo, cada vez más y más deprisa.

Me aferro a él sin dejar de gemir, él continúa besándome a la vez que me penetra, me besa con lujuria y pasión y yo ya me siento una adicta a esto, adicta al sabor de su boca, adicta a su forma de amarme.

Aprieta mis muslos y me nombra entre jadeos, no aminora el ritmo ni parece estar dispuesto a hacerlo, la fricción es tal que comienzo a sufrir un orgasmo.

Grito de placer y él responde a mis plegarias aumentando aún más el ritmo.

Oh dios me muero... me muero aquí mismo.

Acaricio su pelo mojado y estallo de placer. Oírme así de excitada le resulta contagioso y pronto me hace saber que no lo soporta más.

El preciado momento llega a su fin y ambos tratamos de recuperar el aliento con el corazón a mil por hora.

—Espero que esto haya respondido a tu pregunta... —añade exhausto.

Sonrío sin dejar de vislumbrar esos preciosos ojos, emiten un brillo mágico y atrapante, haciéndome experimentar una felicidad extrema. Acerca mi boca a la suya y le regalo un apasionado beso.

—Será mejor que nos duchemos de una vez —bromeo

Tras la intensa ducha me visto, me pongo el recambio que he traído con ropa interior limpia, pero aún no he encontrado las bragas que anoche llevaba puestas.

—¿Buscas esto? —Ken me descubre de rodillas husmeando bajo la cama. Me giro y le veo apoyado en la pared, tan impresionante como siempre, con una flamante sonrisa en su cara y una chispa de picardía en sus ojos.

Se lleva la mano a uno de sus bolsillos delanteros y saca algo de ellos. No me lo puedo creer...

—¿Esas son mis bragas? —exclamo muerta de la vergüenza.

Él me las muestra y las agita como si le mostrara una chuchería a un perro. Mi expresión es de sorpresa y rubor, me pongo de pie y veo cómo su sonrisa se ensancha.

—¡Dame eso! —le ordeno extendiendo el brazo.

—Ven a quitármelas...

Acerca la tela a su boca y veo como muerde un trozo de mi ropa interior con cara de perverso. Sonríe y arquea una ceja incitándome a acercarme, pero yo me quedo congelada en el sitio, ver las costuras de mi ropa interior entre sus dientes es cuanto menos excitante.

—¡No hagas eso! Eres un perverso... —sentencio simulando control sobre mi cuerpo.

—¿Puedo quedármelas? —deja de morder la tela y ruborizada veo cómo acerca la prenda a su nariz y aspira mi... ¿aroma?

Dios, deja de hacer eso Ken...

—Me encanta tu olor —confiesa con los ojos cerrados.

No puedo controlar mi vergüenza, verlo hacer eso me enciende en sobremanera. Tengo que calmarme, no puedo permitirle hacer esas cosas.

—¿Coleccionas bragas de tus amantes? —le suelto la pregunta con un tono pernicioso.

Él abre los ojos y comienza a reírse a carcajadas.

—¿Coleccionar bragas? —se ríe de nuevo.

—Sí, eso he dicho.

Se guarda nuevamente las bragas en el bolsillo y camina hacia mí con aires de galantería.

—Uno, yo no colecciono bragas, dos, yo no tengo amantes —enumera con los dedos.

—Ah es verdad, que tú nunca te acuestas más de dos veces con una misma mujer... —sonrío para mis adentros victoriosa.

Otra vez me ha aprisionado contra la pared.

—Ya te he dicho que tú no eres cualquier mujer.

Acerca sus labios a los míos pero no me besa.

—Ahora tómate por favor la pastilla que te di anoche —termina la frase y se aleja dejándome con todas las ganas.

Odio cuando hace eso...

Hago lo que me pide y me tomo la píldora, supongo que con esto no habrá riesgo de embarazo.

—Joder, tengo treinta llamadas perdidas —advierde mirando su teléfono.

—Ya te dije antes que tu móvil estaba sonando.

—Qué raro, me ha llamado mi madre... —camina sin mirar hacia delante, está centrado en la pantalla del móvil.

—A lo mejor es algo importante.

Se guarda el teléfono en el bolsillo y se encoge de hombros.

—No lo sé, luego la llamaré —camina hasta mi posición y me toma de la cintura—. Creo que será mejor que te lleve a casa, tus padres deben de estar preguntándose dónde estás.

—Les dije que dormiría en casa de Keith.

—Sí, pero Keith no sabe que estás conmigo.

—¿Yo creo que algo sospechará, no? —ambos reímos al unísono.

—Venga anda, que no quiero que tus padres me guarden más rencor del que ya me tienen —rodea mi cuello con su brazo izquierdo y comienza a caminar.

Pienso en mi familia, si ellos supieran lo que acabo de hacer... Creo que jamás me lo perdonarían.

Placeres prohibidos

Estamos a principios de julio, ha pasado una semana desde la fiesta y nuestro fatídico encuentro, porque sí, fue absolutamente increíble entregarme a él pero desde aquel día no he dejado de torturarme con la misma pregunta: ¿y ahora qué? No le he contado nada a nadie, he preferido cargar yo sola con esta culpa, ni siquiera se lo he contado a Keith, ella tampoco me lo perdonaría.

Ya soy parte de éste juego que se juega con fuego, ya no hay vuelta atrás.

Ken me dijo que iba a estar fuera una semana por cuestión de trabajo, que tenía que viajar a España a promocionar su nueva película: dar algunas ruedas de prensa, asistir a programas de tv y pasearse por unos cuantos teatros. Y yo me he quedado aquí pasando las noches en vilo, rememorando cada detalle de su anatomía y extrañándole con mis manos. Me ha mandado alguna foto de su visita a España y de vez en cuando me escribe alguna tontería por Whatsapp pero no tengo ni idea de cuándo le voy a volver a ver.



Es domingo, las diez de la noche, hora perfecta para salir a correr un rato. Me pongo mi conjunto deportivo favorito y salgo a mover las piernas. Me dirijo a mi remanso de paz, a mi explanada secreta. Troto con mis cascos y la música a todo volumen, la refrescante brisa de la noche y la belleza del cielo nocturno siempre me otorgan la calma que necesito.

Tras unos minutos corriendo me detengo para recuperar el aliento, ojeo la pantalla para cambiar de canción y me percató de que tengo dos llamadas perdidas del señor Miller's.

Qué raro... ¿Habrá vuelto ya de España?

De pronto noto una presencia, no me da tiempo a girarme para mirar, alguien me sujeta con fuerza por detrás tapándome la boca con una mano impidiéndome gritar.

Pataleo y me revuelvo con el corazón en la boca, los cascos de música caen al suelo con el movimiento y oigo una voz bastante familiar.

—Shh, soy yo.

Ken me suelta y aparece en mi campo de visión con una mueca seria en su rostro.

—Imbécil, ¿por qué has hecho eso? —exclamo con lágrimas en los ojos.

—¿Te das cuenta de lo peligroso que es salir sola a estas horas?

Dios, me ha dado un susto de muerte. Le sostengo la mirada notablemente molesta, no me ha hecho gracia ese recibimiento.

—No seas paranoico.

—¿Y si en vez de haber sido yo hubiera sido algún violador?

—Pues sé defenderme yo solita.

Él sonrío sin mostrar los dientes y me regala una tierna mirada. De golpe y porrazo me olvido del susto que acaba de darme y recuerdo nuestro último encuentro, toda la sangre se acumula en mis mejillas y los latidos se hacen notar en mi pecho. ¿Qué está haciendo aquí?

—Te he llamado un par de veces, supongo que no te has enterado con esto... —se inclina y recoge mis cascos del suelo.

Tomo los cascos de sus manos y nuestras pieles se tocan, erizando todos los vellos de mi cuerpo.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía ganas de verte —confiesa dando un paso hacia delante.

Trago saliva, mis latidos suenan cada vez más fuertes. Miro hacia atrás y veo un coche a lo lejos con las luces encendidas.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Te he visto salir de casa y te he seguido.

¿Me ha seguido? ¿Cómo no me he dado cuenta?

—Te he echado de menos —Ken oprime la mandíbula y su mirada se torna intensa como la noche.

Mi rubor se incrementa, Ken alarga su mano y la coloca sobre mis labios, los cuales acaricia despacio, contorneando la silueta de mi boca con su pulgar. Me pierdo en sus ojos y en el deseo que desprenden en este instante, en el placer de sus dedos sobre mi boca y en la excitación que muestra al morderse sus carnosos labios mientras acaricia los míos.

—Te he echado de menos... no sabes cuánto.

Da otro paso al frente y se pega a mi cuerpo, rozando su nariz con la mía. El calor de su aliento se pega a mis labios y el deseo florece con más fuerza que nunca.

—¿Y tú, me has echado de menos? —pregunta con una tímida sonrisa.

Cierro los ojos esperando con ansias el tacto de su boca y asiento con una sonrisa.

—Sí...

Mi sonrisa se ensancha.

—Pido permiso para secuestrarte.

Oh joder...

—No puedo desaparecer así... —informo con angustia.

Su rostro se desplaza hasta mi cuello, el cual recorre con su nariz para terminar en el lóbulo de mi oreja con un succulento mordisco.

—Que le den por culo a todo —susurra.

—No... No puedo hacer eso...

Estoy lo suficientemente excitada como para no poder pronunciar las palabras con claridad.

—A la mierda, te voy a secuestrar igualmente.

Ríe y me toma en volandas colgándome de su hombro como si fuera un saco de patatas.

—¿Irme contigo a dónde? —pregunto entre risas.

—A mi casa.

Un escalofrío me estremece. ¿A su casa?

Al llegar al coche me deja de nuevo en el suelo

—Pero mis padres...

—Vamos Noa, ya eres mayorcita para tomar tus propias decisiones, ¿no crees?

Sostiene la puerta del coche ofreciéndome entrar.

Me sonrojo por enésima vez y me introduzco en el coche con él, no puedo rechazar una invitación como ésta.

Ken entra en el coche y pone el motor en marcha. Conduce en silencio con los ojos puestos en la carretera, yo le miro de soslayo y me vuelvo a sentir la mujer más afortunada del mundo. Después de una semana sin verle reaparece de sorpresa diciéndome que me echa de menos y me

lleva consigo a su casa. ¿Va a ver una tercera vez?

—¿Qué vamos a hacer en tu casa? —pregunto con picardía.

Él balancea la mirada hacia mí con tanta perversión que me fustiga la entrepierna.

—¿Qué quieres que hagamos? —sonríe de forma provocativa.

—Sorpréndeme.

Ken ríe y mira hacia otro lado.

El resto del trayecto lo hacemos en silencio, mi caballero oscuro no es capaz de ocultar la felicidad que le provoca tenerme en vilo e inquieta. Pagaría por adivinar qué es lo que pasa por su mente en este momento, qué planes tiene para esta noche.

De nuevo en casa del señor Miller's. Cruzamos la verja de hierro y él estaciona frente al caserío. Se baja del coche primero y luego me sostiene la puerta caballerosamente.

Yo me bajo del coche sin dejar de mirar sus preciosos ojos verdes, los cuales emiten un brillo mágico y atrapante.

Cierra la puerta y comienza a caminar hasta la entrada, yo le sigo sin decir nada, centrada en la perfecta silueta de su cuerpo. Él abre la puerta y me ofrece pasar.

—Las damas primero.

Sonríe y cruzo el umbral de la puerta. Ken se apura en apagar la alarma con un código numérico y luego me hace un gesto con la mano para que guarde silencio.

—Gabriela duerme —susurra.

Ni siquiera ha encendido la luz del recibidor, se aleja y toma algo de una mesa.

—¿Tienes ganas de jugar? —me incita con una lasciva mirada.

Mi corazón da un vuelco dentro del pecho. ¿Más jueguecitos?

Me ofrece una gran caja rectangular de cartón y se muerde los labios.

—Ábrela.

—¿Qué es esto?

—Ábrela —insiste.

Trago saliva y todo el cuerpo comienza a temblarme descontrolado. Abro la caja despacio, mis ojos se abren con sorpresa. Es ropa, pero no cualquier ropa.

—¿Te lo pondrías para mí? —la excitación ya hace presencia en él.

No salgo de mi asombro, me he quedado en shock, él lo nota.

—Lo he comprado exclusivamente para ti.

¿Lo ha comprado para mí? Otra vez me quedo alucinada, ¿lo tenía todo planeado?

Es un conjunto de lencería blanca de encaje, con medias y ligero incluidos. Y un vestidito de... ¿colegiala?

Mi rubor me quema la cara, ¿quiere que me ponga esto para él?

—¿Quieres que me vista de colegiala?

—Bueno, ya sabes que soy un pervertido... —tuerce la comisura derecha de sus labios y ríe.

Le coloco la tapadera a la caja y tomo aire. Si esto es lo que él quiere lo haré, quiero satisfacer sus fantasías.

—Ahora vuelvo...

Me doy media vuelta y me dirijo escaleras arriba.

Al cerrarme en el baño siento todo un enjambre de abejas furiosas dentro de mi estómago. Dios, en serio este chico cada día me sorprende más con sus locuras, pero contra más le conozco, más me enamoro de él.

Todo está nuevo, con la etiqueta puesta. Me doy una ducha rápida para quitarme los restos de sudor del cuerpo y me coloco la lencería. Desde luego ha acertado con la talla, me queda como un

guante. Me miro al espejo y me gusta lo que veo, es erótico y sexy, no me extraña que le exciten este tipo de cosas, lo que no logro del todo entender es por qué le gustan tanto los uniformes de colegialas... Recuerdo que la stripper de su cumpleaños también llevaba uno de éstos. ¿Acaso es uno de sus fetiches?

Me pongo la minifalda de cuadros gris, la camisa blanca y el jersey rojo encima. En la caja también hay una corbata roja, un pintalabios rojo y unos taconazos de aguja del mismo color.

Una vez colocado todo me vuelvo a mirar en el espejo, me pinto los labios y luego suelto mi melena, joder, que vergüenza, parezco una de esas tías que salen en las revistas porno.

Si a Ken le excitan estas cosas no imagino lo que le va a gustar verme con esto puesto.

Me armo de valor y salgo del baño. El sonido de los tacones resuenan por las lujosas baldosas del suelo, estoy atacada, no me siento cómoda con esto puesto y tampoco sé andar con tacones tan altos, lo menos que deseo ahora es hacer el ridículo.

Bajo la escalera con sumo cuidado y no le veo. ¿Dónde se ha metido?

Camino en silencio por la casa, no tengo idea de dónde está. Entro al salón y tampoco le veo, a lo lejos me ha parecido oír un sonido. Voy directa hacia la fuente de sonido, es una pequeña sala dentro del salón. Hay una enorme mesa de billar americana en el centro de la sala, Ken está colocando las bolas en el centro.

Toco con los nudillos la madera del umbral de la puerta pues no se ha percatado de mi presencia.

En cuánto me descubre noto como todos los músculos de su rostro se tensan y su mirada se vuelve húmeda. Me recorre despacio con sus ojos, saboreando cada centímetro de mi piel, haciéndome el amor con la mirada.

—Ufff... —resopla notablemente excitado, deja la bola que tiene en la mano sobre la mesa sin dejar de devorarme con los ojos.

Mi vergüenza se hace mayor, miro hacia abajo y entrelazo mis dedos nerviosa.

Camina hacia la pared y toma un palo de billar, luego me lo ofrece.

—¿Sabes jugar? —sus perversos ojos se centran en mi escote.

—Sí...

—Juguemos.

Me ofrece el palo de billar y se da media vuelta. ¿Jugar al billar, en serio?

—¿Lisas o rayas? —pregunta sonriendo.

—Lisas —me encojo de hombros.

Junta todas las bolas y coloca la blanca delante.

—Si yo meto una bola, tú te quitas una prenda, si tú metes una bola yo me quito una prenda.

¿Qué?

—¿Cómo? —pregunto incrédula.

—Son mis reglas, ¿juegas o no? —me acecha cual depredador hambriento.

—¿Y quién gane? —sigo sus movimientos sin quitarle el ojo de encima.

—Si tú ganas te daré lo que me pidas, si yo gano... —se coloca tras de mí acercando su pelvis a mi trasero y se roza conmigo haciéndome saber lo excitado que está — ...me darás lo que te pida.

Se aparta y me ofrece su mano.

—¿Trato hecho? —qué calor, necesito una ducha fría con urgencia.

Vacilo un poco antes de estrecharle la mano, pero finalmente lo hago. Su perversión me encanta.

Él sonrío victorioso y toma su palo de billar.

—Las damas primero —se echa a un lado permitiéndome dar comienzo a la partida.

Está bien, puedo hacerlo, puedo ganar la partida. Keith me ha enseñado a jugar, solemos ir alguna tarde a la cantina de la universidad a jugar al billar.

Me inclino hacia delante para golpear la bola blanca y me doy cuenta de que la falda no tapa absolutamente nada mi trasero. Vuelvo a la posición de antes con urgencia y corro a taparme el culo con la mano.

—¿Qué haces? —pregunta él con una divertida risotada.

—Esta falda es muy corta —le sermoneo.

—Pues a mí me parece perfecta —arquea una ceja.

Refunfuño y me inclino de nuevo aún sabiendo que se me ve todo el tanga, supongo que esto forma parte también de su juego, alegrarse la vista mientras me pone de los nervios.

Golpeo la bola con tan mala suerte que sin yo quererlo entra una de sus bolas.

Maldición.

—Uy que mala pata, has metido una de las mías... —recita con una pernicioso sonrisa.

No respondo, me deshago del jersey rojo y lo lanzo al suelo. Él me apremia con otra sonrisa.

Es su turno, golpea la bola blanca con total soltura e introduce otra de sus bolas en la cesta.

Yo le miro de soslayo, suertudo...

Me quito la corbata y la lanzo con desaire al suelo.

Ríe con chulería, pasa por detrás de mí y me roza con el filo del palo la falda, levantándola un poco.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo, estoy atacada, yo ya he perdido dos prendas y él ni siquiera una. Ahora entiendo a lo que se refería Keith cuando dijo que a Ken le gustan mucho los juegos.

Se sienta sobre la mesa de billar, pasa el palo por detrás de su espalda y como si fuera todo un profesional golpea la blanca, con tan mala suerte que esta vez entran dos bolas de golpe.

¡No puede ser!

Chasqueo la lengua y me cruzo de brazos.

Él me mira y ríe.

—Creo que debería haberte dicho que se me da bastante bien este juego.

—No es justo.

—Me gusta jugar con ventaja...

Suelta el palo sobre la mesa y espera a que me desnude.

Dios... Comienzo a desabrocharme la blusa ante su hambrienta mirada, veo el disfrute en sus ojos, me desea. Decido entrar en su juego de lleno, así que lo hago despacio, desabrocho cada botón sin dejar de mirarle, aunque me muera de la vergüenza.

Tiro la blusa al suelo y me quedo en sujetador. Ahora es el turno de la falda.

Desabrocho las hebillas despacio, dejándole que se deleite con mi cuerpo.

—Espera, no te la quites todavía.

Me detengo en seco.

—Sigamos jugando. Tira tú ahora.

Afirmo con una sonrisa y vuelvo a abrocharme las hebillas.

Paso por delante de él caminando con sensualidad y me preparo para lanzar. La bola está delante, así que me inclino elevando mis caderas, lo tengo justo detrás, quiero provocarle.

—Un momento, así lo estás haciendo mal. Deja que te ayude.

Se acerca peligrosamente y yo sonrío para mis adentros. Inclina su cuerpo sobre mi espalda y vuelvo a notar toda su hombría pegada a mi trasero.

—Tienes que colocar los dedos así... —coloca su mano sobre la mía y la acaricia despacio—. Y el movimiento con el codo tiene que ser más preciso, un solo golpe seco y fuerte.

Aprieta su pelvis contra mí y me estremezco.

Me guía con su brazo y golpeo la bola. Una de ellas sale disparada hacia el agujero y entra.

—¿Ves? No era tan difícil —susurra en mi oído.

Se aparta hacia un lado y se descamisa despacio. Con cada botón que se desabrocha mi cuerpo se agita un poco más, su suave piel morena va quedando al descubierto, hasta que finalmente todo su esculpido torso queda expuesto ante mis ojos.

Me muerdo la boca con ahínco, mi entrepierna está preparada para recibirle, me muerdo de ganas de tocarle y de que me toque. Se acabó este puto juego ya.

—Tú ganas.

Suelto el palo de billar en la mesa con violencia.

—¿Qué? —me mira extrañado.

—No tengo nada que hacer contra ti, tú ganas la partida.

—Pero si no hemos hecho más que empezar.

Camino decidida hacia él, le sujeto con fuerza por la hebilla de la correa y lo pego a mí.

—Que me folles de una vez —espeto pegando mi boca a la suya.

Ken me mira alucinado, de pronto me doy cuenta de lo que acabo de decir y me sonrojo por completo. Él se lanza sobre mi boca con brusquedad y me estampa contra la mesa de billar. Me tumba sobre la misma y comienza a besarme con desesperación.

Regreso al paraíso, al puto paraíso de sus besos. Toma mis muñecas y las coloca sobre mi cabeza, los gemidos y los jadeos pronto aparecen. Besa mi cuello, lame mi piel y desciende hacia mi pecho. Introduce su lengua por mi canalillo y lo relame como si fuera un perro. Yo me estremezco y encojo las piernas, muerde los tirantes del sujetador y deja mis pechos al descubierto con la ayuda de sus dientes. Vuelvo a sentir su lengua húmeda y caliente, ésta vez sobre mis pezones, los lame hasta la saciedad mientras hace fuerza sobre mis muñecas.

El placer es intenso, sabe cómo enloquecerme. Suelta mis manos y sigue descendiendo hasta mi ombligo, notando así su aliento en mi vientre. Me toma de las caderas y las coloca sobre el filo de la mesa, siento sus dedos por debajo de la falda, escalan mis muslos hasta llegar a mi ropa interior, tira de ella con delicadeza y la desliza por mis piernas hasta quedarse con mis bragas en la mano. Le miro excitada, ¿va a volver a hacerlo?

Se acerca la prenda a la cara y aspira mi intimidad, un enorme gesto placentero se dibuja en su rostro prendiéndome en fuego.

—Si hueles así de bien tienes que saber mucho mejor...

—Dios... —cierro los ojos y sonrío.

Besa mis muslos con sensualidad, arrastra sus labios cada vez más cerca de mi vientre hasta que noto su respiración muy cerca de mi entrepierna. Besa mis ingles y un fuerte cosquilleo me estremece. Toda la humedad de su boca se concentra sobre mi sexo, me saborea lentamente, como si fuera lo más exquisito que ha probado en su vida.

Me muerdo...

Lo tengo entre mis piernas, relamiéndome salvajemente. Aprieto los dientes y arañó la tela de la mesa de billar, tanto placer debería estar prohibido, Ken Miller's debería estar prohibido.

Su saliva se entremezcla con mis fluidos, acaricia mi clítoris con la punta de su lengua y enloquezco.

No te vayas a desmayar esta vez Noa...

—Ken... —voy a sufrir un tremendo orgasmo si no se detiene.

Veo el resplandor de sus verdes ojos por encima de mi vientre. Se separa de mi entrepierna y se pone de pie relamiéndose la boca.

—Gírate —me ordena desabrochándose el cinturón.

Respiro, mi caja torácica se mueve rápido propulsada por el torrente de adrenalina, hago lo que me pido y me coloco boca abajo sobre la mesa.

Oigo cómo sus pantalones caen al suelo y cómo se coloca un preservativo. Acaricia mis piernas por encima de las medias y del ligero hasta alcanzar mi trasero.

—Mmm... Voy a disfrutar demasiado con esto —me da un fuerte palmetazo en el cachete.

Tras decir eso me penetra de una sola vez cortándome la respiración. Toda la mesa de billar tiembla y las bolas ruedan sobre mi cabeza. Yo suelto un agudo gemido y cierro los ojos fuertemente.

—Shh, vas a despertar a Gabriela —me tapa la boca con una mano.

Vuelve a penetrarme más fuerte, yo soporto sus embestidas deseando gritar, pero su mano me lo impide.

Coloca su otra mano sobre mis caderas, inclinándose hacia atrás y arqueando mi espalda. Acerca sus labios a mi oreja y va aumentando el ritmo, la penetración es profunda e intensa, estremeciendo todo mi cuerpo por completo.

Quiero gritar pero no puedo, ahogo los gemidos en mi garganta soportando la lujuria de su carne dentro de mí. Sus movimientos son cada vez más rápidos, toda la mesa tiembla impulsada por la fuerza de su cuerpo y alguna bola acaba rodando por el suelo.

Oh joder...

Continúa penetrándome durante unos largos minutos sin dejar de jadear justo en mi oreja. Guiada por el placer, agarro la mano con la que tapa mi boca e introduzco sus dedos dentro de ésta, lamiéndolos y mordiénolos. Esto parece que le excita bastante, lo sé porque ha aumentado tanto el ritmo que parecemos dos conejos apareándose.

—Joder Noa... qué cachondo me pones... —confiesa apretándose contra su cuerpo.

Estoy extasiada, no soporto tanto placer, el frenético roce de su miembro me produce un intenso orgasmo que soy incapaz de acallar.

—Shh, no hagas ruido... —casi no puede hablar.

Miro hacia la puerta y veo a alguien entre las sombras observando. Mi sangre se hiela, ¿esa es Gabriela?

Él también sufre un orgasmo, suelta un fuerte gruñido y derrama toda su hombría dentro de mí. Está tan excitado que no se ha dado cuenta de la presencia de Gabriela.

Mis ojos miran espantados a la chica quién al verse descubierta sale corriendo despavorida. No me lo puedo creer, ¿nos estaba espiando?

Exhausto, Ken se desploma sobre mi espalda. Me besa el pelo sin dejar de respirar de forma agitada.

—¿Estás bien?

—Sí.

No puedo borrar la imagen de Gabriela espiando a escondidas, ¿cuánto tiempo llevaba mirando? Dios, me muero de la vergüenza. ¿Debería de contárselo a Ken?

Se separa de mi lado y yo corro a vestirme. No aparto mis ojos de la puerta, maldita perversa, ¿cómo se atreve? Algo tan íntimo como esto...

—Ey, ven aquí —Ken me reclama, pero yo no dejo de mirar hacia la puerta—. ¿Qué pasa?

Extrañado, él también mira hacia la puerta.

—No pasa nada —si se lo cuento lo más seguro es que la despida. Pero no me agrada la idea

de que alguien pierda su puesto de trabajo, aunque tampoco me agrada que nos haya estado espiando.

—Vámonos a la cama, mañana tenemos que madrugar.

Me toma en volandas y me cuelga de su cintura, yo enrosco mis brazos alrededor de su cuello y le beso con ternura. Le amo, y se lo digo en cada beso.

Llegamos a la habitación entre besos y risas, nos lanzamos sobre el colchón, él encima de mí, y continuamos besándonos. Y ya se puede caer el techo a pedazos, explotar una bomba atómica o que se apague el mismísimo sol, que toda la felicidad que necesito la tengo encima de mí.

—Bueno, ¿no me vas a contar nada de tu experiencia en España? —le pregunto.

—¿Qué quieres saber?

—¿Has conocido a alguna Española en tu viaje?

—Sí, a unas cuantas, pero ahora mismo mi cabeza solo tiene cabida para una mujer... —sonríe y me muerde la boca.

—Mentiroso... —le devuelvo el mordisco.

—¿Mentiroso? Hace una semana que estoy fuera y lo primero que he hecho es ir a buscarte —acaricia mi muslo derecho y lo aprieta.

—Eso es porque eres un viciosillo —intento picarle.

—Y no lo niego, pero créeme que tengo candidatas de sobra para satisfacer mis fantasías —me besa de nuevo sin dejar de acariciar mis piernas.

—¿Y por qué no las llamas a ellas en vez de a mí? —sonríe y me aparto de su boca.

—Te prefiero mil veces a ti... —busca mi boca y la besa con pasión.

—Así que me tengo que considerar una afortunada...

—Encuentra a una sola mujer que se haya acostado conmigo más de una vez y que haya dormido en mi casa, si la encuentras entonces te diré si eres una afortunada.

—¿Solo esos dos requisitos? —me burlo.

Él sujeta mi trasero y me voltea sobre la cama, de manera que quedamos frente a frente, uno al lado del otro.

—Ya sabes de sobra mis requisitos y tú los cumples todos.

Nos miramos fijamente en silencio, contemplo sus verdes ojos, hermosos a la vez que cautivadores.

Te quiero.

Mis labios desean pronunciar las palabras pero me falta valor.

—Tengo algo para ti —su cálida voz irrumpe mis pensamientos.

Ken se aleja y toma algo del cajón de la mesilla. Vuelve a acercarse, trae consigo una pequeña caja rectangular.

¿Un regalo? Mis latidos se desatan.

—¿Qué es eso? —me coloco de rodillas sobre el colchón.

—Es para ti. Lo compré en España. Cuando lo vi me acorde de ti enseguida —sonríe de manera encantadora.

Le devuelvo la sonrisa de manera nerviosa, todo mi cuerpo tiembla. Abro la caja despacio, dentro hay un precioso colgante.

—Yo no suelo hacer estas cosas, regalos y eso... —aclara con un ápice de nerviosismo.

Mi sonrisa se agranda.

—Pero aún no te he dado las gracias por la pulsera —es verdad, mi pulsera, la lleva puesta desde el día del cumpleaños —. Quería regalarte algo a cambio.

Me ruborizo por completo. Ken ha tenido el detalle de hacerme un regalo a mí...

—No, no sé qué decir —la emoción me impide hablar—. No tenías por qué...

—Al menos dime que he acertado, ¿te gusta? —oh dios, se ve tan adorable cuando actúa así.

—Me encanta —afirmo con una amplia sonrisa.

Contemplo el collar con más detenimiento. La cadena es fina y elegante, el colgante es una figura de un Sol y una Luna, ambos decorados con minúsculas piedrecitas brillantes.

—Dios... ¿no te habrás gastado mucho en esto verdad? Porque me vas a hacer sentir fatal —río.

—Pues lo compré en una joyería, y sí, está decorado con diamantes.

¿Diamantes?

Le miro con los ojos muy abiertos. ¿Por qué me ha comprado un collar de diamantes?

—Joder Ken, no puedo aceptarlo —aprieto los labios y cierro la caja.

Él niega con la cabeza sin dejar de sonreír. Abre la caja y toma el colgante con suma delicadeza.

—Sé que no quieres mi dinero —sentencian sus carnosos labios—. Gírate.

Acato su orden y me coloco de espaldas a él. Noto sus dedos sobre mi piel, aparta mi pelo hacia un lado y me coloca el colgante alrededor del cuello.

Volteo los ojos con frenesí. No va a permitir que le rechace el regalo.

—¿Por qué el Sol y la Luna? —pregunto intrigada.

—Porque tú eres hermosa como la luna, y yo ardiente como el sol.

—Pero el sol y la luna nunca compartirán el mismo cielo —refuto con tristeza.

—Pero los milagros ocurren, ¿verdad? —gatea por la cama hasta colocarse frente a mí.

—¿Qué quieres decir? —entorno los ojos al hacerle la pregunta.

—Que quiero que este sol y esta luna estén juntos.

Toda la sangre de mi cuerpo se acumula en mis mejillas de manera apabullante. Mi corazón bombea con fuerza y rapidez y mis ojos comienzan a cristalizarse.

—¿Qué...? —titubeo.

Ken sonríe de una manera tan linda que noto estallar mi corazón. Aproxima su rostro al mío, siento el calor de sus labios sobre mi boca y cierro los ojos disfrutando del placentero contacto. Una lágrima se escapa de mis ojos.

¿Ken quiere que estemos juntos? Oh joder...

—Quiero intentarlo contigo Noa.

El pasado siempre vuelve

El desagradable sonido del despertador me obliga a abrir los ojos, son las siete de la mañana. Es hora de levantarse, pero estoy tan a gusto que me niego a moverme. Ken está a mi lado, abrazado a mi espalda, todo el calor de su cuerpo me envuelve como una manta y el sonido de su respiración se ha convertido en una melódica canción que no me canso de oír.

El sonido de la alarma también le ha despertado. Se remueve entre las sábanas y me abraza más fuerte.

—Buenos días pequeña... —murmura.

—Buenos días.

Me giro para verle de frente. Su carita de dormido es enternedora, me regala una bonita sonrisa y sus ojos se achinan.

Acaricio su rostro afeitado y me atrevo a besarle. Él cierra los ojos y me devuelve el beso despacio.

—Tenemos una hora para vestirnos y desayunar —informa.

—¿Y no hay tiempo para nada más? —mi espíritu se levanta guerrero, con Ken nunca se sabe lo que pasará, tengo que aprovechar cada segundo a su lado.

Ken me mira con un gesto de sorpresa.

—Te estás volviendo una perversa —ríe y se abalanza sobre mí devorando mi boca.

—Tengo un buen maestro.

Lo tengo encima de mí, comiéndome la boca y acariciándome con perversión las piernas.

—Te prometo que hoy te daré una buena ración de Ken Miller's, pero ahora tengo que ducharme, vestirme, desayunar, hacer unas llamadas, llevarte a casa...

—Vale, vale —ríe y lo aparto de mí de un empujón.

Salgo de la cama y voy en busca de mi ropa limpia.

—Voy a darme una ducha, tú espérame abajo, Gabriela ya debe de estar preparando el desayuno.

Gabriela...

Asiento y me cambio de ropa, él se mete en la ducha. Me coloco unos vaqueros ajustados, una camiseta lisa de color melocotón y mis deportivas blancas. Me hago una coleta alta y bajo hacia la cocina en busca de Gabriela, me debe una explicación.

Un rico olor a pan tostado y café recién hecho asciende desde el piso inferior. Me asomo a la cocina y veo a la joven exprimiendo zumo de naranja de espaldas a mí.

—Buenos días —le saludo áspera.

En cuanto me oye apaga el exprimidor y se gira hacia mí, yo le dedico una mirada gélida y desafiante, ella solo agacha la cabeza y se ruboriza.

—Buenos días señorita.

Camino hacia la mesa sin apartarle la mirada, aún no me puedo creer que anoche nos estuviera espiando, ¿acaso le espía siempre que se trae chicas a casa?

—¿Qué desea de desayunar?

—No te preocupes, ya me lo sirvo yo.

Me acerco a ella y tomo la jarra de zumo de su lado, ella me ofrece un vaso con las manos temblorosas. Miro hacia atrás para asegurarme de que Ken no está para interrogarla.

—Gabriela, ¿se puede saber en qué estabas pensando? —mascullo enfadada.

—No sé de qué me habla señorita.

Aprieto los dientes y le quito el vaso de las manos. ¿Encima se hace la tonta?

—Te vi anoche, estabas espiándonos...

—No.

Gira su cuerpo y me da la espalda.

—Por dios Gabriela —la sujeto del brazo y la giro hacia mí.

—Yo... yo... —se pone cada vez más y más roja.

—¿Cuánto tiempo llevabas mirando?

—Solo un poco —entrelaza las manos nerviosa.

—¿Te excita verle hacer ese tipo de cosas?

Su rubor se incrementa confirmando mi teoría.

—Gabriela, no está bien que hagas eso, estás violando su intimidad.

—Lo sé, pero el señor es tan varonil... —se muerde el labio inferior—. Si nunca voy a poder ser yo esa mujer, al menos déjeme que me deleite la vista.

Veo el claro deseo reflejado en sus ojos. ¿Así que Gabriela es una especie de voyeur?

—Buenos días —Ken aparece tras nosotras y ambas acallamos al instante.

Una vez más me quedo prendada de su belleza y elegancia. Se ha puesto una camisa azul a rayas de manga corta acompañada de una corbata negra y unos pantalones de pinza azul marino. Su ostentoso reloj y sus zapatos de piel brillante lo convierten en todo un caballero.

Por el rabillo del ojo me percató de que Gabriela se ha quedado igual de prendada que yo, solo que ella reacciona y yo no.

—Buenos días señor —le saluda apretando los labios y vuelve a sus quehaceres.

Ken nos mira entornando los ojos, se debe de estar preguntando que andábamos haciendo.

—¿Zumos? —le muestro la jarra y sonrío.

—Necesito un café bien cargado —sonríe y se coloca bien la hebilla del reloj.

La mesa está repleta de cosas para comer, hay tostadas, bollería, fruta y tortitas recién hechas. Tomo asiento y me sirvo un par de tortitas con *nutella*. Ken toma una tostada y se la come de pie mientras ojea su tableta.

—¿Agenda apretada? —pregunto.

—Hoy sí, tengo que asistir a un par de ruedas de prensa y reunirme con el reparto de la nueva película.

Pongo cara de fastidio y le doy un sorbo al zumo.

Él se percata y se coloca a mi lado, me sujeta del mentón y me obliga a mirarle.

—No te preocupes, guardaré un hueco para nosotros —acerca sus labios a mi boca y me planta un enorme beso.

—Su café —Gabriela deja una taza sobre la mesa y se da media vuelta.

—Gracias Gabriela —termina de besarme con una amplia sonrisa.

Un timbre resuena por toda la casa, es la primera vez que lo oigo. Ken mira a Gabriela con incertidumbre.

—Voy a ver quién es —dice ella dejando el paño de cocina sobre la encimera.

—¿Tienes visita? —indago.

Él no responde, mantiene fija su vista sobre la puerta principal con la taza en la mano.

Al instante regresa Gabriela.

—Es su madre señor.

¿Su madre?

—¿Mi madre? —deja la taza sobre la mesa y camina directo hacia la puerta.

—¿Le abro señor?

—Claro —le hace una señal desde lejos.

Ahora que recuerdo, aquel día que estuvimos en su casa de la playa había recibido una llamada de su madre.

Ken abre la puerta y yo le sigo sin hacer ruido, me escondo tras la escalera de caracol y observo.

Un cochazo de lujo estaciona frente a la puerta y se baja una mujer de la edad de mi madre, es refinada y elegante, camina con la cabeza bien alta agarrada a su bolso de mano.

—Madre —Ken la recibe con fingida alegría, le conozco, sé que aún guarda dolor por lo que le pasó a su padre.

—Cariño...

La mujer le da un cálido abrazo y le besa la mejilla. ¿Aiyana?

Del coche se baja otra mujer, ésta es joven y hermosa, con una estilizada figura y unos andares un tanto insinuantes.

La cara de Ken palidece al ver a la chica, quién le dedica una mirada llena de emoción.

—¿Sarah? —pregunta él con los ojos desencajados.

Ella asiente y se acerca a él con lágrimas en los ojos.

¿Sarah? ¿Quién diantres es Sarah?

Ken niega con la cabeza y se tapa los ojos con una mano, parece ser que no esperaba verla.

—Dios, ¿qué estás haciendo aquí? —la mano ha bajado hasta su boca, intentando ocultar su estado emocional.

La chica se detiene frente a él y sonríe entre lágrimas.

—Hijo, Sarah y yo nos encontramos ayer por casualidad, insistió en que quería verte —dice su madre.

Él no deja de mirarla, juraría que tiene ganas de llorar.

—Hace cuatro años que no sé nada de ti —sentencia él con la voz rota.

—Siento mucho lo de tu padre, en cuanto Aiyana me lo contó supe que debía de venir a verte.

La chica por fin habla con una voz dulce y melódica. Es muy guapa, tiene una preciosa melena de color negro y unos rasgados ojos azules en su rostro caucásico.

Ken se pasa la mano por la cara de forma nerviosa, tiene los brazos cruzados y no deja de mover su pierna.

—Pasad dentro —se aparta hacia un lado y ellas entran en la casa.

Oh joder, me van a pillar aquí escondida. Salgo de detrás de la escalera quedando al descubierto, en cuanto me ven las dos se detienen.

—Hola... —sonrío avergonzada.

Dios, la madre de Ken está delante de mis narices, por fin la conozco. Aiyana me mira con ojos curiosos y una agradable sonrisa, en cambio puedo percibir cierto recelo en los ojos de la chica joven.

Ken tose a propósito y camina hasta colocarse a mi lado.

—Ella es Noa —se acaricia la nuca con cierto rubor en el rostro.

—¡La famosa Noa! —exclama llena de alegría—. Por fin tengo el placer de conocerte. Yo soy Aiyana, su madre —la señora me ofrece su mano y yo se la estrecho con ilusión.

—Encantada de conocerla.

—Yo soy Sarah, su ex novia.

La ilusión se esfuma de golpe. ¿Su ex novia? ¿Tengo delante a su puñetera ex novia? ¿A la

misma tía que jugó con sus sentimientos, la que destrozó el corazón que yo estoy tratando de reparar?

Le estrecho la mano con contundencia, intercambiamos miradas desafiantes, estoy furiosa, desearía estrangularla con mis propias manos y hacerle pagar por todo el daño que le ha hecho a mi pobre Ken. Ella le ha convertido en el hombre inseguro que es hoy en día. ¿A qué ha venido?

—Entonces es cierto... ¿Estáis juntos? —pregunta ella.

—Creo que ya sabes la respuesta a esa pregunta Sarah —responde él con contundencia.

—Ha sido un placer conocerlas. Ahora si me disculpan he de irme.

Me despido de ellas con una forzada sonrisa y me largo de allí a toda prisa.

Tengo ganas de llorar, ¿por qué ha vuelto a aparecer en su vida? Recuerdo la cara de Ken al verla y me derrumbo. ¿Y si sigue sintiendo algo por ella?

—¡Noa, espera! —Ken llega corriendo.

—He de irme —intento evitarle pero es inútil.

—Espera —me sujeta del brazo y me mira a los ojos fijamente—. Discúlpame, no contaba con que mi madre, y mucho menos ella, se presentaran en mi casa.

—No pasa nada, iré en taxi —evito su mirada, no quiero que vea que esto me afecta.

—No, Roger te llevará.

—En serio, no es necesario —me suelto de su agarre pero él me vuelve a sujetar.

Nos miramos en silencio, yo soporto las tremendas ganas de llorar con los ojos vidriosos, lo suyos desprenden preocupación.

Se lanza sobre mi boca y me aprisiona contra la verja. Me besa con pasión, yo me aferro a la tela de su camisa y disfruto del sabor de sus labios.

—Deja que Roger te lleve, por favor —implora sobre mi boca.

—Está bien... —sonrío.

La verja se abre y a los pocos minutos aparece Roger en un coche negro.

—Vete tranquila, esto no va a cambiar nada.

Asiento y me introduzco en el coche ocultando el temblor de mi cuerpo y el terrible miedo que se ha instaurado en mí. ¿No va a cambiar nada? ¿Y si solo trata de auto convencerse?



—Dentro de cuarenta minutos tengo una rueda de prensa, ¿me decís a qué habéis venido?

Me cruzo de brazos delante de ellas, no sé cómo mi madre se ha dejado convencer para hacer esto.

—Yo solo he venido a ver cómo estabas y a acompañar a Sarah, pero supongo que tendréis mucho de lo que hablar.

Mi madre se acerca y me despide con un beso en la mejilla.

—¿Mamá?! —exclamo alucinado. ¿Me va a dejar a solas con ella?

Mamá se marcha sin mirar atrás. Yo permanezco perplejo, atónito y sin saber qué decir ni por

dónde empezar.

—No te robaré mucho tiempo —dios... esa voz. Cuánto la he echado de menos.

Después de cuatro largos años vuelvo a tener delante a la única mujer que he querido, al amor de mi vida, la que jugó con mis sentimientos y me hizo el corazón añicos.

—¿Crees que puedes volver a aparecer en mi vida así sin más? —estoy flipando.

—Ken, intenté contactar contigo pero perdí todo rastro tuyo.

Río con prepotencia.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué te volvería a recibir con los brazos abiertos? —camino nervioso de un lado a otro—. ¡Me engañaste con otro, jugaste con mis sentimientos Sarah!

Me altero y comienzo a gritar. He sufrido demasiado tiempo en silencio, he soportado el dolor todos estos años, había conseguido olvidarla, ¿por qué ha vuelto?

—Y no hay un solo día en que no me arrepienta de ello —ella intenta un acercamiento pero la evito—. Éramos unos niños, yo no era consciente del daño que te hacía.

—¡Yo te quería! —grito de nuevo y mi voz se quiebra.

Oprimo la mandíbula y siento unas repentinas ganas de llorar.

—¿A qué has venido? —pregunto con rabia.

—A pedirte otra oportunidad.

¿Qué? Mi pecho comienza a arder.

—Pero veo que es verdad, ya estás con alguien.

Noa... Cierro los ojos y noto un agudo dolor en el pecho.

—Si no me equivoco, ¿es la misma chica que lideraba tu club de fans, la que ayudaste con la rehabilitación?

—La misma.

—Qué caprichoso es el destino ¿no crees?

—Ya ves.

—¿Y crees que ella pueda satisfacerte en todos los sentidos? Ya sabes... nosotros siempre nos hemos entendido muy bien.

Me dedica una mirada lasciva y viejos recuerdos azotan mi mente. Me gustaba hacer el amor con ella, tanta lujuria y perversión escondidas tras esa dulce voz. En cambio Noa es inocencia y timidez, pervertirla es un placer que no cambiaría por nada en el mundo, me encanta hacerla mía.

—Noa y yo también nos entendemos bastante bien —afirmo.

—No todo es sexo en una relación cariño.

—Lo sé.

—Necesitas una mujer que te entienda, que te comprenda. Que te acepte tal y como eres.

Sarah se acerca y le permito que me acaricie la cara.

—Estás tan guapo...

Por un segundo me dejo envolver por su encanto, transportándome a mi adolescencia, a aquellas tardes paseando juntos por el parque, las escapadas nocturnas, y la agradable sensación de sentirme querido.

—Podemos hacer que lo nuestro funcione de nuevo, podemos recuperar aquello que teníamos, sé que podemos.

Miro sus preciosos ojos celestes y me pierdo en ellos.

—Yo nunca he dejado de quererte —su confesión me llena el corazón de felicidad.

Entrecierra los ojos y se acerca a mi boca con intenciones de besarme, pero sujeto sus muñecas y sonrío, nunca he sido capaz de decirle que no a ella, siempre fue mi consentida, pero ésta vez todo es distinto, ahora tengo a Noa.

—Sarah, necesito estar a solas para asimilar todo esto.

Ella sonríe y da un paso atrás.

—Entiendo, ¿es por ella?

—Noa me quiere, está harta de demostrármelo.

—¿Y tú la quieres a ella?

Permanezco en silencio, ¿quererla? Pienso en su sonrisa, en todo lo que hemos vivido juntos y asiento sonriente.

—Por supuesto que la quiero.

—¿Más que a mí?

Chasqueo la lengua y sonrío. ¿A qué viene esto? No puede desaparecer de mi vida y tratar de volver a entrar en ella de esta forma.

—Oye Sarah, tengo que irme. Hablaremos en otro momento.

Quiero irme, salir corriendo y separarme de ella. Quedarme a su lado solo me hará sentir peor.

Se interpone en mi camino y me corta el paso con su cuerpo.

—Ken por favor, necesito que seas sincero conmigo.

—Estoy siendo sincero contigo, estoy tratando de rehacer mi vida con otra mujer de la cual estoy enamorado y tu presencia en estos momentos solo empeorará las cosas —espeto.

Ella abre mucho sus ojos azules al oírme.

—¿Enamorado? —ríe—. Seguro que solo es un capricho.

—No sabes nada de ella —mascullo.

—No trates de engañarte a ti mismo.

—Llego tarde.

Ignoro sus palabras y me dirijo hacia la puerta.

—¡Ninguna mujer te hará sentir lo que yo, lo sé! —grita desde lejos.

Tú no sabes nada...

Prioridades

Ken me ha citado aquí esta noche, en el mismo lugar donde descubrí sus sentimientos por mí.

Camino con un nudo en la garganta y una amarga sensación en el pecho, tengo un mal presentimiento. Desde que su ex novia se presentó hace unos días en su casa le noto diferente y distante, ni siquiera hemos vuelto a vernos desde entonces.

Me cuesta cargar con todo este peso yo sola, pero fue mi decisión, yo elegí arriesgarme y entregarme a él aun sabiendo lo que podía pasar, pero lo hice con la falsa esperanza de hallar al Kenai de mis sueños. Estaba tan cerca de conseguirlo... y entonces apareció ella para destrozarlo todo.

A lo lejos le diviso apoyado sobre su moto con las manos en los bolsillos y más pensativo de lo normal. Trago saliva y me aproximo hacia él, estoy nerviosa y un sudor frío me recorre la espalda, no quiero oír lo que me tiene que decir, no quiero.

Cuando me ve me regala una tímida sonrisa y se incorpora. Yo me detengo frente a él con expresión seria, algo no anda bien, me lo dicen sus ojos.

—¿Para qué querías verme? —tomo la iniciativa.

—Está bien, no voy a andarme con rodeos —sus palabras esquinadas me dejan helada.

Me cruzo de brazos tratando de guardar la compostura dispuesta a escuchar lo que me tiene que decir.

—Sé que te dije que la aparición de Sarah no iba a cambiar nada entre nosotros —oh dios, no sigas... —. Pero la verdad es que estoy hecho un lío.

Mi expresión cambia y la tristeza se instaura en mí.

—¿Ella te ha pedido volver contigo? —le pregunto con temor.

—Sí.

Automáticamente mis ojos se humedecen y corro a mirar hacia otro lado.

—Pero aún no he decidido nada, necesito tiempo, tiempo para pensar —se aproxima hacia mí y me sujeta la cara con delicadeza.

—¿Necesitas tiempo para decidir si volver con la misma persona que te rompió el corazón? —no lo entiendo, no entiendo cómo ni siquiera se lo está planteando.

—Lo sé, sé que no debería perdonarla, pero tú no lo entiendes.

—¿Y qué es lo tengo que entender? —su actitud me empieza a crispas los nervios.

—Pues...

—¿Que nunca vas a poder quererme como la has querido a ella, o que simplemente no me quieres? —le interrumpo.

—No, Noa no digas eso —yo me aparto mirándole con rabia.

—Tú sabes mejor que nadie lo que siento por ti.

Él cierra los ojos y se lamenta.

—Lo sé, y me hace muy feliz saberlo.

—Me has utilizado de nuevo —rompo a llorar.

—¡No! Eso no es verdad —refuta sorprendido.

—Solo querías aprovecharte de mí —me alejo dando pasos hacia atrás sin dejar de llorar.

—No...

—¡Te aprovechaste de mí aun sabiendo que te quería! —grito con los ojos llenos de

lágrimas—. Me hiciste creer que había algo especial entre nosotros...

Da un par de pasos hacia delante y me sujeta del antebrazo con fuerza acercando su rostro al mío.

—¿Y acaso no lo hay? ¿Por qué crees que el destino nos ha vuelto a unir? —mi corazón se detiene al oír sus palabras.

—Claro —ríó con prepotencia—. Es algo tan especial que necesitas replantearte si volver con la persona que te traicionó.

Me suelto de su agarre de un manotazo. Nuestras miradas siguen clavadas, la mía repleta de rabia y la suya suplicante.

—Solo te estoy pidiendo tiempo para pensar.

—Yo jamás te traicionaría —las lágrimas vuelven a precipitarse de mis ojos.

—Lo sé —alarga su mano hasta mi rostro tratando de acariciarlo pero lo aparto de un golpe.

—¡No me toques, joder! —aprieto los dientes con rabia sin dejar de llorar—. Kenai jamás me traicionaría.

—Lo siento joder, siento no ser tan perfecto como él.

—Me la has vuelto a jugar —ríó entre lágrimas—. ¿De verdad me he creído todas tus mentiras?

—No te he mentado. No me he vuelto a enamorar de nadie. Sabes que es verdad —Ken comienza a sonar desesperado.

—¿Enamorado dices? No me hagas reír —le fulmino con la mirada.

—¿Te estás burlando de mis sentimientos? —noto como aprieta la mandíbula al hacerme la pregunta.

¿Cómo se atreve? Aquí el único que se está burlando de mis sentimientos es el.

Doy un paso al frente hasta pegar mi cara a la suya.

—Te lo pondré fácil. Ya no tendrás que elegir.

Agarro el colgante, lo arranco de mi cuello y lo lanzo a sus pies. Me doy media vuelta y camino en dirección contraria sin mirar atrás.

—Noa... —me llama pero no pienso mirar atrás—. Por favor no me hagas esto.

—Espero que seáis muy felices.

Se acabó, esta vez desapareceré de su vida para siempre, pues no me pienso quedar a ver cómo la elige a ella.

Índice

[Despierta](#)

[Espejismo](#)

[Es un placer conocerte](#)

[Amistad](#)

[Confianza](#)

[Traición](#)

[Sombras del pasado](#)

[Exclusiva](#)

[Secretos revelados](#)

[La propuesta](#)

[Negocios](#)

[Nuevas reglas](#)

[Presentación](#)

[El montaje](#)

[La cita](#)

[Deuda pagada](#)

[Fiesta de cumpleaños](#)

[Lluvia que moja mi corazón](#)

[Cuidados intensivos](#)

[Sigo aquí](#)

[La promesa](#)

[Salto al vacío](#)

[Amor no correspondido](#)

[Sentimientos](#)

[Pecado carnal](#)

[Más de una vez](#)

[Placeres prohibidos](#)

[El pasado siempre vuelve](#)

[Prioridades](#)